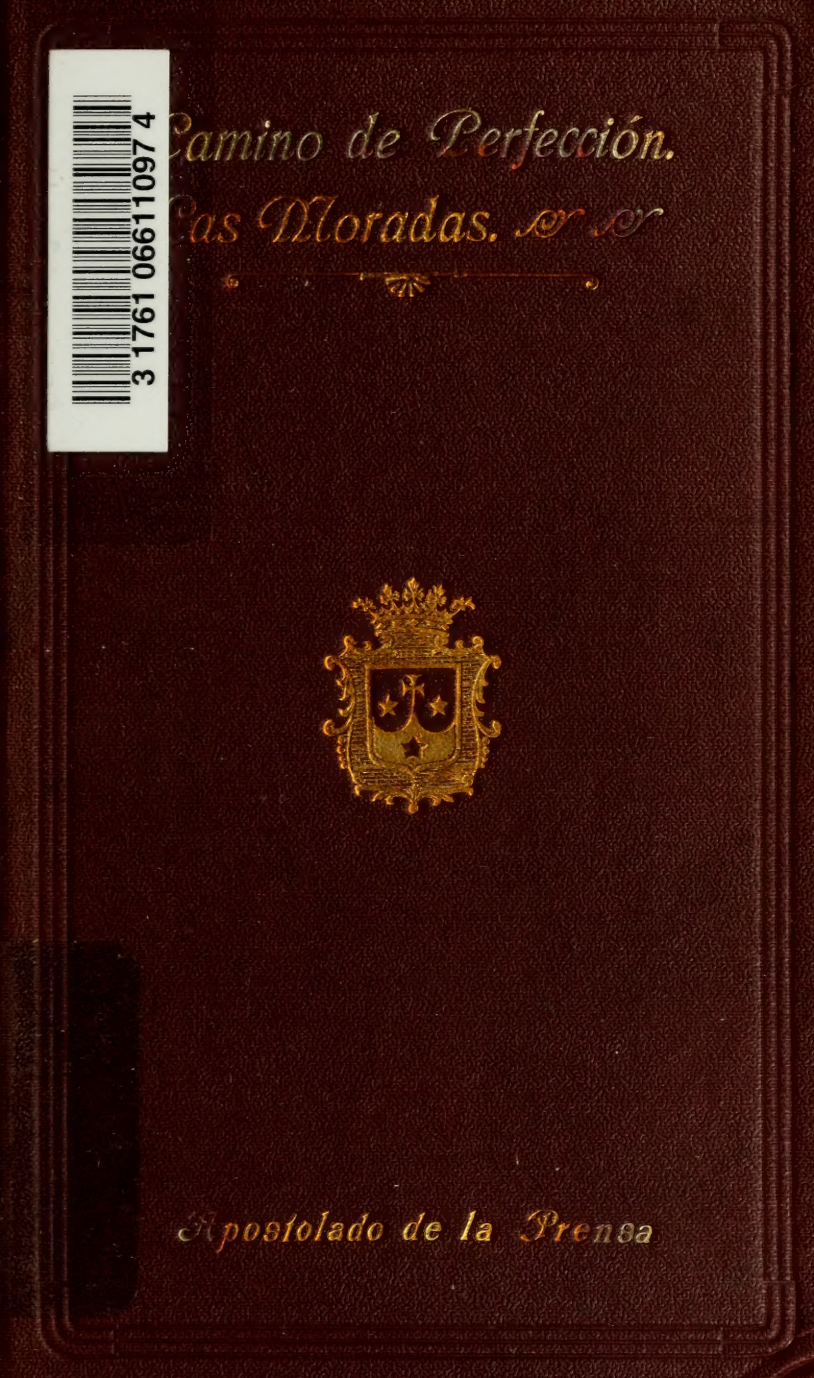

3 1761 06611097 4

T-3166

BIBLIOTECA DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA

OBRAS

DE

SANTA TERESA DE JESÚS

TOMO II

Camino de Perfección.

Las Moradas.

152405
26/9/19

MADRID
ADMINISTRACIÓN DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA
7, San Bernardo, 7.

1916

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

Est Tip. «Sucesores de Rivadeneyra».—Paseo de San Vicente, núm. 20.

LIBRO LLAMADO

CAMINO DE PERFECCIÓN

QUE ESCRIBIÓ PARA SUS MONJAS

LA

SANTA MADRE TERESA DE JESÚS

FUNDADORA

DE LOS MONASTERIOS DE LAS CARMELITAS DESCALZAS

Á RUEGO DE ELLAS

Impreso conforme a los originales de mano,
enmendados por la misma Madre, y no conforme a los impresos,
en que faltaban muchas cosas y otras andaban
muy corrompidas.

ARGUMENTO GENERAL

DESTE LIBRO

Este libro trata de avisos y consejos que da la santa Madre TERESA DE JESÚS *a las Hermanas religiosas, e Hijas suyas, de los Monasterios que con el favor de Nuestro Señor y de la gloriosa Virgen Madre de Dios, Señora nuestra, ha fundado de la regla primera de Nuestra Señora del Carmen. En especial le dirige a las Hermanas del Monasterio de San José de Ávila, que fué el primero donde lo escribió a fines del año de MDLXIII o principios del LXIV.*

PROTESTACIÓN

En todo lo que en él dijere me sujeto a lo que tiene la santa Iglesia romana, y si alguna cosa fuere contraria a esto, será por no lo entender. Y ansí, a los letrados que lo han de ver pido, por amor de Nuestro Señor, que muy particularmente lo miren y enmienden si alguna falta en esto hubiere, y otras muchas que terná en otras cosas. Si algo hubiere bueno, sea para honra y gloria de Dios y servicio de su sacratísima Madre, Patrona y Señora nuestra, cuyo hábito yo tengo, aunque harto indigna dél.

TERESA DE JESÚS.

Aunque en todas las impresiones que hasta ahora se han hecho se pone esta Protestación, no se halla en los originales de la Santa.

PRÓLOGO

SABIENDO las hermanas de este monasterio de San José de Ávila cómo tenía licencia del Padre Presentado fray Domingo Bañes, de la Orden del glorioso Santo Domingo (que al presente es mi confesor), para escribir algunas cosas de oración, en que parece podré atinar por haber tratado con muchas personas espirituales y santas, me han tanto importunado les diga algo della, que me he determinado a las obedecer. Viendo que el amor grande que me tienen puede hacer más aceto lo imperfeto, por mal estilo que yo les dijere, que algunos libros que están muy bien escritos, de quien sabía lo que escribió.

Yo confío en sus oraciones, que podrá ser por ellas el Señor se sirva acierte a decir algo de lo que al modo y manera de vivir que se lleva en esta casa conviene, y me lo dará para que se lo dé. Y si fuere mal acertado, el Padre Presentado, que lo ha de ver primero, lo remediará o lo quemará; y yo no habré perdido nada en obedecer a estas siervas de Dios, y

verán lo que tengo de mí cuando Su Majestad no me ayuda.

Pienso poner algunos remedios para algunas tentaciones menudas que pone el demonio (por serlo tanto, por ventura no hacen caso dellas), y otras cosas, como el Señor me diere a entender, y se me fueren acordando; que como no sé lo que he de decir, no puedo decirlo con concierto. Y creo es lo mejor no le llevar, pues es cosa tan desconcertada hacer yo esto. El Señor ponga, en todo lo que hiciere, sus manos, para que vaya conforme a su voluntad, pues son estos mis deseos siempre, aunque las obras tan faltas, como yo soy.

Sé que no falta el amor y deseo en mí para ayudar en lo que yo pudiere, para que las almas de mis hermanas vayan muy adelante en el servicio del Señor. Y este amor, junto con los años y experiencia que tengo de algunos monasterios, podrá ser aproveche para atinar en cosas menudas más que los letrados, que por tener otras ocupaciones más importantes, y ser varones fuertes, no hacen tanto caso de cosas que en sí no parecen nada; y a cosa tan flaca como somos las mujeres, todo nos puede dañar: porque las sutilezas del demonio son muchas para las muy encerradas, que ve son menester armas nuevas para dañar. Y yo, como ruin, heme sabido mal defender, y ansí querría escarmentasen mis hermanas en mí.

No diré cosas que, o en mí, o por verlas en otras, no las tenga por experiencia. Pocos días ha me man-

daron escribiese cierta relación de mi vida, adonde también traté algunas cosas de oración; podrá ser no quiera mi confesor las veáis por ahora, y por esto porné aquí alguna cosa de lo que allí va dicho, y otras que también me parecerán necesarias. El Señor lo ponga por su mano, como lo he suplicado, y lo ordene para su mayor gloria. Amén.

CAPÍTULO PRIMERO

De la causa que me movió a hacer con tanta estrechura este monasterio.

Al principio que se comenzó este monasterio a fundar, por las causas que en el libro que digo tengo escrito están dichas, con algunas grandezas del Señor, en que dió a entender se había mucho de servir en esta casa, no era mi intención hubiese tanta aspereza en lo exterior, ni que fuese sin renta, antes quisiera hubiera posibilidad para que no faltara nada. En fin, como flaca y ruin, aunque algunos buenos intentos llevaba más que mi regalo. En este tiempo vinieron a mi noticia los daños de Francia y el estrago que habían hecho estos luteranos, y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta. Dióme gran fatiga, y como si yo pudiera algo o fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal. Parecíame que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que allí se perdían. Y como me vi mujer, y ruin, imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor (y toda mi ansia era, y aun es, que pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que esos fuesen buenos), determiné hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mesmo, confiada en la gran bondad de Dios, que nunca falta de ayu-

dar a quien por él se determina a dejarlo todo; y que siendo tales cuales yo las pintaba en mis deseos, entre sus virtudes no ternían fuerza mis faltas, y podría yo contentar en algo al Señor; y que todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia, y predicadores, y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiésemos a este Señor mío, que tan apretado le traen a los que ha hecho tanto bien, que parece le querrían tornar ahora a la cruz estos traidores, y que no tuviese adonde reclinar la cabeza.

2. ¡Oh Redentor mío, que no puede mi corazón llegar aquí sin fatigarle mucho! ¿Qué es esto ahora de los cristianos? ¿Siempre han de ser los que más os deben los que os fatiguen? ¿A los que mejores obras hacéis? ¿A los que escogéis para vuestros amigos? ¿Entre los que andáis y os comunicáis por los Sacramentos? ¿No están hartos de los tormentos que por ellos habéis pasado? Por cierto, Señor mío, no hace nada quien ahora se aparta del mundo. Pues a Vos os tienen tan poca ley, ¿qué esperamos nosotros? ¿Por ventura merecemos nosotros mejor nos la tengan? ¿Por ventura hémosles hecho mejores obras para que nos guarden amistad? ¿Qué es esto? ¿Qué esperamos ya los que, por la bondad del Señor, no estamos en aquella roña pestilencial, que ya aquéllos son del demonio? Buen castigo han ganado por sus manos, y bien han granjeado con sus deleites fuego eterno. Allá se lo hayan, aunque no me deja de quebrar el corazón ver tantas almas como se pierden. Mas del mal no tanto, querría no ver perder más cada día. ¡Oh hermanas mías en Cristo! Ayudadme a suplicar esto al Señor, que para eso os juntó aquí; este es vuestro llamamiento; estos han de ser vuestros negocios; estos han de ser vuestros deseos; aquí vuestras lágrimas; estas vuestras peticiones. No, hermanas mías, por negocios acá del mundo, que yo me río y aun me congojo de las cosas que aquí nos vie-

nen a encargar supliquemos a Dios hasta pedir a Su Majestad rentas y dineros, y algunas personas que querría yo suplicasen a Dios los repisasen todos; ellos buena intención tienen, y en fin, se hace por ver su devoción, aunque tengo para mí que en estas cosas nunca me oye (1). Estáse ardiendo el mundo; quieren tornar a sentenciar a Cristo, como dicen, pues le levantan mil testimonios; quieren poner su Iglesia por el suelo, y hemos de gastar tiempo en cosas que por ventura si Dios se las diese, terníamos un alma menos en el cielo. No, hermanas mías, no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia. Por cierto que si no mirase a la flaqueza humana, que se consuela que le ayuden en todo (y es bien si fuésemos algo), que holgaría se entendiese no son éstas las cosas que se han de suplicar a Dios en San José con tanto cuidado.

CAPÍTULO II

Que trata cómo se han de descuidar de las necesidades corporales, y del bien que hay en la pobreza.

1. No penséis, hermanas mías, que por no andar a contentar a los del mundo os ha de faltar de comer: yo os aseguro (2). Jamás por artificios humanos pretendáis sustentaros, que moriréis de hambre, y con razón. Los ojos en vuestro esposo: él os ha de sustentar. Contento él; aunque no quieran, os darán de comer los menos vuestros devotos, como lo habréis visto por experiencia. Si haciendo vosotras esto muriéredes de hambre, bienaven-

(1) Quiere decir que el pedir lo temporal, y mayormente en tiempo de mayores necesidades, ha de ser cuidado muy accesorio.

(2) Quiere decir que quien profesa pobreza no ha de ganar con artificios solícitos las voluntades ajenas para que le den.

turadas las monjas de San José. Esto no se os olvide por amor del Señor, pues dejáis la renta, dejad el cuidado de la comida, si no todo va perdido. Los que quiere el Señor que la tengan, tengan enhorabuena esos cuidados, que es mucha razón, pues es su llamamiento; mas nosotras, hermanas, es disbarate. Cuidado de rentas ajenas, me parece a mí sería estar pensando en lo que los otros gozan. Sí, que por vuestro cuidado no muda el otro su pensamiento, ni se le pone deseo de dar limosna. Dejad ese cuidado a quien los puede mover a todos, que es el Señor de las rentas y de los renteros. Por su mandamiento venimos aquí; verdaderas son sus palabras, no pueden faltar, antes faltarán los cielos y la tierra; no le faltemos nosotras, que no hayáis miedo que falte; y si alguna vez os faltare, será para mayor bien, como faltaban las vidas a los Santos, cuando los mataban por el Señor, y era para aumentarles la gloria por el martirio. Buen trueco sería acabar presto con todo, y gozar de la hartura perdurable.

2. Mirad, hermanas, que va mucho en esto muerta yo, que para esto os lo dejo escrito; que mientras yo viviere, yo os lo acordaré, que por experiencia veo la gran ganancia; cuando menos hay, más descuidada estoy. Y sabe el Señor, que a todo mi parecer da más pena cuando mucho sobra, que cuando nos falta. No sé si lo hace, como ya tengo visto, nos lo da luego el Señor. Sería engañar el mundo otra cosa, hacernos pobres no lo siendo de espíritu, sino en lo exterior. Conciencia se me haría, a manera de decir, y parecerme ía era pedir limosna las ricas, y plega a Dios no sea ansí: que adonde hay estos cuidados demasiados, de que den, una vez u otra se irán por la costumbre; podrían ir, y pedir lo que no han menester, por ventura a quien tiene más necesidad; y aunque ellos no pueden perder nada, sino ganar, nosotras perderíamos.

3. No plega a Dios, mis hijas; cuando esto hubiere de ser, más quisiera tuviérades renta. En ninguna manera se ocupe en esto el pensamiento, os pido por amor de Dios en limosna. Y la más chiquita, cuando esto entendiese alguna vez en esta casa, clame a Su Majestad, y acuérdelo a la mayor; con humildad le diga, que va errada; y valo tanto, que poco a poco se irá perdiendo la verdadera pobreza. Yo espero en el Señor no será ansí, ni dejará a sus siervas; y para esto, aunque no sea para más, aproveche esto que me habéis mandado escribir, por despertador. Y crean mis hijas, que para vuestro bien me ha dado el Señor un poquito a entender los bienes que hay en la santa pobreza, y las que lo probaren lo entenderán, quizá no tanto como yo: porque no sólo no había sido pobre de espíritu, aunque lo tenía profesado, sino loca de espíritu. Ello es un bien que todos los bienes del mundo encierra en sí; es un señorío grande. Digo que es señorear todos los bienes dél otra vez, a quien no se le da nada dellos. ¿Qué se me da a mí de los reyes y señores, si no quiero sus rentas; ni de tenerlos contentos, si un tantico se atraviesa haber de descontentar en algo por ellos a Dios? ¿Ni qué se me da de sus honras, si tengo entendido en lo que está ser muy honrado un pobre, que es en ser verdaderamente pobre? Tengo para mí, que honras y dineros casi siempre andan juntos; y que quien quiere honra, no aborrece dineros; y que quien los aborrece, se le da poco de honra.

4. Entiéndase bien esto, que me parece que esto de honra siempre trae consigo algún interese de rentas y dineros: porque por maravilla hay honrado en el mundo si es pobre, antes aunque lo sea en sí, le tienen en poco. La verdadera pobreza trae una honraza consigo, que no hay quien la sufra (la pobreza que es tomada por sólo Dios, digo), no ha menester contentar a nadie sino a él: y es cosa muy cierta, en no habiendo menester a nadie, te-

ner muchos amigos. Yo lo tengo bien visto por experiencia; porque hay tanto escrito desta virtud, que no lo sabría yo entender, cuanto más decir; y por no la agraviar en loarla yo, no digo más en ella; sólo he dicho lo que he visto por experiencia. Y yo confieso, qne he ido tan embebida, que no me he entendido hasta ahora. Mas, pues, está dicho, por amor del Señor, pues son nuestras armas la santa pobreza, y lo que al principio de la fundación de nuestra Orden tanto se estimaba y guardaba en nuestros santos Padres (que me ha dicho, quien lo sabe, que de un día para otro no guardaban nada), ya que tanta perfeción en lo exterior no se guarde, en lo interior procuremos tenerla. Dos horas son de vida; grandísimo el premio; y cuando no hubiera ninguno, sino cumplir lo que nos aconsejó el Señor, era grande la paga imitar en algo a Su Majestad.

5. Estas armas han de tener nuestras banderas, que de todas maneras lo queramos guardar en esta casa, en vestidos, en palabras, y mucho más en pensamiento. Y mientras esto hicieren, no hayan miedo caya la religión desta casa con el favor de Dios: que como decía Santa Clara, grandes muros son los de la pobreza. Desto, decía ella, y de humildad quería cercar sus monasterios; y a buen seguro si se guarda de verdad, que esté la honestidad y todo lo demás fortalecido mucho mejor que con muy suntuosos edificios. Desto se guarden por amor de Dios, y por su sangre se lo pido yo; y si con conciencia puedo decir que el día que tal hicieren se torne a caer la casa, que las mate a todas, yendo con buena conciencia, lo digo, y lo suplicaré a Dios. Muy mal parece, hijas mías, de la hacienda de los pobrecitos se hagan grandes casas. No lo permita Dios, sino pobre en todo, y chica. Parezcámonos en algo a nuestro Rey, que no tuvo casa sino en el Portal de Belén, adonde nació, y la Cruz adonde murió. Casas eran éstas adonde se podía tener

poca recreación. ¡Oh, los que las hacen grandes! Ellos se entenderán, llevan otros intentos santos; mas trece pobrecitas cualquier rincón les basta. Si (porque es menester por el mucho encerramiento) tuvieren campo (y aun ayuda a la oración y devoción), con algunas ermitas para apartarse a orar, enhorabuena; mas edificios, ni casa grande, ni curioso nada, Dios nos libre. Siempre os acordad se ha de caer todo el día del juicio, ¿qué sabemos si será presto? Pues hacer mucho ruido al caerse casa de trece pobrecillas, no es bien: que los pobres verdaderos no han de hacer ruido; gente sin ruido ha de ser, para que los hayan lástima. Y cómo se holgarán, si ven alguno por la limosna que les ha hecho librarse del infierno, que todo es posible; porque están muy obligadas a rogar por ellos muy continuamente, pues os dan de comer. Que también quiere el Señor que, aunque viene de su parte, que también lo agradezcamos a las personas por cuyo medio nos lo da; y desto no haya descuido. No sé lo que había comenzado a decir, que me he divertido; creo lo ha querido el Señor, porque nunca pensé escribir lo que aquí he dicho. Su Majestad nos tenga siempre de su mano para que no se caya dello. Amén.

CAPÍTULO III

Prosigue lo que en el primero comenzó a tratar, y persuade a las hermanas a que se ocupen siempre en suplicar a Dios favorezca a los que trabajan por la Iglesia; acaba con una exclamación.

1. Tornando a lo principal, para lo que el Señor nos juntó en esta casa (y por lo que yo mucho deseo seamos algo), para que contentemos a Su Majestad, digo que, viendo tan grandes males, que fuerzas humanas no bastan a atajar este fuego destos herejes, que va tan adelante, hame parecido es menester, como cuando los ene-

migos en tiempo de guerra han corrido toda la tierra, y viéndose el Señor della apretado, se recoge a una ciudad que hace muy bien fortalecer, y desde allí acaece algunas veces dar en los contrarios, y ser tales los que están en la ciudad, como es gente escogida, que pueden más ellos a solas que con muchos soldados, si eran cobardes, pudieron; y muchas veces se gana desta manera victoria; al menos aunque no se gane, no los vencen, porque como no haya traidor, si no es por hambre no los pueden ganar. Acá esta hambre no la puede haber que baste a que se rindan: a morir, sí, mas no a quedar vencidos. Mas ¿para qué he dicho esto? Para que entendáis, hermanas mías, que lo que hemos de pedir a Dios es que en este castillo que hay ya de buenos cristianos, no se nos vaya ya ninguno con los contrarios; y a los capitanes deste castillo o ciudad los haga muy aventajados en el camino del Señor, que son los predicadores y teólogos.

Y pues los más están en las religiones, que vayan muy adelante en su perfeción y llamamiento, que es muy necesario, que ya, como tengo dicho, nos ha de valer el brazo eclesiástico, y no el seglar. Y pues ni en lo uno ni en lo otro valemos nada para ayudar a nuestro Rey, procuremos ser tales, que valgan nuestras oraciones para ayudar a estos siervos de Dios, que con tanto trabajo se han fortalecido con letras y buena vida, y trabajado para ayudar ahora al Señor. Podrá ser digáis, ¿que para qué encarezco tanto esto, y digo hemos de ayudar a los que son mejores que nosotras? Yo os lo diré: porque aún no creo entendéis bien lo mucho que debéis al Señor en traeros adonde tan quitadas estáis de negocios, y ocasiones, y tratos. Es grandísima merced ésta, lo que no están los que digo, ni es bien que estén en estos tiempos, menos que en otros, porque han de ser los que esfuercen la gente flaca, y pongan ánimo a los pequeños. Buenos quedaban los soldados sin capitanes. Han de vivir entre

los hombres, y tratar con los hombres, y estar en los palacios, y aun hacerse algunas veces con ellos en lo exterior.

2. ¿Pensáis, hijas mías, que es menester poco para tratar con el mundo, y vivir en el mundo, y tratar negocios del mundo, y hacerse, como he dicho, a la conversación del mundo, y ser en lo interior extraños del mundo, y enemigos del mundo, y estar como quien está en destierro, y, en fin, no ser hombres, sino ángeles? Porque a no ser esto ansí, ni merecen nombre de capitanes, ni permita el Señor salgan de sus celdas, que más daño harán que provecho; porque no es ahora tiempo de ver imperfeciones en los que han de enseñar; y si en lo interior no están fortalecidos en entender lo mucho que va en tenerlo todo debajo de los pies, y estar desasidos de las cosas que se acaban, y asidos a las eternas, por mucho que lo quieran encubrir han de dar señal. Pues con quien lo han sino con el mundo, no hayan miedo se lo perdone, ni que ninguna imperfeción dejen de entender. Cosas buenas muchas se les pasarán por alto, y aun por ventura no las ternán por tales: mas mala o imperfeta, no hayan miedo.

3. Ahora yo me espanto quién les muestra la perfeción, no para guardarla (que desto ninguna obligación les parece tienen, harto les parece hacen si guardan razonablemente los mandamientos), sino para condenar; y a las veces lo que es virtud les parece regalo. Ansí que no penséis es menester poco favor de Dios para esta gran batalla adonde se meten, sino grandísimo. Para estas dos cosas os pido yo procuréis ser tales que merezcamos alcanzarlas de Dios. La una, que haya muchos de los muy mucho letrados y religiosos que hay que tengan las partes que son menester para esto, como he dicho; y a los que no están muy dispuestos los disponga el Señor, que más hará uno perfeto que muchos que no lo sador-

La otra, que después de puestos en esta pelea (que, como digo, no es pequeña), los tenga el Señor de su mano para que puedan librarse de tantos peligros como hay en el mundo, y tapar los oídos en este peligroso mar, del canto de las sirenas. Y si en esto podemos algo con Dios, estando encerradas peleamos por él: y daré yo por muy bien empleados los trabajos que he pasado por hacer este rincón, adonde también pretendí se guardase esta regla de Nuestra Señora y Emperadora, con la perfeción que se comenzó.

No os parezca inútil ser contina esta petición, porque hay algunas personas que les parece recia cosa no rezar mucho por su alma; ¿y qué mejor oración que ésta? Si tenéis pena porque no se os descontará la pena del purgatorio, también se os quitará por esta oración, y lo que más faltare, falte. ¿Qué va en que esté yo hasta el día del Juicio en el purgatorio, si por mi oración se salvase sola un alma, cuanto más el provecho de muchas y la honra del Señor? De penas que se acaban no hagáis caso dellas cuando interviniere algún servicio mayor al que tantas pasó por nosotros. Siempre os informad de lo que es más perfeto, pues como os rogaré mucho y daré las causas siempre habéis de tratar con letrados. Ansí que os pido por amor del Señor pidáis a Su Majestad nos oya en esto. Yo, aunque miserable, lo pido a Su Majestad, pues es para gloria suya y bien de su Iglesia, que aquí van mis deseos.

4. Parece atrevimiento pensar yo he de ser alguna parte para alcanzar esto. Confío yo, Señor mío, en estas siervas vuestras que aquí están, que veo y sé no quieren otra cosa, ni la pretenden, sino contentaros. Por Vos han dejado lo poco que tenían, y quisieran tener más para serviros con ello. Pues no sois Vos, Criador mío, desagradecido, para que piense yo dejaréis de hacer lo que quedaplican; ni aborrecisteis, Señor, cuando andábades en

el mundo, las mujeres, antes las favorecisteis siempre con mucha piedad. Cuando os pidiéremos honras, no nos oyáis, o rentas, o dineros, o cosa que sepa a mundo; mas para honra de vuestro Hijo, ¿por qué no nos habéis de oír, Padre eterno, a quien perdería mil honras y mil vidas por Vos? No por nosotras, Señor, que no lo merecemos, sino por la sangre de vuestro Hijo y sus merecimientos. ¡Oh, Padre eterno! Mira que no son de olvidar tantos azotes e injurias, y tan gravísimos tormentos. Pues, Criador mío, ¿cómo pueden sufrir unas entrañas tan amorosas como las vuestras, que lo que se hizo con tan ardiente amor de vuestro Hijo, y por más contentaros a Vos que mandastes nos amase, sea tenido en tan poco como hoy día tienen esos herejes el Santísimo Sacramento, que le quitan sus posadas, deshaciendo las iglesias? Si le faltara algo por hacer para contentaros, mas todo lo hizo cumplido. ¿No bastaba, Padre eterno, que no tuvo adonde reclinar la cabeza mientras vivió, y siempre en trabajos, sino que ahora las que tiene para convidar sus amigos, por vernos flacos, y saber que es menester, que los que han de trabajar se sustenten de tal manjar, se las quiten? ¿Ya no había pagado bastantísimamente por el pecado de Adán? ¿Siempre que tornamos a pecar, lo ha de pagar este amantísimo Cordero? No lo permitáis, Emperador mío; apláquese ya vuestra Majestad, no miréis a los pecados nuestros, sino a que nos redimió vuestro sacratísimo Hijo, y a los merecimientos suyos, y de su Madre gloriosa, y de tantos Santos y mártires como han muerto por Vos.

¡Ay, dolor, Señor mío, y quién se ha atrevido a hacer esta petición en nombre de todos! ¡Qué mala tercera, hijas mías, para ser oídas, y que echase por vosotras la petición! ¿Si ha de indignar más a este soberano juez verme tan atrevida? Y con razón y justicia. Mas mirad, Señor, que ya sois Dios de misericordia, habedla desta pecador-

cilla, gusanillo que ansí se os atreve. Mirad, Dios mío, mis deseos y las lágrimas con que esto os suplico, y olvidad mis obras por quien Vos sois, y habed lástima de tantas almas como se pierden, y favoreced vuestra Iglesia. No permitáis ya más daños en la cristiandad, Señor; dad ya luz a estas tinieblas.

5. Pídoos yo, hermanas mías, por el amor del Señor, encomendéis a Su Majestad esta pobrecilla, y le supliquéis la dé humildad, como cosa que tenéis obligación. No os encargo particularmente los reyes y perlados de la Iglesia, en especial nuestro Obispo; veo a las de ahora tan cuidadosas dello, que ansí me parece no es menester. Mas vengan las que vinieren, que teniendo santo perlado, lo serán las súbditas, y como cosa tan importante la poned siempre delante del Señor. Y cuando vuestras oraciones y deseos, y disciplinas y ayunos, no se emplearen por esto que he dicho, pensad que no hacéis ni cumplís el fin para que aquí os juntó el Señor.

CAPÍTULO IV

En que se persuade la guarda de la regla, y de tres cosas importantes para la vida espiritual.

1. Ya, hijas, habéis visto la gran empresa que pretendemos ganar; ¿qué tales habremos de ser para que en los ojos de Dios y del mundo no nos tengan por muy atrevidas? Está claro que hemos menester trabajar mucho, y ayuda mucho tener altos pensamientos para que nos esforcemos a que lo sean las obras; pues con que procuremos guardar cumplidamente nuestra regla y constituciones con gran cuidado, espero en el Señor admitirá nuestros ruegos. Que no os pido cosa nueva, hijas mías, sino que guardemos nuestra profesión, pues es nuestro llama-

miento y a lo que estamos obligadas, aunque de guardar a guardar va mucho.

2. Dice en la primera regla nuestra que oremos sin cesar; con que se haga esto con todo el cuidado que pudiéremos, que es lo más importante, no se dejarán de cumplir los ayunos, disciplinas y silencio que manda la Orden. Porque ya sabéis que para ser la oración verdadera se ha de ayudar con esto, que regalo y oración no se compadecen. En esto de oración es lo que me habéis pedido diga alguna cosa, y lo dicho hasta ahora, para en pago de lo que dijere, os pido yo cumpláis y leáis muchas veces de muy buena gana. Antes que diga de lo interior, que es la oración, diré algunas cosas que son necesarias tener las que pretenden llevar camino de oración, y tan necesarias, que con ellas, sin ser muy contemplativas, podrán estar muy adelante en el servicio del Señor; y es imposible, si no las tienen, ser muy contemplativas, y cuando pensaren lo son, están muy engañadas. El Señor me dé el favor para ello y me enseñe lo que tengo de decir, porque sea para su gloria. Amén.

3. No penséis, amigas y hermanas mías, que serán muchas las cosas que os encargaré, porque plega al Señor hagamos las que nuestros santos Padres ordenaron y guardaron, porque por este camino merecieron este nombre; yerro sería buscar otro ni deprenderle de nadie. Solas tres me extenderé en declarar, que son de la mesma constitución, porque importa mucho entendamos lo muy mucho que nos va en guardarlas para tener la paz, que tanto nos encomendó el Señor, interior y exteriormente. La una, es amor unas con otras. La otra, desasimiento de todo lo criado. La otra, verdadera humildad, que aunque la digo a la postre, es muy principal y las abraza todas. Cuanto a la primera, que es amaros mucho unas a otras, va muy mucho, porque no hay cosa enojosa que no se pase con facilidad en los que se aman, y recia ha de ser

cuando dé enojo. Y si este mandamiento se guardase en el mundo como se ha de guardar, creo aprovecharía mucho para guardar los demás; sino que por más o por menos nunca acabamos de guardarle con perfeción.

4. Parece que lo demasiado entre nosotras no puede ser malo, y trae tanto mal y tantas imperfeciones consigo, que no creo lo creerán sino los que han sido testigos de vista. Aquí hace el demonio muchos enredos, que en conciencias que tratan groseramente de contentar a Dios se sienten poco y les parece virtud; y las que tratan de perfeción lo entienden mucho, porque poco a poco quita la fuerza a la voluntad para que del todo se emplee en amar a Dios.

Y en mujeres creo debe ser esto aun más que en hombres, y hace daños para la Comunidad muy notorios; porque de aquí viene el no se amar tanto todas, el sentir el agravio que se hace a la amiga, el desear tener para regalarla, el buscar tiempo para hablarla y muchas veces más para decirle lo que la quiere, y otras cosas impertinentes, que lo que ama a Dios: porque estas amistades grandes pocas veces van ordenadas a ayudarse a amar más a Dios, antes creo las hace comenzar el demonio para comenzar bandos en las Religiones; que cuando es para servir a Su Majestad, luego se parece que no va la voluntad con pasión, sino procurando ayuda para vencer otras pasiones. Y destas amistades querría yo muchas donde hay gran convento, que en esta casa, que no son más de trece (ni lo han de ser), aquí todas han de ser amigas, todas se han de amar, todas se han de querer, todas se han de ayudar; y guárdense destas particularidades, por amor del Señor, por santas que sean, que aun entre hermanos suele ser ponzoña, y ningún provecho en ello veo; y si son deudos, muy peor: es pestilencia.

Y créanme, hermanas, que aunque os parezca que este es extremo, en él está gran perfeción y gran paz, y se

quitan muchas ocasiones a las que no están muy fuertes; sino que si la voluntad se inclinare más a una que a otra (que no podrá ser menos, que es natural, y muchas veces nos lleva a amar lo más ruin, si tiene más gracias de naturaleza), que nos vamos mucho a la mano, a no nos dejar enseñorear de aquella afición.

5. Amemos las virtudes y lo bueno interior, y siempre con estudio trayamos cuidado de apartarnos de hacer caso desto exterior. No consintamos, oh hermanas, que sea esclava de nadie nuestra voluntad, sino del que la compró por su sangre; miren que, sin entender cómo, se hallarán asidas que no se pueden valer. ¡Oh, válame Dios! Las niñerías que vienen de aquí no tienen cuento; y porque son tan menudas que sólo las que lo ven lo entenderán y creerán, no hay para qué las decir aquí. Y porque no se entiendan tantas flaquezas de mujeres y no deprendan las que no lo saben, no las quiero decir por menudo. Mas cierto a mí me espantan algunas veces verlas, que yo por la bondad de Dios en este caso jamás me así mucho; mas como digo, vilo muchas veces, y en los más monasterios temo que pasa, porque en algunos lo he visto y sé que para mucha religión y perfeción es malísima cosa en todas, y en las perladas sería pestilencia; esto ya se está dicho.

Mas en atajar estas parcialidades es menester gran cuidado desde el principio que se comienza la amistad, y esto más con industria y amor, que con rigor. Para remedio desto es gran cosa no estar juntas sino las horas señaladas, ni hablarse conforme a la costumbre que ahora llevamos, que es no estar juntas, como manda la Regla, sino cada una apartada en su celda. Líbrense en San José de tener casa de labor, porque aunque es loable costumbre, con más facilidad se guarda el silencio cada una por sí. Y acostumbrarse a soledad es gran cosa para la oración, y pues éste ha de ser el cimiento desta casa, y a

esto nos juntamos más que a otra cosa, es menester traer estudio en aficionarnos a lo que a esto más nos ayuda.

6. Tornando a el amarnos unas a otras, parece cosa impertinente encomendarlo; porque ¿qué gente hay tan bruta, que tratándose siempre y estando en compañía, y no habiendo de tener otras conversaciones ni otros tratos ni recreaciones con personas de fuera de casa, y creyendo las ama Dios y ellas a Él (pues por Su Majestad lo dejan todo), que no cobre amor? En especial, que la virtud siempre convida a ser amada, y ésta, con el favor de Dios (espero yo en Su Majestad), siempre la habrá en las desta casa. Ansí que en esto no hay que encomendar mucho, a mi parecer, en cómo ha de ser este amarse, y qué cosa es amor virtuoso el que yo deseo haya aquí, y en qué veremos tenemos esta grandísima virtud (que es bien grande, pues Nuestro Señor tanto nos la encomendó, y tan encargadamente a sus Apóstoles), desto querría yo decir ahora un poquito conforme a mi rudeza. Y si en otros libros tan menudamente lo halláredes, no toméis nada de mí, que por ventura no sé lo que digo.

7. De dos maneras de amor es lo que trato; una es puro espiritual, porque ninguna cosa parece toca a la sensualidad, ni la ternura de nuestra naturaleza, de manera que quite su puridad. Otra es espiritual, y que junto con ella nuestra sensualidad y flaqueza, y es buen amor, y que parece lícito como el de los deudos y amigos. Deste ya queda algo dicho. Del que es espiritual, sin que entrevenga pasión ninguna, quiero ahora hablar; porque en habiéndola va todo desconcertado este concierto; si con templanza y discreción tratamos el amor que tengo dicho, va todo meritorio; porque lo que nos parece sensualidad se torna en virtud; sino que va tan entremetido, que a veces no hay quien lo entienda, en especial si es algún confesor; que personas que tratan oración, si le ven santo, y las entiende la manera de proceder, tómase

mucho amor. Y aquí da el demonio gran batería de escrúpulos que desasosiega el alma harto, que esto pretende él; en especial si el confesor la trae a más perfeción, apriétala tanto, que le viene a dejar, y no la deja con uno ni con otro.

8. Lo que en esto pueden hacer es procurar no ocupar el pensamiento en si quieren o no quieren; sino si quieren, quieran; porque pues cobramos amor a quien nos hace algunos bienes al cuerpo, quien siempre procura y trabaja de hacerlos al alma, ¿por qué no le hemos de querer? Antes tengo por gran principio de aprovechar mucho tener amor al confesor, si es santo y espiritual y veo que pone mucho en aprovechar mi alma; porque es tal nuestra flaqueza, que algunas veces nos ayuda mucho para poner por obra cosas muy grandes en servicio de Dios.

Si no es tal como he dicho, aquí está el peligro, y puede hacer grandísimo daño entender él que le tienen voluntad; y en casas muy encerradas, mucho más que en otras. Y porque con dificultad se entenderá cuál es tan bueno, es menester gran cuidado y aviso. Porque decir que no entienda él que hay voluntad y que se lo digan, esto sería lo mejor; mas aprieta el demonio de arte y no da ese lugar, porque todo cuanto tuviere que confesar le parecerá es aquello, y que está obligada a confesarlo. Por esto querría yo creyesen no es nada, ni hiciesen caso de ello. Lleven este aviso si en el confesor entendieren que todas sus pláticas son para aprovechar su alma, y no le vieren ni entendieren otra vanidad (que luego se entiende a quién no se quiere hacer boba) y le entendieren temeroso de Dios, por ninguna tentación que ellas tengan de mucha afición se fatiguen, sino desprécienla y aparten la vista della, que de que el demonio se canse, se les quitará.

Mas si en el confesor se entendiere va encaminado a

alguna vanidad, todo lo tengan por sospechoso; y en ninguna manera, aunque sean pláticas buenas las tengan con él, sino con brevedad confesarse y concluir. Y lo mejor sería decir a la perlada que no se halla bien su alma con él, y mudarle; esto es lo más acertado, si se puede hacer sin tocarle en la honra. En caso semejante, y otros que podría el demonio en cosas dificultosas enredar, y no se sabe qué consejo tomar, lo más acertado será procurar hablar a alguna persona que tenga letras (que habiendo necesidad, dase libertad para ello), y confesarse con él, y hacer lo que dijere en el caso. Porque ya que no se puede dejar de dar algún medio, podríase errar mucho. Y ¿cuántos yerros pasan en el mundo por no hacer las cosas con consejo, en especial en lo que toca a dañar a nadie? Dejar de dar algún medio, no se sufre: porque cuando el demonio comienza por aquí, no es por poco, si no se ataja con brevedad. Y ansí, lo que tengo dicho de procurar hablar con otro confesor, es lo más acertado si hay disposición (y espero en el Señor sí habrá) y poner lo que pudieren en no tratar con él, aunque sientan la muerte.

Miren que va mucho en esto, que es cosa peligrosa y un infierno y daño para todas. Y digo que no aguarden a entender mucho mal, sino que al principio le atajen por todas las vías que pudieren y entendieren; con buena conciencia lo pueden hacer. Mas espero yo en el Señor no permitirá que personas que han de tratar siempre en oración puedan tener voluntad sino a quien sea muy siervo de Dios; que esto es muy cierto, o lo es que no tienen oración, ni perfeción, conforme a lo que aquí se pretende; porque si no ven que entiende su lenguaje y es aficionado a hablar en Dios, no le podrán amar, porque no es su semejante. Si lo es, con las poquísimas ocasiones que aquí habrá, o será muy simple, o no querrá desasosegarse y desasosegar las siervas de Dios. Ya que he

comenzado a hablar en esto, que, como he dicho, es todo o el mayor daño que el demonio puede hacer a monasterios encerrados, y muy tardío en entenderse, y ansí se puede ir estragando la perfeción sin saber por dónde; porque si éste quiere dar lugar a la vanidad, por tenerla él, lo hace todo poco aun para las otras. Dios nos libre, por quien Su Majestad es, de cosas semejantes. A todas las monjas bastan a turbar, porque sus conciencias les dice al contrario de lo que el confesor, y si las aprietan en que tengan uno solo, no saben qué hacer, ni cómo se sosegar; porque quien lo había de quietar y remediar, es quien hace el daño. Hartas aflicciones destas debe haber en algunas partes; háceme gran lástima, y ansí no os espantéis ponga mucho cuidado en daros a entender este peligro.

CAPÍTULO V

Prosigue en los confesores, dice lo que importa sean letrados.

1. No dé el Señor a probar a nadie en esta casa el trabajo que queda dicho, por quien Su Majestad es, de verse alma y cuerpo apretados. O que si la perlada está bien con el confesor, que ni a él della, ni a ella dél, no osan decir nada. Aquí verná la tentación de dejar de confesar pecados muy graves por miedo las cuitadas de no estar en desasosiego. ¡Oh, válame Dios, qué daño puede hacer aquí el demonio, y qué caro les cuesta el negro apretamiento y honra, que porque no tratan más que un confesor, piensan granjean gran cosa de religión y honra del monasterio, y ordena por esta vía el demonio coger las almas, como no puede por otra! Si las tristes piden otro, luego parece va perdido el concierto de la religión; o que si no es de la Orden, aunque sea un santo, aun en tratar con él les parece hacen afrenta a toda la Orden.

Alabad mucho, hijas, a Dios por esta libertad que ahora tenéis, que aunque no ha de ser para con muchos, podéis tratar con algunos, aunque no sean los ordinarios confesores que os den luz para todo. Y esta mesma libertad santa pido yo por amor del Señor a la que estuviere por mayor; procure siempre con el Obispo o provincial, que, sin los confesores ordinarios, procure algunas veces tratar ella, y todas, y comunicar sus almas con personas que tengan letras, en especial si los confesores no las tienen, por buenos que sean. Dios las libre, por espíritu que uno les parezca tenga (y en hecho de verdad le tenga), regirse en todo por él, si no es letrado. Son gran cosa letras para dar en todo luz. Será posible hallar lo uno y lo otro junto en algunas personas; y mientras más merced el Señor os hiciere en la oración, es menester más ir bien fundadas sus obras, y oración.

2. Ya sabéis que la primera piedra ha de ser buena conciencia, y con todas vuestras fuerzas libraros aun de pecados veniales, y seguir lo más perfeto. Parecerá que esto cualquier confesor lo sabe, y es engaño. A mí me acaeció tratar con uno cosas de conciencia, que había oído todo el curso de Teología, y me hizo harto daño en cosas que me decía no era nada; y sé que no pretendía engañarme, ni tenía para qué, sino que no supo más; y con otros dos o tres, sin éste, me acaeció. Este tener verdadera luz para guardar la ley de Dios con perfeción, es todo nuestro bien: sobre éste asienta bien la oración, sin este cimiento fuerte todo el edificio va falso; ansí que gente de espíritu y letras han menester tratar. Si el confesor no pudieren lo tenga todo, a tiempo procurar otros; y si por ventura las ponen precepto, no se confiesen con otros, sin confesión traten su alma con personas semejantes a lo que he dicho. Atrévome más a decir: que aunque el confesor lo tenga todo, algunas veces se haga lo que digo, porque ya puede ser él se engañe, y es bien no

se engañen todas por él: procurando siempre no se haga cosa contra la obediencia, que medios hay para todo, y vale mucho un alma para que procuren por todas maneras su bien, cuanto más las de muchas.

3. Todo esto que he dicho toca a la perlada: y ansi la torno a pedir que, pues aquí no se pretende tener otra consolación sino la del alma, procure en esto su consolación, que hay diferentes caminos por donde lleva Dios, y no por fuerza los sabrá todos un confesor; que yo aseguro no les falten personas santas que quieran tratarlas y consolar sus almas, si ellas son las que han de ser, aunque seáis pobres; que el que las sustenta los cuerpos, despertará y porná voluntad á quien con ella dé luz a sus almas, y remédiase este mal, que es el que más yo temo: que cuando el demonio tentase al confesor en engañarle en alguna doctrina, como vea trata otros, iráse a la mano, y mirará mejor en todo lo que hace.

Quitada esta entrada al demonio, yo espero en Dios no la terná en esta casa; y ansí pido por amor del Señor al obispo o perlado que fuere, que deje a las hermanas esta libertad, y que cuando las personas fueren tales que tengan letras y bondad (que luego se entienden en lugar tan chico como éste), no las quite, que algunas veces se confiesen con ellos, aunque haya confesores: que para muchas cosas sé que conviene, y que el daño que puede haber es ninguno en comparación del grande, y disimulado, y casi sin remedio que hay en lo otro. Que esto tienen los monasterios, que el bien cáese presto si con gran cuidado no se guarda; y el mal, si una vez se comienza, es dificultosísimo de quitarse, y muy presto la costumbre se hace hábito de cosas imperfetas.

4. Esto que aquí he dicho téngolo visto y entendido y tratado con personas doctas y santas, que han mirado lo que más convenía a esta casa, para que la perfeción della fuese adelante. Y entre los peligros (que en todo

los hay mientras vivimos), éste hallaremos ser el menor, y que nunca haya Vicario que tenga mano de entrar, y mandar, y salir, ni confesor que tenga esta libertad, sino que éstos sean para celar el recogimiento y honestidad de la casa, y aprovechamiento interior y exterior, para decirlo al Perlado cuando hubiere falta, mas que no sea el Superior. Y esto es lo que se hace ahora, y no por sólo mi parecer, porque el Obispo que ahora tenemos, debajo de cuya obediencia estamos (que por causas muchas que hubo no se dió la obediencia a la Orden), que es persona amiga de toda religión y santidad, gran siervo de Dios (llámase D. Alvaro de Mendoza, de gran nobleza de linaje y muy aficionado a favorecer a esta casa de todas maneras), hizo juntar personas de letras, y espíritu, y experiencia para este punto, y se vino a determinar esto después de harta oración de muchas personas y mía, aunque miserable. Razón será que los perlados que vinieren se lleguen a este parecer, pues por tan buenos está determinado y con hartas oraciones pedido al Señor alumbrase lo mejor, y a lo que se entiende hasta ahora, cierto esto lo es. El Señor sea servido llevarlo siempre adelante como más sea para su gloria. Amén.

CAPITULO VI

Torna a la materia que comenzó del amor perfeto.

1. Harto me he divertido, mas importa tanto lo que queda dicho, que quien lo entendiere no me culpará. Tornemos ahora al amor que es bueno y lícito que nos tengamos Del que digo es puro espiritual, no sé si sé lo que me digo, al menos paréceme no es menester mucho hablar en él, porque temo le tienen pocas; a quien el Señor se le hubiere dado, alábele mucho, porque debe ser gran-

dísima perfeción. En fin, quiero tratar algo dél; por ventura hará algún provecho, que poniéndonos delante de los ojos la virtud, aficiónase a ella quien la desea y pretende ganar. Plega a Dios yo sepa entenderle, cuantimás decirle que ni creo sé cuál es espiritual, ni cuándo se mezcla sensual, ni sé cómo me pongo a hablar en ello. Es como quien oye hablar desde lejos, que no entiende lo que dicen; ansí soy yo, que algunas veces no debo entender lo que digo, y quiere el Señor sea bien dicho: si otras fuere dislate, es lo más natural a mí no acertar en nada.

2. Paréceme ahora a mí, que cuando una persona allegándola Dios a claro conocimiento de lo que es el mundo, y que hay otro mundo, y la diferencia que hay de lo uno a lo otro, y que lo uno es eterno y lo otro soñado, y qué cosa es amar al Criador, o a la criatura (esto visto por experiencia, que es otro negocio que sólo pensarlo y creerlo), y ver y probar qué se gana con lo uno y se pierde con lo otro, y qué cosa es Criador, y qué cosa es criatura y otras muchas cosas que el Señor enseña con verdad y claridad a quien se quiere dar a ser enseñado dél en la oración, o a quien Su Majestad quiere; que aman muy diferentemente de los que no hemos llegado aquí. Podrá ser, hermanas, que os parezca impertinente tratar en esto, y que digáis que estas cosas que he dicho todas las sabéis. Plega al Señor sea ansí, que lo sepáis de la manera que hace al caso, imprimiéndolo en las entrañas. Pues si lo sabéis, veréis que no miento en decir que a quien el Señor llega aquí, tiene este amor. Son estas personas (las que Dios llega a este estado) almas generosas, almas reales. No se contentan con amar cosa tan ruin como estos cuerpos por hermosos que sean, por muchas gracias que tengan, bien que aplace a la vista, y alaban al Criador; mas para detenerse en ello, no. Digo detenerse de manera que por estas cosas le tengan amor; parecerles ía que aman cosa sin tomo, y que se ponen a querer

sombra, correrse ían de sí mesmos, y no tenían cara sin gran afrenta suya para decir a Dios que le aman.

3. Diréisme: esos tales no sabrán querer, ni pagar la voluntad que se les tuviere. Al menos dáseles poco de que se la tengan, y ya que de presto algunas veces el natural lleva a holgarse de ser amados, en tornando sobre sí, ven que es disbarate, si no son personas que han de aprovechar a su alma con doctrina o con oración. Todas las otras voluntades les cansan, que entienden les hacen ningún provecho, y les podrían dañar: no porque las dejan de agradecer y pagar con encomendarlos a Dios, tomándolo como cosa que echan cargo al Señor los que las aman, que entienden viene de allí. Porque en sí no les parece que hay que querer, y luego les parece las quieren, porque las quiere Dios, y dejan a Su Majestad lo pague, y se lo suplican, y con esto quedan libres y paréceles que no les toca. Y bien mirado, si no es con las personas que digo, que nos pueden hacer bien para ganar bienes perfetos, yo pienso algunas veces cuán gran ceguedad se trae en este querer que nos quieran.

4. Ahora noten que como en el amor, cuando de alguna persona le queremos, siempre pretendemos algún interese de provecho y contento nuestro, y estas personas perfetas ya tienen debajo de los pies todos los bienes que en el mundo les puedan hacer, y los regalos, y los contentos, y están de suerte que, aunque ellas quieran, a manera de decir, no le pueden tener, que lo sea fuera de con Dios, y en tratar de Dios, no hallan qué provecho les pueda venir de ser amadas, y ansí, no curan de serlo. Y como se les representa esta verdad, de sí mesmos se ríen de la pena que algún tiempo les ha dado, si era pagada o no su voluntad; que aunque sea buena la voluntad, luego nos es muy natural querer ser pagada. Venida a cobrar esta paga, es en pajas, que todo es aire, y sin tomo, que se lo lleva el viento; porque cuando mucho nos hayan

querido, ¿qué es esto que nos queda? Ansí que si no es para provecho de su alma con las personas que tengo dichas, porque ven ser tal nuestro natural, que si no hay algún amor luego se cansa, no se les da más ser queridas que no. Pareceros ha que estos tales no quieren a nadie, ni saben sino a Dios. Mucho más quieren, y con más verdadero amor, y más provechoso, y con más intensión; en fin: es amor. Y estas tales almas son siempre aficionadas a dar mucho más que no a recibir, y aun con el mesmo Criador les acaece eso. Esto digo, que merece este nombre de amor: que estotras aficiones bajas le tienen usurpado el nombre.

5. También os parecerá que si no aman por las cosas que ven, ¿que a qué se aficionan? Verdad es que lo que ven aman, y a lo que oyen se aficionan; mas estas cosas que ven son estables. Luego éstos si aman, pasan por los cuerpos, y ponen los ojos en las almas, y miran si hay qué amar; y si no lo hay, y ven algún principio o disposición, para que si cavan hallarán oro en esta mina, si la tienen amor no las duele el trabajo. Ninguna cosa se les pone delante que de buena gana no la hiciesen por el bien de aquella alma, porque desean durar en amarla, y saben muy bien que si no tiene bienes y ama mucho a Dios, que es imposible. Y digo que es imposible, aunque más la obligue y se muera queriéndola, y le haga todas las buenas obras que pueda, y tenga todas las gracias de naturaleza juntas, no terná fuerza de voluntad ni la podrá hacer estar con asiento. Ya sabe y tiene experiencia de lo que es todo, no le echará dado falso.

Ve que no son para en uno, y que es imposible durar el quererse el uno al otro; porque es amor que se ha de acabar con la vida, si el otro no va guardando la ley de Dios, y entiende que no le ama, y que han de ir a diferentes partes. Y este amor, que sólo acá dura, alma destas a quien el Señor ha infundido verdadera sabiduría no le es-

tima en más de lo que vale ni en tanto; porque para los que gustan de gustar de cosas del mundo, deleites, honras y riquezas, algo valdrá si es rico, o tiene partes para dar pasatiempo y recreación; mas quien todo esto aborrece, ya poco o nada se le dará de aquello. Ahora, pues, aquí si tiene amor, es la pasión por hacer esta alma ame a Dios para ser amada dél (porque como digo, sabe que no ha de durar en quererla de otra manera, y que es amor muy a su costa), no deja de poner todo lo que puede, porque se aproveche; perdería mil vidas por un pequeño bien suyo. ¡Oh, precioso amor que va imitando al capitán del amor, Jesús nuestro bien!

CAPÍTULO VII

En que trata de la mesma materia de amor espiritual, y de algunos avisos para ganarle.

1. Es cosa extraña, qué apasionado amor es éste. ¡Qué lágrimas cuestas! ¡Qué penitencias y oración! ¡Qué cuidado de encomendar a todos lo que piensa le ha de aprovechar con Dios, para que se le encomienden! ¡Qué deseo ordinario, un no traer contento si no le ve aprovechar! Pues si le parece está mejorado, y le ve que torna algo atrás, no parece ha de tener placer en su vida: ni come, ni duerme, sino con este cuidado, siempre temerosa, si alma que tanto quiere se ha de perder, y si se han de apartar para siempre (que la muerte de acá no la tiene en nada), que no quiere asirse a cosa que en un soplo se le va de entre las manos sin poderla asir. Es, como he dicho, amor sin poco ni mucho de interese propio; todo lo que desea y quiere es ver rica aquella alma de bienes del cielo. Esta sí es voluntad, y no estos quereres de por acá desastrados, aun no digo los malos, que desos Dios nos libre; en cosa que es infierno no hay que nos cansar en

decir mal, que no se puede encarecer el menor mal dél. Este no hay para qué tomarle nosotras, hermanas, en la boca, ni pensar le hay en el mundo; ni en burlas, ni en veras oirle, ni consentir que delante de vosotras se trate ni cuente de semejantes voluntades. Para ninguna cosa es bueno, y podría dañar aun oirlo; sino de estotros lícitos, como he dicho, que nos tenemos unas a otras, y se tienen los deudos y amigos. Toda la voluntad es que no se nos muera: si le duele la cabeza, parece nos duele el alma. Si los vemos con trabajos, no queda, como dicen, paciencia; todo desta manera. Estotra voluntad no es ansí, aunque con la flaqueza natural se sienta algo de presto, luego la razón mira si es bien para aquel alma, si se enriquece más en virtud, y cómo lo lleva, el rogar a Dios le dé paciencia y merezca en los trabajos. Si ve que la tiene, ninguna pena siente, antes se alegra y consuela; bien que lo pasaría de mejor gana que vérselo pasar, si el mérito y ganancia que hay en padecer pudiese todo dárselo, mas no para que se inquiete ni desasosiegue.

2. Torno otra vez a decir que se parece va imitando este amor al que nos tuvo el buen amador Jesús, y ansí aprovechan tanto, porque es abrazar todos los trabajos, y que los otros sin trabajar se aprovechasen dellos. Ansí ganan muy mucho los que tienen su amistad, y crean que, o los dejarán de tratar con particular amistad, digo, o acabarán con Nuestro Señor que vayan por su camino, pues van a una tierra, como hizo Santa Mónica con San Agustín. No les sufre el corazón tratar con ellos doblez, ni verles falta, si piensan les ha de aprovechar. Y ninguna vez se les acuerda desto, con el deseo que tienen de verlos muy ricos, que no se lo digan. ¿Qué rodeos traen por esto con andar descuidados de todo el mundo? No pueden consigo acabar otra cosa, ni tratan de lisonja con ellos, ni de disimularles nada. O ellos se enmendarán, o se apartarán de la amistad, porque no podrán sufrirlo,

ni es de sufrir; para el uno y para el otro es contina guerra, con andar descuidados de todo el mundo, y no trayendo cuenta si sirven a Dios, o no, porque sólo consigo mesmo la tienen: con sus amigos no hay poder hacer esto, ni se les encubre cosa: las motitas ven; digo, que traen bien pesada cruz. ¡Oh, dichosas almas que son amadas de las tales! ¡Dichoso el día en que las conocieron!

3. ¡Oh, Señor mío! ¿No me haríades merced que hubiese muchos que ansí me amasen? Por cierto, Señor, de mejor gana lo procuraría, que ser amada de todos los reyes y señores del mundo; y con razón, pues éstos nos procuran, por cuantas vías pueden, hacer tales que señoreemos el mesmo mundo, y que nos estén sujetas todas las cosas dél. Cuando alguna persona semejante conociéredes, hermanas, con todas diligencias que pudiere la Madre procure trate con vosotras. Quered cuanto quisiéredes a los tales, mientras fueren tales; pocos debe de haber, mas no deja el Señor de querer se entienda cuando alguno hay que llegue a la perfección; luego os dirán que no es menester, que basta tener a Dios. Buen medio es para tener a Dios tratar con sus amigos: siempre se saca gran ganancia, yo lo sé por experiencia; y que después del Señor, si no estoy en el infierno, es por personas semejantes, que siempre fuí muy aficionada me encomendasen a Dios, y ansí lo procuraba. Mas tornemos a lo que íbamos.

4. Esta manera de amar es la que yo querría tuviésemos nosotras. Aunque a los principios no sea tan perfeta, el Señor lo irá perficionando. Comencemos en los medios, que aunque lleve algo de ternura, no dañará, como sea en general: es bueno y necesario algunas veces mostrar ternura en la voluntad, y aun tenerla, y sentir algunos trabajos y enfermedades de las hermanas, aunque sean pequeños. Que algunas veces acaece dar una cosa muy liviana tan gran pena, como a otra daría un gran trabajo, y a personas que tienen el natural apretado, darle

han mucho pocas cosas; si vos le tenéis al contrario, no os dejéis de compadecer; y no se espanten, que el demonio dor ventura puso allí todo su poder con más fuerza que para que vos sintiésedes las penas y trabajos grandes. Y por ventura quiere Nuestro Señor reservarnos destas penas, y las ternemos en otras cosas, y de las que para nosotras son graves, aunque de suyo lo sean, para las otras serán leves.

5. Ansí que estas cosas no juzguemos por nosotras, ni nos consideremos en el tiempo, que por ventura sin trabajo nuestro, el Señor nos ha hecho más fuertes, sino considerémonos en el tiempo que hemos estado más flacas. Mirad que importa este aviso para sabernos condoler de los trabajos de los prójimos, por pequeños que sean, en especial a almas de las que quedan dichas; que ya éstas, como desean los trabajos, todo se les hace poco, y es muy necesario traer cuidado de mirarse cuando era flaca, y ver que si no lo es, no viene della; porque podría por aquí el demonio ir enfriando la caridad con los prójimos, y hacernos entender es perfeción lo que es falta. En todo es menester cuidado, y andar despiertas, pues él no duerme, y en los que van en más perfeción, más: porque son muy más disimuladas las tentaciones, que no se atreve a otra cosa, que no parece se entiende el daño hasta que está ya hecho, si, como digo, no se trae cuidado.

6. En fin, que es menester siempre velar y orar, porque no hay mejor remedio para descubrir estas cosas ocultas del demonio, y hacerle dar señal, que la oración. Procurad también holgaros con las hermanas cuando tienen recreación con necesidad della, y el rato que es de costumbre, aunque no sea a vuestro gusto: que yendo con consideración, todo es amor perfeto. Y es ansí que, queriendo tratar del que no es tanto, que no hallo camino en esta casa, para que parezca entre nosotras, será bien tenerle; porque si por bien es, como digo, todo se ha de

volver a su principio, que es el amor que queda dicho. Pensé decir mucho de estotro, y venido a adelgazar, no me parece se sufre aquí en el modo que llevamos, y por eso lo quiero dejar en lo dicho, que espero en Dios, aunque no sea con toda perfeción, no habrá en esta casa disposición para que haya otra manera de amaros. Ansí que es muy bien las unas se apiaden de las necesidades de las otras: miren no sea con falta de discreción, que sea contra la obediencia. Aunque le parezca áspero dentro de sí, lo que le mandare la perlada, no lo muestre ni dé a entender a nadie, si no fuere a la mesma priora, con humildad: que haréis mucho daño. Y sabed entender cuáles son las cosas que se han de sentir y apiadar de las hermanas, y siempre sientan mucho cualquiera falta, si es notoria, que veáis en la hermana; y aquí se muestra y ejercita bien el amor en saberla sufrir, y no se espantar della; que ansí harán las otras las que vos tuviéredes, que aun de las que no entendéis, deben ser muchas más, y encomendarla mucho a Dios, y procurar hacer vos con gran perfeción la virtud contraria de la falta que os parece en la otra; esforzaros a esto, para que enseñéis a aquélla por obra, lo que por palabra por ventura no lo entenderá, ni le aprovechará, ni castigo.

7. Y esto de hacer una lo que ve resplandecer de virtud en otra, pégase mucho. Este es buen aviso, no se olvide. ¡Oh, qué bueno y verdadero amor será el de la hermana que puede aprovechar a todas, dejando su provecho por el de las otras, ir muy adelante en todas las virtudes, y guardar con gran perfeción su regla! Mejor amistad será ésta que todas las ternuras que se pueden decir; que éstas no se usan, ni se han de usar en esta casa, tal como mi vida, mi alma, mi bien, y otras cosas semejantes, que a las unas llaman uno, y a las otras, otro. Estas palabras regaladas déjenlas para su esposo, pues tanto han de estar con él, y tan a solas, que de todo se habrán menester

aprovechar, pues Su Majestad lo sufre: y muy usadas acá, no enternecen tanto con el Señor, y sin esto no hay para qué. Es muy de mujeres, y no querría yo, hijas mías, lo fuésedes en nada, ni lo pareciésedes, sino varones fuertes; que si ellas hacen lo que es en sí, el Señor les hará tan varoniles, que espanten a los hombres; y qué fácil es a Su Majestad, pues nos hizo de nada.

8. Es también muy buena muestra de amor en procurar quitarlas de trabajo, y tomarle ella para sí en los oficios de casa, y también en holgarse y alabar mucho al Señor del acrecentamiento que viere en sus virtudes. Todas estas cosas, dejado el gran bien que traen consigo, ayudan mucho a la paz y conformidad de unas con otras, como ahora lo vemos por experiencia por la bondad de Dios. Plega a Su Majestad llevarlo siempre adelante, porque sería cosa terrible ser al contrario, y muy recio de sufrir, pocas y mal avenidas. No lo permita Dios. Mas o se ha de perder todo el bien que va principiado por manos del Señor, o no habrá tan gran mal. Si por dicha alguna palabrilla de presto se atravesare, remédiese luego, y hagan grande oración; y en cualquiera destas cosas que dure, o bandillos, o deseo de ser más, o puntillo de honra (que parece se me hiela la sangre cuando esto escribo, de pensar que puede en algún tiempo venir a ser, porque veo es el principal mal de los monasterios), cuando esto hubiese, dense por perdidas; piensen y crean haber echado a su Esposo de casa, y que en cierta manera le necesitan ir a buscar otra posada, pues le echan de su casa propia. Clamen a Su Majestad, procuren remedio, porque si no le pone el confesar y comulgar tan a menudo, teman si hay algún Judas. Mire mucho la priora, por amor de Dios, en no dar lugar a esto, atajando mucho los principios, que aquí está todo el daño, o remedio; y la que entendiere alborota, procuren se vaya a otro monasterio, que Dios las dará con qué

la doten. Echen de sí esta pestilencia, corten como pudieren las ramas, o si no bastare, arranquen la raíz. Y cuando no pudiesen esto, no salga de una cárcel quien destas cosas tratare: mucho más vale, antes que pegue a todas tan incurable pestilencia. ¡Oh, que es gran mal! ¡Dios nos libre de monasterio donde entra! Yo más querría que entrase en éste un fuego que nos abrasase a todas.

Porque en otra parte creo diré algo más desto, como en cosa que nos va tanto, no me alargo más aquí, sino que quiero más que se quieran y amen tiernamente, y con regalo, aunque no sea tan perfeto como el amor que queda dicho, como sea en general, que no que haya punto de discordia. No lo permita el Señor, por quien Su Majestad es. Amén. Suplico a Nuestro Señor, y pídanselo mucho, hermanas, que nos libre desta inquietud, que de su mano ha de venir.

CAPÍTULO VIII

Que trata del gran bien que es desasirse de todo lo criado, interior y exteriormente.

1. Ahora vengamos al desasimiento que hemos de tener, porque en esto está el todo, si va con perfeción. Aquí digo está el todo, porque abrazándonos con sólo el Criador, y no se nos dando nada por todo lo criado, Su Majestad infunde las virtudes, de manera que, trabajando nosotras poco a poco lo que es en nosotras, no tornemos mucho más que pelear: que el Señor toma la mano contra los demonios y contra todo el mundo en nuestra defensa. ¿Pensáis, hermanas, que es poco bien procurar este bien de darnos todas a él todo, sin hacernos partes, pues en él están todos los bienes, como digo? Alabémosle mucho, hermanas, que nos juntó aquí, donde

no se trata de otra cosa sino esto, y ansí no sé para que lo digo, pues todas las que aquí estáis me podéis enseñar a mí, que confieso en este caso tan importante no tener la perfeción como lo deseo y entiendo que conviene.

De todas las virtudes, y de lo que aquí va, digo lo mesmo, que es más fácil de escribir que de obrar; y aun a esto no atinara, porque algunas veces consiste en experiencia el saberlo decir, y ansí, si en algo acierto, debo de atinar por el contrario destas virtudes que he tenido. Cuanto a lo exterior, ya se ve cuán apartadas estamos aquí de todo. Parece nos quiere el Señor apartar de todo a las que aquí nos trajo, para llegarnos más sin embarazo Su Majestad a sí. ¡Oh Criador y Señor mío! ¿Cuándo merecí yo tan gran dignidad, que parece habéis andado rodeando cómo os llegar más a nosotras? Plega a vuestra bondad no lo perdamos por nuestra culpa.

¡Oh hermanas mías, entended por amor de Dios la gran merced que el Señor ha hecho a las que trajo aquí, y cada uno lo piense bien en sí, pues en solas doce quiso Su Majestad que fuésedes una. Y ¡qué dellas, qué multitud dellas mejores que yo sé que tomaran este lugar de buena gana! Diómele el Señor a mí, mereciéndole tan mal. Bendito seáis Vos, mi Dios, y alaben os los ángeles, y todo lo criado, que esta merced tampoco se puede servir, como otras muchas que me habéis hecho, que darme estado de monja fué grandísima, y como lo he sido tan ruin, no os fiasteis, Señor, de mí; porque adonde había muchas buenas juntas, no se echara de ver ansí mi ruindad, hasta que me acabara la vida, y yo la encubriera, como hice muchos años. Mas Vos, Señor, trajístesme adonde por ser tan pocas parece imposible dejarse de entender, y porque ande con más cuidado quitáisme todas las ocasiones. Ya no hay disculpa para mí, Señor, yo lo confieso, y ansí he más menester vuestra misericordia para que perdonéis lo que tuviere.

2. Lo que os pido mucho es que la que viere en sí que no es para llevar lo que aquí se acostumbra, lo diga antes que profese. Otros monasterios hay adonde se sirve al Señor; no turben estas poquitas que aquí Su Majestad ha juntado; en otras partes hay libertad para consolarse con deudos; aquí, si alguno se admite, es para consuelo dellos mesmos. La monja que deseare ver deudos para su consuelo y no se cansare a la segunda vez, si no son espirituales, téngase por imperfeta, crea que no está desasida, no está sana, no terná libertad de espíritu, no terná entera paz: menester ha médico. Y digo que si no se le quita y sana, que no es para esta casa. El remedio que veo mejor es no los ver, hasta que se vea libre y lo alcance del Señor con mucha oración. Cuando se vea de manera que lo tome por cruz, véalos alguna vez enhorabuena, para aprovecharlos en algo, que cierto los aprovechará y no hará daño a sí. Mas si les tiene amor, si le duelen mucho sus penas y escucha sus sucesos del mundo de buena gana, crea que a sí se dañará y a ellos no les hará ningún provecho.

CAPÍTULO IX

Que trata del gran bien que hay en huir los deudos los que han dejado el mundo, y cuán verdaderos amigos hallan.

1. ¡Oh, si entendiésemos las religiosas el daño que nos viene de tratar mucho con deudos, cómo huiríamos dellos! Yo no entiendo qué consolación es ésta que dan, aun dejado lo que toca a Dios, sino sólo para nuestro desasosiego y descanso. Que de sus recreaciones no podemos ni es lícito gozar; sentir su trabajo, sí. Ninguno dejamos de llorar, y algunas veces más que los mesmos. A osadas que si algún regalo hacen al cuerpo, que lo

paga bien el espíritu. Deso estáis aquí bien quitadas, que como todo es común y ninguna puede tener regalo particular, ansí la limosna que las hacen es general, y queda libre de contentarlos por esto, que ya sabe que el Señor las ha de proveer por junto.

2. Espantada estoy el daño que hace tratarlos; no creo lo creerá sino quien lo tuviere por experiencia; y qué olvidada parece que está el día de hoy en las religiones, o al menos en las más, esta perfeción. No sé yo qué es lo que dejamos del mundo las que decimos que todo lo dejamos por Dios, si no nos apartamos de lo principal, que son los parientes. Viene ya la cosa a estado, que tienen por falta de virtud no querer tratar mucho los religiosos a sus deudos, y como que lo dicen ellos y alegan sus razones. En esta casa, hijas mías, mucho cuidado de encomendarlos a Dios (después de lo dicho, que toca a su Iglesia), que es razón; en lo demás apartarlos de la memoria lo más que podamos, porque es cosa natural asirse a ellos nuestra voluntad más que a otras personas.

Yo he sido querida mucho dellos, a lo que decían, y yo los quería tanto, que no los dejaba olvidarme; y tengo por experiencia en mí, y en otras, que dejados padres, que por maravilla dejan de hacer por los hijos (y es razón con ellos, cuando tuvieren necesidad de consuelo, si viéremos que no nos hace daño a lo principal, no seamos extrañas, que con desasimiento se puede hacer, y también con hermanos); en lo demás, aunque me he visto en trabajos, mis deudos han sido quien menos me han ayudado en ellos, y quien me ha ayudado en ellos han sido los siervos de Dios.

3. Creedme, hermanas, que sirviéndole vosotras como debéis, que no hallaréis mejores deudos que los siervos suyos que Su Majestad os enviare. Yo sé que es ansí, y puestas en esto, como lo vais entendiendo, que en hacer otra cosa faltáis al verdadero amigo y esposo vuestro;

creed que muy en breve ganaréis esta libertad, y de los que por sólo él os quisieren, podéis fiar más que de todos vuestros deudos: y que no os faltarán, y en quien no pensáis, hallaréis padres y hermanos. Porque como éstos pretenden la paga de Dios, hacen por nosotras; los que la pretenden de nosotras, como nos ven pobres y que en nada les podemos aprovechar, cánsanse presto; que aunque esto no sea en general, es lo más usado en el mundo, porque, en fin, es mundo. Quien os dijere otra cosa y que es virtud hacerla, no los creáis, que si dijese todo el daño que traen consigo, me había de alargar mucho. Y porque otros que saben lo que dicen mejor, han escrito en esto, baste lo dicho. Parece que, pues con ser tan imperfeta, lo he entendido tanto, ¿qué harán los que son perfetos? Todo este decirnos que huyamos del mundo, que nos aconsejan los Santos, claro está que es bueno. Pues creed que, como os he dicho, lo que más se apega dél son los deudos, y lo más malo de desapegar.

4. Por eso hacen bien los que huyen de sus tierras, si les vale digo, que no creo va en huír el cuerpo, sino que determinadamente se abrace el alma con el buen Jesús, Señor nuestro, que como allí lo halla todo, lo olvida todo. Aunque ayuda es muy grande apartarnos hasta que ya tengamos conocida esta verdad: que después podrá ser que quiera el Señor, por darnos cruz en lo que solíamos tener gusto, que tratemos con ellos.

CAPÍTULO X

Trata cómo no basta desasirse de lo dicho, si no nos desasimos de nosotras mesmas, y cómo está junta esta virtud y la humildad.

1. Desasiéndonos del mundo, y deudos, y encerradas aquí con las condiciones que están dichas, ya parece que lo tenemos todo hecho, y que no hay que pelear con

nada. ¡Oh, hermanas mías, no os aseguréis, ni os echéis a dormir: que será como el que se acuesta muy sosegado, habiendo muy bien cerrado sus puertas por miedo de ladrones, y se los deja en casa. Ya sabéis que no hay peor ladrón que el de casa; pues quedamos nosotras mesmas, que si no se anda con gran cuidado, y cada una (como en negocio más importante que todos) no mira mucho en andar contradiciendo su voluntad, hay muchas cosas para quitar esta santa libertad de espíritu que buscamos, que pueda volar a su Hacedor sin ir cargada de tierra y de plomo.

2 Grande remedio es para esto traer muy contino en el pensamiento la vanidad que es todo, y cuán presto se acaba, para quitar la afición de las cosas que son tan baladíes, y ponerla en lo que nunca se acaba (que aunque parece flaco medio, viene a fortalecer mucho al alma), y en las muy pequeñas cosas traer gran cuidado; en aficionándonos a alguna procurar apartar el pensamiento della y volverle a Dios, y Su Majestad ayuda; y hanos hecho gran merced, que en esta casa lo más está hecho. Puesto que este apartarnos de nosotras mesmas, y ser contra nosotras, es recia cosa, porque estamos muy juntas, y nos amamos mucho, aquí puede entrar la verdadera humildad; porque esta virtud, y estotra, paréceme que andan siempre juntas, y son dos hermanas que no hay para qué las apartar. No son estos los deudos de que yo aviso que se aparten, sino que los abracen, y los amen, y nunca se vean sin ellos.

3. ¡Oh, soberanas virtudes, señoras de todo lo criado, emperadoras del mundo, libradoras de todos los lazos y enredos que pone el demonio, tan amadas de nuestro enseñador Jesucristo! Quien las tuviere, bien puede salir y pelear con todo el infierno junto, y contra todo el mundo, y sus ocasiones; no haya miedo de nadie, que suyo es el reino de los cielos; no tiene a quién temer, porque nada

se le da de perderlo todo, ni lo tiene por pérdida; sólo teme descontentar a su Dios, y suplícale le sustente en ellas, porque no las pierda por su culpa. Verdad es que estas virtudes tienen tal propiedad, que se esconden de quien las posee, de manera que nunca las ve, ni acaba de creer que tiene ninguna, aunque se lo digan; mas tiénelas, en tanto que siempre anda procurando tenerlas, y valas perficionando en sí más; aunque bien se señalan los que las tienen, luego se da a entender a los que las tratan, sin querer ellos.

4. Mas ¡qué desatino, ponerme yo a loar humildad y mortificación, estando tan loadas del Rey de la Gloria, y tan confirmadas con tantos trabajos suyos! Pues, hijas mías, aquí es el trabajar por salir de tierra de Egipto, que en hallándolas, hallaréis el maná; todas las cosas os sabrán bien; por mal sabor que al gusto de los del mundo tengan, se os harán dulces.

Ahora, pues, lo primero que hemos de procurar es quitar de nosotras el amor deste cuerpo, que somos algunas tan regaladas de nuestro natural, que no hay poco que hacer aquí; y tan amigas de nuestra salud, que es cosa para alabar a Dios la guerra que dan, a monjas en especial, y aun a las que no lo son, estas dos cosas. Mas algunas monjas no parece que venimos a otra cosa al monasterio, sino a procurar no morirnos: cada una lo procura como puede. Aquí, a la verdad, poco lugar hay deso con la obra, mas no querría yo que hubiese el deseo. Determinaos, hermanas, que venís a morir por Cristo, y no a regalaros por Cristo, que esto pone el demonio ser menester para llevar y guardar la Orden: y tanto enhorabuena se quiere guardar la Orden con procurar la salud para guardarla y conservarla, que se muere sin cumplirla enteramente un mes, ni por ventura un día. Pues no sé yo a qué venimos, no hayan miedo que nos falte discreción en este caso por maravilla, que luego temen los con-

fesores que nos hemos de matar con penitencias, y es tan aborrecida de nosotras esta falta de discreción, que ansí lo cumpliésemos todo.

5. A las que lo hicieren al contrario, sé que no se les dará nada de que diga esto, ni a mí de que digan que juzgo por mí, que dicen verdad: creo, y sélo cierto, que tengo más compañeras, que terné injuriadas por hacer lo contrario. Tengo para mí, que ansí quiere el Señor que seamos más enfermas: al menos hízome el Señor gran misericordia en serlo, porque como me había de regalar ansí como ansí, quiso que fuese con causa: pues es cosa donosa las que andan con este tormento que ellas mesmas se dan.

Algunas veces dales un frenesí de hacer penitencias sin camino ni concierto, que duran dos días, a manera de decir; después póneles el demonio en la imaginación que les hizo daño, y que nunca más penitencia, ni la que manda la Orden, que ya lo probaron. No guardamos unas cosas muy bajas de la regla, como es el silencio, que no nos ha de hacer mal, y no nos ha venido a la imaginación que nos duele la cabeza cuando dejamos de ir al coro, que tampoco nos mata. Un día porque nos dolió, y otro porque no nos ha dolido, y otros tres porque no nos duela; y queremos inventar penitencias de nuestra cabeza para que no podamos hacer lo uno ni lo otro; y a las veces es poco el mal, y nos parece que no estamos obligadas a hacer nada, que con pedir licencia cumplimos.

6. Diréis que ¿por qué la da la priora? A saber lo interior, por ventura no lo haría; mas como le hacéis información de necesidad, y no falta un médico que ayuda por la mesma que vos le hacéis, y una amiga o parienta que llore al lado, aunque la pobre priora alguna vez ve que es demasiado, ¿qué ha de hacer? Queda con escrúpulo si falta en la caridad; quiere más que faltéis vos que ella, y no le parece justo juzgaros mal. ¡Oh, este quejar, válame

Dios, entre monjas, él me perdone, que temo es ya costumbre! Estas son cosas que puede ser que pasen alguna vez, y porque os guardéis dellas, las pongo aquí, porque si el demonio nos comienza a amedrantar con que nos faltará la salud, nunca haremos nada. El Señor nos dé luz para acertar en todo. Amén.

CAPÍTULO XI

Prosigue en la mortificación, y dice la que se ha de adquirir en las enfermedades.

1. Cosa imperfetísima me parece, hermanas mías, este quejarnos siempre con livianos males; si podéis sufrirlo, no lo hagáis. Cuando es grave el mal, él mesmo se queja: es otro quejido, y luego se parece. Mirad que sois pocas, y si una tiene esta costumbre, es para traer fatigadas a todas si os tenéis amor y caridad: sino que la que estuviere de mal, que sea de veras mal, lo diga y tome lo necesario; que si perdéis el amor propio, sentiréis tanto cualquier regalo, que no hayáis miedo que lo toméis sin necesidad ni os quejéis sin causa; cuando la haya, sería muy bueno decirla, y mejor mucho que tomarle sin ella, y muy malo si no se apiadasen; mas deso a buen seguro que adonde hay oración y caridad, y tan pocas, que os veréis unas a otras la necesidad que nunca falte el regalo ni el cuidado de curarnos. Mas unas flaquezas y malecillos de mujeres, olvidaos de quejarlas, que algunas veces pone el demonio imaginación de estos dolores; quítanse, y pónense, si no se pierde la costumbre de decirlo y quejaros del todo, sino fuere a Dios, nunca acabaréis.

2. Pongo tanto en esto, porque tengo para mí que importa, y que es una cosa que tiene muy relajados los monasterios; y este cuerpo tiene una falta, que mientras más le regalan, más necesidades descubre. Es cosa ex-

traña lo que quiere ser regalado, y como tiene algún buen color, por poca que sea la necesidad, engaña a la pobre del alma para que no medre.

Acordaos qué de pobres enfermos habrá que no tengan a quien se quejar; pues pobres y regaladas, no lleva camino. Acordaos también de muchas casadas (yo sé que las hay) y personas de suerte que con graves males, por no dar enfado a sus maridos no se osan quejar, y con grandes trabajos; pues pecadora de mí, sé que no venimos aquí a ser más regaladas que ellas. ¡Oh, que estáis libres de grandes trabajos del mundo! Sabed sufrir un poquito por amor de Dios, sin que lo sepan todos. Pues es una mujer mal casada, y porque no lo sepa su marido no lo dice, ni se queja, pasa mucha mala ventura sin descansar con nadie, ¿y no pasaremos algo entre Dios y nosotras de los males que nos da por nuestros pecados? Cuanto más que es nonada lo que se aplaca el mal.

3. En todo esto que he dicho, no trato de males recios cuando hay calentura mucha, aunque pido que haya moderación y sufrimiento siempre, sino unos malecillos que se pueden pasar en pie, sin que matemos a todos con ellos. ¿Mas qué fuera si esto se hubiera de ver fuera desta casa? ¿Qué dijeran todas las monjas de mí? Y qué de buena gana, si alguna se enmendara, lo sufriera yo; porque por una que haya desta suerte, viene la cosa a términos, que por la mayor parte no creen a ninguna por graves males que tenga. Acordémonos de nuestros santos Padres pasados ermitaños, cuya vida pretendemos imitar; ¿qué pasarían de dolores, y qué a solas, y qué de fríos, y hambre, y sol, y calor, sin tener a quien se quejar sino a Dios? ¿Pensáis que eran de hierro? Pues tan de carne eran como nosotras.

Y creed, hijas, que en comenzando a vencer estos corpezuelos, no nos cansan tanto; hartas habrá que miren lo que habéis menester; descuidaos de vosotras si no fuere

a necesidad conocida. Si no nos determinamos a tragar de una vez la muerte y la falta de salud, nunca haremos nada: procurad de no tenerla, y dejaros todas en Dios, venga lo que viniere (1). ¿Qué va en que muramos? ¿De cuantas veces nos ha burlado el cuerpo, no burlaríamos alguna vez dél? Y creed, que esta determinación importa más de lo que podemos entender. Porque de muchas veces, que poco a poco lo vamos haciendo con el favor del Señor, quedaremos señoras dél. Pues vencer un tal enemigo es gran negocio para pasar en la batalla desta vida: hágalo el Señor como puede. Bien creo que no entiende la ganancia sino quien ya goza de la victoria, que es tan grande, a lo que creo, que nadie sentirá pasar trabajo por quedar en este sosiego y señorío.

CAPÍTULO XII

Trata de cómo ha de tener en poco la vida y la honra el verdadero amador de Dios.

1. Vamos a otras cosas, que también importan harto, aunque parecen menudas: trabajo grande parece todo, y con razón, porque es guerra contra nosotras mesmas; mas comenzando a obrar, obra Dios tanto en el alma, y hácela tantas mercedes, que todo le parece poco, cuanto se puede hacer en esta vida; y pues las monjas hacemos lo más, que es dar la libertad por amor de Dios, poniéndola en otro poder, y pasar tantos trabajos, ayunos, silencio, encerramiento, servir el coro, que por mucho que nos queramos regalar, es alguna vez: y por ventura es sola yo, en muchos monasterios que he visto. Pues

(1) Reprende el demasiado cuidado de la salud, que en los males graves ya ha dicho que se tenga cuenta con ella.

¿por qué nos hemos de detener en mortificar lo interior, pues en esto está el ir todo estotro bien concertado, y muy más meritorio, y perfeto, y después obrarlo con mucha suavidad y descanso?

2. Esto se adquiere con ir poco a poco, como he dicho, no haciendo nuestra voluntad y apetito, aun en cosas muy menudas, hasta acabar de rendir el cuerpo al espíritu. Torno a decir, que está el todo, o gran parte, en perder cuidado de nosotras mesmas, y de nuestro regalo, que quien de verdad comienza a servir al Señor, lo menos que le puede ofrecer es la vida, pues le ha dado su voluntad. ¿Qué temen en dar ésta? Que si es verdadero religioso, o verdadero orador, y pretende gozar regalos de Dios, sé que no ha de volver las espaldas a desear morir por él, y pasar cruz. ¿Pues ya no sabéis, hermanas, que la vida del buen religioso, y del que quiere ser de los allegados amigos de Dios, es un largo martirio? Largo, porque para compararle a los que de presto los degollaban, puédese llamar largo, mas toda la vida es corta, y algunas cortísimas. ¿Y qué sabemos si seremos de tan corta, que desde una hora o momento que nos determinemos a servir del todo a Dios, se acabe? Posible sería; que, en fin, todo lo que tiene fin no hay que hacer caso dello, y de la vida mucho menos, pues no hay día seguro; y pensando que cada hora es la postrera, ¿quién no la trabajará?

3. Pues creedme, que pensar esto es lo más seguro; por eso mostrémonos a contradecir en todo nuestra voluntad, que aunque no se haga de presto, si traéis cuidado con oración, como he dicho, sin saber cómo, poco a poco os hallaréis en la cumbre. ¡Mas qué gran rigor parece decir, que no nos hagamos placer en nada, como no se dice los gustos y deleites que trae consigo esta contradición, y lo que se gana con ella, aun en esta vida! Aquí, como todas lo usáis, estáse lo más hecho: unas a

otras se despiertan, y ayudan; y ansí ha de procurar cada una ir adelante de las otras. En los movimientos interiores se traya mucha cuenta, en especial si tocan en mayorías. Dios nos libre por su Pasión de decir ni pensar, para detenerse en ello, si soy más antigua en la Orden, si he más años, si he trabajado más, si tratan a la otra mejor.

4. Estos pensamientos, si vinieren, es menester atajarlos con presteza, que si se detienen en ellos, o los ponen en plática, es pestilencia, y de donde nacen grandes males en los monasterios. Si tuvieren perlada que consienta cosas destas, por poco que sea, crean que por sus pecados ha permitido Dios la tengan, para comenzar a perderse: y clamen a él, y toda su oración sea porque dé el remedio, porque están en peligro.

Podrá ser que digan, que para qué pongo tanto en esto, y que va con rigor, que regalos hace Dios a quien no está tan desasido. Yo lo creo, que con su sabiduría infinita ve qué conviene para traerlos a que lo dejen todo por él. No llamo dejarlo, entrar en Religión; que impedimentos puede haber, y en cada parte puede el alma perfeta estar desasida y humiide; ello ha más trabajo suyo, que gran cosa es el aparejo. Mas créanme una cosa, que si hay punto de honra, o de hacienda (y esto también puede haber en los monasterios, como fuera, aunque más quitadas están las ocasiones, y mayor sería la culpa), aunque tengan muchos años de oración, o por mejor decir, consideración (porque oración perfeta, en fin, quita estos resabios), nunca medran mucho, ni llegarán a gozar el verdadero fruto de la oración.

5. Mirad si os va algo, hermanas, en estas que parecen naderías, pues no estáis aquí a otra cosa. Vosotras no quedáis más honradas, y el provecho perdido para lo que podríades más ganar; ansí que deshonra y pérdida cabe aquí junto; cada una mire en lo que tiene de humil-

dad, y verá lo que está aprovechada. Paréceme que el verdadero humilde, aun de primer movimiento no osará el demonio tentarle en cosa de mayoría, porque como es tan sagaz, teme el golpe. Es imposible si una es humilde, que no gane más fortaleza en esta virtud y aprovechamiento, si el demonio la tienta por ahí; porque está claro que ha de dar vuelta sobre su vida, y mirar lo poco que ha servido, con lo mucho que debe al Señor y la grandeza que él hizo en abajarse a sí, para dejarnos ejemplo de humildad; y mirar sus pecados, y adónde merecía estar por ellos. Y con estas consideraciones sale el alma tan gananciosa, que no osa tornar otro día para no ir quebrada la cabeza.

6. Este consejo tomad de mí, y no se os olvide, que no sólo en lo interior, que sería gran mal no quedar con ganancia, mas en lo exterior procurad que la saquen las hermanas de vuestra tentación, si queréis vengaros del demonio y libraros más presto de la tentación; y que ansí como os venga, os descubráis a la perlada, y le roguéis y pidáis que os mande hacer algún oficio bajo, o como pudiéredes lo hagáis vos; y andéis estudiando en esto cómo doblar vuestra voluntad en cosas contrarias, que el Señor os las descubrirá; y con mortificaciones públicas, pues se usan en esta casa, y con esto durará poco la tentación, y procurad mucho que dure poco.

Dios nos libre de personas que le quieren servir, acordarse de honra o temer deshonra; mirad que es mala ganancia, y como he dicho, la mesma honra se pierde con desearla, especial en las mayorías, que no hay tósigo en el mundo que ansí mate, como estas cosas, la perfeción.

7. Diréis que son cosillas naturales, que no hay que hacer caso dellas; no os burléis con eso, que crece como espuma en los monasterios, y no hay cosa pequeña en tan notable peligro como son estos puntos de honra, y mirar si nos hicieron agravio. Sabéis por qué (sin otras hartas

cosas) por ventura en una comienza por poco, y no es casi nada, y luego mueve el demonio a que a la otra la parezca mucho, y aun pensará que es caridad decirle que cómo consiente aquel agravio, que Dios le dé paciencia, que se le ofrezca, que no sufriera más un Santo.

8. Finalmente, pone el demonio un caramillo en la lengua de la otra, que ya que acabáis con vos de sufrir, quedáis aún tentada de vanagloria de lo que no sufristes con la perfeción que se habia de sufrir. Y esta nuestra naturaleza es tan flaca, que aun quitándonos la ocasión, con decirnos que no hay que sufrir, pensamos que hemos hecho algo, y lo sentimos, cuanto más ver que lo sienten por nosotras. Hácenos crecer la pena, y pensar tenemos razón, y pierde el alma todas las ocasiones que había tenido para merecer: y queda más flaca, y abierta la puerta al demonio, para que otra vez venga con otra cosa peor. Y aun podría acaecer (aun cuando vos queráis sufrirlo) que vengan a vos y os digan que sois bestia, que bien es que se sientan las cosas. ¡Oh, por amor de Dios, hermanas mías, que a ninguna la mueva indiscreta caridad, para mostrar lástima de la otra, en cosa que toque a estos fingidos agravios, que es como la que tuvieron los amigos del santo Job, con él y su mujer!

CAPÍTULO XIII

Prosigue en la mortificación, y cómo la religiosa ha de huír de los puntos y razones del mundo, para llegarse a la verdadera razón.

1. Muchas veces os lo digo, hermanas, y ahora lo quiero dejar escrito aquí, porque no se olvide en esta casa, y aun en toda persona que quiera ser perfeta, se huya mil leguas de «razón tuve, hiciéronme sin razón, no tuvo razón quien esto hizo conmigo»: de malas razones

nos libre Dios. ¿Paréceos que había razón para que nuestro buen Jesús sufriese tantas injurias, y se las hiciesen, y tantas sinrazones? La que no quisiere llevar cruz, sino la que le dieren muy puesta en razón, no sé yo para qué está en el monasterio; tórnese al mundo, adonde no la guardarán esas razones. ¿Por ventura podéis pasar tanto, que no debáis más? ¿Qué razón es ésta? Por cierto yo no la entiendo. Cuando nos hicieren alguna honra y regalo, o buen tratamiento, saquemos esas razones, que cierto es contra razón nos la hagan en esta vida; mas cuando agravios (que ansí los nombran, sin hacernos agravio), yo no sé qué hay que hablar. O somos esposas de tan gran Rey, o no. Si lo somos, ¿qué mujer honrada hay que no participe de las deshonras que a su esposo hacen, aunque no lo quiera por su voluntad? En fin, de honra o deshonra participan ambos.

Pues querer tener parte en su reino, y gozarle, y de las deshonras y trabajos querer quedar sin ninguna parte, es disbarate. No nos lo deje Dios querer, sino que la que pareciere que es tenida entre todas en menos, se tenga por más bienaventurada. Y verdaderamente ansí lo es, si lo lleva como lo ha de llevar; que no le faltará honra en esta vida, ni en la otra: créanme esto a mí.

2. Mas qué disbarate he dicho, que me crean a mí, diciéndolo la verdadera sabiduría. Parezcámonos, hijas mías, en algo a la gran humildad de la Virgen sacratísima, cuyo hábito traemos, que es confusión nombrarnos monjas suyas: que por mucho que nos parezca que nos humillamos, quedamos bien cortas para ser hijas de tal Madre, y esposas de tal Esposo. Ansí, que si las cosas dichas no se atajan con diligencia, lo que hoy no parece nada, por ventura mañana será pecado venial; y es de tan mala digestión, que si os dejáis no quedará solo: es cosa muy mala para congregaciones.

En esto habíamos de mirar mucho las que estamos en

ella, por no dañar a las que trabajan por hacernos bien y darnos buen ejemplo. Y si entendiésemos cuán gran daño se hace en que se comience una mala costumbre, más querríamos morir que ser causa dello; porque esa es muerte corporal; y pérdidas en las almas es gran pérdida; y que me parece que no se acaba de perder; porque muertas unas, vienen otras, y a todas por ventura les cabe más parte de una mala costumbre que pusimos, que de muchas virtudes. Porque el demonio no la deja caer: y las virtudes la mesma flaqueza natural las hace perder, si la persona no tiene la mano, y pide favor a Dios.

3. ¡Oh, que grandísima caridad haría, y qué gran servicio a Dios la monja que ansí viese que no puede llevar las costumbres que hay en esta casa, en conocerlo e irse antes que profesase, y dejar a las otras en paz! Y aun en todos los monasterios (al menos si me creen a mí) no la ternán ni darán profesión, hasta que de muchos años esté probado a ver si se enmienda. No llamo faltas en la penitencia y ayunos, porque aunque lo es, no son cosas que hacen tanto daño. Mas unas condiciones que hay de suyo amigas de ser estimadas, y tenidas, y mirar las faltas ajenas y nunca conocer las suyas, y otras cosas semejantes que verdaderamente nacen de poca humildad, si Dios no favorece con darle gran espíritu, hasta de muchos años ver la enmienda, os libre Dios de que queden en vuestra compañía. Entended, que ni ella sosegará, ni os dejará sosegar a todas.

4. Esto me lastima de los monasterios, que muchas veces, por no tornar a dar el dinero del dote, dejan al ladrón que les robe el tesoro, o por la honra de sus deudos. En esta casa tenéis ya aventurada y perdida la honra del mundo (porque las pobres no son honradas), no tan a vuestra costa queráis que lo sean los otros. Nuestra honra, hermanas, ha de ser servir a Dios; quien pensare que desto os ha de estorbar, quédese con su honra en su

casa, que para esto ordenaron nuestros Padres la probación de un año: y aquí quisiera yo que no se diera en diez la profesión; que a la monja humilde poco se le diera en no ser profesa: bien supiera que si era buena, no la habían de echar: y si no lo es, ¿para qué quiere hacer daño a este colegio de Cristo?

Y no llamo no ser buena, cosa de vanidad, que con el favor de Dios creo estará lejos de esta casa; llamo no ser buena no estar mortificada, sino con asimiento de cosas del mundo o de sí, en estas cosas que he dicho. Y la que mucho en sí no la viere, créame ella mesma, y no haga profesión, si no quiere tener un infierno acá, y plega a Dios no sea otro allá; porque hay muchas cosas en ello para ella: y por ventura ella y las demás no lo entenderán como yo. Créanme esto, y si no, el tiempo les doy por testigo, que el estilo que pretendemos llevar, es, no sólo de ser monjas, sino ermitañas, como nuestros Padres santos pasados, y ansí se desasen de todo lo criado. Y á quien el Señor ha escogido para aquí, particularmente vemos que la hace esta merced; y aunque ahora no sea en toda perfeción, vese que va ya a ella por el gran contento que le da y alegría de ver que no ha de tornar a tratar con cosa de la vida, y el favor que siente de todas las cosas de la religión.

5. Torno a decir que si se inclina a cosas del mundo y no se ve ir aprovechando, que no es para estos monasterios; puédese ir a otro, si quiere ser monja, y si no verá cómo le sucede. No se queje de mí (que comencé éste) porque no la aviso. Es esta casa un cielo, si le puede haber en la tierra, para quien se contenta sólo de contentar a Dios nuestro Señor, y no hace caso de contentos suyos y tiene muy buena vida; en queriendo algo más, lo perderá todo, porque no lo puede tener.

Y alma descontenta, es como quien tiene gran hastío, que por bueno que sea el manjar, le da en rostro; y lo que

los sanos comen con gran gusto, le hace asco en el estómago. En otra parte se salvará mejor, y podrá ser que poco a poco llegue a la perfeción que aquí no pudo sufrir por tomarse por junto; que aunque en lo interior se guarde tiempo para del todo desasirse y mortificarse, en lo exterior ha de ser con brevedad, por el daño que puede hacer a las otras. Y si aquí viendo que todas lo hacen, y andando en tan buena compañía siempre, no aprovecha en un año, temo que no aprovechará en muchos. No digo que sea tan cumplidamente como en las otras, mas que se entienda que va cobrando salud, que luego se ve, cuando el mal no es mortal.

CAPÍTULO XIV

En que trata lo mucho que importa en no dar profesión a ninguna que vaya contrario su espíritu de las cosas que quedan dichas.

1. Bien creo que favorece el Señor mucho a quien bien se determina, y por ello se ha de mirar qué intento tiene la que entra, no sea sólo por remediarse, como acaece ahora a muchas, puesto que el Señor puede perficionar este intento, si es persona de buen entendimiento; que si no, en ninguna manera se tome: porque ni ella se entenderá cómo entra, ni después á las que la quieren poner en lo mejor. Porque por la mayor parte, quien esta falta tiene, siempre le parece que atina más lo que le conviene, que los más sabios. Y es mal que le tengo por incurable, porque por maravilla deja de traer consigo malicia; adonde hay muchas, podráse tolerar, y entre tan pocas, no se podrá sufrir.

Un buen entendimiento, si se comienza a aficionar al bien, ásese a él con fortaleza, porque ve que es lo más acertado; y cuando no aproveche para mucho espíritu, aprovechará para buen consejo, y para muchas cosas sin cansar a nadie; cuando éste falta, yo no sé para qué puede

aprovechar en comunidad, y podría dañar harto. Esta falta no se ve muy en breve, porque muchas hablan bien y entienden mal; y otras hablan corto y no muy cortado, y tienen entendimiento para mucho. Bien que hay unas simplicidades santas, que saben poco para negocios y estilo de mundo, y mucho para tratar con Dios. Por esto es menester gran información para recibirlas, y larga probación para hacerlas profesas. Entienda una vez el mundo que tenéis libertad para echarlas, que en monasterio donde hay asperezas, muchas ocasiones hay; y como se use, no lo ternán por agravio.

2. Digo esto, porque son tan desventurados estos tiempos y tanta nuestra flaqueza, que no basta tenerlo por mandamiento de nuestros pasados para que dejemos de mirar lo que han tomado por honra los presentes, para no agraviar los deudos; sino que por no hacer un agravio pequeño, por quitar un dicho que no es nada, dejamos olvidar las virtuosas costumbres. Plega a Dios no lo paguen en la otra vida las que las admiten: que nunca falta un color con que nos hacemos entender que se sufre hacerlo: y este es un negocio que cada una por sí le había de mirar, y encomendar a Dios, y animar a la perlada, pues es cosa que tanto importa a todas; y ansí suplico a Dios en ello os dé luz. Y tengo para mí que cuando la perlada, sin afición ni pasión, mira lo que está bien a la casa, nunca la dejará Dios errar; y en mirar estas piedades y puntos necios, creo que no deja de haber yerro.

CAPÍTULO XV

Que trata del gran bien que hay en no disculparse, aunque se vean condenar sin culpa.

1. Confusión grande me hace lo que os voy a persuadir, que no os disculpéis, que es costumbre perfetísima y de gran mérito: porque había de obrar lo que os digo en

esta virtud. Es ansí, que yo confieso haber aprovechado muy poco en ella. Jamás me parece que me falta una causa para parecerme mayor virtud dar disculpa. Como algunas veces es lícito, y sería mal no lo hacer, no tengo discreción, o por mejor decir, humildad para hacerlo cuando conviene. Porque verdaderamente es de grande humildad verse condenar sin culpa, y callar; y es gran imitación del Señor que nos quitó todas las culpas. Y ansí os ruego mucho traigáis en esto cuidado, porque trae consigo grandes ganancias: y en procurar nosotras mesmas librarnos de culpa ninguna veo, si no es, como digo, en algunos casos que podría causar enojo no decir la verdad.

Esto quien tuviere más discreción que yo lo entenderá; creo que va mucho en acostumbrarse a esta virtud o en procurar alcanzar del Señor verdadera humildad, que de aquí debe venir; porque el verdadero humilde ha de desear con verdad ser tenido en poco, y perseguido y condenado, aunque no haya hecho por qué. Si quiere imitar al Señor, ¿en qué mejor puede que en esto? Aquí no son menester fuerzas corporales, ni ayuda de nadie, sino de Dios.

2. Estas virtudes grandes, hermanas mías, querría yo fuese nuestro estudio y nuestra penitencia: que en otras grandes y demasiadas penitencias ya sabéis que os voy a la mano, porque pueden hacer daño a la salud, si son sin discreción. En estotro no hay que temer, porque por grandes que sean las virtudes interiores, no quitan las fuerzas del cuerpo para servir a la religión, sino fortalecen el alma: y en cosas muy pequeñas se pueden (como he dicho otras veces) acostumbrar para salir con vitoria en las grandes. Mas ¡qué bien se escribe esto, y qué mal lo hago yo!; a la verdad, en cosas grandes nunca he yo podido hacer esta prueba; porque nunca oí decir nada de mí que fuese malo que no viese claro que quedaban cortos; porque aunque no eran las mesmas cosas, tenía

ofendido a Dios nuestro Señor en otras muchas, y parecíame que habían hecho harto en dejar aquéllas: que siempre me huelgo yo más que digan de mí lo que no es, que no las verdades.

Ayuda mucho a traer consideración cada uno de lo mucho que se gana por todas vías, y por ninguna pierde, a mí parecer; gana lo principal en seguir en algo al Señor. Digo en algo: bien mirado nunca nos culpan sin culpas, que siempre andamos llenas dellas, pues cae siete veces al día el justo, y sería mentira decir que no tenemos pecado. Ansí, que aunque no sea en lo mesmo que nos culpan, nunca estamos sin culpa del todo, como lo estaba el buen Jesús.

3. ¡Oh, Señor mío! Cuando pienso por qué de maneras padecísteis y cómo por ninguna lo merecíades, no sé qué me diga de mí, ni dónde tuve el seso cuando no deseaba padecer, ni adónde estoy cuando me disculpo. Sabéis Vos, Bien mío, que si tengo algún bien, que no es dado por otras manos sino por las vuestras. ¿Pues qué os va más, Señor, en dar mucho que poco? Si es por no lo merecer yo, tampoco merecía las mercedes que me habéis hecho. ¿Es posible que yo he de querer que sienta nadie bien de cosa tan mala como yo, habiendo dicho tantos males de Vos, que sois bien sobre todo los bienes? No se sufre, no se sufre, Dios mío, ni querría yo que sufriésedes Vos, que haya en vuestra sierva cosa que no contente a vuestros ojos. Pues mirad, Señor, que los míos están ciegos y se contentan de muy poco; dadme Vos luz y haced con verdad yo desee que todos me aborrezcan; pues tantas veces os he dejado a Vos, amándome con tanta fidelidad. ¿Qué es esto, mi Dios? ¿Qué pensamos sacar de contentar a las criaturas? ¿Qué nos va en ser muy culpadas de todas ellas si delante de Vos, Señor, estamos sin culpa?

4. ¡Oh, hermanas mías, que nunca acabamos de entender esta verdad, y ansí nunca acabaremos de estar en la

cumbre de la perfeción, si mucho no la andamos considerando y pensando qué es lo que es, y qué es lo que no es! Pues cuando no hubiese otra ganancia sino la confusión que le quedará a la persona que os hubiere culpado, de ver que vos sin ella os dejáis condenar, es grandísima. Más levanta una cosa destas a las veces el alma, que diez sermones. Pues todas hemos de procurar de ser predicadoras de obras, pues el Apóstol y nuestra inhabilidad nos quita que lo seamos de palabra. Nunca penséis que ha de estar secreto el mal o el bien que hiciéredes por encerradas que estéis. ¿Y pensáis, hijas, que aunque vosotras no os disculpéis, ha de faltar quien torne por vosotras? Mirad cómo respondió el Señor por la Magdalena en casa del fariseo, y cuando su hermana la culpaba. No os llevará por el rigor que a sí, que ya al tiempo que tuvo un ladrón que tornase por él, estaba en la cruz. Ansí que Su Majestad moverá a quien torne por vosotras; y cuando no, no será menester.

5. Esto yo lo he visto, y es ansí (aunque no querría que se os acordase, sino que os holgásedes de quedar culpadas), y el provecho que veréis en vuestra alma, el tiempo os doy por testigo; porque se comienza a ganar libertad; y no se da más que digan mal que bien, antes parece que es negocio ajeno; y es como cuando están hablando dos personas, que como no es con nosotras mesmas, estamos descuidadas de la respuesta; ansí es acá: con la costumbre que está hecha de que no hemos de responder, no parece que hablan con nosotras. Parecerá esto imposible a los que somos muy sentidos y poco mortificados; a los principios dificultoso es; mas yo sé que se puede alcanzar esta libertad y negación y desasimiento de nosotras mesmas, con el favor del Señor.

CAPÍTULO XVI

De la diferencia que debe haber en la perfeción de la vida de los contemplativos, a los que se contentan con oración mental: y cómo es posible algunas veces subir Dios un alma distraída a perfeta contemplación, y la causa dello. Es mucho de notar este capítulo y el que viene cabe él.

1. No os parezca mucho todo esto, que voy entablando el juego, como dicen. Pedístesme os dijese el principio de oración; yo, hijas, aunque no me llevó Dios por este principio, porque aun no le debo tener destas virtudes, no sé otro. Pues creed que quien no sabe concertar las piezas en el juego de ajedrez, que sabrá mal jugar, y si no sabe dar jaque, no sabrá dar mate. Aun si me habéis de reprender, porque hablo en cosa de juego, no le habiendo en esta casa, ni habiéndole de haber. Aquí veréis la madre que os dió Dios, que hasta esta vanidad sabía; mas dicen que es lícito algunas veces, y cuán lícita sería para nosotras esta manera de juego; y cuán presto, si mucho lo usamos, daremos mate a este Rey divino, que no se nos podrá ir de las manos, ni querrá. La dama es la que más guerra le puede hacer en este juego, y todas las otras piezas ayudan. No hay dama que ansí le haga rendir como la humildad. Ésta le trajo del cielo en las entrañas de la Virgen, y con ella le traeremos nosotras de un cabello a nuestras almas. Y creed que quien más tuviere, más le terná, y quien menos, menos. Porque yo no entiendo, ni puedo entender, cómo haya ni pueda haber humildad sin amor, ni amor sin humildad. Ni es posible estar estas dos virtudes en su perfeción, sin gran desasimiento de todo lo criado.

2. Diréis, mis hijas, que para qué os hablo de virtudes, que hartos libros tenéis que os las enseñen, que no

queréis sino contemplación. Digo yo que si aun pidiérades meditación, pudiera hablar della, y aconsejar a todas la tuvieran, aunque no tengan virtudes; porque es principio para alcanzar todas las virtudes, y cosa que nos va la vida en comenzarla todos los cristianos; y ninguno, por perdido que sea, si Dios le despierta a tan gran bien, lo había de dejar, como ya tengo escrito en otra parte, y otros muchos que saben lo que escriben, que yo por cierto no lo sé: Dios lo sabe.

Mas contemplación es otra cosa, hijas: que este es el engaño que todos traemos, que en llegándose uno un rato cada día a pensar sus pecados (que lo debe hacer si es cristiano de más que nombre), luego dicen es muy contemplativo; y luego le quieren con tan grandes virtudes como está obligado a tener el muy contemplativo; y aun él se quiere, mas yerra. En los principios no supo entablar el juego, pensó bastaba conocer las piezas para dar mate, y es imposible: que no se da en este modo de que hablamos este Rey, sino a quien se le da del todo.

3. Ansí que, hijas, si queréis que os diga el camino para llegar a la contemplación, sufrid que sea un poco larga en cosas, aunque no os parezcan luego tan importantes. A mi parecer no lo dejan de ser, y si no las queréis oir ni obrar, quedaos con vuestra oración mental toda vuestra vida, que os aseguro a vosotras y a todas las personas que pretendieren este bien (ya puede ser que yo me engañe, porque juzgo por mí, que lo procuré veinte años) que lleguéis a verdadera contemplación.

4. Quiero ahora declarar, porque algunas no lo entenderéis, qué es oración mental; y plega a Dios que ésta tengamos como se ha de tener; mas también he miedo que se tiene con harto trabajo, si no se procuran las virtudes, aunque no en tan alto grado como para la contemplación son menester. Digo que no verná el Rey de la Gloria a nuestra alma (digo a estar unido con ella) si

no nos esforzamos a ganar las virtudes grandes. Quiérolo declarar: porque si en alguna cosa que no sea verdad me tomáis, no creeréis cosa, y terníades razón, si fuese con advertencia; mas no me dé Dios tal lugar; será no saber más, o no lo entender. Quiero, pues, decir que algunas veces querrá Dios a personas que estén en mal estado, hacerles tan gran favor que las suba a la contemplación, para sacarlas por este medio de las manos del demonio.

5. ¡Oh, Señor mío, qué de veces os hacemos andar a brazos con el demonio! ¿No bastara que os dejastes tomar en ellos cuando os llevó al pináculo, para enseñarnos a vencer? Mas ¿qué sería, hijas, ver junto aquel Sol con las tinieblas, y qué temor llevaría aquel desventurado sin saber de qué? Que no permitió Dios lo entendiese. Bendita sea tanta piedad y misericordia, que vergüenza habíamos de haber los cristianos de hacerle andar cada día a brazos, como he dicho, con tan sucia bestia. Bien fué menester, Señor, que los tuviésedes tan fuertes. Mas ¿cómo no os quedaron flacos de tantos tormentos como pasastes en la cruz? ¡Oh, que todo lo que se pasa con amor torna a soldarse! Y ansí creo que si quedáredes con la vida, el mesmo amor que nos tenéis tornara a soldar vuestras llagas, que no fuera menester otra medicina. ¡Oh Dios mío, y quién la pusiese tal en todas las cosas, que me diesen pena y trabajo, que de buena gana las desearía, si tuviese cierto ser curada con tan saludable ungüento.

6. Tornando a lo que decía, hay almas que entiende Dios, que por este medio las puede granjear para sí; ya que las ve del todo perdidas, quiere Su Majestad que no quede por él, y aunque estén en mal estado, y faltas de virtudes, dales gustos, y regalos, y ternura, que las comienza a mover los deseos y aun pónelas en contemplación algunas veces, pocas, y dura poco; y esto (como digo) hace, porque las prueba, si con aquel favor se

querrán disponer a gozarle muchas veces. Mas si no se disponen, perdonen (o perdonadnos Vos, Señor, por mejor decir), que harto mal es que os lleguéis Vos a un alma desta suerte, y se llegue ella después a cosa de la tierra para atarse a ella. Tengo para mí que hay muchos con quien Dios nuestro Señor hace esta prueba, y pocos los que se disponen para gozar desta merced. Que cuando el Señor la hace, y no queda por nosotros, tengo por cierto que nunca cesa de dar, hasta que llega a muy alto grado.

Cuando no nos damos a Su Majestad con la determinación que él se da a nosotras, harto hace en dejarnos en oración mental, y visitarnos de cuando en cuando, como a criados que están en su viña; mas estotros son hijos regalados, no los querría quitar de cabe sí, ni los quita; porque ya ellos no se quieren quitar: siéntalos a su mesa, dales de lo que come, hasta quitar, como dicen, el bocado de la boca para dársele.

7. ¡Oh, dichoso cuidado, hijas mías! ¡Oh bienaventurada dejación de cosas tan pocas y tan bajas, que llega a tan gran estado! Mirad qué se os dará, estando en los brazos de Dios, que os culpe todo el mundo. Poderoso es para libraros de todo, que una vez que mandó hacer el mundo, fué hecho; su querer es obrar; pues no hayáis miedo, que si no es para más bien del que le ama, consienta hablar con vos; no quiere tan poco a quien le quiere. Pues ¿por qué, mis hermanas, no le mostraremos nosotras en cuanto podemos el amor? Mirad que es hermoso trueco: dar nuestro amor por el suyo; mirad que lo puede todo, y acá no podemos nada, sino lo que él nos hace poder. Pues ¿qué es esto que hacemos por Vos, Señor, hacedor nuestro? Que es tanto como nada, una determinacioncilla. Pues si con lo que no es nada quiere Su Majestad que merquemos el todo, no seamos desatinadas.

8. ¡Oh, Señor, que todo el daño nos viene de no tener puestos los ojos en Vos! Que si no mirásemos otra cosa

sino al camino, presto llegaríamos; mas damos mil caídas y tropezones, y erramos el camino por no poner los ojos, como digo, en el verdadero camino. Parece que nunca se anduvo, según se nos hace nuevo; cosa es para lastimar, por cierto, lo que algunas veces pasa; por esto digo que no parecemos cristianos, ni leímos la Pasión en nuestra vida.

Pues tocar en un puntico de ser menos, no se sufre ni parece que se ha de poder sufrir; luego dicen: no somos santos. Dios nos libre, hermanas, cuando algo hiciéremos no perfeto, de decir: no somos ángeles, no somos santas. Mirad que, aunque no lo seamos, es gran bien pensar si nos esforzamos lo podríamos ser, dándonos Dios la mano; y no hayáis miedo que quede por él, si no queda por nosotras. Y pues no venimos aquí a otra cosa, manos a la labor, como dicen: no entendamos cosa en que se sirva más el Señor que no presumamos salir con ella con su favor. Esta presunción querría yo en esta casa, que hace siempre crecer la humildad, y tener una santa osadía, que Dios ayuda a los fuertes, y no es acetador de personas. Mucho me he divertido; quiero tornar a lo que decía. Conviene saber: qué es oración mental, y qué contemplación; impertinente parece, mas para vosotras todo pasa; y podrá ser que lo entendáis mejor por mi grosero estilo, que por otros elegantes. El Señor me dé favor para ello. Amén.

CAPÍTULO XVII

De cómo no todas las almas son para contemplación, y cómo algunas llegan a ella tarde, y que el verdadero humilde ha de ir contento por el camino que le llevare el Señor.

1. Parece que voy entrando en oración, y fáltame un poco de decir, que importa mucho; porque es de la humildad, y es necesaria en esta casa; porque es el ejercicio

principal de la oración, y como he dicho, cumple mucho que tratéis de entender cómo ejercitaros mucho en la humildad; y este es un gran punto della, y muy necesario para todas las personas que se ejercitan en oración. ¿Cómo podrá el verdadero humilde pensar que es tan bueno como los que llegan a ser contemplativos? Que Dios le puede hacer tal, sí, por su bondad y misericordia: mas de mi consejo siempre se siente en el más bajo lugar, que ansí nos dijo el Señor lo hiciésemos, y nos lo enseñó por la obra. Dispóngase para si Dios le quisiere llevar por ese camino; cuando no, para eso es la humildad, para tenerse por dichosa en servir a las siervas del Señor, y alabarle; porque mereciendo ser sierva de los demonios en el infierno, la trajo Su Majestad entre ellas. No digo esto sin gran causa: porque, como he dicho, es cosa que importa mucho entender, que no a todos lleva Dios por un camino, y por ventura el que le parece què va más bajo, está más alto en los ojos del Señor.

2. Ansí, que no porque en esta casa todas traten de oración, han de ser todas contemplativas; es imposible: y será grande consolación para la que no lo es, entender esta verdad, que esto es cosa que lo da Dios; y pues no es necesario para la salvación, ni nos lo pide de premio, no piense que se lo pedirá nadie, que por eso no dejará de ser muy perfeta, si hace lo que queda dicho. Antes podrá ser que tenga mucho más mérito; porque es a más trabajo suyo, y la lleva el Señor como a fuerte, y la tiene guardado junto todo lo que aquí no goza. No por eso desmaye ni deje la oración, y de hacer lo que todas, que a las veces viene el Señor muy tarde, y paga tan bien y tan por junto, como en muchos años ha ido dando a otros. Yo estuve más de catorce, que nunca podía tener aun meditación sino junto con leción. Habrá muchas personas desta arte; y otras que, aunque sea con la leción, no puedan tener meditación, sino rezar vocalmente,

y aquí se detienen más. Hay pensamientos tan ligeros, que no pueden estar en una cosa, sino siempre desasosegados, y en tanto extremo, que si le quieren detener a pensar en Dios, se les va a mil disbarates, y escrúpulos, y dudas.

3. Yo conozco una persona bien vieja, de harto buena vida (que pluguiera a Dios fuera mi vida como la suya), penitente y muy sierva de Dios, gastar hartas horas y hartos años en oración vocal; y mental no haber remedio; cuando más puede, poco a poco en las oraciones vocales se va deteniendo. Y otras muchas personas hay desta manera: y si hay humildad, no creo yo que saldrán peor libradas al cabo, sino muy en igual de los que llevan muchos gustos; y con más seguridad en parte, porque no sabemos si los gustos son de Dios, o si los pone el demonio; y si no son de Dios, es más peligro, porque en lo que el demonio trabaja aquí es en poner soberbia: que si son de Dios, no hay que temer, consigo traen la humildad, como escribí muy largo en el otro libro.

4. Estotros que no reciben gustos andan con humildad sospechosos que es por su culpa, siempre con cuidado de ir adelante; no ven a otros llorar una lágrima, que si ellos no la tienen, no les parezca estar muy atrás en el servicio de Dios, y deben estar, por ventura, muy más adelante; porque no son las lágrimas (aunque son buenas) todas perfetas. En la humildad, y mortificación, y desasimiento, y otras virtudes, siempre hay más seguridad; no hay que temer, ni hayáis miedo que dejéis de llegar a la perfeción, como los muy contemplativos.

Santa era Santa Marta, aunque no dicen que era contemplativa; pues ¿qué más queréis que poder llegar a ser como esta bienaventurada, que mereció tener a Cristo nuestro Señor tantas veces en su casa, y darle de comer, y servirle, y comer a su mesa? Si se estuviera, como la Magdalena, siempre embebida, no hubiera quien diera de

comer a este divino huésped. Pues pensad que es esta congregación la casa de Santa Marta, y que ha de haber de todo; y las que fueren llevadas por la vía activa, no murmuren de las que mucho se embebieren en la contemplación: pues saben que ha de tornar el Señor por ellas, aunque calle la mayor parte, las hace descuidar de sí y de todo. Acuérdense que es menester quien las guise la comida, y ténganse por dichosas en andar sirviendo con Marta. Miren que la verdadera humildad está mucho en estar muy prontos en contentarse con lo que el Señor quisiere hacer dellos, y siempre hallarse indignos de llamarse sus siervos.

5. Pues si contemplar, y tener oración mental, y vocal, y curar enfermos, y servir en las cosas de casa, y trabajar, sea en lo más bajo, todo es servir al huésped que se viene a estar, y a comer, y a recrearse con nosotras, ¿qué más se nos da servirle en lo uno que en lo otro? No digo yo que quede por nosotras, sino que lo probéis todo: porque no está esto en vuestro escoger, sino en el del Señor: mas si después de muchos años quisiere a cada una para su oficio, gentil humildad será querer vosotras escoger; dejad hacer al Señor de la casa; sabio es, y poderoso, entiende lo que os conviene, y lo que le conviene a él también.

6. Estad seguras, que haciendo lo que es en nosotras, y aparejándoos para contemplación con la perfeción que queda dicha, que si él no os la da (y a lo que creo, no dejará de dar, si es de veras el desasimiento y humildad), que tiene guardado este regalo para dároslo junto en el cielo; y que como otra vez he dicho, os quiere llevar como a fuertes, dándonos acá cruz, como siempre Su Majestad la trajo. ¿Y qué mejor amistad que querer lo que quiso para sí, para vos? Y pudiera ser que no tuviérades tanto premio en la contemplación. Juicios son suyos, no hay que meternos en ellos. Harto bien es, que no quede

a nuestro escoger, que luego, como nos parece más descanso, fuéramos todos grandes contemplativos. ¡Oh gran ganancia, no querer ganar por nuestro parecer, para no temer pérdida! Pues nunca permite Dios que la tenga el bien mortificado, sino para ganar más.

CAPÍTULO XVIII

Que prosigue en la mesma materia y dice cuánto mayores son los trabajos de los contemplativos que de los activos. Es de mucha consolación para ellos.

1. Pues yo os digo, hijas, a las que no lleva Dios por este camino, que a lo que he visto y entendido de los que van por él, que no llevan la cruz más liviana, y que os espantaríades por las vías y maneras que la da Dios. Yo sé de unos y de otros, y sé claro que son intolerables los trabajos que Dios da a los contemplativos; y son de tal suerte, que si no les diese aquel manjar de gustos, no se podrían sufrir. Y está claro que pues lo es, que a los que Dios mucho quiere lleva por camino de trabajos, y mientras más los ama, mayores, no hay por qué creer que tiene aborrecidos los contemplativos, pues por su boca los alaba y tiene por amigos.

Pues creer que admite a su amistad a gente regalada y sin trabajos, es disbarate: tengo por muy cierto que se los da Dios mucho mayores. Y ansí como los lleva por camino barrancoso y tan áspero, que a las veces les parece que se pierden y han de comenzar de nuevo a tornarle andar, ansí ha menester Su Majestad darles mantenimiento, y no de agua, sino de vino, para que embriagados con este vino, de Dios, no entiendan lo que pasan y lo puedan sufrir. Y ansí pocos veo verdaderos contemplativos que no los vea animosos y determinados a padecer; que lo primero que hace el Señor, si son flacos, es

donerles ánimo y hacerlos que no teman trabajos. Creo que piensan los de la vida activa, por un poquito que los ven regalados, que no hay más que aquéllos; pues yo pigo que por ventura un día de los que pasan no lo pudiésedes sufrir. Ansí que el Señor, como conoce a todos para lo que son, da a cada uno su oficio; el que más ve que conviene a su alma y al mesmo Señor y al bien de los prójimos. Y como no quede por no haberos dispuesto, no hayáis miedo que se pierda vuestro trabajo.

2. Mirad que digo, que todas lo procuremos, pues no estamos aquí a otra cosa, y no un año, ni dos solos, ni aun diez, porque no parezca que los dejamos de cobarde. Y es bien que el Señor vea que no queda por nosotras: como los soldados, que aunque mucho hayan servido, siempre han de estar a punto para que el capitán los mande en cualquier oficio que quiera ponerlos, pues les ha de dar su sueldo muy bien pagado; y ¿cuán mejor pagado lo pagará nuestro Rey que los de la tierra? Pues como el capitán los ve presentes, y con gana de servir, y tiene ya entendido para lo que es cada uno, reparte los oficios como ve las fuerzas, y si no estuviesen presentes, no les daría nada, ni mandaría en qué sirviesen.

3. Ansí que, hermanas, oración mental; y quien ésta no pudiere, vocal, y leción, y coloquios con Dios, como después diré; no deje las horas de oración: que no sabe cuándo llamará el esposo (no le acaezca como a las vírgenes locas) y las querrá dar más trabajo disfrazado con gusto, y si no se le diere, entienda que no es para ello, y que le conviene lo otro. Y aquí entra el merecer con la humildad, creyendo con verdad que aun para lo que hacen, no son. Andar alegres sirviendo en lo que les mandan, como he dicho; y si es de veras esta humildad, bienaventurada tal sierva de vida activa, que no murmurará sino de sí: deje a las otras con su guerra, que no es pequeña. Porque aunque en las batallas el alférez no pelea,

o por eso deja de ir en gran peligro; y en lo interior ebe trabajar más que todos: porque como lleva la ban-era, no se puede defender, y aunque le hagan pedazos o la ha de dejar de las manos; ansí los contemplativos an de llevar levantada la bandera de la humildad, y su-ir cuantos golpes les dieren, sin dar ninguno: porque su ficio es padecer como Cristo, llevar en lo alto la cruz, o la dejar de las manos por peligros en que se vean, sin ue muestren flaqueza en padecer; para eso les dan tan onroso oficio.

4. Miren lo que hacen, porque si el alférez deja la andera, perderse ha la batalla; y ansí creo que se hace ran daño en los que no están tan adelante, si a los que ienen ya en cuenta de capitanes, y amigos de Dios, les en no ser sus obras conforme al oficio que tienen. Los lemás soldados vanse como pueden, y a las veces se apartan de donde ven el mayor peligro, y no los echa adie de ver, ni pierden honra; estotros llevan todos los ojos puestos en ellos, no se pueden bullir. Bueno es el oficio, y honra grande, y merced hace el rey a quien le da; mas no se obliga a poco en tomarle.

5. Ansí que, hermanas mías, no nos entendemos ni sabemos lo que pedimos; dejemos hacer al Señor, que nos conoce mejor que nosotras mesmas; y la humildad es contentarnos con lo que nos dan: que hay algunas personas que, por justicia, parece quieren pedir a Dios regalos. Donosa manera de humildad; por eso hace bien el conocedor de todos, que pocas veces creo los da a éstos; ve claro que no son para beber el cáliz suyo. Pues para entender, hijas, si estáis aprovechadas, será en si entendiere cada una que es la más ruin de todas; y que se entienda en sus obras que lo conoce ansí, para apro-vechamiento y bien de las otras; y no en la que tiene más gustos en la oración, y arrobamientos, y visiones, y mer-cedes que le hace el Señor desta suerte, que hemos de

aguardar al otro mundo para ver su valor. Estotro es moneda que corre, es renta que no falta, son juros perpetuos y no censo de al quitar (que estotro quítase y pónese), una virtud grande de humildad y mortificación, de gran obediencia en no ir un punto contra lo que manda el perlado, que sabéis verdaderamente que os lo manda Dios, pues está en su lugar.

6. En esto de obediencia es en lo que más había de decir, y por parecerme que si no la hay es no ser monjas, no digo nada dello; porque hablo con monjas (y a mi parecer buenas, al menos que lo desean ser) en cosa tan sabida e importante, no más de una palabra, porque no se olvide. Digo que quien estuviere por voto debajo de obediencia, y faltare, no trayendo todo cuidado en cómo cumplirá con mayor perfeción este voto, que no sé para qué está en el monasterio.

Al menos yo la aseguro que mientras aquí faltare, que nunca llegue a ser contemplativa, ni aun buena activa. Esto tengo por muy cierto: y aunque no sea persona que tiene a esto obligación, si quiere o pretende llegar a contemplación, ha menester, para ir muy acertada, dejar su voluntad con toda determinación en un confesor que sea tal. Porque esto es ya cosa muy sabida, que aprovechan más desta suerte en un año, que sin esto en muchos; y porque para vosotras no es menester, no hay qué hablar dello.

7. Concluyo con que estas virtudes son las que yo deseo que tengáis, hijas mías, y las que procuréis, y las que santamente envidiéis. Estotras devociones no curéis de tener pena por no tenerlas; es cosa incierta. Podría ser que en otras personas sean de Dios, y en vos permitirá Su Majestad sea ilusión del demonio, y que os engañe, como ha hecho a otras personas. En cosa dudosa, ¿para qué queréis servir al Señor, teniendo tanto en qué seguro? ¿Quién os mete en esos peligros? Heme alargado en esto tanto porque sé que conviene: que esta

uestra naturaleza es flaca, y a quien Dios quisiere dar a contemplación, Su Majestad le hará fuerte. A los que o, heme holgado de dar estos avisos, por donde también e humillarán los contemplativos. El Señor, por quien es, os dé luz para seguir en todo su voluntad, y no habrá de qué temer.

CAPÍTULO XIX

Que comienza a tratar de la oración; habla con almas que no pueden discurrir con el entendimiento.

1. Ha tantos días que escribí lo pasado, sin haber tenido lugar para tornar a ello, que si no lo tornase a leer, no sé lo que decía; por no ocupar tiempo habrá de ir como saliere, sin concierto. Para entendimientos concertados y almas que están ejercitadas, y pueden estar consigo mesmas, hay tantos libros escritos y tan buenos, y de personas tales, que sería yerro hiciésedes caso de mi dicho en cosa de oración. Pues como digo tenéis libros tales adonde van por días de la semana repartidos los misterios de la vida del Señor y su Pasión, y meditaciones del Juicio e infierno, y nuestra nonada, y lo mucho que debemos a Dios, con excelente doctrina y concierto para principio y fin de la oración.

2. Quien pudiere y tuviere costumbre de llevar este modo de oración, no hay que decir que por tan buen camino el Señor le sacará a puerto de luz, y con tan buenos principios, el fin lo será. Y todos los que pudieren ir por él llevan descanso y seguridad, porque atado el entendimiento vase con descanso; mas de lo que querría tratar y dar algún remedio, si el Señor quisiese que acertase, y si no al menos que entendáis hay muchas almas que pasan este trabajo, para que no os fatiguéis las que le tuviéredes.

3. Hay unas almas y entendimientos tan desbaratados como unos caballos desbocados, que no hay quien los haga parar, ya van aquí, ya van allí, siempre con desasosiego en su mesma naturaleza, o Dios que lo permite. Heles mucha lástima: porque me parece como unas personas que han mucha sed y ven el agua desde muy lejos, y cuando quieren ir allá, hallan quien los defienda el paso al principio, y medio, y fin. Acaece que cuando ya con su trabajo, y con harto trabajo, han vencido los primeros enemigos, a los segundos se dejan vencer; y quieren más morir de sed, que beber agua que tanto ha de costar. Acabóseles el esfuerzo, faltóles ánimo: y ya que algunos le tienen para vencer también los segundos enemigos, a los terceros se les acaba la fuerza, y por ventura no estaban dos pasos de la fuente de agua viva que dijo el Señor a la Samaritana, que quien la bebiere no terná sed.

Y con cuánta razón y verdad, como dicho de la boca de la mesma verdad, que no la terná de cosa desta vida; aunque crece de las cosas de la otra muy mayor de lo que acá podemos imaginar por esta sed natural. Mas con qué sed se desea tener esta sed, porque entiende el alma su gran valor; y es sed penosísima que fatiga, trae consigo la mesma satisfación con que se mata aquella sed; de manera que es una sed que no ahoga sino a las cosas terrenas; antes da hartura, de manera que cuando Dios la satisface, una de las mayores mercedes que puede hacer al alma es dejarla con la mesma necesidad, y mayor queda siempre de tornar a beber esta agua.

4. El agua tiene tres propiedades que ahora se me acuerda que me hacen al caso, que muchas más terná. La una es que enfría: que por calor que hayamos, en llegando al agua se quita; y si hay gran fuego, con ella se mata, salvo si no es de alquitrán, que se enciende más. ¡Oh, válame Dios, qué maravillas hay en este encen-

derse más el fuego con el agua, cuando es fuego fuerte, poderoso y no sujeto a los elementos, pues éste con ser su contrario no le empece, antes le hace crecer! Mucho valiera aquí poder hablar quien supiera filosofía; porque sabiendo las propiedades de las cosas, supiérame declarar, que me voy regalando en ello, y no lo sé decir, y aun por ventura no lo sé entender. De que Dios, hermanas, os traiga a beber esta agua, y las que ahora bebéis, gustaréis desto, y entenderéis cómo el verdadero amor de Dios, si está en su fuerza, y ya libre de cosas de tierra del todo, y que vuela sobre ellas, es señor de todos los elementos del mundo; y como el agua procede de la tierra, no hayáis miedo que mate a este fuego de amor de Dios: no es de su jurisdición: aunque son contrarios, es ya señor absoluto, no le está sujeto; y ansí no os espantéis, hermanas, de lo mucho que he puesto en este libro para que procuréis esta libertad.

5. ¿No es linda cosa que una pobre monja de San José pueda llegar a enseñorear toda la tierra y elementos? ¿Y qué mucho que los santos hiciesen dellos lo que querrían con el favor de Dios? A San Martín, el fuego y las aguas le obedecían; y a San Francisco, las aves y los peces; y ansí a otros muchos santos; que se veía claro ser tan señores de todas las cosas del mundo por haber bien trabajado de tenerle en poco, y sujetádose de veras con todas sus fuerzas al Señor dél. Ansí que, como digo, el agua que nace de la tierra no tiene poder contra este fuego, sus llamas son muy altas, y su nacimiento no comienza en cosa tan baja. Otros fuegos hay de pequeño amor de Dios, que cualquier suceso los amatará, mas a éste, no; aunque toda la mar de tentaciones venga, no le harán que deje de arder de manera que no se enseñoree él dellas. Pues si es agua de la que llueve del cielo, muy menos le amatará; más que esotra le aviva; no son contrarios, sino de una tierra: no hayáis miedo que se

hagan mal el un elemento al otro, antes ayuda el uno al otro a su efeto; porque el agua de las lágrimas verdaderas, que son las que proceden en verdadera oración, vienen dadas del Rey del cielo, que le ayuda a encender más y a hacer que dure, y el fuego ayuda al agua a enfriar.

6. ¡Oh, válame Dios, qué cosa tan hermosa y de tanta maravilla, que el fuego enfría, y aun hiela todas las afeciones del mundo cuando se junta con el agua viva del cielo, que es la fuente de donde proceden las lágrimas que quedan dichas, que son dadas y no adquiridas por nuestra industria. Ansí que a buen seguro, que no deja calor en ninguna cosa del mundo para que se detenga en ellas, si no es para si puede pegar este fuego, que es natural suyo, no se contentar con poco, sino que si pudiese abrasaría todo el mundo.

7. Es la otra propiedad limpiar cosas no limpias. Si no hubiese agua para lavar, ¿qué sería del mundo? ¿Sabéis que tanto limpia esta agua viva, esta agua celestial, esta agua clara, cuando no está turbia, cuando no tiene lodo, sino que cae del cielo? Que de una vez que se beba, tengo por cierto que deja el alma clara y limpia de todas las culpas. Porque como tengo escrito, no da Dios lugar a que beban desta agua (que no está en nuestro querer, por ser cosa muy sobrenatural esta divina unión) sino es para limpiarla y dejarla limpia y libre del lodo y miseria en que por las culpas estaba metida; porque otros gustos que vienen por medianería del entendimiento, por mucho que hagan, traen el agua corriendo por la tierra: no la beben junto a la fuente, nunca faltan en este camino cosas lodosas en que se detenga, y no va tan puro ni tan limpio. No llamo yo esta oración (que como digo va discurriendo con el entendimiento) agua viva; conforme a mi entender, digo, que por mucho que queramos hacer, siempre se pega a nuestra alma (ayu-

dada desde nuestro cuerpo, y bajo natural) algo de camino, de lo que no querríamos.

8. Quiérome declarar más. Estamos pensando qué es el mundo y cómo se acaba todo para menospreciarlo: y casi sin entendernos nos hallamos metidos en cosas que amamos dél; y deseándolas huír, por lo menos nos estorba un poco pensar cómo fué, y cómo será, y qué hice, y qué haré. Y para pensar lo que hace al caso para librarnos, a las veces nos metemos de nuevo en el peligro. No porque esto se ha de dejar, mas hase de temer; es menester no ir descuidados. Acá lleva este cuidado el mesmo Señor, que no quiere fiarnos de nosotros; tiene en tanto nuestra alma, que no la deja meter en cosas que la puedan dañar, por aquel tiempo que quiere favorecerla, sino pónela de presto junto cabe sí, y muéstrale en un punto más verdades, y dala más claro conocimiento de lo que es todo, que acá pudiéramos tener en muchos años. Porque no va libre la vista, ciéganos el polvo como vamos caminando; acá llévanos el Señor al fin de la jornada sin entender cómo.

La otra propiedad del agua es que harta y quita la sed; porque sed me parece a mí que quiere decir, deseo de una cosa que nos hace gran falta, que si del todo nos falta, nos mata. Extraña cosa es que si nos falta, nos mata; y si nos sobra, nos acaba la vida, como se ve morir muchos ahogados.

9. ¡Oh, Señor mío, y quién se viese tan engolfada en esta agua viva que se le acabase la vida! ¿Mas no puede ser esto? Sí, que tanto puede crecer el amor y deseo de Dios, que no lo pueda sufrir el sujeto natural, y ansí ha habido personas que han muerto. Yo sé de una, que si no la socorriera Dios presto, era esta agua viva tan en gran abundancia, que casi la sacaba de sí con arrobamiento. Digo que casi la sacaba de sí, porque aquí descansa el alma. Parece que, ahogada de no poder sufrir el mundo,

resucita en Dios, y Su Majestad la habilita para que pueda gozar lo que estando en sí no pudiera, sin acabársele la vida. Entiéndase de aquí, que como en nuestro sumo Bien no puede haber cosa que no sea cabal, todo lo que él da es para nuestro bien; y ansí por mucha abundancia que haya desta agua, no hay sobra, que no puede haber demasía en cosa suya; porque si da mucho, hace, como he dicho, hábil al alma, para que sea capaz de beber mucho; como un vidriero hace la vasija de la manera que ve que es menester para que quepa lo que quiere echar en ella.

En el desearlo, como es de nosotros, nunca va sin falta; si alguna cosa buena lleva, es lo que en él ayuda el Señor; mas somos tan indiscretos, que como es pena suave y gustosa, nunca nos pensamos hartar desta pena; comemos sin tasa, ayudamos como acá podemos a este deseo, y ansí algunas veces mata; dichosa tal muerte. Mas por ventura con la vida ayudara a otros para morir por deseo desta muerte. Y esto creo que hace el demonio; porque entiende el daño que ha de hacer con vivir, y ansí tienta aquí de indiscretas penitencias para quitar la salud, y no le va poco en ello. Digo, que quien llegó a tener esta sed tan impetuosa, que se mire mucho, porque crea que terná esta tentación; y aunque no muera de sed, acabará la salud, y dará muestras exteriores, aunque no quiera, que se han de excusar por todas vías.

Algunas veces aprovechará poco nuestra diligencia, que no podremos todo lo que se quiere encubrir; mas estemos con cuidado cuando vienen estos ímpetus tan grandes de crecimiento deste deseo, para no añadir en él; sino con suavidad cortar el hilo con otra consideración, que podrá ser que nuestra naturaleza a veces obre tanto como el amor, que hay personas que cualquiera cosa, aunque sea mala, desean con grande vehemencia. Éstas no creo serán las muy mortificadas, que para todo aprovecha la mortificación. Parece desatino que cosa tan buena se

ataje, pues no lo es; que yo no digo que se quite el deseo, sino que se ataje, y por ventura será con otro que se merezca tanto. Quiero decir algo para darme mejor a entender. Da un gran deseo de verse ya con Dios, y desatado de esta cárcel, como le tenía San Pablo; pena por tal causa, y que debe en sí ser muy gustosa; no será menester poca mortificación para atajarla, y del todo no podrá.

Mas cuando viere que aprieta tanto, que casi va a quitar el juicio, como yo vi a una persona no ha mucho, y aunque de su natural impetuosa, pero tan amostrada a quebrantar su voluntad, que me parece que lo haya perdido, porque se ve en otras cosas; digo que por un rato la vi como desatinada de la gran pena y fuerza que se hizo en disimularla, y que en caso tan excesivo, aunque fuese espíritu de Dios, tengo por humildad temer; porque no hemos de pensar que tenemos tanta caridad que nos pone en tan gran aprieto. Digo que no terné por malo si puede (aunque por ventura todas veces no podrá) que mude el deseo, pensando que si vive servirá más á Dios, y podrá ser que dé luz a algún alma que se había de perder, y que por servir más merecerá por donde pueda gozar más de Dios, y témase lo poco que ha servido; y estos son buenos consuelos para tan gran trabajo, y aplacará su pena y ganará mucho, pues con servir al mesmo Señor se quiere acá pasar y vivir con su pena.

Es como si uno tuviese un gran trabajo o grave dolor, consolarle con decir tenga paciencia y se deje en las manos de Dios, y que cumpla en él su voluntad, que dejarnos en ellas es lo más acertado en todo. Y que si el demonio ayudó en alguna manera a tan gran deseo, que sería posible, como cuenta, creo, Casiano de un ermitaño de asperísima vida, que le hizo entender que se echase en un pozo, porque vería más presto a Dios.

Yo bien creo que no debía haber vivido con humildad, ni bien: porque fiel es el Señor, y no consintiera Su Ma-

jestad que se cegara en cosa tan manifiesta; mas está claro, que si el deseo fuera de Dios, no le hiciera mal. Trae consigo la luz, y la discreción, y la medida (esto es claro); sino que este adversario enemigo nuestro, por dondequiera que fuere procura dañar, y pues él no anda descuidado, no le andemos nosotras.

Este es un punto importante para muchas cosas, ansí para acortar el tiempo de la oración, por gustosa que sea, cuando se vienen a acabar las fuerzas corporales, o hacer daño a la cabeza; en todo es muy necesario discreción. ¿Para qué pensáis, hijas mías, que he pretendido declarar el fin, y mostrar el premio antes de la batalla, con deciros el bien que trae consigo llevar a beber desta fuente celestial y desta agua viva? Para que no os acongojéis del trabajo y contradición que hay en el camino, y vais con ánimo y no os canséis; porque, como he dicho, podrá ser que después de llegadas, que no os falte sino bajaros a beber en la fuente, lo dejéis todo, y perdáis este bien, pensando que no tendréis fuerza para llegar a él, y que no sois para ello. Mirad que convida el Señor a todos; pues es la mesma verdad, no hay que dudar. Si no fuera general este convite, no nos llamara el Señor a todos; y aunque nos llamara, no nos dijera: Yo os daré de beber. Pudiera decir: Venid todos, que en fin no perderéis nada; y a los que a mí me pareciere, yo les daré de beber; mas como dijo, sin esta condición, a todos, tengo por cierto, que todos los que no se quedaren en el camino, no les faltará esta agua viva. Denos el Señor, que la promete, gracia para buscarla como se ha de buscar, por quien Su Majestad es.

CAPÍTULO XX

Trata cómo por diferentes vías nunca falta consolación en el camino de la oración, y aconseja a las hermanas desto sean sus pláticas siempre.

1. En este capítulo pasado parece que me contradigo de lo que había dicho; porque cuando consolaba a las que no llegaban aquí, dije que tenía el Señor diferentes caminos por donde iban a él, ansí como había muchas moradas. Ansí lo torno ahora a decir, porque como entendió Su Majestad nuestra flaqueza, proveyó como quien es; mas no dijo por este camino vengan unos, y por éste, otros; antes fué tan grande su misericordia, que a nadie quitó que procurase venir a esta fuente de vida a beber. ¡Bendito sea por siempre, y con cuánta razón me lo hubiera quitado a mí! Y pues no me mandó lo dejase cuando lo comencé, e hizo que me echasen en el profundo, a buen seguro que no lo quite a nadie, antes públicamente nos llama a voces; mas como es tan bueno, no nos fuerza, antes da de muchas maneras a beber a los que le quieren seguir, para que ninguno vaya desconsolado, ni muera de sed; porque desta fuente caudalosa salen arroyos, unos grandes, y otros pequeños; y algunas veces charquitos para niños, que aquéllos les basta, y más sería espantarlos ver mucha agua; éstos son los que están en los principios. Ansí que, hermanas, no hayáis miedo que muráis de sed.

En este camino nunca falta agua de consolación, tan faltada que no se pueda sufrir; y pues esto es ansí, tomad mi consejo y no os quedéis en el camino, sino pelead como fuertes, hasta morir en la demanda: pues no estáis aquí a otra cosa, sino a pelear. Y con ir siempre con esta determinación de antes morir que dejar de lle-

gar al fin del camino, si os llevare el Señor con alguna sed en esta vida, en la que es para siempre os dará con toda abundancia de beber, y sin temor que os ha de faltar. Plega al Señor no le faltemos nosotras. Amén. Ahora, para comenzar este camino que queda dicho, de manera que no se yerre desde el principio, tratemos un poco de cómo se ha de principiar esta jornada, porque es lo que más importa. Digo que importa el todo para todo.

No digo que quien no tuviere la determinación que aquí diré deje de comenzar, porque el Señor le irá perficionando; y cuando no hiciese más de dar un paso, tiene en sí tanta virtud que no haya miedo lo pierda, ni le deje de ser muy bien pagado. Es, digamos, como quien tiene una cuenta de perdones, que si la reza una vez, gana, y mientras más veces, más; mas si nunca llega a ella, sino que se la tiene en el arca, mejor fuera no tenerla. Ansí que, aunque no vaya después por el mesmo camino, lo poco que hubiera andado dél le dará luz para que vaya bien por los otros; y si más anduviere, más. En fin, tenga por cierto no le hará daño el haberle comenzado para cosa ninguna, aunque le deje: porque el bien nunca hace mal.

Por eso a todas las personas que os trataren, hijas, habiendo disposición y alguna amistad, procurad quitarles el miedo de comenzar tan gran bien. Y por amor de Dios os pido que vuestro trato sea siempre ordenado a algún bien de aquel con quien habláredes; pues vuestra oración ha de ser para provecho de las almas, y esto habéis siempre de pedir al Señor. Mal parecería, hermanas, no lo procurar de todas maneras. Si queréis ser buen deudo, esta es la verdadera amistad; si buena amiga, entended que no lo podéis ser sino por este camino.

Ande la verdad en vuestros corazones, como ha de andar por la meditación, y veréis claro el amor que somos obligados a tener a los prójimos. No es ya tiempo,

hermanas, de juego de niños (que no parece otra cosa estas amistades del mundo, aunque sean buenas), ni haya en vosotras tal plática que si me queréis, o no me queréis, ni con deudos, ni con nadie, si no fuere yendo fundadas en un gran fin y provecho de aquel ánima; que puede acaecer, que para que os escuche vuestro deudo, o hermano, o persona semejante una verdad, y la admita, sea menester de disponerle con estas pláticas y muestras de amor, que a la sensualidad siempre contentan; y acaecerá tener en más una buena palabra (que ansí la llaman), y disponer más que muchas de Dios, para que después éstas sepan bien; y ansí yendo con advertencia de aprovechar, no las quito; mas si no es para esto ningún provecho pueden traer, y podrán hacer daño sin entenderlo vosotras.

Ya saben que sois religiosas, y que vuestro trato es de oración; no se os ponga delante, no quiero que me tengan por buena; porque es provecho, o daño común el que en vos vieren; y es gran mal, que a las que tanta obligación tienen de no hablar, sino en Dios, como las monjas, les parezca bien la disimulación en este caso, si no fuese alguna vez para más bien. Este es vuestro trato y lenguaje; quien os quisiere tratar, depréndale, o si no guardaos de deprender vosotras el suyo, que será infierno. Si os tuvieren por groseras, poco va en ello; si por hipócritas, menos. Ganaréis de aquí que no os verá sino quien se entendiere por esta lengua; porque no lleva camino uno que no sabe algarabía, gustar de hablar mucho con quien no sabe otro lenguaje; y ansí, ni os cansarán ni dañarán: que no sería poco daño comenzar a hablar nueva lengua y todo el tiempo se os iría en eso.

Y no podéis saber, como yo, que lo he experimentado, el gran mal que es para el alma, que por saber la una, se olvide la otra; y es un perpetuo desasosiego, del que en todas maneras habéis de huír; porque lo que mucho

conviene para este camino, que comenzamos a tratar, es paz y sosiego en el alma. Si los que os trataren quisieren deprender vuestra lengua (ya que no es vuestro de enseñar), podéis decir las riquezas que se ganan en deprenderla; y desto no os canséis, sino con piedad, y amor, y oración, porque le aproveche, para que, entendiendo la gran ganancia, vaya a buscar maestro que le enseñe; que no sería poca merced que os hiciese el Señor despertar a alguna alma para este bien. Mas ¿qué de cosas se ofrecen en comenzando a tratar deste camino, aun a quien tan mal ha andado por él como yo? Plega al Señor os lo sepa, hermanas, decir, mejor que lo he hecho. Amén.

CAPÍTULO XXI

Que dice lo mucho que importa comenzar con gran determinación a tener oración, y no hacer caso de los inconvenientes que el demonio pone.

1. No os espantéis, hijas, de las muchas cosas que es menester mirar para comenzar este viaje divino, que es camino real para el cielo. Gánase yendo por él gran tesoro, no es mucho que cueste mucho a nuestro parecer; tiempo verná que se entienda cuán nonada es todo para tan gran precio.

Ahora, tornando a los que quieren ir por él y no parar hasta el fin, que es llegar a beber desta agua de vida, como han de comenzar, digo que importa mucho y el todo una grande y determinada determinación de no parar hasta llegar a ella, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera se muera en el camino, o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo; como muchas veces acaece con decirnos: hay peligros, fulana por aquí se perdió, el

otro se engañó, el otro que rezaba mucho cayó, hacen daño a la virtud, no es para mujeres, que les podrán venir ilusiones, mejor será que hilen, no han menester esas delicadezas, basta el *Pater noster* y *Ave María*. Esto ansí lo digo, hermanas, y cómo si basta; siempre es gran bien fundar vuestra oración sobre oraciones dichas de tal boca como la del Señor. En esto tienen razón, que si no estuviese ya nuestra flaqueza tan flaca, y nuestra devoción tan tibia, no eran menester otros conciertos de oraciones, ni eran menester otros libros.

Y ansí me ha parecido ahora (pues, como digo, hablo con almas que no pueden recogerse en otros misterios, que les parece son artificios, y hay algunos ingenios tan ingeniosos, que nada les contenta) ir fundado por aquí unos principios, y medios y fines de oración, aunque en cosas subidas no me deterné. Y no os podrán quitar libros, que si sois estudiosas, y teniendo humildad, no habéis menester otra cosa.

Siempre yo he sido aficionada, y me han recogido más las palabras de los Evangelios que los libros muy concertados; en especial si no era el autor muy aprobado, no los había gana de leer. Allegada, pues, a este Maestro de la sabiduría, quizá me enseñará alguna consideración que os contente. No digo que diré declaración destas oraciones divinas, que no me atrevería, y hartas hay escritas; y cuando no las hubiera, fuera disbarate, sino consideración sobre las palabras del *Pater noster;* porque algunas veces con muchos libros parece se nos pierde la devoción en lo que tanto nos va tenerla. Que está claro que el mesmo maestro, cuando enseña una cosa, toma amor con el discípulo, y busca que le contente lo que le enseña, y le ayuda mucho a que lo deprenda, y ansí hará el Maestro celestial con nosotras; y por eso ningún caso hagáis de los miedos que os pusieren ni de los peligros que os pintaren.

Donosa cosa es que quiera yo ir por un camino adonde hay tantos ladrones, sin peligros, y ganar un gran tesoro. Pues bueno anda el mundo para que os lo dejen tomar en paz, sino que por un maravedí de intereses se pornán a no dormir muchas noches y a desasosegaros cuerpo y alma. Pues cuando yéndole a ganar o a robar (como dice el Señor que lo ganan los esforzados) por camino real (y por camino seguro por el que fué nuestro Rey, por el que fueron todos los escogidos y Santos) os dicen hay tantos peligros y os ponen tantos temores, los que van a su parecer a ganar este bien sin camino, ¿qué son los peligros que llevarán?

¡Oh, hijas mías, que muchos más sin comparación, sino que no los entienden hasta dar de ojos en el verdadero peligro, cuando no hay quien les dé la mano y pierden del todo el agua, sin beber poca ni mucha, ni de charco ni de arroyo! Pues ya veis, sin gota desta agua, ¿cómo se pasará camino donde hay tantos con quien pelear? Está claro que al mejor tiempo morirán de sed: porque queramos que no, hijas mías, todos caminamos para esta fuente, aunque de diferentes maneras; pues creedme vosotras, y no os engañe nadie en mostraros otro camino sino el de la oración. Y no hablo ahora en que sea mental o vocal para todos; para vosotras digo, que lo uno y lo otro habéis menester. Este es el oficio de los religiosos; quien os dijere que esto es peligro, tenedle a él por el mesmo peligro y huíd dél: y no se os olvide, que por ventura habréis menester este consejo.

Peligroso será no tener humildad y las otras virtudes: ¿mas camino de oración, camino de peligro? Nunca Dios tal quisiera, que el demonio parece ha inventado poner estos miedos, y ansí ha sido mañoso a hacer caer a algunos que tenían oración. Y miren tan gran ceguedad; que no miran el mundo de millares, como dicen, que han caído en herejía y en grandes males sin tener oración ni sa-

ber qué cosa era; y entre muchos destos, si el demonio, por hacer mejor su negocio, ha hecho caer a algunos bien contados que tenían oración, ha hecho poner tanto temor en las cosas de virtud a algunos. Estos que toman este amparo para librarse, se guarden: porque huyen del bien por librarse del mal. Nunca tan mala invención he visto; parece del demonio. ¡Oh Señor mío, tornad por Vos! Mirad que entienden al revés vuestras palabras; no permitáis semejantes flaquezas en vuestros siervos.

Hay un gran bien, que siempre veréis algunos que os ayuden: porque esto tiene el verdadero siervo de Dios, a quien Su Majestad ha dado luz del verdadero camino, que por estos temores le crece más el deseo de no parar. Entiende claro por dónde va a dar el golpe el demonio, y húrtale el cuerpo, y quiébrale la cabeza; más siente él esto, que cuantos placeres otros le hacen, le contentan. Cuando en un tiempo de alboroto, en una cizaña que ha puesto, que parece lleva a todos tras sí medio ciegos, porque es debajo de buen celo, levanta Dios uno que les abra los ojos y diga que miren les ha puesto niebla en ellos el demonio para no ver el camino, ¡qué grandeza de Dios, que puede más a las veces un hombre solo, o dos, que digan verdad, que muchos juntos! Torna poco a poco a descubrir el camino, dales Dios ánimo. Si dicen que hay peligro en la oración, procura se entienda cuán buena es la oración, si no por palabras, por obras. Si dicen que no es bien a menudo las comuniones, entonces las frecuenta más; ansí que como haya uno, o dos, que sin temor sigan lo mejor, luego torna el Señor poco a poco a ganar lo perdido.

Ansí que, hermanas, dejaos destos miedos: nunca hagáis caso de cosas semejantes de la opinión del vulgo; mirad que no son tiempos de creer a todos, sino a los que viéredes van conformes a la vida de Cristo. Procurad tener limpia conciencia y menosprecio de todas las

cosas del mundo, y creer firmemente lo que tiene la Santa Madre Iglesia, y a buen seguro que vais buen camino.

Dejaos, como he dicho, de temores, adonde no hay que temer. Si alguno os los pusiere, declaradle con humildad el camino: decid que tenéis regla que os manda orar sin cesar, que ansí nos lo manda, y que la habéis de guardar. Si os dijeren que sea vocalmente, preguntad ¿que si ha de estar el entendimiento y corazón en lo que decís? Si os dijeren que sí (que no podrán decir otra cosa), veis adonde confiesan que forzado habéis de tener oración mental, y aun contemplación, si os la diere Dios allí. Sea bendito para siempre.

CAPÍTULO XXII

En que declara qué es oración mental.

1. Sabed, hijas, que no está la falta para ser o no ser oración mental, en tener cerrada la boca; si hablando estoy enteramente entendiendo, y viendo que hablo con Dios, con más advertencia que en las palabras que digo, junto está oración mental y vocal. Salvo si no os dicen que estéis hablando con Dios, rezando el *Pater noster* y pensando en el mundo, aquí callo: mas si habéis de estar, como es razón se esté, hablando con tan gran Señor, es bien estéis mirando con quién habláis, y quién sois vos, siquiera para hablar con crianza. Porque ¿cómo podéis hablar y llamar al rey alteza, ni saber las ceremonias que se hacen para hablar a un grande, si no entendéis bien qué estado tiene y qué estado tenéis vos? Porque conforme a esto se ha de hacer el acatamiento, y conforme al uso; porque aun esto es menester también que sepáis, si no enviaros han para siempre y no negociaréis cosa.

Pues ¿qué es esto, Señor mío? ¿Qué es esto, mi Empera-

dor? ¿Cómo se puede sufrir? Rey sois, Dios mío, sin fin, que no es reino prestado el que tenéis. Cuando en el Credo se dice: vuestro reino no tiene fin, casi siempre me es particular regalo. Aláboos, Señor, y bendígoos para siempre; en fin, vuestro reino durará para siempre. Pues nunca Vos, Señor, permitáis se tenga por bueno, que quien fuere a hablar con Vos, sea sólo con la boca. ¿Qué es esto, cristianos? ¿Los que decís no es menester oración mental, entendéis os? Cierto que pienso que no os entendéis, y ansí queréis desatinemos todos; ni sabéis cuál es oración mental, ni cómo se ha de rezar la vocal, ni qué es contemplación, porque si lo supiésedes, no condenaríades por un cabo lo que alabáis por otro.

Yo he de poner siempre junta oración mental con la vocal, cuando se me acordare: porque no os espanten, hijas, que yo sé en qué caen estas cosas, que he pasado algún trabajo en este caso; y ansí querría que nadie os trajese desasosegadas, que es cosa dañosa ir con miedo por este camino. Importa mucho entender que vais bien, porque en diciendo a algún caminante que va errado y que ha perdido el camino, le acaece andar de un cabo a otro, y todo lo que anda buscando por dónde ha de ir, se cansa y gasta el tiempo, y llega más tarde.

¿Quién puede decir que es mal si comienza uno a rezar las Horas o el rosario, que comience a pensar con quién va a hablar, y quién es el que habla, para ver cómo le ha de tratar? Pues yo os digo, hermanas, que si lo mucho que hay que hacer en entender estos dos puntos, se hiciese bien, que primero que comencéis la oración vocal que vais a rezar, ocupéis harto tiempo en la mental. Sí, que no hemos de llegar a hablar a un príncipe con el descuido que a un labrador, o como a un pobre como nosotras, que como quiera que nos hablaren va bien.

Razón es que, ya que por la humildad deste Rey, si como grosera no sé hablar con él, no por eso me deja de oír, ni

me deja de llegar a sí, ni me echan fuera sus guardas (porque saben bien los ángeles que están allí, la condición de su Rey, que gusta más desta grosería de un pastorcito humilde, que ve que si más supiera más dijera, que de los muy sabios letrados, por elegantes razonamientos que hagan, si no van con humildad): ansí que no porque él sea bueno, hemos de ser nosotros descomedidos. Siquiera para agradecerle el mal olor que sufre en consentir cabe sí una como yo, es bien que procuremos conocer su limpieza y quién es.

Es verdad que se entiende luego en llegando como los señores de acá; con que nos digan quién fué su padre, y los cuentos que tiene de renta y el ditado, no hay más que saber: porque acá no se hace cuenta de las personas para hacerles honra, por mucho que merezcan, sino de las haciendas. ¡Oh miserable mundo! Alabad mucho a Dios, hijas mías, que habéis dejado cosa tan ruin, adonde no hacen caso de lo que ellos en sí tienen, sino de lo que tienen sus renteros y vasallos; y si ellos faltan, luego falta el mundo de hacerles honra. Cosa donosa es ésta para que os holguéis cuando hayáis todas de tomar alguna recreación: que este es buen pasatiempo, entender cuán ciegamente pasan su tiempo los del mundo.

¡Oh Emperador nuestro, sumo poder, suma bondad, la mesma sabiduría sin principio, sin fin, sin haber términos en vuestras perfeciones: son infinitas sin poderse comprender, un piélago sin suelo de maravillas, una hermosura que tiene en sí todas las hermosuras, la mesma fortaleza! ¡Oh, válame Dios, quién tuviera aquí junta toda la elocuencia de los mortales, y sabiduría para saber bien (como acá se puede saber, que todo es no saber nada), para en este caso dar a entender alguna de las muchas cosas que podemos considerar para conocer algo de quién es este Señor y bien nuestro!

Sí, llegaos a pensar y entender en llegando, con quién

vais a hablar o con quien estáis hablando. En mil vidas de las nuestras no acabaremos de entender cómo merece ser tratado este Señor, que los ángeles tiemblan delante dél: todo lo manda, todo lo puede, su querer es obrar. Pues razón será, hijas mías, que procuremos deleitarnos en estas grandezas que tiene nuestro Esposo, y que entendamos con quién estamos casadas, qué vida hemos de tener. ¡Oh, válame Dios! Pues acá cuando uno se casa, primero sabe con quién, y quién es y qué tiene: nosotras, ya desposadas antes de las bodas, que nos ha de llevar a su casa, ¿no pensáramos en nuestro Esposo?

Pues áca no quitan estos pensamientos a las que están desposadas, ¿por qué nos han de quitar que procuremos entender quién es este hombre, y quién es su padre, y qué tierra es ésta adonde me ha de llevar, y qué bienes son los que promete darnos, qué condición tiene, cómo podré contentarle mejor, en qué le haré placer, y estudiar cómo haré mi condición que conforme con la suya? Pues si una mujer ha de ser bien casada, no la avisan otra cosa sino que procure esto, aunque sea hombre muy bajo su marido.

Pues, Esposo mío, ¿en todo han de hacer menos caso de Vos que de los hombres? Si a ellos no les parece bien esto, dejen os vuestras esposas, que han de hacer vida con Vos. Es verdad que es buena vida si un esposo es tan celoso que quiere no trate con nadie su esposa; linda cosa es que no piense cómo le harán este placer: la razón que tiene de sufrirle no querer que trate con otro, pues en él tiene todo lo que puede querer. Esta es oración mental, hijas mías, entender estas verdades. Si queréis ir entendiendo esto y rezando vocalmente, muy enhorabuena; no me estéis hablando con Dios y pensando en otras cosas, que esto hace no entender qué cosa es oración mental: creo va dado a entender: plega al Señor lo sepamos obrar. Amén.

CAPÍTULO XXIII

Trata de lo que importa no tornar atrás quien ha comenzado camino de oración, y torna a hablar de lo mucho que va en que sea con gran determinación.

1. Pues digo que va muy mucho en comenzar con gran determinación, por tantas causas, que sería alargarme mucho si las dijese; solas dos, o tres, os quiero, hermanas, decir. La una es, que no es razón que a quien tanto nos ha dado, y contino da, que una cosa que queremos determinar a darle, que es este cuidadito (no cierto sin interese, sino con tan grandes ganancias), no se le dar con toda determinación, sino como quien presta una cosa para tornarla a tomar.

Esto no me parece a mí dar, antes siempre queda con algún disgusto, a quien han emprestado una cosa, cuando se la tornan a tomar, en especial si la ha menester, y la tenía ya como por suya. O que si son amigos, y a quien la prestó debe muchas dadas sin ningún interés, con razón le parecerá poquedad y muy poco amor, que aun una cosa suya no quiere dejar en su poder, siquiera por señal de amor.

¿Qué esposa hay que, recibiendo muchas joyas de valor de su esposo, no le dé siquiera una sortija, no por lo que vale, que ya todo es suyo, sino por prenda que será suya hasta que muera? ¿Pues qué menos merece este Señor para que burlemos dél, dando y tomando una nonada que le damos? Sino que este poquito de tiempo que nos determinamos de darle, de cuanto gastamos con otros, y con quien no nos agradecerá, ya que aquel rato le queremos dar, démosle libre el pensamiento, y desocupado de otras cosas y con toda determinación de nunca jamás se lo tornar a tomar, por trabajos que por ello nos vengan, ni por contradiciones, ni por sequedades; sino que ya como cosa no mía

tenga aquel tiempo, y piense me le pueden pedir por justicia cuando del todo no se le quisiere dar. Llamo del todo, porque no se entiende que dejarlo algún día, o algunos, por ocupaciones justas, o por cualquier indisposición, es tomársele ya. La intención esté firme, que no es nada delicado mi Dios, no mira en menudencias: ansí terná que os agradecer: es dar algo. Lo demás, bueno es a quien no es franco, sino tan apretado que no tiene corazón para dar, harto es que preste. En fin, haga algo, que todo lo toma en cuenta este Señor nuestro, a todo hace como le queremos; para tomarnos cuenta, no es nada menudo, sino generoso; por grande que sea el alcance, tiene él en poco perdonarle, para ganarnos. Es tan mirado, que no hayáis miedo que un alzar de ojos, con acordarnos dél, deje sin premio.

Otra causa es porque el demonio no tiene tanta mano para tentar; ha gran miedo a ánimas determinadas, que tiene ya él experiencia que le hacen gran daño; y cuanto él ordena para dañarlas, viene en provecho dellas, y de otras, y que sale, él con pérdida. Y ya que no hemos nosotros de estar descuidados, ni confiar en esto, porque lo habemos con gente traidora, y a los apercibidos no osa tanto acometer, porque es muy cobarde; y si viese descuido, haría gran daño; mas si conoce a uno por mudable, y que no está firme en el bien y con gran determinación de perseverar, no le dejará a sol ni a sombra; miedos le porná e inconvenientes, que nunca acabe. Yo lo sé esto muy bien por experiencia, y ansí lo he sabido decir, y digo que no sabe nadie lo mucho que importa.

La otra cosa que hace mucho al caso es, que pelea con más ánimo; ya sabe que, venga lo que viniere, no ha de tornar atrás. Es como uno que está en una batalla, que sabe que si le vencen no le perdonarán la vida, y que ya que no muere en la batalla, ha de morir después; pelea con más determinación, y quiere vender bien su vida,

como dicen, y no teme tanto los golpes, porque lleva delante lo que le importa la victoria, y que le va la vida en vencer. Es también necesario comenzar con segurida l de que si no nos dejamos vencer saldremos con la empresa; esto sin ninguna duda, que por poca ganancia que saquen, saldrán muy ricos. No hayáis miedo que os deje morir de sed el Señor, que nos llama a que bebamos desta fuente. Esto queda ya dicho, y querríalo decir muchas veces, porque acobarda mucho a personas que aun no conocen del todo la bondad del Señor por experiencia, aunque la conocen por fe. Mas es gran cosa haber experimentado con el amistad y regalo que trata a los que van por este camino, y cómo casi les hace toda la costa. Y los que esto no han probado, no me maravillo que quieran seguridad de algún interese. Pues ya sabéis que es ciento por uno, aun en esta vida; y que dice el Señor: Pedid, y daros han; si no creéis a Su Majestad en las partes de su Evangelio, que asegura esto, poco aprovecha, hermanas, que me quiebre yo la cabeza a decirlo. Todavía digo, a quien tuviere alguna duda, que poco se pierde probarlo; que eso tiene bueno este viaje, que se da más de lo que se pide ni acertaremos a desear. Esto es sin falta, yo lo sé; y a las de vosotras que lo sabéis por experiencia, por la bondad de Dios, puedo presentar por testigos.

CAPÍTULO XXIV

Trata cómo se ha de rezar oración vocal con perfeción, y cuán junta anda con ella la mental.

1. Ahora, pues, tornemos a hablar con las almas que he dicho, que no se pueden recoger ni atar los entendimientos en oración mental, ni tener consideración. No nombremos aquí estas dos cosas, pues no sois para ellas,

que hay muchas personas en hecho de verdad que sólo el nombre de oración mental o contemplación parece que las atemoriza; y por si alguna viene a esta casa, que también, como he dicho, no van todos por un camino. Pues lo que quiero ahora aconsejaros (y aun puedo decir enseñaros, porque como Madre en el oficio de priora que tengo, es lícito), es cómo habéis de rezar vocalmente, porque es razón entendáis lo que decís. Y porque quien no puede pensar en Dios, puede ser que oraciones largas también le cansen, tampoco me quiero entremeter en ellas, sino en las que forzado habemos de rezar (pues somos cristianos), que es el *Pater noster* y *Ave María*; porque no puedan decir, por nosotras, que hablamos y no nos entendemos. Salvo si nos parece que basta irnos por la costumbre, con sólo pronunciar las palabras, y que esto basta. Si basta o no, en eso no me entremeto, los letrados lo dirán; lo que yo querría que hiciésemos nosotras, hijas, es que no nos contentemos con sólo eso: porque cuando digo Credo, razón me parece será que entienda y sepa lo que creo; y cuando Padre nuestro, amor será entender quién es este Padre nuestro y quién es el Maestro que nos enseñó esta oración. Si queréis decir que ya os lo sabéis y que no hay para qué se os acuerde, no tenéis razón, que mucho va de maestro a maestro; pues aun de los que acá nos enseñan es gran desgracia no nos acordar; en especial si son santos y son maestros del alma, es imposible si somos buenos discípulos.

Pues de tal Maestro, como quien nos enseñó esta oración, y con tanto amor y deseo que nos aprovechase, nunca Dios quiera que no nos acordemos dél muchas veces cuando decimos la oración, aunque por flacos no sean todos. Pues cuanto a lo primero, ya sabéis que enseña Su Majestad que sea a solas, que ansí lo hacía él siempre que oraba, y no por su necesidad, sino por nuestro enseñamiento. Ya esto dicho se está, que no se sufre hablar

con Dios y con el mundo: que no es otra cosa estar rezando y escuchando por otra parte lo que están hablando, o pensar en lo que se le ofrece, sin más irse a la mano. Salvo si no es algunos tiempos que, o de malos humores (en especial si es persona que tiene melancolía), o flaqueza de cabeza, que aunque más lo procura no puede, o permite Dios días de grandes tempestades en sus siervos para más bien suyo; y aunque se afligen y procuran quietarse, no pueden ni están en lo que dicen, aunque más hagan; ni asienta en nada el entendimiento, sino que parece tiene frenesí, según anda desbaratado; y en la pena que da a quien lo tiene, verá que no es la culpa suya. Y no se fatigue, que es peor, ni se canse en poner seso a quien por entonces no le tiene, que es su entendimiento, sino rece como pudiere; y aun no rece, sino como enferma procure dar alivio a su alma y entienda en otra obra de virtud.

Esto es ya para personas que traen cuidado de sí y tienen entendido no han de hablar a Dios y al mundo junto. Lo que podemos hacer nosotras es procurar estar a solas, y plega a Dios que baste, como digo, para que entendamos con quién estamos y lo que nos responde el Señor a nuestras peticiones. ¿Pensáis que se está callando aunque no le oímos? Bien habla al corazón cuando le pedimos de corazón, y bien es que consideremos que somos cada una de nosotras a quien el Señor dice esta oración, y que nos la está mostrando. Pues nunca el maestro está tan lejos del discípulo, que sea menester dar voces, sino muy junto. Esto quiero yo que entendáis vosotras; os conviene, para rezar bien el *Pater noster*, no os apartar de cabe el Maestro que os lo mostró. Diréis que ya esto es consideración, que no podéis ni aun queréis sino rezar vocalmente; porque también hay personas mal sufridas y amigas de no se dar pena; que como no lo tienen de costumbre, esla recoger el pensamiento al principio; y por no cansarse un poco, dicen que no pueden más, ni

lo saben, sino rezar vocalmente. Tenéis razón en decir que es oración mental; mas yo os digo cierto que no sé cómo lo aparte, si ha de ser bien rezado lo vocal y entendiendo con quién hablamos; y aun es obligación que procuremos rezar con advertencia, y aun plega a Dios que, con estos remedios, vaya bien rezado el *Pater noster* y no acabemos en otra cosa impertinente. Yo lo he probado algunas veces, y el mejor remedio que hallo es procurar tener el pensamiento en quien enderezó las palabras. Por esto tened paciencia y procurad hacer costumbre de cosa tan necesaria.

CAPÍTULO XXV

En que dice lo mucho que gana un alma que reza con perfeción vocalmente, y cómo acaece levantarla Dios de allí a cosas sobrenaturales.

1. Y porque no penséis que se saca poca ganancia de rezar vocalmente con perfeción, os digo que es muy posible que estando rezando el *Pater noster* os ponga el Señor en contemplación perfecta; o rezando otra oración vocal, que por estas vías muestra Su Majestad que oye al que le habla, y le habla su grandeza, suspendiendo el entendimiento, y atajándole el pensamiento, y tomándole, como dicen, la palabra de la boca, que aunque quiere no puede hablar, si no es con mucha pena. Entiende que sin ruido de palabras le está enseñando este Maestro Divino, suspendiendo las potencias; porque entonces antes dañarían que aprovecharían si obrasen. Gozan sin entender cómo gozan; está el alma abrasándose en amor y no entiende cómo ama; conoce que goza de lo que ama y no sabe cómo lo goza; bien entiende que no es gozo que alcanza el entendimiento a desearle, abrázale la voluntad sin entender cómo; mas en pudiendo entender algo, ve

que no es éste bien que se puede merecer con todos los trabajos que se pasasen juntos, por ganarle en la tierra: es don del Señor della y del cielo, que, en fin, da como quien es. Esta, hijas, es contemplación perfeta; ahora entenderéis la diferencia que hay della a la oración mental, que es lo que queda dicho, pensar y entender lo que hablamos, y con quién hablamos, y quién somos los que osamos hablar con tan gran Señor. Pensar esto y otras cosas semejantes de lo poco que le hemos servido y lo mucho que estamos obligados a servir, es oración mental.

No penséis que es otra algarabía, ni os espante el nombre: rezar el *Pater noster* y *Ave María*, o lo que quisiéredes, es oración vocal; pues mirad qué mala música hará sin lo primero, aun las palabras no irán con concierto todas veces. En estas dos cosas podemos algo nosotros con el favor de Dios; en la contemplación que ahora dije, ninguna cosa; Su Majestad es el que todo lo hace, que es obra suya, sobre nuestro natural. Como está dado a entender esto de contemplación muy largamente, y lo mejor que yo le supe declarar en la relación de mi vida que tengo dicho escribí para que viesen mis confesores, que me lo mandaron, no lo digo aquí ni hago más de tocar en ello. Las que hubiéredes sido tan dichosas que el Señor os llegue a estado de contemplación, si le pudiésedes haber, puntos tiene y avisos que el Señor quiso que acertase a decir, que os consolarían mucho y aprovecharían, a mi parecer y al de algunos que le han visto, que le tienen para hacer caso dél (que vergüenza es deciros yo que hagáis caso del mío) y el Señor sabe la confusión con que escribo mucho de lo que escribo. Bendito sea, que ansí me sufre.

Las que, como digo, tuvieren oración sobrenatural, procúrenle después de yo muerta; las que no, no hay para qué, sino esforzarse a hacer lo que en esto va dicho, ganando por cuantas vías pudieren y haciendo diligen-

cia para que el Señor se la dé, suplicándoselo a él, y ayudándose ellas: y dejen al Señor, que es quien la ha de dar, y no os la negará si no os quedáis en el camino, sino que os esforcéis hasta llegar a la fin.

CAPÍTULO XXVI

En que va declarando el modo para recoger el pensamiento; pone medios para ello. Es capítulo muy provechoso para los que comienzan oración.

1. Ahora, pues, tornemos a nuestra oración vocal, para que se rece de manera que, sin entendernos, nos lo dé Dios todo junto: y para, como he dicho, rezar como es razón, la examinación de la conciencia, y decir la confesión, y santiguaros, ya se sabe ha de ser lo primero; luego, hija, procurad, pues estáis sola, tener compañía. Pues ¿qué mejor que la del mesmo Maestro que enseñó la oración que váis a rezar? Representad al mesmo Señor junto con vos, y mirad con qué amor y humildad os está enseñando, y creedme, mientras pudiéredes no estéis sin tan buen amigo. Si os acostumbráis a traerle cabe vos, y él ve que lo hacéis con amor, y que andáis procurando contentarle, no le podréis, como dicen, echar de vos: no os faltará para siempre, ayudaros ha en todos vuestros trabajos, tenerle heis en todas partes. ¿Pensáis que es poco un tal amigo al lado? ¡Oh, hermanas! Las que no podéis tener mucho discurso del entendimiento, ni podéis tener el pensamiento sin divertiros, acostumbraos; mirad que sé yo que podéis hacer esto; porque pasé muchos años por este trabajo, de no poder sosegar el pensamiento en una cosa, y eslo muy grande; mas sí que no nos deja el Señor tan desiertos, que si llegamos con humildad a pedírselo, no nos acompañe. Y si en un año no pudiéramos salir con ello, sea en más; no nos duela el

tiempo en cosa que tan bien se gasta; ¿quién va tras nosotras? Digo que esto puede acostumbrarse a ello, y trabajar, y andar cabe este verdadero Maestro. No os pido ahora que penséis en él, ni que saquéis muchos concetos, ni que hagáis grandes y delicadas consideraciones con vuestro entendimiento: no os pido más de que le miréis.

Pues ¿quién os quita volver los ojos del alma, aunque sea de presto, si no podéis más, a este Señor? Pues ¿podéis mirar cosas muy feas, y no podéis mirar la cosa más hermosa que se puede imaginar? Si no os pareciere bien, yo os doy licencia que no le miréis, pues nunca, hijas, quita vuestro Esposo los ojos de vosotras. ¿Haos sufrido mil cosas feas, y abominaciones contra él, y no ha bastado para que os deje de mirar, y es mucho que, quitados los ojos destas cosas exteriores, le miréis algunas veces a él? Mirad que no está aguardando otra cosa, como dice la Esposa, sino que le miremos. Como le quisiéredes le hallaréis; tiene en tanto que le volvamos a mirar, que no quedará por diligencia suya. Ansí, como dicen, ha de hacer la mujer, para ser bien casada, con su marido, que si está triste, se ha de mostrar ella triste, y si está alegre (aunque nunca lo esté), alegre; mirad de qué sujeción os habéis librado, hermana. Esto con verdad, sin fingimiento, hace el Señor con nosotras, que él se hace sujeto, y quiere que seáis vos la señora, y andar él a vuestra voluntad. Si estáis alegre, miradle resucitado, que sólo imaginar cómo salió del sepulcro os alegrará, mas con qué claridad y con qué hermosura, con qué majestad, qué victorioso, qué alegre, como quien tan bien salió de la batalla adonde ha ganado un tan gran reino, que todo lo quiere para Vos. ¿Pues es mucho que a quien tanto os da volváis una vez los ojos a mirarle? Si estáis con trabajos, o triste, miradle camino del huerto: qué aflicción tan grande llevaba en su alma, pues con ser el mesmo sufrimiento, la dice y se queja della; y miradle,

atado a la coluna lleno de dolores, todas sus carnes hechas pedazos, por lo mucho que os ama; perseguido de unos, escupido de otros, negado de sus amigos, desamparado dellos, sin nadie que vuelva por él, helado de frío, puesto en tanta soledad, que el uno con el otro os podéis consolar; o miradle cargado con la cruz, que aun no le dejaban huelgo.

Miraros ha él con unos ojos tan hermosos y piadosos, llenos de lágrimas, y olvidará sus dolores, por consolar los vuestros, sólo porque os vais con él a consolar, y volváis la cabeza a mirarle. ¡Oh Señor del mundo, verdadero esposo mío (le podéis vos decir, si os ha enternecido el corazón de verle tal, que no sólo queráis mirarle, sino que os holguéis de hablar con él, no oraciones compuestas, sino la pena de vuestro corazón, que las tiene él en muy mucho), ¿tan necesitado estáis, Señor mío y bien mío, que queréis admitir una pobre compañía como la mía, y veo en vuestro semblante que os habéis consolado conmigo? ¿Pues cómo, Señor es posible que os dejan solo los ángeles, y que aun no os consuela vuestro Padre? Si es ansí, Señor, que todo lo queréis pasar por mí, ¿qué es esto que yo paso por Vos? ¿De qué me quejo? Que ya he vergüenza de que os he visto tal, que quiero pasar, Señor, todos los trabajos que me vinieren, y tenerlos por gran bien e imitaros en algo; juntos andemos, Señor; por donde fuéredes tengo de ir; por donde pasáredes, tengo de pasar.

Tomad, hijas, de aquella cruz, no se os dé nada de que os atropellen los judíos, porque él no vaya con tanto trabajo: no hagáis caso de lo que os dijeren: haceos sordas a las murmuraciones; tropezando y cayendo con vuestro Esposo, no os apartéis de la cruz, ni la dejéis. Mirad mucho el cansancio con que va, y las ventajas que hace su trabajo a los que vos padecéis; por grandes que los queráis pintar, y por mucho que los queráis sentir, saldréis consoladas dellos; porque veréis que son cosa de burla

comparados a los del Señor. Diréis, hermanas, que cómo se podrá hacer esto; que si le viéredes con los ojos del cuerpo, en el tiempo que Su Majestad andaba en el mundo, que lo hiciérades de buena gana, y le miráredes siempre. No lo creáis, que quien ahora no se quiere hacer un poquito de fuerza a recoger siquiera la vista para mirar dentro de sí a este Señor (que lo puede hacer sin peligro, sino con tantico cuidado), muy menos se pusiera al pie de la cruz con la Magdalena, que vía la muerte al ojo. Mas ¿qué debía pasar la gloriosa Virgen, y esta bendita santa? ¿Qué de amenazas? ¿Qué de malas palabras? ¿Y qué de encontrones? ¿Y qué de descomedimientos? ¿Pues con qué gente lo habían tan cortesana, si lo eran del infierno, si eran ministros del demonio? Por cierto que debía ser terrible cosa lo que pasaron, sino que con otro dolor mayor, no sentían el suyo. Ansí que, hermanas, no creáis fuérades para tan grandes trabajos, si no sois ahora para cosas tan pocas; ejercitándoos en ellas, podéis venir a otros mayores

Lo que podéis hacer para ayuda desto es procurar traer una imagen y retrato deste Señor, que sea a vuestro gusto, no para traerle en el seno, y nunca le mirar, sino para hablar muchas veces con él, que él os dará qué le decir. Como habláis con otras personas, ¿por qué os han más de faltar palabras para hablar con Dios? No lo creáis; al menos yo no os creeré si lo usáis, porque si no, si faltarán; que el no tratar con una persona causa extrañeza, y no saber cómo nos hablar con ella, que parece no la conocemos, y aunque sea deudo, porque deudo y amistad se pierde con la falta de comunicación. También es remedio tomar un libro de romance bueno, aun para recoger el pensamiento: para venir a rezar bien vocalmente, y poquito a poquito ir acostumbrando el alma con halagos y artificios para no la amedrentar. Haced cuenta que ha muchos años que se ha ido de con su esposo, y que

hasta que quiera tornar a su casa, es menester saberlo mucho negociar, que ansí somos los pecadores. Tenemos tan acostumbrada nuestra alma y pensamiento a andar a su placer, o pesar, por mejor decir, que la triste alma no se entiende: que para que torne a tomar amor a estar en su casa, es menester mucho artificio, y si no es ansí, y poco a poco, nunca haremos nada. Y tórnoos a certificar, que si con cuidado os acostumbráis a lo que he dicho, que sacaréis tan gran ganancia, que aunque yo os la quisiera decir, no sabré. Pues juntaos cabe este buen maestro, y muy determinadas a deprender lo que os enseñare, y Su Majestad hará que no dejéis de salir buenas discípulas, ni os dejará si no le dejáis. Mirad las palabras que dice aquella boca divina, que en la primera entenderéis luego el amor que os tiene, que no es pequeño bien y regalo del discípulo ver que su maestro le ama.

CAPÍTULO XXVII

En que trata el gran amor que nos mostró el Señor en las primeras palabras del *Pater noster,* y lo mucho que importa no hacer caso ninguno del linaje las que de veras quieren ser hijas de Dios.

1. Padre nuestro que estás en los cielos. ¡Oh, Señor mío, cómo parecéis Padre de tal Hijo, y cómo parece vuestro Hijo, Hijo de tal Padre! Bendito seáis Vos por siempre jamás. ¿No fuera al fin de la oración esta merced, Señor, tan grande? En comenzando nos henchís las manos, y hacéis tan gran merced, que sería harto bien henchirse el entendimiento para ocupar la voluntad, de manera que no os pudiese hablar palabra. ¡Oh, qué bien venía aquí, hijas, contemplación perfeta! ¡Oh, con cuánta razón entraría el alma en sí para poder mejor subir sobre sí mesma a que le diese este santo Hijo a entender qué cosa es el lugar adonde dice que está su Padre, que es en los cielos! Salgamos de la tierra, hijas mías, que tal

merced como ésta no es razón se tenga en tan poco, que después que entendamos cuán grande es, nos quedemos en la tierra. ¡Oh Hijo de Dios y Señor mío! ¿Cómo dais tanto junto a la primera palabra? Ya que os humilláis a Vos con extremo tan grande en juntaros con nosotros al pedir, y haceros hermano de cosa tan baja y miserable, como nos dais en nombre de vuestro Padre todo lo que se puede dar, pues que queréis que nos tenga por hijos, que vuestra palabra no puede faltar; obligasle a que la cumpla, que no es pequeña carga, pues en siendo Padre nos ha de sufrir, por graves que sean las ofensas, si nos tornamos a él como el Hijo pródigo. Hanos de perdonar, hanos de consolar en nuestros trabajos, hanos de sustentar, como lo ha de hacer un tal Padre, que forzado ha de ser mejor que todos los padres del mundo; porque en él no puede haber sino todo bien cumplido, y después de todo esto hacernos participantes y herederos con Vos.

Mirad, Señor mío, que ya que a Vos con el amor que nos tenéis, y con vuestra humildad, no se os ponga nada delante (en fin, Señor, estáis en la tierra y vestido della, pues tenéis nuestra naturaleza, parece tenéis alguna causa para mirar nuestro provecho), mas mirad que vuestro Padre está en el cielo: Vos lo decís, es razón que miréis por su honra; ya que estáis Vos ofrecido a ser deshonra por nosotros, dejad a vuestro Padre libre, no le obliguéis a tanto por gente tan ruin como yo, que le ha de dar tan malas gracias. ¡Oh buen Jesús, qué claro habéis mostrado ser una cosa con él, y que vuestra voluntad es la suya, y la suya vuestra! ¡Qué confesión tan clara, Señor mío, qué cosa es el amor que nos tenéis! Habéis andado rodeando y encubriendo al demonio que sois Hijo de Dios, y con el gran deseo que tenéis de nuestro bien, no se os pone cosa delante por hacernos tan grandísima merced. ¿Quién la podía hacer sino Vos, Señor? Al menos bien veo, mi Jesús, que habéis hablado como Hijo regalado por Vos

y por nosotros, y que sois poderoso para que se haga en el cielo lo que Vos decís en la tierra. Bendito seáis por siempre, Señor mío, que tan amigo sois de dar, que no se os pone cosa delante.

¿Pues paréceos, hijas, que es buen maestro éste? Para aficionarnos a que deprendamos lo que nos enseña, comienza haciéndonos tan gran merced. ¿Pues paréceos ahora que será razón que, aunque digamos vocalmente esta palabra, dejemos de entenderla con el entendimiento, para que se haga pedazos nuestro corazón con ver tal amor? ¿Pues qué hijo hay en el mundo que no procura saber quién es su padre, cuando le tiene bueno y de tanta majestad y señorío? Aun si no lo fuera, no me espantara no nos quisiéramos conocer por sus hijos, porque anda el mundo tal, que si el padre es más bajo del estado en que está su hijo, no se tiene por honrado en conocerle por padre. Esto no viene aquí, porque en esta casa nunca plega a Dios haya acuerdo de cosas destas, sería infierno; sino la que fuere más, tome menos a su padre en la boca: todas han de ser iguales.

¡Oh colegio de Cristo, que tenía más mando San Pedro, con ser un pescador, y lo quiso ansí el Señor, que San Bartolomé, que era hijo de rey! Sabía Su Majestad lo que había de pasar en el mundo sobre cuál era de mejor tierra, que no es otra cosa, sino debatir si será buena para adobes, o para tapias. ¡Válame Dios, qué gran trabajo! Dios os libre, hermanas de semejantes contiendas, aunque sea en burlas. Yo espero en Su Majestad, que sí hará. Cuando algo desto en alguna hubiere, póngase luego remedio, y ella tema no sea estar Judas entre apóstoles; denla penitencia hasta que entienda que aun tierra muy ruin no mereció ser. Buen padre os tenéis, que os da el buen Jesús; no se conozca aquí otro padre para tratar dél. Y procurad, hijas mías, ser tales, que merezcáis regalaros con él y echaros en sus brazos. Ya sabéis

que no os echará de sí, si sois buenas hijas; ¿pues quién no procurará no perder tal Padre? ¡Oh, válame Dios, y que hay aquí en qué os consolar, que por no me alargar más lo quiero dejar a vuestros entendimientos, que por desbaratado que ande el pensamiento, entre tal Hijo y tal Padre de fuerza ha de estar el Espíritu Santo que enamore vuestra voluntad y os la ate con grandísimo amor, ya que no baste para esto tan grande interese!

CAPÍTULO XXVIII

En que declara qué es oración de recogimiento, y pónense algunos medios para acostumbrarse a ella.

1. Mirad ahora qué dice vuestro Maestro: «Que estás en los cielos.» ¿Pensáis que importa poco saber qué cosa es cielo, y adónde se ha de buscar vuestro sacratísimo Padre? Pues yo os digo que para entendimientos derramados, que importa mucho, no sólo creer esto, sino procurarlo entender por experiencia, porque es una de las cosas que ata mucho el entendimiento, y hace recoger el alma. Ya sabéis que Dios está en todas partes, pues claro está que adonde está el rey está la corte; en fin, que adonde está Dios, es el cielo; sin duda lo podéis creer, que adonde está Su Majestad está toda la gloria; pues mirad que dice San Agustín, que le buscaba en muchas partes, y que le vino a hallar dentro de sí mesmo. ¿Pensáis que impporta poco para un alma derramada entender esta verdad, y ver que no ha menester para hablar con su Padre eterno ir al cielo, ni para regalarse con él, ni ha menester hablar a voces? Por poco que hable, está tan cerca que nos oirá; ni ha menester alas para ir a buscarle, sino ponerse en soledad y mirarle dentro de sí, y no extrañarse de tan buen huésped, sino con gran humildad hablarle como a padre, pedirle como a padre, contarle

sus trabajos, pedirle remedio para ellos, entendiendo que no es digna de llamarse hija. Déjese de unos encogimientos que tienen algunas personas, y piensan que es humildad. Sí, que no está la humildad en que si el rey os hace una merced, no la toméis, sino tomarla, y entender cuán sobrada os viene, y holgaros con ella. ¡Donosa humildad, que me tenga yo al Emperador del cielo y de la tierra en mi casa, que se viene a ella por hacerme merced, y por holgarse conmigo, y que por humildad ni le quiera responder, ni estarme con él, ni tomar lo que me da, sino que le deje solo! ¡Y que estándome diciendo, y rogando que le pida, por humildad me quedé pobre, y aun le deje ir, de que ve que no acabo de determinarme!

2. No os curéis, hijas, destas humildades, sino tratad con él como padre y como con hermano, y como con señor y como con esposo; a veces de una manera, a veces de otra: que él os enseñará lo que habéis de hacer para contentarle. Dejaos de ser bobas, pedidle la palabra, que vuestro esposo es, que os trate como tal. Mirad que os va mucho en tener entendida esta verdad, que está el Señor dentro de vosotras, y que allí nos estemos con él. Este modo de rezar, aunque sea vocalmente, con mucha más brevedad recoge el entendimiento, y es oración que trae consigo muchos bienes. Llámase recogimiento porque recoge el alma todas las potencias, y se entra dentro de sí con su Dios, y viene con más brevedad a enseñarla su divino Maestro, y a darla oración de quietud, que de ninguna otra manera; porque allí metida consigo mesma puede pensar en la Pasión, y representar al Hijo, y ofrecerle al Padre, y no cansar el entendimiento andándole buscando en el monte Calvario, y al huerto, y a la columna.

3. Las que de esta manera se pudieren encerrar en este cielo pequeño de nuestra alma, adonde está el que

le hizo a él, y a la tierra, y se acostumbraren a no mirar ni estar adonde se distrayan estos sentidos exteriores, crean que llevan excelente camino, y que no dejarán de llegar a beber el agua de la fuente, porque caminan mucho en poco tiempo. Es como el que va en una nao, que con un poco de buen tiempo se pone en el fin de la jornada en pocos días; y los que van por tierra, tárdanse más. Éstos están ya, como dicen, puestos en la mar, aunque del todo no han dejado la tierra; aquel rato hacen lo que pueden por librarse della recogiendo sus sentidos.

4. Ansí mesmo, si es verdadero el recogimiento, siéntese muy claro, porque acaece alguna operación (no sé cómo lo dé a entender, quien lo tuviere sí entenderá), en que parece que se levanta el alma con el juego, que ya ve lo es las cosas del mundo. Álzase al mejor tiempo, y como quien se entra en un castillo fuerte para no temer los contrarios, retira los sentidos destas cosas exteriores, y dales de tal manera de mano, que sin entenderse se le cierran los ojos por no las ver, porque más se despierte la vista a los del alma. Ansí quien va por este camino, casi siempre que reza tiene cerrados los ojos, y es admirable costumbre para muchas cosas, porque es un hacerse fuerza a no mirar las de acá; esto al principio, que después no es menester; mayor se la hace cuando en aquel tiempo los abre. Parece que se entiende un fortalecerse y esforzarse el alma a costa del cuerpo, y que le deja solo y desflaquecido, y ella toma allí bastimento para contra él.

5. Y aunque al principio no se entienda esto, por no ser tanto, que hay más y menos en este recogimiento, mas si se acostumbra (aunque al principio da trabajo, porque el cuerpo torna por su derecho, sin entender que él mesmo se corta la cabeza en no darse por vencido), mas si se usa algunos días, y nos hacemos esta fuerza,

verse ha claro la ganancia, y entenderán, en comenzando a rezar, que se vienen las abejas a la colmena, y se entrarán en ella para labrar la miel. Y esto sin cuidado nuestro: porque ha querido el Señor que, por el tiempo que le han tenido, se haya merecido estar el alma y voluntad con este señorío, que en haciendo una seña no más de que quiere recoger, la obedezcan los sentidos, y se recojan a ella. Y aunque después tornen a salir, es gran cosa haberse ya rendido; porque salen como cautivos y sujetos, y no hacen el mal que antes pudieran hacer, y en tornando a llamar la voluntad, vienen con más presteza, hasta que a muchas entradas destas quiere el Señor se queden ya del todo en contemplación perfeta.

6. Entiéndase mucho esto que queda dicho, porque aunque parece escuro, lo entenderá quien quisiere obrarlo. Ansí que caminan por mar, y pues tanto nos va no ir tan despacio, hablemos un poco de cómo nos acostumbremos a tan buen modo de proceder. Están más seguros de muchas ocasiones; pégase más presto el fuego del amor divino, porque con poquito que sople con el entendimiento, están cerca del mesmo fuego, con una centellita que les toque se abrasará todo; como no hay embarazo de lo exterior, estáse sola el alma con su Dios; hay gran aparejo para encenderse. Pues hagamos cuenta que dentro de nosotras está un palacio de grandísima riqueza, todo su edificio de oro y piedras preciosas, en fin, como para tal Señor, y que sois vos parte para que este edificio sea tal (como a la verdad lo es, que es ansí, que no hay edificio de tanta hermosura como un alma limpia y llena de virtudes; y mientras mayores, más resplandecen las piedras), y que en este palacio está este gran Rey, y que ha tenido por bien ser vuestro huésped, y que está en un trono de grandísimo precio, que es vuestro corazón.

7. Parecerá esto al principio cosa impertinente (digo hacer esta ficción para darlo a entender), y podrá ser

aproveche mucho, a vosotras en especial; porque como no tenemos letras las mujeres, todo esto es menester para que entendamos con verdad que hay otra cosa más preciosa sin ninguna comparación dentro de nosotras, que lo que vemos por de fuera. No nos imaginemos vacías en lo interior; y plega a Dios sean solas las mujeres las que andan con este descuido; que tengo por imposible, si trajésemos cuidado de acordarnos que tenemos tal huésped dentro de nosotros, que nos diésemos tanto a las cosas del mundo; porque veríamos cuán bajas son para las que dentro poseemos. ¿Pues qué más hace una alimaña, que en viendo lo que le contenta a la vista, harta su hambre en la presa? Sí, que diferencia ha de haber dellas a nosotras.

8. Reiránse de mí, por ventura, y dirán que bien claro se está esto; y ternán razón, porque para mí fué escuro algún tiempo. Bien entendía que tenía alma, mas lo que merecía esta alma y quien estaba dentro della (porque yo me ataba los ojos con las vanidades de la vida para verlo). no lo entendía. Que a mi parecer, si como ahora entiendo, que en este palacio pequeñito de mi alma cabe tan gran Rey, entonces lo entendiera, no le dejara tantas veces solo: alguna me estuviera con él, y más procurara que no estuviera tan sucia. Mas ¡qué cosa de tanta admiración, que quien hinchiera mil mundos con su grandeza, encerrase en cosa tan pequeña! Ansí quiso caber en el vientre de su sacratísima Madre. Como es Señor, consigo trae la libertad; y como nos ama, hácese de nuestra medida. Cuando un alma comienza, por no la alborotar de verse tan pequeña para tener en sí cosa tan grande, no se da a conocer hasta que va ensanchando esta alma poco a poco, conforme a lo que entiende es menester para lo que pone en ella. Por eso digo que trae consigo la libertad, pues tiene el poder de hacer grande este palacio. El punto está en que se le demos por suyo con toda deter-

minación, y le desembaracemos para que pueda poner y quitar, como en cosa propia. Esta es su condición, y tiene razón Su Majestad: no se lo neguemos. Y como él no ha de forzar nuestra voluntad, toma lo que le damos, mas no se da a sí del todo hasta que nos damos a él (esto es cosa cierta, y porque importa tanto, os lo acuerdo tantas veces); ni obra en el alma, como cuando del todo sin embarazo es suya, ni sé cómo ha de obrar; es amigo de todo concierto. Pues si el palacio henchimos de gente baja y de baratijas, ¿cómo ha de caber el Señor en su corte? Harto hace de estar un poquito entre tanto embarazo: ¿Pensáis, hijas, que viene solo? ¿No veis que dice su Hijo, Que estás en los cielos? Pues un tal Rey a osadas que no le dejen solo los cortesanos, sino que están con él rogándole por nosotros, para nuestro provecho, porque están llenos de caridad. No penséis que es como acá, que si un señor o perlado favorece a alguno, por algunos fines o porque quiere, luego hay las envidias, y el ser malquisto aquel pobre, sin hacerles nada; que le cuestan caros los favores.

CAPÍTULO XXIX

Prosigue en dar medios para procurar esta oración de recogimiento; dice lo poco que se nos ha de dar de ser favorecidas de los Perlados.

1. Hijas, por amor de Dios, no curéis de daros nada por estos favores; procure cada una hacer lo que debe, que si el Prelado no se lo agradeciere, segura puede estar lo pagará y agradecerá el Señor. Sí, que no venimos aquí a buscar premio en esta vida; siempre el pensamiento en lo que dura; y de lo de acá ningún caso hagamos, que aun para lo que se vive no es durable; que hoy está bien con la una, mañana si ve una virtud más en vos, estará

mejor con vos, y si no, poco va en ello. No deis lugar a estos pensamientos, que a las veces comienzan por poco, y os puede desasosegar mucho, sino atajarlos, con que no es acá vuestro reino, y cuán presto tiene todo fin. Mas aun esto es bajo remedio, y no mucha perfeción; lo mejor es que dure, y vos desfavorecida, y abatida, y lo queráis estar por el Señor que está con vos. Poned los ojos en vos y miraos interiormente, como queda dicho; hallaréis vuestro Maestro, que no os faltará; mientras menos consolación exterior tuviéredes, mucho más regalo os hará. Es muy piadoso: y a personas afligidas, y desfavorecidas, jamás falta, si confían en él sólo. Ansí lo dice David, que está el Señor con los afligidos. Creéis esto, o no; si lo creéis, ¿de qué os matáis?

2. ¡Oh, Señor mío, si de veras os conociésemos, no se nos daría nada de nada, porque dais mucho a los que se quieren fiar de Vos! Creed, amigas, que es gran cosa entender que es verdad esto, para ver que los favores de acá todos son mentira, cuando desvían algo el alma de andar dentro de sí. ¡Oh, válame Dios, quién os hiciese entender esto! No yo, por cierto, que sé que, con deber yo más que ninguno, no acabo de entenderlo como se ha de entender.

3. Pues tornando a lo que decía, quisiera yo saber declarar cómo está esta compañía santa con nuestro acompañador, Santo de los Santos, sin impedir a la soledad que él y su esposa tienen, cuando esta alma dentro de sí quiere entrarse en este paraíso con su Dios, y cierra la puerta tras sí a todo lo del mundo. Digo que quiere, porque entended que esto no es cosa sobrenatural del todo, sino que está en nuestro querer, y que podemos nosotros hacerlo, con el favor de Dios: que sin esto no se puede nada, ni podemos de nosotros tener un buen pensamiento. Porque esto no es silencio de las potencias, sino encerramiento dellas en sí mesmas. Vase ganando esto de muchas

maneras, como está escrito en algunos libros, que nos hemos de desocupar de todo para llegarnos interiormente a Dios; y aun en las mesmas ocupaciones retirarnos a nosotros mesmos, aunque sea por un momento sólo. Aquel acuerdo de que tengo compañía dentro de mí, es gran provecho.

4. Lo que pretendo, sólo es que veamos y estemos con quien hablamos, sin tenerle vueltas las espaldas; que no me parece otra cosa estar hablando con Dios y pensando mil vanidades. Viene todo el daño de no entender con verdad que está cerca, sino lejos, y cuán lejos, si le vamos a buscar al cielo. ¡Pues rostro es el vuestro, Señor, para no mirarle, estando tan cerca de nosotros! No parece nos oyen los hombres, si cuando hablamos no vemos que nos miran; ¿y cerramos los ojos para no mirar que nos miráis Vos? ¿Cómo habemos de entender si habéis oído lo que os decimos? Sólo esto es lo que querría dar a entender, que para irnos acostumbrando con facilidad a ir sosegando el entendimiento para entender lo que habla, y con quién habla, es menester recoger estos sentidos exteriores a nosotros mesmos, y que les demos en qué se ocupar; pues ansí que tenemos el cielo dentro de nosotros, pues el Señor dél lo está. En fin, irnos acostumbrando a gustar de que no es menester dar voces para hablarle, porque Su Majestad se dará a sentir como está allí. Desta suerte rezaremos con mucho sosiego vocalmente, y es quitarnos de trabajo, porque a poco tiempo que forcemos a nosotras mesmas para estarnos cerca deste Señor, nos entenderá, como dicen, por señas; de manera que, si habíamos de decir muchas veces el *Pater noster*, se nos dará por entendido de una.

Es muy amigo de quitarnos de trabajo, aunque en una hora no le digamos más de una vez, como entendamos que estamos con él, y lo que le pedimos, y la gana que tiene de darnos, y cuán de buena gana está con nosotros,

no es amigo de que nos quebremos las cabezas, hablándole mucho. El Señor lo enseñe a las que no lo sabéis, y de mí os confieso que nunca supe qué cosa era rezar con satisfación hasta que el Señor me enseñó este modo, y siempre he hallado tantos provechos desta costumbre de recogimiento dentro de mí, que eso me ha hecho alargar tanto. Concluyo con quien lo quisiere adquirir (pues como digo está en nuestra mano), que no se canse de acostumbrarse a lo que queda dicho, que es señorearse poco a poco de sí mesmo, no se perdiendo en balde, sino ganándose a sí para sí, que es aprovecharse de sus sentidos para lo interior. Si hablare, procurará acordarse que hay con quien hable dentro de sí mesmo; si oyere, acordarse ha que ha de oír a quien más cerca le habla. En fin, traer cuenta que puede, si quiere, nunca se apartar de tan buena compañía, y pesarle cuando mucho tiempo ha dejado solo a su padre, que está necesitada dél. Si pudiere muchas veces en el día, si no sea pocas, como lo acostumbrare saldrá con ganancia, o presto, o más tarde. Después que se lo dé el Señor, no lo trocaría por ningún tesoro; pues nada se deprende sin un poco de trabajo. Por amor de Dios, hermanas, que deis por bien empleado el cuidado que en esto gastáredes; y yo sé que si lo tenéis un año, y quizá en medio, saldréis con ello, con el favor de Dios. Mirad qué poco tiempo para tan gran ganancia, como es hacer buen fundamento para si quisiere el Señor levantaros a grandes cosas, que halle en vos aparejo, hallándoos cerca de sí. Plega a Su Majestad no consienta nos apartemos de su presencia. Amén.

CAPÍTULO XXX

Dice lo que importa entender lo que se pide en la oración. Trata destas palabras del *Pater noster, Sanctificetur nomen tuum.* Aplícalas a oración de quietud, y comiénzala a declarar.

1. Ahora vengamos a entender cómo va adelante nuestro buen Maestro, y comienza a pedir a su Padre santo para nosotros; y ¿qué le pide, que es bien le entendamos? ¿Quién hay, por desbaratado que sea, que cuando pide a una persona grave, no lleva pensado cómo le ha de pedir para contentarle y no serle desabrido, y qué le ha de pedir, y para qué ha menester lo que le ha de dar, en especial si pide cosa señalada, como nos enseña que pidamos nuestro buen Jesús? Cosa me parece para notar. ¿No pudiérades, Señor mío, concluir con una palabra, y decir: Dadnos, Padre, lo que nos conviene, pues a quien tan bien lo entiende todo, parece que no era menester más? ¡Oh Sabiduría eterna! Para entre Vos y vuestro Padre esto bastaba, y ansí lo pediste en el huerto; mostrastes vuestra voluntad y temor, mas dejastes os en la suya; mas a nosotros conocéisnos, Señor mío, que no estamos tan rendidos como lo estábades Vos a la voluntad de vuestro Padre, y que era menester pedir cosas señaladas para que nos detuviésemos en mirar si nos estaba bien lo que pedimos, y si no, que no lo pidamos. Porque según somos, si no nos dan lo que queremos, con este libre albedrío que tenemos, no admitiremos lo que el Señor nos diere, porque aunque sea lo mejor, como no vemos luego el dinero en la mano, nunca nos pensamos ver ricos.

2. ¡Oh, válame Dios, que hace tener tan adormida la fe para lo uno y lo otro, que ni acabamos de entender cuán cierto tenemos el castigo, ni cuán cierto el premio! Por eso es bien, hijas, que entendáis lo que pedís en el

Pater noster; porque si el Padre Eterno os lo diere, no se lo tornéis a los ojos, y que penséis muy bien, siempre que pedís, si os está bien lo que pedís; y si no, no lo pidáis, sino pedid que os dé Su Majestad luz: porque estamos ciegos, y con hastío para no poder comer los manjares que os han de dar vida, sino los que os han de llevar a la muerte; ¡y qué muerte tan peligrosa y tan para siempre! Pues dice el buen Jesús que digamos estas palabras, en que pedimos que venga en nosotros un tal reino: Santificado sea tu nombre, venga en nosotros tu reino.

3. Ahora mirad, hijas, qué sabiduría tan grande de nuestro Maestro: considero yo aquí y es bien que entendamos, qué pedimos en este reino. Como vió Su Majestad que no podíamos santificar, ni alabar, ni engrandecer, ni glorificar este nombre santo del Padre Eterno, conforme a lo poquito que podemos nosotros, de manera que se hiciese como es razón, si no nos proveía Su Majestad con darnos acá su reino, ansí lo puso el buen Jesús lo uno cabe lo otro. Porque entendamos esto, hijas, que pedimos, y lo que nos importa importunar por ello y hacer cuanto pudiéremos para contentar a quien nos lo ha de dar, os quiero decir aquí lo que yo entiendo; si no os contentare, pensad vosotras otras consideraciones, que licencia nos dará nuestro Maestro, como en todo nos sujetemos a lo que tiene la Iglesia, como lo hago yo siempre; y aun esto no os daré yo a leer, hasta que lo vean personas que lo entiendan.

4. Ahora, pues, el gran bien que me parece a mí en el reino del cielo, con otros muchos, es ya no tener cuenta con cosa de la tierra; sino un sosiego y gloria en sí mesmos, un alegrarse que se alegren todos, una paz perpetua, una satisfación grande en sí mesmos, que les viene de ver que todos santifican y alaban al Señor, y bendicen su nombre, y no le ofende nadie. Todos le aman, y la mesma alma no entiende en otra cosa sino en amarle, ni puede

dejarle de amar, porque le conoce; y ansí le amaríamos acá, aunque no en esta perfeción, ni en un sér: mas muy de otra manera le amaríamos de lo que le amamos, si le conociésemos.

5. Parece que voy a decir que hemos de ser ángeles para pedir esta petición, y rezar bien vocalmente; bien lo quisiera nuestro divino Maestro, pues tan alta petición nos manda pedir, y a buen seguro que no nos dice que pidamos cosas imposibles; y ¿qué imposible sería, con el favor de Dios, venir a esto un alma puesta en este destierro, aunque no en la perfeción que están salidas de esta cárcel, porque andamos en mar, y vamos este camino? Mas hay ratos que, de cansados de andar, los pone el Señor en un sosiego de las potencias y quietud del alma, que como por señas les da claro a entender a qué sabe lo que se da a los que el Señor lleva a su reino; y a los qué se les da acá, como le pedimos, les da prendas para que por ellas tengan gran esperanza de ir a gozar perpetuamente lo que acá les da a sorbos.

6. Si no dijésedes que trato de contemplación, venía aquí bien en esta petición hablar un poco del principio de pura contemplación, que los que la tienen la llaman oración de quietud; mas como digo que trato de oración vocal, parecerá que no viene lo uno con lo otro aquí. No lo sufriré, yo sé que viene; perdonadme que lo quiero decir, porque sé que muchas personas que rezan vocalmente, como ya queda dicho, las levanta Dios (sin entender ellas cómo) a subida contemplación; por eso pongo tanto, hijas, en que recéis bien las oraciones vocales.

7. Conozco una persona que nunca pudo tener sino oración vocal, y asida a ésta lo tenía todo; y si no rezaba, íbasele el entendimiento tan perdido, que no lo podía sufrir; mas tal tengamos todas la mental. En ciertos *Pater noster* que rezaba a las veces que el Señor derramó sangre, se estaba, y en poco más, rezando dos o tres horas.

Vino una vez a mí muy congojada, que no sabía tener oración mental, ni podía contemplar, sino rezar vocalmente; preguntéle que qué rezaba, y vi que, asida al *Pater noster*, tenía pura contemplación, y la levantaba el Señor a juntarla consigo en unión. Y bien se parecía en sus obras, porque gastaba muy bien su vida; y ansí alabé al Señor, y hube envidia a su oración vocal. Si esto es verdad, como lo es, no penséis los que sois enemigos de contemplativos que estáis libres de serlo, si las oraciones vocales rezáis como se han de rezar, teniendo limpia conciencia.

CAPÍTULO XXXI

Que prosigue en la mesma materia: declara qué es oración de quietud, y algunos avisos para los que la tienen. Es mucho de notar.

1. Pues todavía quiero, hijas, declarar como lo he oído platicar (o el Señor ha querido dármelo a entender), por ventura para que os lo diga, esta oración de quietud: adonde a mí me parece comienza el Señor a dar a entender que oyó la petición, y comienza ya a darnos su reino aquí, para que de veras le alabemos, y santifiquemos, y procuremos lo hagan todos, que es ya cosa sobrenatural, y que no la podemos adquirir nosotros por diligencias que hagamos; porque es un ponerse el alma en paz, o ponerla el Señor con su presencia, por mejor decir, como hizo al justo Simeón, porque todas las potencias se sosiegan. Entiende el alma por una manera muy fuera de entender los sentidos exteriores, que está ya junta cabe su Dios, que con poquito más llegará a estar hecha una cosa con él por unión. Esto no es porque lo ve con los ojos del cuerpo, ni del alma; tampoco no veía el justo Simeón más del glorioso Niño pobrecito, que en lo que

llevaba envuelto, y la poca gente que con él iba en la procesión, más pudiera juzgarle por Hijo de gente pobre que por Hijo del Padre Celestial; mas dióselo el Niño a entender, y ansí lo entiende acá el alma, aunque no con esa claridad, porque aun ella no entiende cómo lo entiende, más de que se ve en el reino (al menos cabe el Rey que se le ha de dar), y parece que la mesma alma está con acatamiento, aun para no osar pedir.

2. Es como un amortecimiento interior y exteriormente, que no querría el hombre exterior (digo el cuerpo, porque mejor me entendáis), digo que no se querría bullir, sino como quien ha llegado casi al fin del camino, descansa para poder mejor tornar a caminar, que allí se le doblan las fuerzas para ello. Siéntese grandísimo deleite en el cuerpo, y gran satisfación en el alma. Está tan contenta de sólo verse cabe la fuente, que aun sin beber, está ya harta; no le parece hay más que desear las potencias sosegadas, que no querrían bullirse, todo parece que le estorba a amar. Aunque no están perdidas, porque pueden pensar en cabe quien están, que las dos están libres, la voluntad es aquí la cautiva; y si alguna pena puede tener estando ansí, es de ver que ha de tornar a tener libertad. El entendimiento no querría entender más de una cosa, ni la memoria ocuparse en más; aquí ven que ésta sola es necesaria, y todas las demás, las turban. El cuerpo no querrían se menease, porque les parece han de perder aquella paz, y ansí no se osan bullir. Dales pena el hablar; en decir Padre nuestro una vez, se les pasará una hora. Están tan cerca, que ven que se entienden por señas. Están en el Palacio cabe su Rey, y ven que les comienza ya a dar aquí su reino.

3. Aquí vienen unas lágrimas sin pesadumbre algunas veces, y con mucha suavidad. Parece no están en el mundo, ni le querrían ver, ni oír, sino a su Dios. No les da pena nada, ni parece se la ha de dar. En fin, lo que dura,

con la satisfación y deleite que en sí tiene, están tan embebidas y absortas, que no se acuerdan que hay más que desear, sino que de buena gana dirían con San Pedro: Señor, hagamos aquí tres moradas.

4. Algunas veces en esta oración de quietud, hace Dios otra merced bien dificultosa de entender, si no hay grande experiencia; mas si hay alguna, luego lo entenderéis la que la tuviere, y daros ha mucha consolación saber qué es; y creo muchas veces hace Dios esta merced junto con estotra. Cuando es grande, y por mucho tiempo, esta quietud, paréceme a mí que si la voluntad no estuviese asida a algo, que no podría durar tanto en aquella paz, porque acaece andar un día, o dos, que nos vemos con esta satisfación, y no nos entendemos; digo los que la tienen. Y verdaderamente ven que no están enteros en lo que hacen, sino que les falta lo mejor, que es la voluntad, que a mi parecer está unida con Dios, y deja las otras potencias libres para que entiendan en cosas de su servicio; y para esto tienen entonces mucha más habilidad; mas para tratar cosas del mundo están torpes y como embobadas a veces. Es gran merced ésta a quien el Señor la hace, porque vida activa y contemplativa está junta. De todo se sirve entonces el Señor; porque la voluntad estáse en su obra sin saber cómo obra, y en su contemplación; las otras dos potencias sirven en lo que Marta; ansí que ella y María andan juntas.

5. Yo sé de una persona que la ponía el Señor aquí muchas veces, y no se sabía entender, y preguntólo a un gran contemplativo, y dijo: que era muy posible, que a él le acaecía. Ansí que pienso que, pues el alma está tan satisfecha en esta oración de quietud, que lo más contino debe estar unida la potencia de la voluntad con el que sólo puede satisfacerla. Paréceme que será bien dar aquí algunos avisos para las que de vosotras, hermanas, el Señor ha llegado aquí por sola su bondad, que sé son algunas.

6. El primero es, que como se ven en aquel contento, y no saben cómo les vino (al menos ven que no le pueden ellas por sí alcanzar), dales esta tentación, que les parece podrán detenerle, y aun resollar no querrían. Es bobería, que ansí como no podemos hacer que amanezca, tampoco podemos hacer que deje de anochecer. No es ya obra nuestra, que es sobrenatural, y cosa muy sin poderla nosotros adquirir. Con lo que más deternemos esta merced, es con entender claro que no podemos quitar ni poner en ella, sino recibirla como indignísimos de merecerla, con hacimiento de gracias; y éstas no con muchas palabras, sino con un no alzar los ojos como el publicano.

7. Bien es procurar más soledad para dar lugar al Señor y dejar a su Majestad que obre como en cosa suya; y cuando más una palabra, de rato en rato, suave, como quien da un soplo en la vela cuando ve que se ha muerto, para tornarla a encender; mas si está ardiendo, no sirve más de matarla. A mi parecer, digo, que sea suave el soplo, porque por concertar muchas palabras con el entendimiento, no ocupe la voluntad. Y notad mucho, amigas, este aviso que ahora quiero decir, porque os veréis muchas veces que no os podáis valer con esotras dos potencias. Que acaece estar el alma con grandísima quietud, y andar el pensamiento tan remontado, que no parece que es en su casa aquello que pasa; y ansí le parece entonces que no está sino como en casa ajena como huésped, y buscando otras posadas adonde estar, que aquella no le contenta, porque sabe poco qué cosa es estar en su sér. Por ventura es sólo el mío, y no deben ser ansí otros. Conmigo hablo, que algunas veces me deseo morir, de que no puedo remediar esta variedad del pensamiento; otras parece hace asiento en su casa, y acompaña a la voluntad, que cuando todas tres potencias se conciertan, es una gloria; como dos casados que se

aman, y que el uno quiere lo que el otro; mas si uno es mal casado, ya se ve el desasosiego que da a su mujer.

8. Ansí que la voluntad, cuando se ve en esta quietud, no haga caso del entendimiento, o pensamiento, o imaginación (que no sé lo que es), más que de un loco; porque si le quiere traer consigo forzado, ha de ocupar e inquietar algo; y en este punto de oración todo será trabajar, y no ganar más, sino perder lo que le da el Señor sin ningún trabajo suyo. Y advertid mucho a esta comparación que me puso el Señor estando en esta oración, y cuádrame mucho, y me parece lo da a entender. Está el alma como un niño, que aun mama, cuando está a los pechos de su madre, y ella sin que él paladee échale la leche en la boca para regalarle, ansí es acá, que sin trabajo del entendimiento está amando la voluntad, y quiere el Señor que sin pensar lo entienda que está con él, y que sólo trague la leche que Su Majestad le pone en la boca, y goce de aquella suavidad, que conozca le está el Señor haciendo aquella merced y se goce de gozarla. Mas no quiera entender cómo la goza, y qué es lo que goza, sino descuídese entonces de sí, que sé quién está cabe ella no se descuidará de ver lo que le conviene. Porque si va a pelear con el entendimiento, para darle parte, trayéndole consigo, no puede a todo; forzado dejará caer la leche de la boca, y pierde aquel mantenimiento divino.

9. En esto se diferencia esta oración de cuando está toda el alma unida con Dios: porque entonces aun sólo este tragar el mantenimiento no hace: dentro de sí lo halla sin entender cómo le pone el Señor. Aquí parece que quiere trabaje un poquito el alma, aunque es con tanto descanso, que casi no se siente. Quien la atormenta es el entendimiento, o imaginación, lo que no hace cuando es unión de todas tres potencias, porque las suspende el que las crió; porque con el gozo que da, todas las ocupa

sin saber ellas cómo, ni poderlo entender. Ansí que, como digo, en sintiendo en sí esta oración, que es un contento quieto y grande de la voluntad, sin saberse determinar de qué es señaladamente, aunque bien se determina que es diferentísimo de los contentos de acá, que no bastaría señorear el mundo con todos los contentos dél, para sentir en sí el alma aquella satisfación, que es lo interior de la voluntad. Que otros contentos de la vida paréceme a mí que los goza lo exterior de la voluntad, como la corteza della, digamos. Pues cuando se viere en este tan subido grado de oración (que es, como he dicho, ya muy conocidamente sobrenatural) si el entendimiento, o pensamiento, por más me declarar, a los mayores desatinos del mundo se fuere, ríase dél, y déjele para necio, y estése en su quietud, que él irá y verná; que aquí es señora y poderosa la voluntad, ella se le traerá sin que os ocupéis. Y si quiere a fuerza de brazos traerle, pierde la fortaleza que tiene para contra él, que le viene de comer y admitir aquel divino sustentamiento, y ni el uno ni el otro ganarán nada, sino perderán entrambos.

10. Dicen que quien mucho quiere apretar junto, lo pierde todo; ansí me parece será aquí. La experiencia dará esto a entender: que quien no la tuviere, no me espanto le parezca muy escuro esto, y cosa no necesaria. Mas ya he dicho que con poca que haya lo entenderá y se podrá aprovechar dello, y alabarán al Señor, porque fué servido se acertase a decir aquí. Ahora, pues, concluyamos, con que, puesta el alma en esta oración, ya parece le ha concedido el Padre Eterno su petición de darle acá su reino.

11. ¡Oh, dichosa demanda que tanto bien en ella pedimos sin entenderlo! Dichosa manera de pedir. Por eso quiero, hermanas, que miremos cómo rezamos esta oración celestial del *Pater noster* y todas las demás vocales; porque hecha por Dios esta merced, descui-

darnos hemos de las cosas del mundo, porque llegando el Señor del todo lo echa fuera. No digo que todos los que la tuvieren por fuerza estén desasidos del todo del mundo, al menos querría que entiendan lo que les falta, y se humillen, y procuren irse desasiendo del todo, porque si no quedarse han aquí.

12. El alma a quien Dios le da tales prendas, es señal que la quiere para mucho; si no es por su culpa, irá muy adelante. Mas si ve que poniéndola el reino del cielo en su casa se torna a la tierra, no sólo no la mostrará los secretos que hay en su reino, mas serán pocas veces las que le haga este favor y breve espacio. Ya puede ser yo me engañe en esto, mas véolo y sé que pasa ansí, y tengo para mí que por eso no hay muchos más espirituales; porque como no responden en los servicios conforme a tan gran merced, ni tornan a aparejarse a recibirla, sino antes a sacar al Señor de las manos la voluntad, que ya tiene por suya, y ponerla en cosas bajas, vase a buscar adonde le quieran para dar más; aunque no del todo quita lo dado, cuando se vive con limpia conciencia.

13. Mas hay personas, y yo he sido una dellas, que está el Señor enterneciéndolas y dándolas inspiraciones santas, y luz de lo que es todo, y en fin, dándoles este reino, y poniéndolas en esta oración de quietud, y ellas haciéndose sordas; porque son tan amigas de hablar y de decir muchas oraciones vocales muy apriesa, como quien quiere acabar su tarea, como tienen ya por sí de decirlas cada día, que aunque, como digo, les ponga el Señor su reino en las manos, no le admiten, sino que ellas con su rezar piensan que hacen mejor y se divierten. Esto no hagáis, hermanas, sino estad sobre aviso, cuando el Señor os hiciere esta merced: mirad que perdéis un gran tesoro y que hacéis mucho más con una palabra de cuando en cuando del *Pater noster*, que con decirle muchas veces apriesa, y no os entendiendo. Está muy junto

a quien pedís, no os dejará de oír, y creed que aquí es el verdadero alabar y santificar de su nombre; porque ya como cosa de su casa glorificáis al Señor y alabáisle con más afición y deseo, y parece que no podéis dejarle de conocer mejor, porque habéis gustado cuán suave es el Señor. Ansí que en esto os aviso, que tengáis mucho aviso, porque importa muy mucho.

CAPÍTULO XXXII

Que trata destas palabras del *Pater noster: Fiat voluntas tua sicut in coelo et in terra,* y lo mucho que hace quien dice estas palabras con toda determinación, y cuán bien se lo pagará el Señor.

1. Ahora que nuestro buen Maestro nos ha pedido y enseñado a pedir cosa de tanto valor, que encierra en sí todas las cosas que acá podemos desear, y nos ha hecho tan gran merced, como hacernos hermanos suyos, veamos qué quiere que demos a su Padre, y qué le ofrece por nosotros, y qué es lo que nos pide, que razón es le sirvamos con algo tan grandes mercedes. ¡Oh, buen Jesús! Que tan poco dais (poco de nuestra parte), ¿cómo pedís mucho para nosotros? Dejado que ello en sí es nonada, para donde tanto se debe, y para tan gran Señor; mas, cierto, Señor mío, que no nos dejéis con nada, y que damos todo lo que podemos, si lo damos como lo decimos; digo sea hecha tu voluntad, como es hecha en el cielo, ansí se haga en la tierra.

2. Bien hicistes, nuestro buen Maestro, de pedir la petición pasada, para que podamos cumplir lo que dais por nosotros. Porque, cierto, Señor, si ansí no fuera, imposible me parece; mas haciendo vuestro Padre lo que Vos le pedís, de darnos acá su reino, yo sé que os sacaremos verdadero en dar lo que dais por nosotros. Porque hecha la tierra cielo, será posible hacer en mí vuestra vo-

luntad; mas sin esto, y en tierra tan ruin como la mía y tan sin fruto, yo no sé, Señor, cómo sería posible. Es gran cosa lo que me ofrecéis. Cuando yo pienso esto, gusto de las personas que no osan pedir trabajos al Señor, que piensan que está en esto el dárselos luego; no hablo en los que lo dejan por humildad, pareciéndoles que no serán para sufrirlos; aunque tengo para mí que quien les da amor para pedir este medio tan áspero para mostrarle, le dará para sufrirlos. ¿Querría preguntar a los que por temor de que luego se los han de dar no los piden, lo que dicen cuando suplican el Señor cumpla su voluntad en ellos? O es que lo dicen por decir lo que todos, mas no para hacerlo. Esto, hermanas, no sería bien; mirad que parece aquí el buen jesús nuestro embajador, y que ha querido entrevenir entre nosotros y su Padre, y no a poca costa suya; y no sería razón que lo que ofrece por nosotros dejásemos de hacerlo verdad, o no lo digamos. Ahora quiérolo llevar por otra vía. Mirad, hijas, ello se ha de cumplir que queramos que no, y se ha de hacer su voluntad en el cielo y en la tierra; tomad mi parecer y creedme, y haced de la necesidad virtud.

3. ¡Oh Señor mío, qué gran regalo es éste para mí, que no dejásedes en querer tan ruin como el mío el cumplirse vuestra voluntad o no! Buena estuviera yo, Señor, si estuviera en mi mano el cumplirse vuestra voluntad en el cielo y en la tierra. Ahora la mía os doy libremente, aunque ha tiempo que no va libre de interese; porque ya tengo probado, y gran experiencia dello, la ganancia que es dejar libremente mi voluntad en la vuestra. ¡Oh, amigas, qué gran ganancia hay aquí! ¡Oh, qué gran pérdida de no cumplir lo que decimos al Señor en el *Pater noster* en esto que le ofrecemos!

4. Antes que os diga lo que se gana, os quiero declarar lo mucho que ofrecéis; no os llaméis después a engaño, y digáis que no lo entendisteis; no sea como algu-

nas religiosas, que no hacemos sino prometer, y como no lo cumplimos, hay este reparo de decir que no se entendió lo que se prometía. Ya puede ser, porque decir que dejaremos nuestra voluntad en otra, parece muy fácil, hasta que probando se entiende que es la cosa más recia que se puede hacer; si se cumple como se ha de cumplir, es fácil de hablar, y dificultoso de obrar; y si pensaron que no era más lo uno que lo otro, no lo entendieron. Hacedlo entender a las que acá hicieron profesión, por larga prueba, no piensen que ha de haber solas palabras, sino obras también. Mas no todas veces nos llevan con rigor los perlados, de que nos ven flacos; y a las veces flacos y fuertes llevan de una suerte; acá no es ansí, que sabe el Señor lo que puede sufrir cada uno, y a quien ve con fuerza, no se detiene en él su voluntad.

5. Pues quiero os avisar, y acordar, qué es su voluntad; no hayáis miedo que sea daros riquezas, ni deleites, ni honras, ni todas estas cosas de acá; no os quiere tan poco, y tiene en mucho lo que dais, y quiere os lo pagar bien, pues os da su reino aun viviendo. ¿Queréis ver cómo se ha con los que de veras le dicen esto? Preguntadlo a su Hijo glorioso, que se lo dijo cuando la oración del huerto, como fué dicho con determinación y de toda voluntad; mirá si lo cumplió bien en él en lo que le dió de trabajos, dolores, injurias y persecuciones; en fin, hasta que se le acabó la vida con muerte de cruz. Pues veis aquí, hijas, a quien más amaba lo que dió, por donde se entiende cuál es su voluntad. Ansí que estos son sus dones en este mundo. Va conforme al amor que nos tiene. A los que ama más, da estos dones; mas a los que menos, menos; y conforme al ánimo que ve en cada uno, y el amor que tiene a Su Majestad. Quien le amare mucho, verá que puede padecer mucho con él; al que amare poco, dará poco. Tengo yo para mí que la medida de poder llevar gran cruz, o pequeña, es la del amor.

6. Ansí que, hermanas, si le tenéis, procurad no sean palabras de cumplimiento las que decís a tan gran Señor, sino esforzaos a pasar lo que Su Majestad quisiere. Porque si de otra manera dais voluntad, es mostrar la joya, e irla a dar, y rogar que la tomen; y cuando extienden la mano para tomarla, tornáosla vos a guardar muy bien. No son estas burlas para con quien le hicieron tantas por nosotros; aunque no hubiera otra cosa, no es razón que burlemos ya tantas veces, que no son pocas las que se lo decimos en el *Pater noster*. Démosle ya una vez la joya del todo, de cuantas acometemos a dársela. Es verdad que nos da primero, para que se la demos. Los del mundo harto harán si tienen de verdad determinación de cumplirlo; vosotras, hijas, diciendo y haciendo, palabras y obras, como a la verdad parece hacemos los religiosos. Sino que a las veces no sólo acometemos a dar la joya, sino ponémosla en la mano, y tornámosela a tomar. Somos tan francos de presto, y después tan escasos, que valiera en parte más que nos hubiéramos detenido en el dar. Porque todo lo que os he avisado en este libro va dirigido a este punto de darnos del todo al Criador, y poner nuestra voluntad en la suya, y desasirnos de las criaturas: y ternéis ya entendido lo mucho que importa, no digo más en ello; sino diré, para lo que pone aquí nuestro buen Maestro, estas palabras dichas, como quien sabe lo mucho que ganaremos de hacer este servicio a su Eterno Padre; porque nos disponemos cumpliéndolas para que con mucha brevedad nos veamos acabado de andar el camino, y bebiendo del agua viva de la fuente que queda dicha.

7. Porque sin dar nuestra voluntad del todo al Señor, para que haga en todo lo que nos toca conforme a ella, nunca deja beber desta agua. Esto es contemplación perfeta, lo que dijistes os escribiese; y en esto, como ya tengo escrito, ninguna cosa hacemos de nuestra parte, ni

trabajamos, ni negociamos, ni es menester más, porque todo lo demás estorba e impide, sino decir: *Fiat voluntas tua*; cúmplase, Señor, en mí vuestra voluntad de todos los modos y maneras que Vos, Señor mío, quisiéredes; si queréis con trabajos, dadme esfuerzo, y vengan; si con persecuciones, y enfermedades, y deshonras y necesidades, aquí estoy; no volveré el rostro, Padre mío, ni es razón vuelva las espaldas. Pues vuestro Hijo dió en nombre de todos esta mi voluntad, no es razón falte por mi parte, sino que me hagáis Vos merced de darme vuestro reino para que yo lo pueda hacer, pues él me lo pidió; disponed en mí como en cosa vuestra, conforme a vuestra voluntad.

8. ¡Oh, hermanas mías, qué fuerza tiene este dón! No puede menos, si va con la determinación que ha de ir, de traer al Todopoderoso a ser uno con nuestra bajeza, y transformarnos en sí, y hacer una unión del Criador con la criatura. Mirad si quedaréis bien pagadas y si tenéis buen Maestro, que como sabe por dónde ha de ganar la voluntad de su Padre, enséñanos cómo y con qué le hemos de servir. Y mientras más determinación tiene el alma, y más se va entendiendo por las obras que no son palabras de cumplimiento, más nos llega el Señor a sí, y nos levanta de todas las cosas de acá, y de nosotros mesmos, para habilitarnos a recibir grandes mercedes. Que no acaba de pagar en esta vida este servicio; en tanto le tiene, que ya nosotros no sabemos qué nos pedir, y Su Majestad nunca se cansa de dar: porque no contento con tener hecha esta tal alma una cosa consigo, por haberla ya unido a sí mesmo, comienza a regalarse con ella, y a descubrirle secretos, y a holgarse de que entienda lo que ha ganado, y que conozca algo de lo que la tiene por dar. Hácela ir perdiendo estos sentidos exteriores, porque no se la ocupe nada (esto es arrobamiento); y comienza a tratar de tanta amistad, que no sólo la torna a dejar su

voluntad, mas dale la suya con ella; porque se huelga el Señor, ya que trata de tanta amistad, que manden a veces como dicen: y cumplir él lo que ella le pide, como ella hace lo que él manda, y mucho mejor; porque es poderoso y puede cuanto quiere, y no deja de querer. La pobre alma, aunque quiera, no puede lo que querría, ni puede nada sin que se lo den; y esta es su mayor riqueza: quedar mientras más sirve más adeudada, y muchas veces fatigada de verse sujeta a tantos inconvenientes, y embarazos, y ataduras, como trae el estar en la cárcel de este cuerpo, porque querría pagar algo de lo que debe. Y es harto boba en fatigarse; porque aunque haga lo que es en sí, ¿qué podemos pagar los que, como digo, no tenemos qué dar si no lo recibimos? Sino conocernos, y esto que podemos con su favor, que es dar nuestra voluntad, hacerlo cumplidamente. Todo lo demás para el alma que el Señor ha llegado aquí, la embaraza y hace daño y no provecho.

9. Miren que digo para el alma que ha querido el Señor juntarla consigo por unión y contemplación perfeta; que aquí sola la humildad es la que puede algo: y ésta no adquirida por el entendimiento, sino con una clara verdad, que comprende en un momento lo que en mucho tiempo no pudiera alcanzar trabajando la imaginación, de lo muy nada que somos y lo muy mucho que es Dios. Doy os un aviso, que no penséis por fuerza vuestra ni diligencia a llegar aquí, que es por demás, antes si teníades devoción quedaréis frías; sino con simplicidad y humildad, que es la que lo acaba todo, decir: *Fiat voluntas tua.*

CAPÍTULO XXXIII

En que trata de la gran necesidad que tenemos de que el Señor nos dé lo que pedimos en estas palabras del *Pater noster: Panem nostrum quotidianum da nobis hodie.*

1. Entendiendo, pues, como he dicho, el buen Jesús cuán dificultosa cosa era ésta que ofrece por nosotros, conociendo nuestra flaqueza, que muchas veces nos hacemos entender que no entendemos cuál es la voluntad del Señor, como somos flacos y él tan piadoso, vió que era menester remedio, y ansí pídenos al Padre Eterno este pan soberano. Porque dejar de dar lo dado, vió que en ninguna manera nos convenía, porque está en ello toda nuestra ganancia; pues cumplirlo sin este favor vió ser dificultoso. Porque decir a un regalado y rico que es la voluntad de Dios que tenga cuenta con moderar su plato, para que coman otros siquiera pan, que mueren de hambre, sacará mil razones para no entender esto, sino a su propósito. Pues decir a un murmurador que es la voluntad de Dios querer tanto para su prójimo como para sí, no le puede poner a paciencia, ni bastar razón para que lo entienda. Pues decir a un religioso que está mostrado a libertad y regalo, que ha de tener cuenta con que ha de dar ejemplo, y que mire que ya no son solas palabras con las que ha de cumplir cuando dice esta palabra, sino que lo ha jurado y prometido; y que es voluntad de Dios que cumpla sus votos, y mire que si da escándalo que va muy contra ellos, aunque no del todo los quebrante; y que ha prometido pobreza y que la guarde sin rodeos, que esto es lo que el Señor quiere, no hay remedio aun ahora de quererlo algunos; ¿qué hiciera si el Señor no hiciera lo más con el remedio que usó? No hubiera sino muy poqui-

tos que cumplieran esta palabra que por nosotros dijo al Padre: *Fiat voluntas tua.*

2. Pues viendo el buen Jesús la necesidad, buscó un medio admirable adonde nos mostró el extremo de amor que nos tiene; y en su nombre y en el de sus hermanos dió esta petición: El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy, Señor. Entendamos, hermanas, por amor de Dios, esto que pide nuestro buen Maestro, que nos va la vida en no pasar de corrida por ello; y tened en muy poco lo que habéis dado, pues tanto habéis de recibir. Paréceme ahora a mí (debajo de otro mejor parecer) que, visto el buen Jesús lo que había dado por nosotros, y cómo nos importa tanto darlo, y la gran dificultad que había, como está dicho, por ser nosotros tales, y tan inclinados a cosas bajas y de tan poco amor y ánimo, que era menester ver el suyo para despertarnos; y no una vez, sino cada día, que aquí se debió determinar de quedarse con nosotros. Y como era cosa tan grave y de tanta importancia, quiso que viniese de la mano del Eterno Padre; porque aunque son una mesma cosa, y sabía que lo que él hiciese en la tierra lo haría Dios en el cielo, y lo tenía por bueno, pues su voluntad y ía de su Padre era una, todavía era tanta la humildad del buen Jesús, en cuanto hombre, que quiso como pedir licencia, aunque ya sabía era amado del Padre y que se deleitaba en él. Bien entendió que pedíamos en esto, que pidió en lo demás; porque ya sabía la muerte que le habían de dar, y las deshonras y afrentas que había de padecer.

3. ¿Pues qué padre hubiera, Señor, que habiéndonos dado a su hijo, y tal hijo, y parándole tal, quisiera consentir que se quedara entre nosotros a padecer nuevas injurias? Por cierto ninguno, Señor, sino el vuestro: bien sabéis a quién pedís. ¡Oh, válame Dios, qué gran amor del Hijo y qué gran amor del Padre! Aun no me espanto tanto del buen Jesús, porque como había ya dicho, *Fiat volun-*

tas tua, habíalo de cumplir como quien es. Sé que no es como nosotros, pues como sabe la cumplía con amarnos como a sí mesmo, ansí andaba a buscar a cómo cumplir con mayor cumplimiento, aunque fuese a su costa este mandamiento. Mas Vos, Padre Eterno, ¿cómo lo consentistes? ¿Por qué queréis cada día ver en tan ruines manos a vuestro Hijo, ya que una vez quisistes lo estuviese y lo consentistes? Ya veis cómo le pararon. ¿Cómo puede vuestra piedad cada día verle hacer injurias? ¡Y cuántas le deben hoy hacer a este Santísimo Sacramento! ¡En qué de manos enemigas suyas le debe de ver el Padre! ¡Qué desacato destos herejes!

4. ¡Oh, Señor Eterno! ¿Cómo acetáis tal petición? ¿Cómo la consentís? No miréis su amor, que a trueco de hacer cumplidamente vuestra voluntad, y de hacer por nosotros, se dejará cada día hacer pedazos. Vuestro es mirar, Señor mío, ya que a vuestro Hijo no se le pone cosa delante, ¿por qué ha de ser todo nuestro bien a su costa? ¿Por qué calla a todo y no sabe hablar por sí, sino por nosotros? ¿Pues no ha de haber quien hable por este amantísimo Cordero? He mirado yo cómo en esta petición sola duplica las palabras, porque dice primero y pide que nos deis este pan cada día, y torna a decir: Dánoslo hoy, Señor. Es como decirle que, ya una vez nos le dió, que no nos le torne a quitar hasta que se acabe el mundo, que le deje servir cada día. Esto os enternezca el corazón, hijas mías, para amar a vuestro Esposo, que no hay esclavo que de buena gana diga lo que es, y que el buen Jesús parece se honra dello.

5. ¡Oh Padre Eterno, qué mucho merece esta humildad, con qué tesoro compramos a vuestro Hijo! Venderlo, ya sabemos que por treinta dineros; mas para comprarle no hay precio que baste. Y cómo se hace aquí una cosa con nosotros por la parte que tiene de nuestra naturaleza. Y como Señor de su voluntad, lo acuerda a su

Padre, que pues es suya, que nos la puede dar; y ansí dice: Pan nuestro; no hace diferencia de sí a nosotros, mas hácenos a nosotros unos consigo, para que, juntando cada día Su Majestad nuestra oración con la suya, alcance la nuestra delante de Dios lo que pidiéremos.

CAPÍTULO XXXIV

Prosigue en la mesma materia: es muy bueno para después de haber recibido el Santísimo Sacramento.

1. Pues esta petición de cada día, parece que es para siempre. He estado yo pensando, por qué después de haber dicho el Señor cada día, tornó a decir: Dádnosle hoy. Quiero os decir mi bobería; si lo fuere quédese por tal, que harto lo es meterme yo en esto. Cada día me parece a mí, porque acá le poseemos en la tierra, y le poseeremos también en el cielo si nos aprovechamos de su compañía. Pues no se quedó para otra cosa con nosotros, sino para ayudarnos, y animarnos, y sustentarnos a hacer esta voluntad que hemos dicho se cumpla en nosotros.

2. El decir hoy, me parece es para un día, que es mientras durare el mundo, y no más; y bien un día para los desventurados que se condenan, que no lo gozarán en la otra. No es a culpa del Señor si se dejan vencer, que él no los dejará de animar hasta el fin de la batalla; no ternán con qué disculparse, ni de qué quejarse del Padre Eterno, porque se lo tomó al mejor tiempo. Y ansí le dice su Hijo, que pues no es más de un día, se le deje ya pasar entre los suyos, y puesto a los desacatos de algunos malos: que pues Su Majestad ya nos le dió y envió al mundo por sola su voluntad y bondad, que él quiere ahora por la suya no desampararnos, sino estarse aquí con nosotros para más gloria de sus amigos y pena de sus enemigos; que no pide más de hoy ahora nuevamente,

que el habernos dado este pan sacratísimo para siempre, cierto le tenemos. Su Majestad nos le dió, como he dicho, este mantenimiento y maná de la humanidad, que le hallamos como queremos; y que si no es por nuestra culpa, no moriremos de hambre, que de todas cuantas maneras quisiere comer el alma hallará en el Santísimo Sacramento sabor y consolación. No hay necesidad, ni trabajo, ni persecución, que no sea fácil de pasar, si comenzamos a gustar de los suyos.

3. Pedid vosotras, hijas, con este Señor al Padre, que os deje hoy a vuestro Esposo, que no os veáis en este mundo sin él; que baste para templar tan gran contento, que quede tan disfrazado en estos accidentes de pan y vino, que es harto tormento para quien no tiene otra cosa que amar, ni otro consuelo; mas suplicadle que no os falte, y os dé aparejo para recibirle dignamente. De otro pan no tengáis cuidado las que muy de veras os habéis dejado en la voluntad de Dios; digo en estos tiempos de oración, que tratáis cosas más importantes, que tiempos hay otros para que trabajéis y ganéis de comer, mas no con el cuidado. No curéis gastar en eso el pensamiento en ningún tiempo, sino trabaje el cuerpo, que es bien procuréis sustentaros, y descanse el alma; dejad este cuidado, como largamente queda dicho, a vuestro Esposo, que él le terná siempre. No hayáis miedo que os falte, si no faltáis vosotras en lo que habéis dicho, de dejaros en la voluntad de Dios. Y por cierto, hijas, de mí os digo, que si deso faltase ahora con malicia, como otras veces lo he hecho muchas, que yo no le suplicase me diese pan ni otra cosa de comer, déjeme morir de hambre. ¿Para qué quiero vida, si con ella voy ganando cada día más muerte eterna? Ansí, que si de veras os vais a Dios, como lo decís, él terná cuidado de vos.

4. Es como cuando entra un criado a servir, que él tiene cuenta con contentar a su señor en todo; mas el se-

ñor está obligado a dar de comer al siervo, mientras está en su casa y le sirve; salvo si no es tan pobre, que no tiene para sí, ni para él. Acá cesa esto: siempre es y será rico y poderoso. ¿Pues sería bien andar el criado pidiendo de comer cada día, pues sabe que tiene cuidado su amo de dárselo, y le ha de tener? Con razón le dirá, que se ocupe él en servirle, y como le contentar, que por andar ocupado el cuidado en lo que no le ha de tener, no hace cosa a derechas. Ansí que, hermanas, tenga quien quisiere cuidado de pedir ese pan, nosotras pidamos al Padre Eterno merezcamos pedir el nuestro pan celestial. De manera que ya que los ojos del cuerpo no se pueden deleitar en mirarle, por estar tan encubierto, se descubra a los del alma, y se le dé a conocer, que es otro mantenimiento de contentos y regalos, y que sustenta la vida.

5. ¿Pensáis que no es mantenimiento, aun para estos cuerpos, este santísimo manjar, y gran medicina, aun para los males corporales? Yo sé que lo es: y conozco una persona de grandes enfermedades, que estando muchas veces con grandes dolores, como con la mano se le quitaban y quedaba buena del todo. Esto muy ordinario, y de males muy conocidos, que no se podian fingir, a mi parecer. Y porque las maravillas que hace este santísimo Pan en los que dignamente le reciben son muy notorias, no digo muchas que pudiera decir desta persona que he dicho, que lo podía yo saber, y sé que no es mentira. Mas a ésta habíala el Señor dado tan viva fe, que cuando oía a algunas personas decir que quisieran ser en el tiempo que andaba Cristo nuestro bien en el mundo, se reía entre sí, pareciéndole que teniéndole tan verdaderamente en el Santísimo Sacramento como entonces, ¿qué más se les daba?

6. Mas sé desta persona, que muchos años, aunque no era muy perfeta, cuando comulgaba, ni más ni menos que si viera con los ojos corporales entrar en su posada el

Señor, procuraba esforzar la fe para (como creía verdaderamente que entraba este Señor en su pobre posada) desocuparse de todas las cosas exteriores cuanto le era posible, y entrarse con él. Procuraba recoger los sentidos para que todos entendiesen tan gran bien; digo no embarazasen al alma para conocerle. Considerábase a sus pies y lloraba con la Magdalena, ni más ni menos que si con los ojos corporales le viera en casa del fariseo; y aunque no sintiese la devoción, la fe la decía que estaba bien allí, y estábase allí hablando con él. Porque si no nos queremos hacer bobas, y cegar el entendimiento, no hay que dudar que esto no es representación de la imaginación, como cuando consideramos al Señor en la cruz, o en otros pasos de la Pasión, que le representamos como pasó. Esto pasa ahora, y es entera verdad, y no hay para qué le ir a buscar en otra parte más lejos; sino que pues sabemos que mientras no consume el calor natural los accidentes del pan, está con nosotros el buen Jesús, que no perdamos tan buena sazón y qué nos lleguemos a él.

7. Pues si cuando andaba en el mundo, de sólo tocar su ropa sanaba los enfermos, ¿qué hay que dudar que hará milagros estando tan dentro de mí, si tenemos fe viva, y nos dará lo que le pidiéremos, pues está en nuestra casa? Y no suele Su Majestad pagar mal la posada, si le hacen buen hospedaje. Si os da pena no verle con los ojos corporales, mirad que no nos conviene, que es otra cosa verle glorificado, a cuando andaba por el mundo. No habría sujeto que lo sufriese de nuestro flaco natural, ni habría mundo, ni quien quisiese parar en él, porque en ver esta verdad eterna, se vería ser mentira y burla todas las cosas de que acá hacemos caso. Y viendo tan gran Majestad, ¿cómo osaría una pecadorcilla como yo, que tanto le ha ofendido, estar tan cerca dél? Debajo de aquellos accidentes de pan está tratable: porque si el rey se disfraza, no parece que se nos da nada

de conversar sin tantos miramientos y respetos; parece está obligado a sufrirlo, pues se disfrazó. ¿Quién osaría llegar con tanta tibieza, tan indignamente, con tantas imperfecciones? ¡Cómo no sabemos lo que pedimos, y cómo lo miró mejor su sabiduría! Porque a los que ve se han de aprovechar, él se les descubre: que aunque no le vean con los ojos corporales, muchos modos tiene de mostrarse al alma por grandes sentimientos interiores, y por diferentes vías.

8. Estaos vos de buena gana con él, no perdáis tan buena sazón de negociar como es la hora después de haber comulgado. Mirad que este es gran provecho para el alma, y en que se sirve mucho el buen Jesús que le tengáis compañía. Tened gran cuenta, hijas, de no la perder, si la obediencia no os mandare, hermanas, otra cosa; procurad dejar el alma con el Señor, que vuestro Maestro es; no os dejará de enseñar, aunque no lo entendáis, que si luego lleváis el pensamiento a otra parte, y no hacéis cosa, ni tenéis cuenta con quien está dentro de vos, no os quejéis sino de vos. Este, pues, es buen tiempo para que os enseñe nuestro Maestro: para que le oyamos y besemos los pies porque nos quiso enseñar, y le supliquemos no se vaya de con nosotros. Si esto habéis de pedir, mirando una imagen de Cristo, bobería me parece dejar en aquel tiempo la mesma persona por mirar el dibujo. ¿No lo sería si tuviésemos mucho un retrato de una persona que quisiésemos mucho, y la mesma persona nos viniese a ver, dejar de hablar con ella, y tener toda la conversación con el retrato? ¿Sabéis para cuándo es muy bueno, y santísimo, y cosa en que yo me deleito mucho? Para cuando está ausente la mesma persona, y quiere darnos a entender que lo está con muchas sequedades, es gran regalo ver una imagen de quien con tanta razón amamos; a cada cabo que volviese los ojos la querría ver. ¿En qué mejor cosa, ni más gustosa a la vista la

podemos emplear, que en quien tanto nos ama, y en quien tiene en sí todos los bienes? ¡Desventurados destos herejes que han perdido por su culpa esta consolación con otras!

9. Mas acabado de recibir al Señor, pues tenéis la mesma persona delante, procurad cerrar los ojos del cuerpo y abrir los del alma, y miraos al corazón, que yo os digo (y otra vez lo digo, y muchas lo querría decir) que si tomáis esta costumbre todas las veces que comulgáredes, procurando tener tal conciencia, que os sea lícito gozar a menudo deste bien, que no viene tan disfrazado que, como he dicho, de muchas maneras no se dé a conocer, conforme al deseo que tenemos de verle; y tanto lo podéis desear, que se os descubra del todo; mas si no hacemos caso dél, sino que en recibiéndole nos vamos de con él a buscar otras cosas más bajas, ¿qué ha de hacer? ¿Hanos de traer por fuerza a que le veamos, que se nos quiere dar a conocer? No, que no le trataron tan bien cuando se dejó ver a todos al descubierto, y les decía claro quién era, que muy pocos fueron los que le creyeron. Y ansí harta misericordia nos hace a todos que quiere Su Majestad entendamos que es él el que está en el Santísimo Sacramento; mas que le vean descubiertamente, y comunicar sus grandezas, y dar de sus tesoros no quiere sino a los que entiende que mucho le desean, porque éstos son sus verdaderos amigos. Que yo os digo, que quien no lo fuere, y no llegare a recibirle como a tal, habiendo hecho lo que es en sí, que nunca le importune porque se le dé a conocer. No ve la hora de haber cumplido con lo que manda la Iglesia, cuando se va de su casa y procura echarle de sí. Ansí que este tal, con otros negocios, y ocupaciones, y embarazos del mundo, parece que lo más presto que puede se da priesa a que no le ocupe la casa el Señor.

CAPÍTULO XXXV

Acaba la materia comenzada con una exclamación al Padre Eterno.

1. Heme alargado tanto en esto, aunque había hablado en la oración del recogimiento de lo mucho que importa este entrarnos a solas con Dios, por ser cosa importante: y cuando no comulgáredes, hijas, y oyéredes Misa, podéis comulgar espiritualmente, que es de grandísimo provecho, y hacer lo mesmo de recogeros después en vos, que es mucho lo que se imprime ansí el amor deste Señor; porque aparejándonos a recibir, jamás deja de dar por muchas maneras que no entendemos; es como llegarnos al fuego, que aunque le haya muy grande, si estáis desviadas y escondéis las manos, mal os podéis calentar, aunque todavía da más calor que no estar donde no haya fuego. Mas otra cosa es querer llegar a él, que si el alma está dispuesta (digo que esté con deseo de perder el frío) y se está allí un rato, para muchas horas queda con calor; y una centellica que salte la abrasa toda, y vanos tanto, hijas, en disponernos para esto, que no os espantéis lo diga muchas veces.

2. Pues mirad, hermanas, que si a los principios no os halláredes bien, no se os dé nada, que podrá ser que os ponga el demonio apretamiento de corazón y congoja, porque sabe el daño grande que le viene de aquí. Haraos entender que hay más devoción en otras cosas que aquí. Creedme, no dejéis este modo, aquí probará el Señor lo que le queréis. Acordaos que hay pocas almas que le acompañen y le sigan en los trabajos; pasemos por él algo, que Su Majestad os lo pagará. Y acordaos también qué de personas habrá que, no sólo quieren no estar con él, sino que con descomedimiento le echan de sí. Pues algo hemos de pasar para que entienda que le tenemos

de ver. Y pues todo lo sufre y sufrirá por hallar sola un alma que le reciba y tenga en sí con amor, sea ésta la vuestra; porque a no haber ninguna, con razón no le consintiera quedar el Padre Eterno con nosotros: sino que es tan amigo de amigos, y tan Señor de sus siervos, que como ve la voluntad de su buen Hijo, no le quiere estorbar obra tan excelente y adonde tan cumplidamente muestra el amor.

3. Pues Padre Santo, que estás en los cielos, ya que lo queréis y lo acetáis (y claro está no habíades de negar cosa que tan bien nos está a nosotros), alguien ha de haber, como dije al principio, que hable por vuestro Hijo. Seamos nosotras, hijas, aunque es atrevimiento siendo las que somos; mas confiadas en que nos manda el Señor que pidamos, llegadas a esta obediencia en nombre del buen Jesús, supliquemos a Su Majestad que, pues no le ha quedado por hacer ninguna cosa haciendo a los pecadores tan gran beneficio como éste, quiera su piedad, y se sirva de poner remedio, para que no sea tan mal tratado; y que pues su Santo Hijo puso tan buen medio para que en sacrificio le podamos ofrecer muchas veces, que valga tan precioso don para que no vayan adelante tan grandísimo mal y desacatos como se hacen en los lugares adonde estaba este Santísimo Sacramento, entre estos luteranos, deshechas las iglesias, perdidos tantos sacerdotes, los Sacramentos quitados. ¿Pues qué es esto, mi Señor y mi Dios? O dad fin al mundo, o poned remedio en tan gravísimos males, que no hay corazón que lo sufra, aun de los que somos ruines. Suplícoos, Padre Eterno, que no lo sufráis ya Vos; atajad este fuego, Señor, que si queréis, podéis.

4. Mirad que aun está en el mundo vuestro Hijo; por su acatamiento cesen cosas tan feas, y abominables, y sucias, y por su hermosura y limpieza, que no merece estar en casa adonde hay cosas semejantes. No lo hagáis

por nosotros, Señor, que no lo merecemos; hacedlo por vuestro Hijo, pues suplicaros que no esté con nosotros, no os lo osamos pedir Pues él alcanzó de Vos que por este día de hoy, que es lo que durare el mundo, le dejásedes acá, y porque se acabaría todo, ¿qué sería de nosotros? Que si algo os aplaca, es tener acá tal prenda; pues algún medio ha de haber, Señor mío, póngale vuestra Majestad.

5. ¡Oh, mi Dios, quién pudiera importunaros mucho y haberos servido mucho para poderos pedir tan gran merced en pago de mis servicios, pues no dejáis ninguno sin paga! Mas no lo he hecho, Señor; antes por ventura soy la que os he enojado de manera que por mis pecados vengan tantos males. ¿Pues qué he de hacer, Criador mío, sino presentaros este Pan sacratísimo, y aunque nos le distes, tornárosle a dar, y suplicaros por los méritos de vuestro Hijo me hagáis esta merced, pues por tantas partes lo tiene merecido? Ya, Señor, ya, Señor, haced que sosiegue este mar; no ande siempre en tanta tempestad esta nave de la Iglesia: y salvadnos, Señor mío, que perecemos.

CAPÍTULO XXXVI

Trata de estas palabras: *Dimitte nobis debita nostra.*

1. Viendo, pues, nuestro buen Maestro que con este manjar celestial todo nos es fácil, sino es por nuestra culpa, y que podemos cumplir muy bien lo que hemos dicho al Padre, de que se cumpla en nosotros su voluntad, dícele ahora que nos perdone nuestras deudas, pues perdonamos nosotros; y ansí, prosiguiendo en la oración, dice estas palabras: Y perdonadnos, Señor, nuestras deudas, ansí como nosotros perdonamos a nuestros deudo-

res. Miremos, hermanas, que no dice «como perdonaremos», porque entendamos que quien pide un don tan grande como el pasado, y quien ya ha puesto su voluntad en la de Dios, que ya esto ha de estar hecho. Y ansí dice: Como nosotros las perdonamos. Ansí que quien de veras hubiere dicho esta palabra al Señor, *fiat voluntas tua*, todo lo ha de tener hecho con la determinación al menos. Veis aquí cómo los Santos se holgaban con las injurias y persecuciones, porque tenían algo que presentar al Señor cuando le pedían. ¿Qué hará una tan pobre como yo, que tan poco ha tenido que perdonar y tanto hay que se me perdone? Señor mío, ¿si habrá algunas personas que me tengan compañía y no hayan entendido este punto? Si las hay, en vuestro nombre les pido yo que se les acuerde desto, y que no hagan caso de unas cositas que llaman agravios, que parece que hacemos casas de pajitas, como niños, con estos puntos de honra,

2. ¡Oh, válame Dios, hermanas, si entendiésemos qué cosa es honra, y en qué está el perder la honra! Ahora no hablo con vosotras (que harto mal sería no tener ya entendido esto), sino conmigo, el tiempo que me precié de honra; sin entender cómo era, íbame al hilo de la gente. ¡Oh, de qué cosas me agraviaba que yo tengo vergüenza ahora! Y no era, pues, de las que mucho miraban en estos puntos, mas no estaba en el punto principal; porque ésta es la que hace provecho al alma. Y qué bien dijo quien dijo que honra y provecho no podían estar juntos, aunque no sé si lo dijo a este propósito; y es al pie de la letra que el provecho del alma, y esto que llama el mundo honra, nunca pueden estar juntos. Cosa espantosa es ver qué al revés anda el mundo. Bendito sea el Señor, que nos sacó dél Plega a Su Majestad que esté siempre tan fuera de esta casa como está ahora: porque Dios nos libre de monasterios adonde hay puntos de honra; nunca en ellos se dará mucho a Dios.

3. Mas mirad, hermanas, que no nos tiene olvidadas el demonio; también inventa las honras en los monasterios, y pone sus leyes que suben y bajan en dignidades como los del mundo, y ponen su honra en unas cositas que yo me espanto. Los letrados deben de ir por sus letras, que esto no lo sé; el que ha llegado a leer Teología no ha de bajar a leer Filosofía, que es un punto de honra que está en que ha de subir y no bajar; y aun en su seso, si se lo mandase la obediencia, lo tendría por agravio; y habría quien tornase por él y diría que es afrenta, y luego el demonio descubre razones, que aun en la ley de Dios parece lleva razón. Pues entre monjas, la que ha sido priora ha de quedar inhabilitada para otro oficio más bajo, un mirar en la que es más antigua; que esto no se nos olvida, y aun a las veces parece que merecemos en ello, porque lo manda la Orden. Cosa es para reír o para llorar, que lleva más razón; sé que no manda la Orden que no tengamos humildad. Mándalo porque haya concierto; mas yo no he de estar tan concertada en cosas de mi estima, que tenga tanto cuidado en este punto de Orden como de otras cosas della, que por ventura guardaré imperfetamente; no esté toda nuestra perfeción de guardarla en esto, otras lo mirarán por mí, si yo me descuido. Es el caso, que como somos inclinados a subir (aunque no subiremos por aquí al cielo), no ha de haber bajar.

4. ¡Oh, Señor! ¿Sois Vos nuestro dechado y maestro? Sí, por cierto; ¿pues en qué estuvo vuestra honra, honrado maestro? No la perdistes, por cierto, en ser humillado hasta la muerte. No, Señor, sino que la ganastes para todos. ¡Oh! Por amor de Dios, hermanas, que llevaremos perdido el camino si fuésemos por aquí, porque va errado desde el principio. Y plega a Dios que no se pierda algún alma por guardar estos negros puntos de honra, sin entender en qué está la honra; y vernemos después a pensar que hemos hecho mucho, si perdonamos una cosita

destas, que ni era agravio, ni injuria, ni nada; y muy como quien ha hecho algo, vernemos a que nos perdone el Señor, pues hemos perdonado. Dadnos, mi Dios, a entender que no nos entendemos, y que venimos vacías las manos, y perdonadnos Vos por vuestra misericordia.

5. ¡Mas qué estimado debe ser del Señor este amarnos unos a otros! Pues pudiera el buen Jesús ponerle delante otras cosas y decir: Perdonadnos, Señor, porque hacemos mucha penitencia, o porque rezamos mucho y ayunamos, y lo hemos dejado todo por Vos, y os amamos mucho; y porque perderíamos la vida por Vos, y como digo, otras muchas cosas que pudiera decir, sino sólo porque perdonamos. Por ventura, como nos conoce por tan amigos desta negra honra, y como cosa más dificultosa de alcanzar de nosotros, la dijo y se la ofrece de nuestra parte.

6. Pues tened mucha cuenta, hermanas mías, con que dice: Como perdonamos; ya como cosa hecha, como he dicho. Y advertid mucho en esto, que cuando destas cosas acaecen a un alma, y en la oración que he dicho de contemplación perfeta, no sale muy determinada, y si se le ofrecen lo pone por obra, de perdonar cualquier injuria, por grave que sea, no sólo estas naderías que llaman injurias, no fíe mucho de su oración; que al alma a quien Dios llega a sí en oración tan subida, no llega, ni se le da más ser estimada, que no. No dije bien, que sí da: que mucha más pena le da la honra que la deshonra, y el mucho holgar con descanso, que los trabajos. Porque cuando de veras les ha dado el Señor aquí su reino, ya no le quiere en este mundo; y para más subidamente reinar, entiende que este es el verdadero camino: y ha visto por experiencia el bien que le viene, y lo que se adelanta un alma en padecer por Dios. Porque por maravilla llega Su Majestad a hacer tan grandes regalos sino a personas que han pasado de buena gana muchos trabajos por él.

Porque, como dije en otra parte deste libro, son grandes los trabajos de los contemplativos, que ansí los busca el Señor, gente experimentada.

7. Pues entended, hermanas, que como éstos tienen ya entendido lo que es todo, en cosa que pasa no se detienen mucho. Si de primer movimiento da pena una gran injuria y trabajo, aun no lo ha bien sentido cuando acude la razón por otra parte, que parece que levanta la bandera por sí, y deja casi aniquilada aquella pena con el gozo que le da ver que le ha puesto el Señor cosa en que un día podrá ganar más delante de Su Majestad, de mercedes y favores perpetuos, que pudiera ser que ganara él en diez años con trabajos que quisiera tomar por sí. Esto es muy ordinario a lo que yo entiendo, que he tratado muchos contemplativos, que como otros precian oro y joyas, precian ellos trabajos; porque tienen entendido que esto los ha de hacer ricos. Destas personas está muy lejos estima suya de nada, gustan que entiendan sus pecados, y de decirlos cuando ven que tienen estima dellos. Ansí les acaece de su linaje, que ya saben que en el reino que no se acaba, no han de ganar por aquí; si gustasen ser de buena casta, es cuando para más servir a Dios fuera menester; cuando no, pésales que los tengan por más de lo que son, y sin ninguna pena desengañan, sino con gusto. Y el caso debe ser que a quien Dios hace merced de tener esta humildad y amor grande a Dios en cosa que sea servirle más, ya se tiene a sí tan olvidado, que aun no puede creer que otros sienten algunas cosas, ni lo tiene por injuria.

8. Estos efectos que he dicho a la postre, son de personas y almas llegadas más a perfeción, y a quien el Señor muy ordinario hace mercedes de llegarlos a sí por contemplación perfeta. Mas lo primero, que es estar determinado a sufrir injurias, y sufrirlas aunque sea recibiendo pena, digo, que muy en breve lo tiene quien tiene

ya esta merced del Señor de llegar a unión; y que si no tiene estos efectos, ni sale muy fuerte en ellos de la oración, crea que no era la merced de Dios, sino alguna ilusión del demonio, porque nos tengamos por más honrados. Puede ser que al principio, cuando el Señor hace estas mercedes, no luego el alma quede con esa fortaleza; mas digo que si las continúa a hacer, que en breve tiempo se hace con fortaleza, y ya que no la tenga en otras virtudes, en esto de perdonar, sí.

9. No puedo yo creer que el alma que tan junto llega de la mesma misericordia, adonde conoce lo que es y lo mucho que le ha perdonado Dios, deje de perdonar luego con toda facilidad, y quede allanada en quedar muy bien con quien la injurió; porque tiene presente el regalo y merced que le ha hecho, adonde vió señales de grande amor, y alégrase que se le ofrezca en qué le mostrar alguno.

10. Torno a decir que conozco muchas personas que las ha hecho el Señor merced de levantarlas a cosas sobrenaturales, dándoles esta oración o contemplación que queda dicha, y aunque las veo con otras faltas e imperfeciones, como ésta no he visto ninguna, ni creo la habrá si las mercedes son de Dios, como he dicho. El que las recibiere mayores, mire en sí cómo van creciendo estos efetos: y si no viere en sí ninguno, témase mucho, y no crea que esos regalos son de Dios, que siempre enriquece el alma adonde llega. Esto es cierto, que aunque la merced y el regalo pase presto, que se entiende de espacio en las ganancias con que queda el alma. Y como el buen Jesús sabe muy bien esto, determinadamente dice a su Padre Santo que perdonamos a nuestros deudores.

CAPÍTULO XXXVII

Dice la excelencia desta oración del *Pater noster*, y cómo hallaremos de muchas maneras consolación en ella.

1. Es cosa para alabar mucho al Señor cuán subida en perfeción es esta oración evangelical, bien como ordenada de tan buen Maestro, y ansí podemos, hijas, cada una tomarla a su propósito. Espántame ver que en tan pocas palabras está toda la contemplación y perfeción encerrada, que parece no hemos menester otro libro, sino estudiar en éste. Porque hasta aquí nos ha enseñado el Señor todo el modo de oración y de alta contemplación, desde los principiantes, a la oración mental, y de quietud y unión, que a ser yo para saberlo decir, se podía hacer un gran libro de oración sobre tan verdadero fundamento. Ahora ya comienza el Señor a darnos a entender los efetos que deja, cuando son mercedes suyas, como habéis visto.

2. Pensado he yo cómo no se había Su Majestad declarado más en cosas tan subidas y escuras para que todos las entendiésemos; y hame parecido que como había de ser general para todos esta oración, que porque pudiese pedir cada uno a su propósito, y se consolase, pareciéndonos le damos buen entendimiento, lo dejó ansí en confuso, para que los contemplativos, que ya no quieren cosas de la tierra, y personas ya muy dadas a Dios, pidan las mercedes del cielo que se pueden, por la gran bondad de Dios, dar en la tierra; y los que aun viven en ella (y es bien que vivan conforme a sus estados), pidan también su pan, que se han de sustentar sus casas; y es muy justo, y santo; y ansí las demás cosas conforme a sus necesidades. Mas miren que estas dos cosas, que es darle nuestra voluntad y perdonar, que es para todos.

Verdad es que hay más y menos en ello, como queda dicho; los perfetos darán la voluntad como perfetos, y perdonarán con la perfeción que queda dicha; nosotras, hermanas, haremos lo que pudiéremos, que todo lo recibe el Señor. Porque parece una manera de concierto que de nuestra parte hace con su Eterno Padre, como quien dice: Haced Vos esto, Señor, y harán mis hermanos estotro.

3. Pues a buen seguro que no falte por su parte; ¡oh, que es muy buen pagador y paga muy sin tasa! De tal manera podemos decir una vez esta oración, que como entienda no nos queda doblez, sino que haremos lo que decimos, nos deje ricas. Es muy amigo tratemos verdad con él, tratando con llaneza y claridad; que no digamos una cosa y nos quede otra; siempre da más de lo que pedimos. Sabiendo esto nuestro buen Maestro, y que los que de veras llegasen a perfeción en el pedir habían de quedar tan en alto grado con las mercedes que les había de hacer el Padre Eterno, y entendiendo que los ya perfetos o que van camino dello (que no temen ni deben, como dicen, tienen el mundo debajo de los pies, contento el Señor dél) como por los efetos que hace en sus almas, pueden tener grandísima esperanza que Su Majestad lo está, y que, embebidos en aquellos regalos, no querrían acordarse que hay otro mundo, ni que tienen contrarios. ¡Oh, sabiduría eterna! ¡Oh, buen enseñador, y qué gran cosa es, hijas, un buen Maestro sabio, temeroso, que previene a los peligros! Es todo el bien que un alma espiritual puede acá desear, porque es gran seguridad.

4. No podría encarecer con palabras lo que importa esto. Ansí que viendo el Señor que era menester despertarlos y acordarlos que tienen enemigos, y cuán más peligroso es en ellos ir descuidados, y que mucha más ayuda han menester del Padre Eterno, porque caerán de más alto, y para no andar engañados sin entenderse, pide

estas peticiones tan necesarias a todos, mientras vivimos en este destierro, que son: «y no nos traigas, Señor, en tentación, mas líbranos de mal.»

CAPÍTULO XXXVIII

Que trata de la gran necesidad que tenemos de suplicar al Padre Eterno nos conceda lo que pedimos en estas palabras: *Et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo;* y declara algunas tentaciones. Es de notar.

1. Grandes cosas tenemos aquí que pensar y que entender, pues lo pedimos. Ahora mirad, hermanas, que tengo por muy cierto los que llegan a la perfeción, que no piden al Señor los libre de los trabajos y de las tentaciones y peleas, que este es otro efeto muy cierto y grande de espíritu del Señor, y no ilusión en la contemplación y mercedes que Su Majestad les diere, porque como poco ha dije, antes los desean, y los piden, y los aman. Son como los soldados, que están más contentos cuando hay más guerras, porque esperan salir con más ganancia; si no las hay, sirven con su sueldo, mas ven que no pueden medrar mucho. Creed, hermanas, que los soldados de Cristo, que son los que tienen contemplación, no ven la hora de pelear. Nunca temen mucho enemigos públicos, ya los conocen y saben que con la fuerza que en ellos pone el Señor, no tienen fuerza, y que siempre quedan vencidos, y ellos con gran ganancia: nunca los vuelven el rostro. Los que temen, y es razón teman siempre, y pidan los libre el Señor dellos, son unos enemigos traidores, unos demonios que se transfiguran en ángel de luz, vienen disfrazados; hasta que han hecho mucho daño en el alma no se dejan conocer, sino que nos andan bebiendo la sangre y acabando las virtudes, y andamos en la mesma tentación, y no lo entendemos.

2. Destos pidamos, hijas, y supliquemos muchas veces en el *Pater noster* que nos libre el Señor; y que no consienta andemos en tentaciones que nos traigan enseñadas; que se descubra la ponzoña, que no nos escondan la luz. Y á la verdad, ¡oh, con cuánta razón nos enseña nuestro buen Maestro a pedir esto, y lo pide por nosotros! Mirad, hijas, que de muchas maneras dañan, no penséis que es sólo en hacernos entender que los gustos que pueden fingir en nosotros, y regalos, son de Dios. Este me parece el menos daño en parte que ellos pueden hacer; antes podrá ser que con esto hagan caminar más aprisa, porque cebados de aquel gusto, están más horas en la oración; y como ellos están ignorantes de que es el demonio, y como se ven indignos de aquellos regalos, no acabarán de dar gracias a Dios, quedarán más obligados a servirle; esforzarse han a disponerse para que les haga más mercedes el Señor, pensando son de su mano.

3. Procurad, hermanas, siempre humildad, y ved que no sois dignas destas mercedes, y no las procuréis. Haciendo esto, tengo para mí que muchas almas pierde el demonio por aquí, pensando hacer que se pierdan, y que saca el Señor, del mal que pretende hacer, nuestro bien. Porque mira Su Majestad nuestra intención, que es contentarle y servirle, estándonos con él en la oración, y fiel es el Señor. Bien es andar con aviso, no haga quiebra en la humildad con alguna vanagloria, suplicando al Señor os libre en esto No hayáis miedo, hijas, que os deje Su Majestad regalar mucho de nadie, sino de sí. Adonde el demonio puede hacer gran daño sin entenderle, es haciéndonos creer que tenemos virtudes no las teniendo, que esto es pestilencia. Porque en los gustos y regalos parece sólo que recibimos y que quedamos más obligados a servirle; acá parece que damos y servimos, y que está el Señor obligado a pagar, y ansí poco a poco hace mucho daño. Que por una parte enflaquece la humildad;

por otra descuidámonos de adquirir aquella virtud que nos parece la tenemos ya ganada. Y sin sentir, pareciéndonos vamos seguros, damos con nosotros en un hoyo que no podemos salir dél; que aunque no sea de conocido pecado mortal, para llevarnos al infierno todas veces, es que nos desjarreta las piernas para no andar este camino de que comencé a tratar, que no se me ha olvidado.

4. Yo os digo que es bien peligrosa esta tentación, yo sé mucho desto por experiencia, y ansí os lo sabré decir, aunque no tan bien como quisiera. ¿Pues qué remedio, hermanas? El que a mí me parece mejor, es lo que nos enseña nuestro Maestro: oración, y suplicar al Padre Eterno que no permita andemos en tentación. También os quiero decir otro alguno, que si nos parece que el Señor ya nos ha dado alguna virtud, que entendamos que es bien recibido, y que nos la puede tornar a quitar, como a la verdad acaece muchas veces, y no sin gran providencia de Dios. ¿Nunca lo habéis visto por vosotras, hermanas? Pues yo, sí; unas veces me parece que estoy muy desasida, y en hecho de verdad, venido a la prueba lo estoy. Otras veces me hallo tan asida, y de cosas que por ventura el día antes burlaba yo dello, que casi no me conozco. Otras veces me parece tengo mucho ánimo, y que a cosa que fuese servir a Dios no volvería el rostro, y probado es ansí que le tengo para algunas; otro día viene que no me hallo con él para matar una hormiga por Dios, si en ello hallase contradición. Ansí, unas veces me parece que de ninguna cosa que dijeren de mí o me murmurasen, no se me daría nada, y he probado algunas veces ser ansí, que antes me da contento; vienen días que sólo una palabra me aflige, y querría irme del mundo, porque me parece me cansa todo. Y en esto no soy sola yo, que lo he mirado en muchas personas mejores que yo, y sé que pasa ansí.

5. Pues si esto es ansí, ¿quién podrá decir de sí que tiene virtud, ni que está rico, pues al mejor tiempo que haya más menester la virtud se halla de ella pobre? Que no, hermanas, sino pensemos siempre lo estamos, y no nos adeudemos sin tener de qué pagar: porque de otra parte ha de venir el tesoro, y no sabemos cuándo nos querrá dejar en la cárcel de nuestra miseria sin darnos nada. Y si teniéndonos por buenas nos hace merced y honra, que es el emprestar que digo, quedaránse burlados ellos y nosotras. Verdad es que sirviendo con humildad, en fin, nos socorre el Señor en las necesidades; mas si no hay de veras esta virtud, a cada paso, como dicen, os dejará el Señor; y es grandísima merced suya, que es para que la tengáis en mucho, y entendáis con verdad que no tenemos nada que no lo recibamos.

6. Ahora, pues, notad otro aviso; hácenos entender el demonio que tenemos una virtud, digamos de paciencia, porque nos determinamos y hacemos muy continuos actos de pasar mucho por Dios; y parécenos en hecho de verdad que lo sufriríamos, y ansí estamos muy contentas, porque ayuda el demonio a que lo creamos. Yo os aviso no hagáis caso destas virtudes, ni pensemos las conocemos sino de nombre, ni que nos las ha dado el Señor, hasta que veamos la prueba. Porque acaecerá que a una palabra que os digan a vuestro disgusto, vaya la paciencia por el suelo. Cuando muchas veces sufriéredes, alabad a Dios, que os comienza a enseñar esta virtud, y esforzaros a padecer, que es señal que en eso quiere se la paguéis, pues os lo da; y no la tengáis sino como depósito, como ya queda dicho.

7. Trae otra tentación y háceos el demonio entender que sois pobre, y tiene alguna razón, porque habéis prometido pobreza con la boca como el religioso, o porque en el corazón lo queréis ser, como acaece a personas que tienen oración. Ahora bien: prometida la pobreza, o di-

ciendo el que piensa que es pobre, yo no quiero nada, esto tengo porque no puedo pasar sin ello, en fin he de vivir para servir a Dios, él quiere que sustentemos estos cuerpos, y otras mil diferencias de cosas que el demonio enseña aquí, como ángel de luz, porque todo es bueno. Y ansí hácele entender que ya es pobre y tiene esta virtud, y que todo está hecho.

8. Ahora vengamos a la prueba, que esto no se conocerá de otra manera sino andándole siempre mirando a las manos; y si hay cuidado, muy presto da señal, tiene demasiada renta, entiéndese respeto de lo necesario, y no que si puede pasar con un mozo, traiga tres; pónenle un pleito por algo dello, o déjale de pagar el pobre labrador; tanto desasosiego le da, y tanta pena en ello, como si sin ello no pudiera vivir. Dirá que porque no se pierda por mal recaudo, que luego hay disculpa. No digo yo que lo deje, sino que lo procure, y que si fuere, bien, y si no, también. Porque el verdadero pobre tiene en tan poco estas cosas, que ya que por algunas causas las procura, jamás le inquietan, porque nunca piensa le ha de faltar, y que le falte no se le da mucho; tiénelo por cosa accesoria y no principal; como tiene pensamientos más altos, a fuerza de brazos se ocupa en estotro.

9. Pues un religioso o religiosa que ya está averiguado que lo es, al menos que lo ha de ser, no posee nada, porque no lo tiene a las veces, mas si hay quien se lo dé, por maravilla le parece le sobra; siempre gusta de tener algo guardado, y si puede tener un hábito de fino paño, no le pide de ruin; alguna cosilla que pueda empeñar o vender, aunque sean libros, porque si viene una enfermedad ha menester más regalo del ordinario. Pecadora de mí, que eso es lo que prometistes, descuidar de vos y dejarlo a Dios, venga lo que viniere; porque si andáis proveyéndoos para lo por venir, mas sin distraeros tuviérades renta cierta. Aunque esto se puede hacer sin pecado,

es bien nos vamos entendiendo estas imperfeciones, para ver que nos falta mucho para tener esta virtud, y la pidamos a Dios y la procuremos; porque con pensar que la tenemos estamos descuidados y engañados, que es lo peor.

10. Ansí nos acaece en la humildad, que nos parece no queremos honra ni se nos da nada; viene la ocasión de tocaros en un punto, luego en lo que sentís y hacéis, se entenderá que no sois humildes; porque si algo os viene para más honra, no lo desecháis, ni aun los pobres que hemos dicho para más provecho, y plega a Dios no lo procuren ellos. Y traen ya tan en la boca que no quieren nada, ni se les da nada de nada (como en hecho de verdad lo piensan ansí), que aun la costumbre de decirlo les hace más que lo crean. Mucho hace al caso andar siempre sobre aviso para entender esta tentación, ansí en las cosas que he dicho como en otras muchas. Porque cuando de verás da el Señor una sola virtud destas, todas parece las trae tras sí, es muy conocida cosa. Mas tórnoos a avisar que, aunque os parezca la tenéis, temáis que os engaña: porque el verdadero humilde siempre anda dudoso en virtudes propias, y muy ordinariamente le parecen más ciertas y de más valor las que ve en sus prójimos.

CAPÍTULO XXXIX

Prosigue la mesma materia, y da aviso de algunas tentaciones de diferentes maneras, y pone dos remedios para que se puedan librar dellas. Este capítulo es mucho de notar, ansí para los tentados de humildades falsas, como para los confesores.

1. Guardaos, pues, también, hijas, de unas humildades que pone el demonio con grande inquietud, de la gravedad de nuestros pecados: que suele apretar aquí de muchas maneras, hasta apartarse de las comuniones, y de

tener oración particular (por no lo merecer, les pone el demonio), y cuando llegan al Santísimo Sacramento, en si se aparejan bien o no, se les va el tiempo que habían de recibir mercedes. Llega la cosa a término de hacer parecer a un alma, que por ser tal la tiene Dios tan dejada, que casi pone duda en su misericordia. Todo le parece peligro lo que trata; y sin fruto lo que sirve, por bueno que sea: dale una desconfianza que se le caen los brazos para hacer ningún bien, porque le parece que lo que lo es en los otros, en ella es mal.

2. Mirad mucho, hijas, mirad mucho en este punto que os diré, porque alguna vez podrá ser humildad y virtud tenernos por tan ruin, y otras, grandísima tentación; porque yo he pasado por ella, la conozco. La humildad no inquieta, ni desasosiega, ni alborota el alma, por grande que sea, sino viene con paz, y regalo, y sosiego. Aunque uno de verse ruin entienda claramente merece estar en el infierno, y se aflige, y le parece con justicia todos le habían de aborrecer, y que casi no osa pedir misericordia; si es buena humildad, esta pena viene con una suavidad en sí y contento, que no querríamos vernos sin ella; no alborota ni aprieta el alma, antes la dilata y hace hábil para servir más a Dios. Estotra pena todo lo turba, todo lo alborota, toda el alma revuelve, es muy penosa. Creo pretende el demonio que pensemos tenemos humildad, y si pudiese a vueltas, que desconfiásemos de Dios. Cuando ansí os halláredes, atajad el pensamiento de vuestra miseria lo más que pudiéredes, y ponedlo en la misericordia de Dios y en lo que nos ama y padeció por nosotros. Y si es tentación, aun esto no podréis hacer, que no os dejará sosegar el pensamiento, ni ponerle en cosa, sino para fatigaros más; harto será si conocéis que es tentación. Ansí es en penitencias desconcertadas, para hacernos entender que somos más penitentes que las otras, y que hacéis algo. Si os andáis escon-

diendo del confesor o perlado, o si diciéndoos que lo dejéis, no lo hacéis, es clara tentación; procurad, aunque más pena os dé, obedecer, pues en esto está la mayor perfeción.

3. Pone otra bien peligrosa tentación, que es una seguridad de parecernos que en ninguna manera tornaríamos a las culpas pasadas y contentos del mundo; que ya le tengo entendido y sé que se acaba todo, y que más gusto me dan las cosas de Dios. Esta, si es a los principios, es muy mala, porque con esta seguridad no se les da nada de tornarse a poner en las ocasiones, y hacernos dar de ojos, y plega a Dios que no sea muy peor la recaída; porque como el demonio ve que es alma que le puede dañar y aprovechar a otras, hace todo su poder para que no se levante. Ansí que, aunque más gustos y prendas de amor el Señor os dé, nunca andéis tan seguras que dejéis de temer que podéis tornar a caer, y guardaos de las ocasiones.

4. Procurad mucho tratar esas mercedes y regalos con quien os dé luz sin tener cosa secreta, y tened este cuidado, que en principio y fin de la oración, por subida contemplación que sea, siempre acabéis en propio conocimiento; y si es de Dios, aunque no queráis ni tengáis este aviso, lo haréis aún más veces; porque trae consigo humildad, y siempre deja con más luz para que entendamos lo poco que somos. No me quiero detener más, porque muchos libros hallaréis destos avisos; lo que he dicho es, porque he pasado por ello, y vístome en trabajo algunas veces, y todo cuanto se puede decir no puede dar entera seguridad.

5. Pues, Padre Eterno, ¿qué hemos de hacer sino acudir a Vos y suplicaros no nos traigan estos contrarios nuestros en tentación? Cosas públicas vengan, que con vuestro favor mejor nos libraremos; mas esas traiciones, ¿quién las entenderá? Dios mío, siempre hemos menester

pediros remedio; decidnos, Señor, alguna cosa para que nos entendamos y aseguremos. Ya sabéis que por este camino no van los muchos; si han de ir con tantos miedos, irán muy menos.

6. Cosa extraña es ésta, como si a los que no van por camino de oración no tentase el demonio; y que se espanten más todos de uno que engaña más llegado a perfeción, que de cien mil que ven en engaños y pecados públicos, que no hay que andar a mirar si es bueno o malo, porque de mil leguas se entiende. Mas a la verdad tienen razón, porque son tan poquísimos a los que engaña el demonio de los que rezaren el *Pater noster* como queda dicho, que, como cosa nueva y no usada, da admiración. Que es cosa muy de los mortales pasar fácilmente por lo contino que ven, y espantarse mucho de lo que es muy pocas veces o casi ninguna; y los mesmos demonios los hacen espantar, porque les está a ellos bien, que pierden muchos por uno que se llega a la perfeción. Digo que es tan de espantar, que no me maravillo se espanten; porque si no es muy por su culpa, van tanto más seguros que los que van por otro camino, como los que están en el cadalso mirando el toro, o los que andan poniéndosele en los cuernos. Esta comparación he oído, y paréceme al pie de la letra. No hayáis miedo, hermanas, de ir por estos caminos, que muchos hay en la oración, porque unas aprovechan en uno, y otras, en otro. Camino seguro es; más aina os libraréis de las tentaciones estando cerca del Señor que estando lejos. Suplicáselo, y pedíselo, como haréis tantas veces cada día en el *Pater noster*.

CAPÍTULO XL

Dice cómo, si procuramos siempre andar en amor y temor iremos seguros entre tantas tentaciones.

1. Pues, buen Maestro nuestro, dadnos algún remedio cómo vivir sin mucho sobresalto en guerra tan peligrosa. El que podemos tener, hijas, y nos dió Su Majestad, es amor y temor; que el amor nos hará apresurar los pasos, y el temor nos hará ir mirando adónde ponemos los pies, para no caer en camino adonde hay tanto en qué tropezar, como caminamos todos los que vivimos; y con esto a buen seguro que no seamos engañadas. Diréisme que en qué veréis que tenéis estas virtudes tan grandes, y tenéis razón, porque cosa muy cierta y determinada no la puede haber; porque siéndolo de que tenemos amor, lo estaríamos de que estamos en gracia.

2. Mas mirad, hermanas, hay unas señales que parece que los ciegos las ven, no están secretas; aunque no queráis entenderlas, ellas dan voces, que hacen mucho ruido; porque no son muchos los que con perfeción las tienen, y ansí se señalan más. Como quien no dice nada, amor y temor de Dios. Son dos castillos fuertes, de donde se da guerra al mundo y a los demonios. Los que de veras aman a Dios, todo lo bueno aman, todo lo bueno quieren, todo lo bueno favorecen, todo lo bueno loan, con los buenos se juntan siempre, y los favorecen, y defienden; no aman sino verdades y cosas que sean dignas de amar.

3. ¿Pensáis que es posible, los que muy de veras aman a Dios, amar vanidades, ni riquezas, ni cosas del mundo, ni deleites, ni honras? Ni tienen contiendas, ni andan con envidias, todo porque no pretenden otra cosa sino contentar al amado; andan muriendo porque los ame, y ansí ponen la vida en entender cómo le agradarán más. Que el

amor de Dios, si de veras es amor, es imposible esté muy encubierto; si no mirad un San Pablo, una Magdalena: en tres días el uno comenzó a entenderse que estaba enfermo de amor (éste fué San Pablo), la Magdalena desde el primero día, y ¡cuán bien entendido! Que esto tiene que hay más y menos, y ansí se da a entender, como la fuerza que tiene el amor; si es poco, dase a entender poco; si es mucho, mucho; mas poco o mucho, como haya amor de Dios, siempre se entiende. Mas de lo que ahora tratamos (que es de los engaños e ilusiones que hace el demonio a los contemplativos) no hay poco en ellos: siempre es el amor mucho, o ellos no serán contemplativos; y ansí se da a entender mucho y de muchas maneras.

Es fuego grande, no puede sino dar gran resplandor; y si esto no hay, anden con gran recelo, crean que tienen bien que temer; procuren entender qué es, y hagan oraciones; anden con humildad y supliquen al Señor no los traiga en tentación, que cierto a no haber esta señal, yo temo que andamos en ella; mas andando con humildad, procurando saber la verdad, sujetas al confesor y tratando con él con verdad y llaneza, como está dicho, fiel es el Señor. Creed que si no andáis con malicia ni tenéis soberbia, con lo que el demonio os pensare dar la muerte, os da la vida, aunque más cocos e ilusiones os quiera hacer.

4. Mas si sentís este amor de Dios que tengo dicho, y el temor que ahora diré, andad alegres y quietas; que por haceros turbar el alma, para que no goce tan grandes bienes, os porná el demonio mil temores falsos, y hará que otros os los pongan; porque ya que no puede ganaros, al menos procura haceros algo perder, y que pierdan los que pudieran ganar mucho creyendo son de Dios las mercedes tan grandes que hace a una criatura tan ruin, y que es posible hacerlas, que parece algunas veces que tenemos olvidadas sus misericordias antiguas.

5.. ¿Pensáis que le importa poco al demonio poner estos temores? No, sino mucho, porque hace dos daños: el uno, que atemoriza a los que lo oyen de llegarse a la oración, pensando que han de ser también engañados; el otro, que se llegarían muchos más a Dios viendo que es tan bueno, como he dicho, que es posible comunicarse ahora tanto con los pecadores. Póneles codicia, tienen razón; que yo conozco algunas personas que esto les animó, y comenzaron oración, y en poco tiempo salieron verdaderos, haciéndoles el Señor grandes mercedes. Ansí que, hermanas, cuando entre vosotras viéredes alguna a quien el Señor las haga, alabadle mucho por ello, y no por eso penséis que está segura, antes la ayudad con más oración, porque nadie lo puede estar mientras vive y anda engolfado en los peligros deste mar tempestuoso.

6. Ansí que no dejaréis de entender este amor adónde está, ni sé cómo se puede encubrir. Pues si amamos acá a las criaturas, dicen ser imposible, y que mientras más hacen por encubrirle, más se descubre, siendo cosa tan baja, que no merece nombre de amor, porque se funda en nonada, y es asco poner esta comparación: ¿y habíase de poder encubrir un amor tan fuerte como el de Dios, tan justo que siempre va creciendo, teniendo tanto que amar, que no ve cosa para dejar de amar, y tantas causas de amar; fundado sobre tal cimiento, como es ser pagado con otro amor, que ya no puede dudar dél, por estar mostrado tan al descubierto con tan grandes dolores, y trabajos, y derramamiento de sangre, hasta perder la vida, porque no nos quedase ninguna duda deste amor? ¡Oh, válame Dios, qué cosa tan diferente debe ser el de un amor del otro, a quien lo ha probado! Plega a Su Majestad nos le dé a entender antes que nos saque desta vida; porque será gran cosa a la hora de la muerte ver que vamos a ser juzgadas de quien habemos amado sobre todas las cosas. Seguras podremos ir con el pleito de

nuestras deudas; no será ir a tierra extraña, sino propia; pues es a la de quien tanto amamos y nos ama, que eso tiene mejor (con todo lo demás) que los quereres de acá, que en amándole estamos bien seguros que nos ama.

7. Acordaos, hijas mías, aquí de la ganancia que trae este amor consigo, y de la pérdida que es no le tener, que nos pone en manos del tentador, en manos tan crueles, manos tan enemigas de todo bien y tan amigas de todo mal. ¿Qué será de la pobre alma que, acabada de salir de tales dolores y trabajos, como son los de la muerte, cae luego en ellas? ¡Qué mal descanso le viene! ¡Qué despedazada irá al infierno! ¡Qué multitud de serpientes de diferentes maneras! ¡Qué temeroso lugar! ¡Qué desventurado hospedaje! Pues para una noche una mala posada se sufre mal, si es persona regalada (que son las que más deben de ir allá); pues posada para siempre sin fin, ¿qué pensáis sentirá aquella triste alma? Que no queramos regalos, hijas, bien estamos aquí; todo es una noche la mala posada; alabemos a Dios, esforcémonos a hacer penitencia en esta vida. Mas ¡qué dulce será la muerte de quien de todos sus pecados la tiene hecha, y no ha de ir al Purgatorio! Como desde acá aun podría ser que comience a gozar de la gloria. No verá en sí temor, sino toda paz; y que no lleguemos a esto, hermanas, siendo posible, gran cobardía será; supliquemos a Dios, si vamos a recibir luego penas, sea adonde, con esperanza de salir dellas, las llevemos de buena gana y adonde no perdamos su amistad y gracia, y que nos la dé en esta vida para no andar en tentación sin que lo entendamos.

CAPÍTULO XLI

Que habla del temor de Dios, y cómo nos hemos de guardar de pecados veniales.

1. ¿Cómo me he alargado? Pues no tanto como quisiera, porque es cosa sabrosa hablar con tal amor; ¿qué será tenerle? ¡Oh, Señor mío, dádmele Vos, no vaya yo desta vida hasta que no quiera cosa della, ni sepa qué cosa es amar fuera de Vos, ni acierte a poner este nombre en nadie, pues todo es falso, pues lo es el fundamento, y ansí no durará el edificio. No sé por qué nos espantamos cuando oyo decir: aquél me pagó mal, estotro no me quiere; yo me río entre mí. ¿Qué os ha de pagar, ni qué os ha de querer? En esto veréis quién es el mundo, que en ese mesmo amor os da después el castigo; y eso es lo que os deshace, porque siente mucho la voluntad de que la hayáis traído embebida en juego de niños.

2. Ahora vengamos al temor de Dios, aunque se me hace de mal no hablar en este amor del mundo un rato, porque os librárades dél para siempre; mas porque salgo de propósito lo habré de dejar. El temor de Dios es cosa también muy conocida de quien le tiene y de los que le tratan; aunque quiero entendáis que a los principios no está tan crecido, sino es en algunas personas a quien (como he dicho) da el Señor en breve tanto, y las sube a tan altas cosas de oración, que desde luego se entiende bien. Mas adónde no van las mercedes en este crecimiento, que, como he dicho, en una llegada deja un alma rica de todas las virtudes, vase creciendo poco a poco, y vase aumentando el valor y creciendo más cada día. Aunque desde luego se entiende, porque luego se apartan de pecados y de las ocasiones y malas compañías, y se ven otras señales. Mas cuando ya llega el alma a contempla-

ción (que es de lo que más ahora aquí tratamos), el temor de Dios también anda muy al descubierto, como el amor; no va disimulado aun en lo exterior. Aunque con mucho aviso se miren estas personas, no las verán andar descuidadas, que por grande que le tengamos en mirarlas, las tiene el Señor de manera que, si gran interese se les ofrece, no harán de advertencia un pecado venial; los mortales temen como al fuego. Y estas son las ilusiones que yo querría, hermanas, que temiésemos mucho, y supliquemos siempre a Dios no sea tan recia la tentación, que le ofendamos, sino que nos venga conforme a la fortaleza que nos ha de dar para vencerla, que con limpia conciencia poco daño o ninguno os puede hacer. Esto es lo que hace al caso, este temor es lo que yo deseo que nunca se quite de nosotras, que es lo que nos ha de valer.

3. ¡Oh, que es gran cosa no tener ofendido al Señor, para que sus esclavos infernales estén atados, que en fin, todos le han de servir aunque les pese, sino que ellos es por fuerza y nosotros de toda voluntad! Ansí que teniéndole contento, ellos estarán a raya, no harán cosa con que nos puedan dañar, aunque más nos traigan en tentación y nos armen lazos secretos. En lo interior tened esta cuenta y aviso, que importa mucho: que no descuidéis hasta que os veáis con tan gran determinación de no ofender al Señor, que perderíades mil vidas antes que hacer un pecado mortal; y de los veniales estéis con mucho cuidado de no hacerlos de advertencia; que de otra suerte, ¿quién estará sin hacer muchos? Mas hay una advertencia muy pensada, y otra tan de presto, que casi haciéndose el pecado venial y advirtiéndose es todo uno, que no nos podemos entender. Mas pecado muy de advertencia, por muy chico que sea, Dios nos libre dél: que yo no sé cómo tenemos tanto atrevimiento como es ir contra un tan gran Señor, aunque sea en muy poca cosa; cuanto más que no hay poco, siendo contra una tan gran

Majestad y viendo que nos está mirando, que esto me parece a mí es pecado sobrepensado y como quien dice: Señor, aunque os pese haré esto; ya veo que lo veis y sé que no lo queréis y lo entiendo; mas quiero más seguir mi antojo y apetito que no vuestra voluntad. ¿Y qué en cosa de esta suerte hay poco? A mí no me parece leve la culpa, sino mucha y muy mucha.

4. Mirad por amor de Dios, hermanas, si queréis ganar este temor de Dios, que va mucho en entender cuán grave cosa es ofensa de Dios, y tratarlo en vuestros pensamientos muy de ordinario, que nos va la vida, y mucho más tener arraigada esta virtud en nuestras almas, y hasta que la tengáis es menester andar siempre con mucho cuidado, y apartarnos de todas las ocasiones y compañías que no nos ayuden a llegarnos más a Dios. Tened gran cuenta con todo lo que hacemos para doblar en ello vuestra voluntad; y cuenta con lo que se hablare vaya con edificación; huir de donde hubiere pláticas que no sean de Dios.

5. Ha menester mucho para arraigar y para que quede muy impreso en este temor: aunque si de veras hay amor, presto se cobra; mas en teniendo el alma visto en sí con gran determinación, como he dicho, que por cosa criada no hará una ofensa a Dios, aunque después se caiga alguna vez (porque somos flacos y no hay que fiar de nosotros; cuando más determinados, menos confiados de nuestra parte, que de donde ha de venir la confianza ha de ser de Dios) no os desanime, sino procure luego pedir perdón. Cuando esto que he dicho entendamos de nosotros, no es menester andar tan encogidos ni apretados, que el Señor nos favorecerá, y ya la costumbre nos será ayuda para no ofenderle, sino andar con una santa libertad, tratando con quien fuere justo, aunque sean personas distraídas; porque las que antes que tuviésedes este verdadero temor de Dios os fueran tósigo y ayuda para

matar el alma, muchas veces después os la darán para amar a Dios y alabarle, porque os libró de aquello que veis ser notorio peligro. Y si antes fuéredes parte para ayudar a sus flaquezas, ahora lo seréis para que se vayan a la mano de ellos, por estar delante de vos, que sin quereros hacer honra acaece esto.

6. Yo alabo al Señor muchas veces, y pensando de dónde verná, porque sin decir palabra, muchas veces un siervo de Dios ataja las palabras que se dicen contra él; debe ser que, ansí como acá, si tenemos un amigo siempre se tiene respeto, si es en su ausencia, a no hacerle agravio delante dél, que saben que lo es; y como aquí está en gracia, la mesma gracia debe hacer que por bajo que sea se le tiene respeto, y no le den pena en cosa que tanto entiende ha de sentir como ofender a Dios. El caso es que yo no sé la causa, mas de que es muy ordinario esto. Ansí que no os apretéis, porque si el alma se comienza a encoger, es muy mala cosa para todo lo bueno, y a las veces da en ser escrupulosa, y veisla aquí inhabilitada para sí y para los otros; ya que no dé en esto será buena para sí; mas no llegarán muchas almas a Dios como ven tanto encogimiento y apretura. Es tal nuestro natural, que las atemoriza y ahoga, y aun se les quita la gana (por no verse en semejante apretura) de llevar el camino que vos lleváis, aunque conocen claro ser de más virtud.

7. Y viene otro daño de aquí, que en juzgar a otros (como no van por vuestro camino, sino con más santidad por aprovechar el prójimo, tratan con libertad y sin esos encogimientos), luego os parecerán imperfetos. Si tienen alegría santa parecerá disolución; en especial en las que no tenemos letras, ni sabemos en lo que se puede tratar sin pecado, es muy peligrosa cosa; y aun en dar en tentación contina (y muy de mala digestión, porque es en perjuicio del prójimo) y pensar que si no van todos

por el modo que vos encogidamente, no van tan bien, es malísimo. Y hay otro daño que en algunas cosas que habéis de hablar, y es razón no habléis, por miedo de no exceder en algo, no osaréis sino por ventura decir bien de lo que sería muy bien abominásedes.

8. Ansí que, hermanas, todo lo que pudiéredes sin ofensa de Dios, procurad ser afables, y entender de manera con todas las personas que os trataren, que amen vuestra conversación y deseen vuestra manera de vivir y tratar, y no se atemoricen y amedrenten de la virtud. A las religiosas importa mucho esto; mientras más santas, más conversables con sus hermanas, que aunque sintáis mucha pena (si no van sus pláticas todas, como vos las querríades hablar), nunca os extrañéis dellas, y ansí aprovecharéis y seréis amadas. Que mucho hemos de procurar ser afables, y agradar, y contentar a las personas que tratamos, en especial a nuestras hermanas.

9. Ansí que, hijas mías, procurad entender de Dios en verdad, que no mira tantas menudencias como vosotras pensáis; y no dejéis que se os encoja el ánima y el ánimo, que se podrán perder muchos bienes. La intención recta y la voluntad determinada (como tengo dicho) de no ofender a Dios; no dejéis arrinconar vuestra alma, que en lugar de procurar santidad, sacará muchas imperfeciones que el demonio le porná por otras vías; y como he dicho, no aprovechará a sí y a las otras tanto como pudiera. Veis aquí cómo con estas dos cosas, amor y temor de Dios, podemos ir por este camino sosegados y quietos, aunque (como el temor ha de ir siempre adelante) no descuidados, que esta seguridad no la hemos de tener mientras vivimos: porque sería gran peligro, y ansí lo entendió nuestro Enseñador, que en el fin desta oración dice a su Padre estas palabras, como quien entendió bien que eran menester.

CAPÍTULO XLII

En que trata destas postreras palabras: *Sed libera nos a malo.*

1. Paréceme tiene razón el buen Jesús de pedir al Padre nos libre de mal (esto es, de los peligros y trabajos desta vida), por lo que toca a nosotros, porque en cuanto vivimos, corremos mucho riesgo; y por lo que toca a sí, porque ya vemos cuán cansado estaba desta vida cuando dijo en la cena a sus apóstoles: Con deseo he deseado cenar con vosotros; que era la postrera cena de su vida, adonde se ve cuán sabrosa le era la muerte. Y ahora no se cansarán los que han cien años, sino siempre con deseo de vivir; mas a la verdad, no la pasamos tan mal ni con tantos trabajos como Su Majestad la pasó, y tan pobremente. ¿Qué fué toda su vida, sino una continua muerte, siempre trayendo la que le habían de dar tan cruel delante de los ojos? Y esto era lo menos; ¡mas tantas ofensas como veía se hacían á su Padre y tanta multitud de almas como se perdían! Pues si acá, a una que tenga caridad le es esto gran tormento, ¿qué sería en la caridad sin tasa ni medida deste Señor? Y qué gran razón tenía de suplicar al Padre que le librase ya de tantos males y trabajos y le pusiese en descanso para siempre en su reino, pues era verdadero heredero dél. Y ansí, añadió: amén; que en él entiendo yo que, pues con él se acaban todas las cosas, pidió al Padre el Señor que seamos librados de todo mal para siempre; y ansí suplico yo al Señor me libre de todo mal para siempre, pues no me desquito de lo que debo, sino que puede ser por ventura cada día me adeudo más. Y lo que no se puede sufrir, Señor, es no poder saber cierto que os amo, ni si son acetos mis deseos delante de Vos.

2. ¡Oh, Señor y Dios mío, libradme ya de todo mal y

sed servido de llevarme adonde están todos los bienes! ¿Qué esperan ya aquí aquellos a quien Vos habéis dado algún conocimiento de lo que es el mundo y tienen viva fe de lo que el Padre Eterno les tiene guardado? El pedir esto con el deseo grande y toda determinación por gozar de Dios, es un gran efeto para los contemplativos, de que las mercedes que en la oración reciben son de Dios. Ansí que los que lo tuvieren, ténganlo en mucho; el pedirlo yo no es por esta vía (digo que no se tome por esta vía), sino que como he tan mal vivido, temo ya de más vivir y cánsanme tantos trabajos.

3. Los que participan de los regalos de Dios no es mucho que deseen estar adonde no los gocen a sorbos, y que no quieran estar en vida adonde tantos embarazos hay para gozar de tanto bien, y que deseen estar adonde no se les ponga el sol de justicia. Haráseles todo escuro cuanto acá después ven, y de cómo viven me espanto. No debe ser con contento quien ha comenzado a gozar y le han dado ya acá prendas de su reino, adonde no ha de vivir por su voluntad, sino por la del Rey.

4. ¡Oh, cuán otra vida debe ser ésta para no desear la muerte! ¡Cuán diferentemente se inclina aquí nuestra voluntad a lo que es la voluntad de Dios! Ella quiere que queramos la verdad, nosotros queremos la mentira; quiere que queramos lo eterno, acá nos inclinamos a lo que se acaba; quiere que queramos cosas grandes y subidas, acá queremos bajas y de tierra; querría quisiésemos sólo lo seguro, acá amamos lo dudoso. Que es burla, hijas, sino suplicar a Dios nos libre para siempre de todo mal. Y aunque no vamos en el deseo con tanta perfeción, esforcémonos a pedir la petición ¿Qué nos cuesta pedir mucho, pues pedimos a poderoso? Vergüenza sería pedir a un emperador un maravedí. Y para que acertemos, dejemos a su voluntad el dar, pues ya le tenemos dada la nuestra, y sea para siempre santificado su nombre en los cielos y en

la tierra, y en mí sea siempre hecha su voluntad. Amén.

5. Ahora mirad, hermanas, cómo el Señor me ha quitado de trabajo, enseñando a vosotras y a mí el camino que comencé a deciros, dándome a entender lo mucho que pedimos cuando decimos esta oración evangélica. Sea bendito por siempre, que es cierto que jamás vino a mi pensamiento que había tan grandes secretos en ella, que ya habéis visto que encierra en sí todo el camino espiritual desde el principio hasta engolfar Dios el alma y darla abundosamente a beber de la fuente de agua viva que estaba al fin del camino; y es ansí, que salida della, digo desta oración, no sé ya más ir adelante. Parece nos ha querido el Señor dar a entender, hermanas, la gran consolación que está aquí encerrada, y que es gran provecho para las personas que no saben leer; si lo entendiesen por esta oración, podrían sacar mucha doctrina y consolarse en ella.

6. Pues deprendamos, hermanas, de la humildad con que nos enseña este nuestro buen Maestro, y suplicadle me perdone, que me he atrevido a hablar en cosas tan altas, pues ha sido por obediencia. Bien sabe Su Majestad que mi entendimiento no es capaz para ello, si él no me enseñara lo que he dicho. Agradecédselo vosotras, hermanas, que debe haberlo hecho por la humildad con que me lo pedistes y quisistes ser enseñadas de cosa tan miserable. Si el Padre Presentado fray Domingo Báñez, que es mi confesor (a quien le daré antes que le veáis), viere que es para vuestro aprovechamiento, y os lo diere, consolarme he que os consoléis; si no estuviere para que nadie le vea, tomaréis mi voluntad, que con la obra he obedecido a lo que me mandastes; que yo me doy por bien pagada del trabajo que he tenido en escribir, que no por cierto en pensar lo que he dicho; bendito sea y alabado el Señor por siempre jamás, de donde nos viene todo el bien que hablamos y pensamos y hacemos. Amén. Amén.

LAS MORADAS

J H S

ESTE TRATADO LLAMADO CASTILLO INTERIOR ESCRIBIÓ TERESA DE JESÚS, MONJA DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN, A SUS HERMANAS Y HIJAS LAS MONJAS CARMELITAS DESCALZAS.

JHS

Pocas cosas que me ha mandado la obediencia (1), se me han hecho tan dificultosas como escribir ahora cosas de oración; lo uno, porque no me parece me da el Señor espíritu para hacerlo, ni deseo; lo otro, por tener la cabeza tres meses ha con un ruido y flaqueza tan grande, que an los negocios forzosos escribo con pena; mas entendiendo que la fuerza de la obediencia suele allanar cosas que parecen imposibles, la voluntad se determina a hacerlo muy de buena gana, anque el natural parece que se aflige mucho; porque no me ha dado el Señor tanta virtud, que el pelear con la enfermedad contino y con ocupaciones de muchas maneras, se pueda hacer sin gran contradición suya. Hágalo el que ha hecho otras cosas más dificultosas por hacerme merced, en cuya misericordia confío.

Bien creo he de saber decir poco más que lo que he dicho en otras cosas que me han mandado escribir; antes temo que han de ser casi todas las mesmas, porque ansí como los pájaros que enseñan a hablar, no saben más de lo que les muestran u oyen, y esto repiten muchas veces, so yo al pie de la letra. Si el Señor quisiere diga algo

---

(1) Fray Jerónimo Gracián, Prelado de los Descalzos y muy amigo de la Santa, dice: «Mandéla que escribiese este libro de *Las Moradas*, diciéndola, para más la persuadir, que lo tratase también con el doctor Velázquez, que la confesaba algunas veces, y se lo mandó.»

Tenía en esta fecha sesenta y dos años. Venía sufriendo largas y penosas enfermedades. Atormentábanla con persecuciones y calumnias los enemigos de su reforma.

nuevo, Su Majestad lo dará u será servido traerme a la memoria lo que otras veces he dicho, que an con esto me contentaría, por tenerla tan mala, que me holgaría de atinar a algunas cosas, que decían estaban bien dichas, por si se hubieren perdido. Si tampoco me diere el Señor esto, con cansarme y acrecentar el mal de cabeza, por obediencia, quedaré con ganancia, anque de lo que dijere no se saque ningún provecho. Y ansí comienzo a cumplirla hoy día de la Santísima Trenidad, año de MDLXXVII, en este monesterio de San Josef del Carmen en Toledo, a donde al presente estoy, sujetándome en todo lo que dijere a el parecer de quien me lo manda escribir, que son personas de grandes letras. Si alguna cosa dijere, que no vaya conforme a lo que tiene la santa Ilesia Católica Romana, será por inorancia y no por malicia. Esto se puede tener por cierto, y que siempre estoy y estaré sujeta por la bondad de Dios, y lo he estado, a ella. Sea por siempre bendito, amén, y glorificado.

Díjome quien me mandó escribir, que como estas monjas de estos monesterios de Nuestra Señora del Carmen tienen necesidad de quien algunas dudas de oración las declare, y que le parecía, que mejor se entienden el lenguaje unas mujeres de otras, y con el amor que me tienen les haría más al caso lo que yo les dijese, tiene entendido por esta causa, será de alguna importancia si se acierta a decir alguna cosa, y por esta causa iré hablando con ellas en lo que escribiré; y porque parece desatino pensar que puede hacer al caso a otras personas, harta merced me hará Nuestro Señor si a alguna dellas se aprovechare para alabarle algún poquito. Mas bien sabe Su Majestad, que yo no pretendo otra cosa; y está muy claro que cuando algo se atinare a decir, entenderán no es mío, pues no hay causa para ello, si no fuere tener tan poco entendimiento como yo habilidad para cosas semejantes, si el Señor por su misericordia no la da.

MORADAS PRIMERAS

CAPÍTULO PRIMERO

Estando hoy suplicando a Nuestro Señor hablase por mí, porque yo no atinaba a cosa que decir ni cómo comenzar a cumplir esta obediencia, se me ofreció lo que ahora diré, para comenzar con algún fundamento: que es, considerar nuestra alma como un castillo todo de diamante u muy claro cristal, a donde hay muchos aposentos, ansí como en el cielo hay muchas moradas. Que si bien lo consideramos, hermanas, no es otra cosa el alma del justo, sino un paraíso, a donde dice Él tiene sus deleites. Pues ¿qué tal os parece que será el aposento a donde un Rey tan poderoso, tan sabio, tan limpio, tan lleno de todos los bienes se deleita? No hallo yo cosa con qué comparar la gran hermosura de un alma y la gran capacidad. Y verdaderamente, apenas deben llegar nuestros entendimientos, por agudos que fuesen, a comprenderla; ansí como no pueden llegar a considerar a Dios, pues Él mesmo dice, que nos crió a su imagen y semejanza.

Pues si esto es, como lo es, no hay para qué nos cansar en querer comprender la hermosura de este castillo; porque puesto que hay la diferencia de él a Dios, que del Criador a la criatura, pues es criatura, basta decir Su Majestad, que es hecha a su imagen, para que apenas podamos entender la gran dinidad y hermosura del ánima. No

es pequeña lástima y confusión que por nuestra culpa no entendamos a nosotros mesmos, ni sepamos quién somos. ¿No sería gran inorancia, hijas mías, que preguntasen a uno quién es, y no se conociese, ni supiese quién fué su padre, ni su madre, ni de qué tierra? Pues si esto sería gran bestialidad, sin comparación es mayor la que hay en nosotras, cuando no procuramos saber qué cosa somos, sino que nos detenemos en estos cuerpos, y ansí a bulto, porque lo hemos oído y porque nos lo dice la fe, sabemos que tenemos almas; mas qué bienes puede haber en esta alma, u quién está dentro en esta alma, u el gran valor de ella, pocas veces lo consideramos, y ansí se tiene en tan poco procurar con todo cuidado conservar su hermosura. Todo se nos va en la grosería del engaste u cerca de este Castillo, que son estos cuerpos.

Pues consideremos, que este castillo tiene, como he dicho, muchas Moradas, unas en lo alto, otras en bajo, otras a los lados; y en el centro y mitad de todas éstas tiene la más principal, que es a donde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma. Es menester que vais advertidas a esta comparación; quizá será Dios servido pueda por ella daros algo a entender de las mercedes que es Dios servido hacer a las almas, y las diferencias que hay en ellas, hasta donde yo hubiere entendido que es posible, que todas será imposible entenderlas nadie, según (1) son muchas, cuanto más quien es tan ruin como yo. Porque os será gran consuelo, cuando el Señor os las hiciere, saber que es posible; y a quien no, para alabar su gran bondad: que ansí como no nos hace daño consi-

(1) *sigún* = según. Frecuentemente se encontrarán en este libro casos de suplantación de *e* por *i*: *siguridad, espirimentadas, dislustrar, sigaras, hinchimiento, cerimonias*, etc.; la causa de este cambio se comprende mejor en *espiriencia, obidiencia, quiriendo, tiniendo*, etc. La lengua vulgar conserva aún estas formas.

derar las cosas que hay en el cielo, y lo que gozan los bienaventurados, antes nos alegramos, y procuramos alcanzar lo que ellos gozan, tampoco nos hará, ver que es posible en este destierro comunicarse un tan gran Dios con unos gusanos tan llenos de mal olor, y amar una bondad tan buena, y una misericordia tan sin tasa.

Tengo por cierto, que a quien hiciere daño entender que es posible hacer Dios esta merced en este destierro, que estará muy falta de humildad y del amor del prójimo; porque si esto no es, ¿cómo nos podemos dejar de holgar de que haga Dios estas mercedes a un hermano nuestro, pues no impide para hacérnoslas a nosotras, y de que Su Majestad dé a entender sus grandezas, sea en quien fuere? Que algunas veces será sólo por mostrarlas, como dijo del ciego que dió vista, cuando le preguntaron los Apóstoles si era por sus pecados u de sus padres. Y ansí acaece, no las hacer por ser más santos a quien las hace que a los que no, sino porque se conozca su grandeza, como vemos en San Pablo y la Madalena, y para que nosotros le alabemos en sus criaturas.

Podráse decir que parecen cosas imposibles y que es bien no escandalizar los flacos: menos se pierde en que ellos no lo crean, que no en que se dejen de aprovechar a los que Dios las hace; y se regalarán y despertarán a más amar a quien hace tantas misericordias, siendo tan grande su poder y majestad. Cuanto más, que sé que hablo con quien no habrá este peligro, porque saben y creen que hace Dios an muy mayores muestras de amor. Yo sé que quien esto no creyere, no lo será por espiriencia; porque es muy amigo de que no pongan tasa a sus obras; y ansí, hermanas, jamás os acaezca a las que el Señor no llevare por este camino.

Pues tornando a nuestro hermoso y deleitoso Castillo, hemos de ver cómo podremos entrar en él. Parece que digo algún disbarate; porque si este Castillo es el ánima,

claro está que no hay para qué entrar, pues se es el mesmo: como pareceria desatino decir a uno que entrase en una pieza, estando ya dentro. Mas habéis de entender, que va mucho de estar a estar; que hay muchas almas que se están en la ronda del Castillo, que es a donde están los que le guardan, y que no se les da nada de entrar dentro, ni saben qué hay en aquel tan precioso lugar, ni quién está dentro, ni an qué piezas tiene. Ya habréis oido en algunos libros de oración, aconsejar a el alma, que entre dentro de sí; pues esto mesmo es.

Deciame poco há un gran letrado, que son las almas que no tienen oración, como un cuerpo con perlesía u tollido, que anque tiene pies y manos, no los puede mandar; que ansí son, que hay almas tan enfermas, y mostradas a estarse en cosas esteriores, que no hay remedio, ni parece que pueden entrar dentro de sí; porque ya la costumbre la tiene tal de haber siempre tratado con las sabandijas y bestias que están en el cerco del Castillo, que ya casi está hecha como ellas; y con ser de natural tan rica, y poder tener su conversación, no menos que con Dios, no hay remedio. Y si estas almas no procuran entender y remediar su gran miseria, quedarse han hechas estatuas de sal, por no volver la cabeza hacia sí, ansí como lo quedó la mujer de Lod por volverla. Porque a cuanto yo puedo entender, la puerta para entrar en este Castillo, es la oración y consideración; no digo más mental que vocal, que como sea oración, ha de ser con consideración; porque la que no advierte con quién habla, y lo que pide, y quién es quien pide, y a quién, no la llamo yo oración, anque mucho menee los labrios; porque anque algunas veces sí será anque no lleve este cuidado, más es habiéndole llevado otras; mas quien tuviese de costumbre hablar con la majestad de Dios, como hablaría con su esclavo, que ni mira si dice mal, sino lo que se le viene a la boca y tiene deprendido, por hacerlo

otras veces, no la tengo por oración, ni plega a Dios que ningún cristiano la tenga de esta suerte; que entre vosotras, hermanas, espero en Su Majestad no lo habrá, por la costumbre que hay de tratar de cosas interiores, que es harto bueno para no caer en semejante bestialidad.

Pues no hablemos con estas almas tullidas, que si no viene el mesmo Señor a mandarlas se levanten, como al que había treinta años que estaba en la picina, tienen harta mala ventura, y gran peligro, sino con otras almas, que en fin entran en el Castillo; porque anque están muy metidas en el mundo, tienen buenos deseos, y alguna vez, anque de tarde en tarde, se encomiendan a Nuestro Señor, y consideran quién son, anque no muy de espacio; alguna vez en un mes rezan llenos de mil negocios, el pensamiento casi lo ordinario en esto, porque están tan asidos a ellos, que, como a donde está su tesoro se va allá el corazón, ponen por sí algunas veces de desocuparse, y es gran cosa el propio conocimiento y ver que no van bien para atinar a la puerta. En fin entran en las primeras piezas de las bajas, mas entran con ellos tantas sabandijas, que ni le dejan ver la hermosura del Castillo, ni sosegar: harto hace en haber entrado.

Pareceros ha, hijas, que es esto impertinente, pues por la bondad del Señor no sois de éstas. Habéis de tener paciencia, porque no sabré dar a entender cómo yo tengo entendido algunas cosas interiores de oración, sino es ansí, y an plega el Señor, que atine a decir algo; porque es bien dificultoso lo que querría daros a entender, si no hay espiriencia; si la hay, veréis que no se puede hacer menos de tocar en lo que, plega a el Señor, no nos toque por su misericordia.

CAPÍTULO SEGUNDO

Antes que pase adelante, os quiero decir que consideréis, qué será ver este Castillo tan resplandeciente y hermoso, esta perla oriental, este árbol de vida, que está plantado en las mesmas aguas vivas de la vida, que es Dios, cuando cay (1) en un pecado mortal; no hay tinieblas más tenebrosas, ni cosa tan oscura y negra, que no lo esté mucho más. No queráis más saber de que con estarse el mesmo Sol, que le daba tanto resplandor y hermosura, todavía en el centro de su alma, es como si allí no estuviese para participar de Él, con ser tan capaz para gozar de Su Majestad, como el cristal para resplandecer en él el sol. Ninguna cosa le aprovecha, y de aquí viene que todas las buenas obras que hiciere, estando ansí en pecado mortal, son de ningún fruto para alcanzar gloria; porque no procediendo de aquel principio, que es Dios, de donde nuestra virtud es virtud, y apartándonos de Él, no puede ser agradable a sus ojos; pues en fin, el intento de quien hace un pecado mortal, no es contentarle, sino hacer placer al demonio, que como es las mesmas tinieblas, ansí la pobre alma queda hecha una mesma tiniebla.

Yo sé de una persona a quien quiso Nuestro Señor mostrar cómo quedaba un alma cuando pecaba mortalmente. Dice aquella persona que le parece, si lo entendiesen, no sería posible ninguno pecar, aunque se pusiese a mayores trabajos que se pueden pensar por huír de las ocasiones. Y ansí le dió mucha gana que todos lo entendieran; y ansí os la dé a vosotras, hijas, de rogar mucho a Dios por los que están en este estado, todos hechos una

(1) *cay* = *cae:* formas análogas: *tray, train,* etc., hállanse en muchos clásicos.

escuridad, y ansí son sus obras; porque ansí como de una fuente muy clara lo son todos los arroícos que salen della, como es un alma que está en gracia, que de aquí le viene ser sus obras tan agradables a los ojos de Dios y de los hombres, porque proceden de esta fuente de vida, a donde el alma está como un árbol plantado en ella, que la frescura y fruto no tuviera si no le procediere de allí, que esto le sustenta y hace no secarse, y que dé buen fruto; ansí el alma que por su culpa se aparta desta fuente y se planta en otra de muy negrísima agua y de muy mal olor, todo lo que corre de ella es la mesma desventura y suciedad.

Es de considerar aquí que la fuente y aquel sol resplandeciente que está en el centro del alma no pierde su resplandor y hermosura, que siempre está dentro de ella y cosa no puede quitar su hermosura; mas si sobre un cristal que está a el sol se pusiese un paño muy negro, claro está que anque el sol dé en él no hará su claridad operación en el cristal.

¡Oh, almas redimidas por la sangre de Jesucristo! ¡Entendeos y habed lástima de vosotras! ¿Cómo es posible que entendiendo esto no procuráis quitar esta pez de este cristal? Mirá que si se os acaba la vida jamás tornaréis a gozar de esta luz. ¡Oh, Jesús! ¡Qué es ver a un alma apartada de ella! ¡Cuáles quedan los pobres aposentos del castillo! ¡Qué turbados andan los sentidos, que es la gente que vive en ellos! Y las potencias, que son los alcaides y mayordomos y mastresalas, ¡con qué ceguedad, con qué mal gobierno! En fin, como a donde está plantado el árbol, que es el demonio, ¿qué fruto puede dar? Oí una vez a un hombre espiritual, que no se espantaba de cosas que hiciese uno que está en pecado mortal, sino de lo que no hacía. Dios por su misericordia nos libre de tan gran mal, que no hay cosa mientras vivimos que merezca este nombre de mal, sino ésta, pues acarrea males

eternos para sin fin. Esto es, hijas, de lo que hemos de andar temerosas, y lo que hemos de pedir a Dios en nuestras oraciones; porque si Él no guarda la ciudad, en vano trabajaremos, pues somos la mesma vanidad.

Decía aquella persona que había sacado dos cosas de la merced que Dios le hizo: la una un temor grandísimo de ofenderle, y ansí siempre le andaba suplicando no la dejase caer, viendo tan terribles daños; la segunda un espejo para la humildad, mirando como cosa buena que hagamos no viene su principio de nosotros, sino de esta fuente a donde está plantado este árbol de nuestras almas, y de este sol que da calor a nuestras obras. Dice que se le representó esto tan claro, que en haciendo alguna cosa buena u viéndola hacer, acudie (1) a su principio, y entendía cómo sin esta ayuda no podíamos nada; y de aquí le procedía ir luego a alabar a Dios, y lo más ordinario, no se acordar de sí en cosa buena que hiciese.

No sería tiempo perdido, hermanas, el que gastásedes en leer esto, ni yo en escribirlo, si quedásemos con estas dos cosas, que los letrados y entendidos muy bien las saben, mas nuestra torpeza de las mujeres todo lo ha menester; y ansí, por ventura quiere el Señor que vengan a nuestra noticia semejantes comparaciones; plega a su bondad nos dé gracia para ello.

Son tan escuras de entender estas cosas interiores, que a quien tan poco sabe como yo, forzado habrá de decir muchas cosas superfluas y an desatinadas para decir alguna cosa que acierte. Es menester tenga paciencia quien lo leyere, pues yo la tengo para escribir lo que no sé; que cierto algunas veces tomo el papel como una cosa boba, que ni sé qué decir ni cómo comenzar.

---

(1) *acudie = acudía:* forma antigua del pretérito castellano; por extraña que aquí parezca, su lectura en el autógrafo es completamente segura.

Bien entiendo que es cosa importante para vosotras declarar algunas interiores como pudiere, porque siempre oímos cuán buena es la oración, y tenemos de costitución tenerla tantas horas; y no se nos declara más de lo que podemos nosotras, y de cosas que obra el Señor en un alma declárase poco, digo sobrenatural. Diciéndose y dándose a entender de muchas maneras, sernos ha mucho consuelo considerar este artificio celestial interior tan poco entendido de los mortales, anque vayan muchos por él. Y anque en otras cosas que he escrito ha dado el Señor algo a entender, entiendo que algunas no las había entendido como después acá, en especial de las más dificultosas. El trabajo es que, para llegar a ellas como he dicho, se habrán de decir muchas y muy sabidas, porque no puede ser menos para mi rudo ingenio.

Pues tornemos ahora a nuestro Castillo de muchas Moradas. No habéis de entender estas Moradas una en pos de otra, como cosa en hilada, sino poné los ojos en el centro, que es la pieza u palacio a donde está el rey, y considerad como un palmito que para llegar a lo que es de comer tiene muchas coberturas que todo lo sabroso cercan; ansí, acá en rededor de esta pieza están muchas, y encima lo mesmo, porque las cosas del alma siempre se han de considerar con plenitud y anchura y grandeza, pues no le levantan nada, que capaz es de mucho más que podremos considerar, y a todas partes de ella se comunica este sol, que está en este palacio.

Esto importa mucho a cualquier alma que tenga oración, poca u mucha, que no la arrincone ni apriete; déjela andar por estas Moradas, arriba y abajo y a los lados, pues Dios la dió tan gran dignidad; no se estruje en estar mucho tiempo en una pieza sola, u que si es en el propio conocimiento, que con cuán necesario es esto, miren que me entiendan, an a las que las tiene el Señor en la mesma Morada que Él está. que jamás por encum-

brada que esté le cumple otra cosa, ni podrá anque quiera; que la humildad siempre labra como la abeja en la colmena la miel, que sin esto todo va perdido. Mas consideremos que la abeja no deja de salir a volar para traer flores, ansí el alma en el propio conocimiento; créame, y vuele algunas veces a considerar la grandeza y majestad de su Dios. Aquí hallará su bajeza mejor que en sí mesma y más libre de las sabandijas a donde entran en las primeras piezas, que es el propio conocimiento, que anque como digo, es harta misericordia de Dios que se ejercite en esto, tanto es lo de más como lo de menos, suelen decir. Y créanme, que con la virtud de Dios obraremos muy mejor virtud, que muy atadas a nuestra tierra.

No sé si queda dado bien a entender, porque es cosa tan importante este conocernos, que no querría en ello hubiese jamás relajación, por subidas que estéis en los cielos; pues mientra estamos en esta tierra no hay cosa que más nos importe que la humildad. Y ansí torno a decir que es muy bueno y muy rebueno tratar de entrar primero en el aposento a donde se trata de esto que volar a los demás, porque éste es el camino; y si podemos ir por lo seguro y llano, ¿para qué hemos de querer alas para volar? más que busque cómo aprovechar más en esto. Y a mi parecer, jamás nos acabamos de conocer, si no procuramos conocer a Dios; mirando su grandeza, acudamos a nuestra bajeza, y mirando su limpieza veremos nuestra suciedad; considerando su humildad veremos cuán lejos estamos de ser humildes.

Hay dos ganancias de esto: la primera, está claro, que parece una cosa blanca, muy más blanca cabe la negra, y, al contrario, la negra cabe la blanca; la segunda es porque nuestro entendimiento y voluntad se hace más noble y más aparejado para todo bien, tratando, a vueltas de sí, con Dios; y si nunca salimos de nuestro cieno de miserias es mucho inconveniente. Ansí como decíamos

de los que están en pecado mortal, cuán negras y de mal olor son sus corrientes, ansí acá, anque no son como aquéllas, Dios nos libre, que esto es comparación, metidos siempre en la miseria de nuestra tierra, nunca el corriente saldrá de cieno de temores, de pusilaminidad y cobardía, de mirar si me miran no me miran, si yendo por este camino me sucederá mal, si osaré comenzar aquella obra, si será soberbia, si es bien que una persona tan miserable trate de cosa tan alta como la oración, si me ternán por mejor, si no voy por el camino de todos, que no son buenos los extremos, anque sea en virtud; que como soy tan pecadora será caer de más alto, quizá no iré adelante y haré daño a los buenos, que una como yo no ha menester particularidades.

¡Oh, válame Dios, hijas, qué de almas debe el demonio de haber hecho perder mucho por aquí!, que todo esto les parece humildad, y otras muchas cosas que pudiera decir, y viene de no acabar de entendernos; tuerce el propio conocimiento, y si nunca salimos de nosotros mesmos, no me espanto que esto y más se puede temer. Por eso digo, hijas, que pongamos los ojos en Cristo, nuestro bien, y allí deprenderemos la verdadera humiltad, y en sus santos, y ennoblecerse ha el entendimiento, como he dicho, y no hará el propio conocimiento ratero y cobarde; que anque es la primera Morada, es muy rica, y de tan gran precio, que si se descabulle de las sabandijas de ella no se quedará sin pasar adelante. Terribles son los ardides y mañas del demonio para que las almas no se conozcan ni entiendan sus caminos.

Destas Moradas primeras podré yo dar muy buenas señas de espiriencia; por eso digo, que no consideren pocas piezas, sino un millón, porque de muchas maneras entran almas aquí, unas y otras con buena intención; mas como el demonio siempre la tiene tan mala, debe tener en cada una muchas legiones de demonios, para combatir

que no pasen de unas a otras, y como la pobre alma no lo entiende, por mil maneras nos hace trampantojos. Lo que no puede tanto a las que están más cerca de donde está el Rey; que aquí, como an se están embebidas en el mundo, y engolfadas en sus contentos, y desvanecidas en sus honras y pretensiones, no tienen la fuerza los vasallos del alma, que son los sentidos y potencias que Dios les dió de su natural, y fácilmente estas almas son vencidas, anque anden con deseos de no ofender a Dios, y hagan buenas obras. Las que se vieren en este estado, han menester acudir a menudo, como pudieren, a Su Majestad, tomar a su bendita Madre por intercesora, y a sus santos, para que ellos peleen por ellas, que sus criados poca fuerza tienen para se defender. A la verdad, en todos estados es menester que nos venga de Dios. Su Majestad nos la dé por su misericordia, amén.

¡Qué miserable es la vida en que vivimos! Porque en otra parte dije mucho del daño que nos hace, hijas, no entender bien esto de la humildad, y propio conocimiento, no os digo más aquí, anque es lo que más nos importa; y an plega el Señor haya dicho algo que os aproveche.

Habéis de notar, que en estas Moradas primeras an no llega casi nada la luz que sale del palacio donde está el Rey, porque anque no están escurecidas y negras, como cuando el alma está en pecado, está escurecida en alguna manera, para que no la pueda ver, el que está en ella digo, y no por culpa de la pieza, que no sé darme a entender, sino porque con tantas cosas malas de culebras y víboras y cosas emponzoñosas, que entraron con él, no le dejan advertir a la luz. Como si uno entrase en una parte a donde entra mucho sol, y llevase tierra en los ojos, que casi no los pudiese abrir; clara está la pieza, mas él no lo goza por el impedimento, u cosas de estas fieras y bestias, que le hacen cerrar los ojos para no ver sino a ellas. Ansí me parece debe ser un alma, que anque no está en

mal estado, está tan metida en cosas del mundo, y tan empapada en la hacienda u honra u negocios, como tengo dicho, que anque en hecho de verdad se querría ver y gozar de su hermosura, no le dejan, ni parece que puede descabullirse de tantos impedimentos. Y conviene mucho para haber de entrar a las segundas Moradas, que procure dar de mano a las cosas y negocios no necesarios, cada uno conforme a su estado. Que es cosa que le importa tanto para llegar a la Morada principal, que si no comienza a hacer esto, lo tengo por imposible, y an estar sin mucho peligro en la que está, anque haya ésta entrado en el castillo, porque entre cosas tan ponzoñosas, una vez u otra es imposible dejarle de morder.

¿Pues qué sería, hijas, si a las que ya están libres de estos tropiezos, como nosotras, y hemos ya entrado muy más dentro a otras Moradas secretas del Castillo, si por nuestra culpa tornásemos a salir a estas baraúndas, como por nuestros pecados debe haber muchas personas, que las ha hecho mercedes y por su culpa las echan a esta miseria? Acá libres estamos en lo exterior: en lo interior plega el Señor que lo estemos, y nos libre. Guardaos, hijas mías, de cuidados ajenos. Mirá que en pocas Moradas de este Castillo dejan de combatir los demonios. Verdad es que en algunas tienen fuerza las guardas para pelear, como creo he dicho, que son las potencias; mas es mucho menester no nos descuidar para entender sus ardides, y que no nos engañe hecho ángel de luz, que hay una multitud de cosas con que nos puede hacer daño entrando poco a poco, y hasta haberle hecho no le entendemos.

Ya os dije otra vez, que es como una lima sorda, que hemos menester entenderle a los principios. Quiero decir alguna cosa para dároslo mejor a entender. Poned en una hermana varios ímpetus de penitencia, que le parece no tiene descanso, sino cuando se está atormentando. Este principio bueno es; mas si la priora ha mandado que no

hagan penitencia sin licencia, y le hace parecer que en cosa tan buena bien se puede atrever, y escondidamente se da tal vida que viene a perder la salud, y no hacer lo que manda su Regla, ya veis en qué paró este bien. Poné a otra un celo de la perfeción muy grande; esto muy bueno es; mas podría venir de aquí, que cualquier faltita de las hermanas le pareciese una gran quiebra, y un cuidado de mirar si las hacen, y acudir a la priora; y an a las veces podría ser no ver las suyas, por el gran celo que tiene de la relisión: como las otras no entienden lo interior, y ven el cuidado, podría ser no lo tomar tan bien.

Lo que aquí pretende el demonio, no es poco, que es enfriar la caridad y el amor de unas con otras, que sería gran daño. Entendamos, hijas mías, que la perfeción verdadera es amor de Dios y del prójimo, y mientra con más perfeción guardaremos estos dos mandamientos, seremos más perfetas. Toda nuestra Regla y Costituciones no sirven de otra cosa sino de medios para guardar esto con más perfeción. Dejémonos de celos indiscretos, que nos pueden hacer mucho daño: cada uno se mire a sí. Porque en otra parte os he dicho harto sobre esto, no me alargaré. Importa tanto este amor de unas con otras, que nunca querría que se os olvidase; porque de andar mirando en las otras unas naderías, que a las veces no será imperfeción, sino como sabemos poco, quizá lo echaremos a la peor parte, puede el alma perder la paz, y an inquietar la de las otras: mirá si costaría caro la perfeción. También podría el demonio poner esta tentación con la priora, y sería más peligrosa.

Para esto es menester mucha discreción; porque si fuesen cosas que van contra la Regla y Costitución, es menester que no todas veces se eche a buena parte, sino avisarla; y si no se enmendare, a el periado: esto es caridad. Y también con las hermanas, si fuese alguna cosa grave: y dejarlo todo por miedo si es tentación, sería la

mesma tentación. Mas hase de advertir mucho, porque no nos engañe el demonio, no lo tratar una con otra, que de aquí puede sacar el demonio gran ganancia y comenzar costumbre de mormuración, sino con quien ha de aprovechar, como tengo dicho. Aquí, gloria a Dios, no hay tanto lugar, como se guarda tan contino silencio: mas bien es que estemos sobre aviso.

MORADAS SEGUNDAS

CAPÍTULO UNICO

Ahora vengamos a hablar cuáles serán las almas que entran a las segundas Moradas, y qué hacen en ellas. Querría deciros poco, porque lo he dicho en otras partes bien largo, y será imposible dejar de tornar a decir otra vez mucho de ello, porque cosa no se me acuerda de lo dicho; que si se pudiera guisar de diferentes maneras, bien sé que no os enfadárades, como nunca nos cansamos de los libros que tratan de esto, con ser muchos.

Es de los que han ya comenzado a tener oración, y entendido lo que les importa no se quedar en las primeras Moradas; mas no tienen an determinación, para dejar muchas veces de estar en ella, porque no dejan las ocasiones, que es harto peligro. Mas harta misericordia es, que algún rato procuren huír de las culebras y cosas emponzoñosas, y entiendan que es bien dejarlas. Estos en parte tienen harto más trabajo que los primeros, anque no tanto peligro; porque ya parece los entienden, y hay gran esperanza de que entrarán más adentro.

Digo que tienen más trabajo, porque los primeros son como mudos, que no oyen, y ansí pasan mejor su trabajo de no hablar, lo que no pasarían sino muy mayor, los que oyesen y no pudiesen hablar; mas no por eso se desea más lo de los que no oyen, que en fin es gran cosa enten-

der lo que nos dicen. Ansí éstos entienden los llamamientos que les hace el Señor; porque como van entrando más cerca de donde está, Su Majestad es muy buen vecino, y tanta su misericordia y bondad, que an (1) estándonos en nuestros pasatiempos y negocios y contentos y baraterías del mundo, y an cayendo y levantando en pecados, porque estas bestias son tan ponzoñosas, y peligrosa su compañía, y bulliciosas, que por maravilla dejarán de tropezar en ellas para caer, con todo esto, tiene en tanto este Señor nuestro que le queramos y procuremos su compañía, que una vez u otra no nos deja de llamar, para que nos acerquemos a Él; y es esta voz tan dulce, que se deshace la pobre alma en no hacer luego lo que le manda; y ansí, como digo, es más trabajo, que no lo oír.

No digo que son estas voces y llamamientos como otras que diré después, sino con palabras que oyen a gente buena, u sermones, u con lo que leen en buenos libros, y cosas muchas que habéis oído, por donde llama Dios, u enfermedades, trabajos, y también con una verdad que enseña en aquellos ratos que estamos en la oración; sean cuan flojamente quisiéredes, tiénelos Dios en mucho. Y vosotras, hermanas, no tengáis en poco esta primer merced, ni os desconsoléis, anque no respondáis luego al Señor, que bien sabe Su Majestad aguardar muchos días y años, en especial cuando ve perseverancia y buenos deseos. Ésta es lo más necesario aquí, porque con ella jamás se deja de ganar mucho.

Mas es terrible la batería que aquí dan los demonios, de mil maneras, y con más pena del alma que an en la pasada; porque acullá estaba muda y sorda, al menos oía muy poco, y resistía menos, como quien tiene en parte perdida la esperanza de vencer. Aquí está el entendi-

(1) *an = aun;* en el manuscrito se encuentra por lo general *a*, con tilde encima.

miento más vivo, y las potencias más hábiles: andan los golpes y la artillería de manera, que no lo puede el alma dejar de oír. Porque aquí es el representar los demonios estas culebras de las cosas del mundo, y el hacer los contentos de él casi eternos: la estima en que está tenido en él, los amigos y parientes, la salud en las cosas de penitencia, que siempre comienza el alma que entra en esta Morada a desear hacer alguna, y otras mil maneras de impedimentos.

¡Oh, Jesús, qué es la baraúnda que aquí ponen los demonios, y las aflicciones de la pobre alma, que no sabe si pasar adelante, u tornar a la primera pieza! Porque la razón por otra parte le representa el engaño que es pensar que todo esto vale nada en comparación de lo que pretende; la fe la enseña cuál es lo que le cumple; la memoria le representa en lo que paran todas estas cosas, trayéndole presente la muerte de los que mucho gozaron estas cosas que ha visto: cómo algunas ha visto súpitas, cuán presto son olvidados de todos, cómo ha visto, a algunos que conoció en gran prosperidad pisar debajo de la tierra, y han pasado por la sepultura él muchas veces, y mirar que están en aquel cuerpo hirviendo muchos gusanos, y otras hartas cosas que le puede poner delante. La voluntad se inclina a amar adonde tan innumerables cosas y muestras ha visto de amor, y querría pagar alguna; en especial se le pone delante, cómo nunca se quita de con él este verdadero amador, acompañándole, dándole vida y ser. Luego el entendimiento acude con darle a entender que no puede cobrar mejor amigo, anque viva muchos años; que todo el mundo está lleno de falsedad, y estos contentos que le pone el demonio de trabajos y cuidados y contradiciones; y le dice que esté cierto, que fuera de este Castillo no hallará siguridad ni paz; que se deje de andar por casas ajenas, pues la suya es tan llena de bienes, si la quiere gozar, que quién hay

que halle todo lo que ha menester como en su casa, en especial teniendo tal huésped; que le hará señor de todos los bienes, si él quiere no andar perdido, como el hijo pródigo, comiendo manjar de puercos. Razones son éstas para vencer los demonios.

Mas, ¡oh, Señor y Dios mío, que la costumbre en las cosas de vanidad, y el ver que todo el mundo trata de esto, lo estraga todo! Porque está tan muerta la fe, que queremos más lo que vemos, que lo que ella nos dice. Y a la verdad, no vemos sino harta mala ventura en los que se van tras estas cosas visibles; mas eso han hecho estas cosas emponzoñosas que tratamos, que, como si a uno muerde una víbora, se emponzoña todo y se hincha, ansí es acá: no nos guardamos; claro está que es menester muchas curas para sanar; y harta merced nos hace Dios, si no morimos de ello. Cierto, pasa el alma aquí grandes trabajos; en especial si entiende el demonio que tiene aparejo en su condición y costumbres para ir muy adelante; todo el infierno juntará para hacerle tornar a salir fuera.

¡Ah, Señor mío, aquí es menester vuestra ayuda, que sin ella no se puede hacer nada! Por vuestra misericordia, no consintáis que esta alma sea engañada para dejar lo comenzado. Dadle luz, para que vea cómo está en esto todo su bien, y para que se aparte de malas compañías; que grandísima cosa es tratar con los que tratan de esto; allegarse, no sólo a los que viere en estos aposentos que él está, sino á los que entendiere que han entrado a los de más cerca; porque le será gran ayuda, y tanto los puede conversar, que le metan consigo. Siempre esté con aviso de no se dejar vencer; porque si el demonio le ve con una gran determinación, de que antes perderá la vida y el descanso, y todo lo que le ofrece, que tornar a la pieza primera, muy más presto le dejará.

Sea varón, y no de los que se echaban a beber de buzos,

cuando iban a la batalla, no me acuerdo con quién; sino que se determine, que va a pelear con todos los demonios, y que no hay mejores armas que las de la cruz.

Aunque otras veces he dicho esto, importa tanto, que lo torno a decir aquí; es, que no se acuerde que hay regalos en esto que comienza, porque es muy baja manera de comenzar a labrar un tan precioso y grande edificio; y si comienzan sobre arena, darán con todo en el suelo; nunca acabarán de andar desgustados y tentados; porque no son estas las Moradas a donde se llueve la maná, están más adelante a donde todo sabe a lo que quiere un alma, porque no quiere sino lo que quiere Dios.

Es cosa donosa, que an nos estamos con mil embarazos y imperfeciones, y las virtudes que an no saben andar, sino que ha poco que comenzaron a nacer, y an plega a Dios estén comenzadas, ¿y no habemos vergüenza de querer gustos en la oración, y quejarnos de sequedades? Nunca os acaezca, hermanas; abrazaos con la cruz que vuestro Esposo llevó sobre sí, y entended que ésta ha de ser vuestra empresa: la que más pudiere padecer, que padezca más por Él, y será la mejor librada. Lo demás, como cosa acesoria, si os lo diere el Señor, dadle muchas gracias.

Pareceros ha, que para los trabajos exteriores bien determinadas estáis, con que os regale Dios en lo interior. Su Majestad sabe mejor lo que nos conviene; no hay para qué le aconsejar lo que nos ha de dar, que nos puede con razón decir que no sabemos lo que pedimos. Toda la pretensión de quien comienza oración, y no se os olvide esto, que importa mucho, ha de ser trabajar y determinarse y desponerse con cuantas diligencias pueda a hacer su voluntad conformar con la de Dios; y, como diré después, estad muy cierta que en esto consiste toda la mayor perfeción que se puede alcanzar en el camino espiritual. Quien más perfetamente tuviere esto, más recibirá del

Señor, y más adelante está en este camino; no penséis que hay aquí más algarabías, ni cosas no sabidas y entendidas; que en esto consiste todo nuestro bien.

Pues si erramos en el principio, quiriendo luego que el Señor haga la nuestra, y que nos lleve como imaginamos, ¿qué firmeza puede llevar este edificio? Procuremos hacer lo que es en nosotros, y guardarnos de estas sabandijas ponzoñosas, que muchas veces quiere el Señor que nos persigan malos pensamientos y nos aflijan, sin poderlos echar de nosotras, y sequedades, y an algunas veces primite que nos muerdan, para que nos sepamos mejor guardar después, y para probar si nos pesa mucho de haberlo ofendido. Por eso no os desaniméis, si alguna vez cayerdes, para dejar de procurar ir adelante, que an de esa caída sacará Dios bien, como hace el que vende la triaca para probar si es buena, que bebe la ponzoña primero.

Cuando no viésemos en otra cosa nuestra miseria, y el gran daño que nos hace andar derramados, sino en esta batería que se pasa para tornarnos a recoger, bastaba. ¿Puede ser mayor mal, que no nos hallemos en nuestra mesma casa? ¿Qué esperanza podemos tener de hallar sosiego en otras cosas, pues en las propias no podemos sosegar? Sino que tan grandes y verdaderos amigos y parientes, y con quien siempre, anque no queramos, hemos de vivir, como son las potencias, esas parecen nos hacen la guerra, como sentidas de las que a ellas les han hecho nuestros vicios. Paz, paz, hermanas mías, dijo el Señor, y amonestó a sus Apóstoles tantas veces; pues creéme, que si no la tenemos y procuramos en nuestra casa, que no la hallaremos en los extraños.

Acábese ya esta guerra; por la sangre que derramó por nosotros lo pido yo a los que no han comenzado a entrar en sí, y a los que han comenzado, que no baste para hacerlos tornar atrás. Miren que es peor la recaída, que la

caída; ya ven su pérdida; confíen en la misericordia de Dios, y no nada en sí, y verán cómo Su Majestad le lleva de unas Moradas a otras, y le mete en la tierra a donde estas fieras ni le puedan tocar ni cansar, sino que él las sujete a todas, y burle de ellas, y goce de muchos más bienes que podría desear, an en esta vida digo. Porque, cómo dije al principio, os tengo escrito cómo os habéis de haber en estas turbaciones, que aquí pone el demonio, y como no ha de ir a fuerza de brazos el comenzarse a recoger, sino con suavidad, para que podáis estar más continamente, no lo diré aquí, mas de que de mi parecer hace mucho al caso tratar con personas esperimentadas; porque en cosas que son necesario hacer, pensaréis que hay gran quiebra: como no sea el dejarlo, todo lo guiará el Señor a nuestro provecho, aunque no hallemos quien nos enseñe, que para este mal no hay remedio, si no se torna a comenzar, sino ir perdiendo poco a poco cada día más el alma, y an plega a Dios que lo entienda.

Podría alguna pensar, que si tanto mal es tornar atrás, que mejor será nunca comenzarlo, sino estarse fuera del Castillo. Ya os dije al principio, y el mesmo Señor lo dice, que quien anda en el peligro en él perece, y que la puerta para entrar en este Castillo es la oración. Pues pensar que hemos de entrar en el cielo, y no entrar en nosotros, conociéndonos y considerando nuestra miseria y lo que debemos a Dios, y pidiéndole muchas veces misericordia, es desatino. El mesmo Señor dice: Ninguno subirá a mi Padre, sino por mi; (no sé si dice así, creo que sí); y quien me ve a mí, ve a mi Padre. Pues si nunca le miramos, ni consideramos lo que le debemos, y la muerte que pasó por nosotros, no sé cómo le podemos conocer, ni hacer obras en su servicio. Porque la fe sin ellas, y sin ir llegadas al valor de los merecimientos de Jesucristo, bien nuestro, ¿qué valor pueden tener? ¿Ni quién nos despertará a amar a este Señor? Plega a Su

Majestad nos dé a entender lo mucho que le costamos, y cómo no es más el siervo que el Señor; y que hemos menester obrar para gozar su gloria, y que para esto nos es necesario orar, para no andar siempre en tentación.

TERCERAS MORADAS

CAPÍTULO PRIMERO

A los que por la misericordia de Dios han vencido estos combates, y con la perseverancia entrado a las terceras Moradas, ¿qué les diremos, sino: *bienaventurado el varón que teme al Señor?* No ha sido poco hacer Su Majestad que entienda yo ahora, qué quiere decir el romance de este verso a este tiempo, según soy torpe en este caso. Por cierto con razón le llamaremos bienaventurado, pues si no torna atrás, a lo que podemos entender, lleva camino seguro de su salvación. Aquí veréis, hermanas, lo que importa vencer las batallas pasadas; porque tengo por cierto, que nunca deja el Señor de ponerle en siguridá de conciencia, que no es poco bien. Digo en siguridad (1), y dije mal, que no la hay en esta vida; y por eso siempre entended que digo: si no torna a dejar el camino comenzado. Harto gran miseria es vivir en vida que siempre hemos de andar como los que tienen los enemigos a la puerta, que ni pueden dormir ni comer sin armas, y siempre con sobresalto, si por alguna parte pueden desportillar esta fortaleza.

---

(1) *siguridá*, como *flaquedá*, y los imperativos *poné, mirá*, etc., son datos de la antigüedad de la pérdida de la *d* final en la pronunciación. Generalmente dice *siguridad*.

¡Oh Señor mío, y bien mío! ¡Cómo queréis que se desee vida tan miserable, que no es posible dejar de querer y pedir nos saquéis de ella, si no es con esperanza de perderla por Vos, u gastarla muy de veras en vuestro servicio, y sobre todo, entender que es vuestra voluntad! Si lo es, Dios mío, muramos con Vos, como dijo santo Tomás, que no es otra cosa, sino morir muchas veces, vivir sin Vos, y con estos temores de que puede ser posible perderos para siempre. Por eso digo, hijas, que la bienaventuranza que hemos de pedir, es estar ya en siguridad con los bienaventurados; que con estos temores, ¿qué contento puede tener quien todo su contento es contentar a Dios? Y considerá que éste, y muy mayor, tenían algunos santos que cayeron en graves pecados; y no tenemos seguro que nos dará Dios la mano para salir de ellos, y hacer la penitencia que ellos (entiéndese del ausilio particular).

Por cierto, hijas mías, que estoy con tanto temor escribiendo esto, que no sé cómo lo escribo ni cómo vivo, cuando se me acuerda, que es muy muchas veces. Pedidle, hijas mías, que viva Su Majestad en mí siempre, porque si no es ansí, ¿que siguridad puede tener una vida tan mal gastada como la mía? Y no os pese de entender que esto es ansí como algunas veces lo he visto en vosotras, cuando os lo digo, y procede de que quisiérades que hubiera sido muy santa, y tenéis razón: también lo quisiera yo; mas ¡qué tengo de hacer si lo perdí por sola mi culpa! que no me quejaré de Dios, que dejó (1) de darme bastantes ayudas para que se cumplieran vuestros deseos: que no puedo decir esto sin lágrimas y gran confusión de ver que escriba yo cosa para las que me pueden enseñar a mí ¡Recia obediencia ha sido! Plega el Se-

(1) *dejó*; hay que entender *dejase* o *haya dejado:* no me quejaré de Dios porque dejase de darme...

ñor, que pues se hace por Él, sea para que os aprovechéis de algo, porque le pidáis perdone a esta miserable atrevida.

Mas bien sabe Su Majestad, que sólo puedo presumir de su misericordia, y ya que no puedo dejar de ser la que he sido, no tengo otro remedio, sino llegarme a ella, y confiar en los méritos de su hijo, y de la Virgen madre suya, cuyo hábito indinamente trayo, y traéis vosotras. Alabadle, hijas mías, que lo sois de esta Señora verdaderamente; y ansí no tenéis para que os afrentar de que sea yo ruin, pues tenéis tan buena madre. Imitadla y considerad qué tal debe ser la grandeza de esta Señora y el bien de tenerla por patrona, pues no han bastado mis pecados, y ser la que soy, para dislustrar en nada esta sagrada Orden. Mas una cosa os aviso, que no por ser tal y tener tal madre, estéis siguras, que muy santo era David, y ya veis lo que fué Salomón; ni hagáis caso del encerramiento y penitencia en que vivís, ni os asegure el tratar siempre de Dios y ejercitaros en la oración tan contino, y estar tan retiradas de las cosas del mundo, y tenerlas a vuestro parecer aborrecidas. Bueno es todo esto, mas no basta, como he dicho, para que dejemos de temer; y ansí acontinua este verso, y traedle en la memoria muchas veces: *beatus vir, qui timet Dominum.*

Ya no sé lo que decía, que me he divertido mucho, y en acordándome de mí, se me quiebran las alas para decir cosa buena; y ansí lo quiero dejar por ahora, tornando a lo que os comencé a decir, de las almas que han entrado a las terceras Moradas, que no las ha hecho el Señor pequeña merced en que hayan pasado las primeras dificultades, sino muy grande. De éstas, por la bondad del Señor, creo hay muchas en el mundo: son muy deseosas de no ofender a Su Majestad, an de los pecados veniales se guardan, y de hacer penitencia amigas, sus horas de recogimiento, gastan bien el tiempo, ejercítanse en obras

de caridad con los prójimos, muy concertadas en su hablar y vestir y gobierno de casa, los que las tienen. Cierto, estado para desear, y que al parecer no hay por qué se les niegue la entrada hasta la postrera Morada, ni se la negará el Señor, si ellos quieren, que linda dispusición es para que les haga toda merced.

¡Oh Jesús! y ¿quién dirá que no quiere un tan gran bien, habiendo ya en especial pasado por lo más trabajoso? No, ninguna. Todas decimos que lo queremos, mas como an es menester más, para que del todo posea el Señor el alma, no basta decirlo, como no bastó a el mancebo, cuando le dijo el Señor que si quería ser perfeto. Desde que comencé a hablar en estas Moradas, la trayo delante, porque somos ansí al pie de la letra; y lo más ordinario vienen de aquí las grandes sequedades en la oración, anque también hay otras causas; y dejo unos trabajos interiores, que tienen muchas almas buenas, intolerables, y muy sin culpa suya, de las cuales siempre las saca el Señor con mucha ganancia, y de las que tienen melancolía y otras enfermedades. En fin, en todas las cosas hemos de dejar aparte los juicios de Dios. De lo que yo tengo para mí, que es lo más ordinario, es lo que he dicho; porque como estas almas se ven, que por ninguna cosa harían un pecado, y muchas que an venial, de advertencia, no le harían, y que gastan bien su vida y su hacienda, no pueden poner a paciencia, que se les cierre la puerta para entrar a donde está nuestro Rey, por cuyos vasallos se tienen, y lo son; mas anque acá tenga muchos el rey de la tierra, no entran todos hasta su cámara.

Entrad, entrad, hijas mías, en lo interior, pasá adelante de vuestras obrillas, que por ser cristianas debéis todo eso y mucho más; y os basta que seáis vasallas de Dios: no queráis tanto, que os quedéis sin nada. Mirad los santos que entraron a la cámara de este Rey, y veréis la diferencia que hay de ellos a nosotras. No pidáis lo que no

tenéis merecido, ni había de llegar a nuestro pensamiento, que por mucho que sirvamos, lo hemos de merecer los que hemos ofendido a Dios.

¡Oh humildad, humildad! No sé qué tentación me tengo en este caso, que no puedo acabar de creer a quien tanto caso hace de estas sequedades, sino que es un poco de falta de ella. Digo, que dejo los trabajos grandes interiores que he dicho, que aquéllos son mucho más que falta de devoción. Probémonos a nosotras mesmas, hermanas mías, u pruébenos el Señor, que lo sabe bien hacer, anque muchas veces no queremos entenderlo, y vengamos a estas almas tan concertadas; veamos qué hacen por Dios, y luego veremos como no tenemos razón de quejarnos de Su Majestad; porque si le volvemos las espaldas, y nos vamos tristes, como el mancebo del Evangelio, cuando nos dice lo que hemos de hacer para ser perfetos, ¿qué queréis que haga Su Majestad, que ha de dar el premio conforme a el amor que le tenemos? Y este amor, hijas, no ha de ser fabricado en nuestra imaginación, sino probado por obras; y no penséis que ha menester nuestras obras, sino la determinación de nuestra voluntad.

Parecernos ha, que las que tenemos hábito de relisión, y le tomamos de nuestra voluntad, y dejamos todas las cosas del mundo, y lo que teníamos por Él (anque sea las redes de San Pedro, que harto le parece que da quien da lo que tiene), que ya está todo hecho. Harto buena dispusición es, si persevera en aquello, y no se torna a meter en las sabandijas de las primeras piezas, anque sea con el deseo, que no hay duda, sino que si persevera en esta deznudez y dejamiento de todo, que alcanzará lo que pretende. Mas ha de ser con condición, y mirá que os aviso de esto, que se tenga por siervo sin provecho, como dice San Pablo, u Cristo, y crea que no ha obligado a nuestro Señor, para que le haga semejantes mercedes; antes como quien más ha recibido, queda más adeudado.

¿Qué podemos hacer por un Dios tan generoso, que murió por nosotros y nos crió y da ser, que no nos tengamos por venturosos en que se vaya desquitando algo de lo que le debemos, por lo que nos ha servido (de mala gana dije esta palabra, mas ello es ansí, que no hizo otra cosa todo lo que vivió en el mundo), sin que le pidamos mercedes de nuevo y regalos?

Mirad mucho, hijas, algunas cosas que aquí van apuntadas, anque arrebujadas, que no lo sé más declarar; el Señor os lo dará a entender, para que saquéis de las sequedades humildad, y no inquietud, que es lo que pretende el demonio; y creé que a donde la hay de veras, que anque nunca dé Dios regalos, dará una paz y conformidad con que anden más contentas, que otros con regalos, que muchas veces, como habéis leído, los da la divina Majestad a los más flacos, anque creo de ellos, que no los trocarían por las fortalezas de los que andan con sequedad. Somos amigos de contentos más que de cruz. Pruébanos, tú, Señor, que sabes las verdades, para que nos conozcamos.

CAPÍTULO SEGUNDO

Yo he conocido algunas almas, y an creo puedo decir hartas, de las que han llegado a este estado, y estado y vivido muchos años en esta retitud y concierto alma y cuerpo, a lo que se puede entender, y después de ellos, que ya parece habían de estar señores del mundo, al menos bien desengañados dél, probarlos Su Majestad en cosas no muy grandes, y andar con tanta inquietud y apretamiento de corazón, que a mí me trayan tonta, y an temerosa harto. Pues darles consejo, no hay remedio, porque como ha tanto que tratan de virtud, paréceles que pueden enseñar a otros, y que les sobra razón en sentir

aquellas cosas. En fin, que yo no he hallado remedio, ni le hallo para consolar a semejantes personas, si no es mostrar gran sentimiento de su pena, y a la verdad se tiene de verlos sujetos a tanta miseria, y contradecir su razón, porque todas las conciertan en su pensamiento, que por Dios las sienten, y ansí no acaban de entender que es imperfeción: que es otro engaño para gente tan aprovechada, que de que lo sientan, no hay que espantar, anque a mi parecer había de pasar presto el sentimiento de cosas semejantes.

Porque muchas veces quiere Dios, que sus escogidos sientan su miseria, y aparta un poco su favor, que no es menester más, que ausadas (1) que nos conozcamos bien presto. Y luego se entiende esta manera de probarlos, porque entienden ellos su falta muy claramente, y a las veces les da más pena esta de ver que, sin poder más, sienten cosas de la tierra, y no muy pesadas, que lo mesmo de que tienen pena. Esto téngolo yo por gran misericordia de Dios; y anque es falta, muy gananciosa para la humildad. En las personas que digo no es ansí, sino que canonizan, como he dicho, en sus pensamientos, estas cosas; y ansí querrían que otros las canonizasen. Quiero decir alguna de ellas, porque nos entendamos, y nos probemos a nosotras mesmas, antes que nos pruebe el Señor, que sería muy gran cosa estar apercebidas (2), y habernos entendido primero.

Viene a una persona rica sin hijos, ni para quien querer la hacienda una falta della; mas no es de manera que en lo que le queda le puede faltar lo necesario para sí y para su casa, y sobrado; si éste anduviese con tanto desasosiego y inquietud, como si no le quedara un pan

(1) *ausadas* = ciertamente, a fe; *aosadas* en el *Dicc. de autor.*

(2) *apercebidas:* formas análogas: *redemidas, resestía desponerse, recebirá, adquerido*, etc.

que comer, ¿cómo ha de pedirle nuestro Señor, que lo deje todo por Él? Aquí entra el que lo siente, porque lo quiere para los pobres. Yo creo, que quiere Dios más que yo me conforme, con lo que Su Majestad hace, y anque lo procure, tenga quieta mi alma, que no esta caridad. Y ya que no lo hace, porque no ha llegádole el Señor a tanto, enhorabuena; mas entienda que le falta esta libertad de espíritu, y con esto se disporná (1) para que el Señor se la dé, porque se la pedirá. Tiene una persona bien de comer, y an sobrado; ofrécesele poder adquirir más hacienda: tomarlo, si se lo dan, enhorabuena, pase; mas procurarlo, y después de tenerlo, procurar más y más, tenga cuan buena intención quisiere, que sí debe tener, porque como he dicho, son estas personas de oración y virtuosas, que no hayan miedo que suban a las Moradas más juntas a el Rey. De esta manera es si se les ofrece algo de que los desprecien u quiten un poco de honra, que anque les hace Dios merced de que lo sufran bien muchas veces, porque es muy amigo de favorecer la virtud en público, porque no padezca la mesma virtud en que están tenidos, y an será porque le han servido, que es muy bueno este Bien nuestro, allá les queda una inquietud, que no se pueden valer ni acaba de acabarse tan presto.

¡Válame Dios! ¿No son éstos los que ha tanto que consideran cómo padeció el Señor, y cuán bueno es padecer, y an lo desean? Querrían a todos tan concertados como ellos train sus vidas, y plega a Dios que no piensen que la pena que tienen es de la culpa ajena y la hagan en su pensamiento meritoria. Pareceros ha, hermanas, que hablo fuera de propósito y no con vosotras, porque estas cosas no las hay acá, que ni tenemos hacienda, ni la queremos, ni procuramos, ni tampoco nos injuria naide; por

(1) *disporná* = dispondrá.

eso las comparaciones no es lo que pasa, mas sácase de ellas otras muchas cosas que pueden pasar, que ni sería bien señalarlas, ni hay para qué; por estas entenderéis si estáis bien desnudas de lo que dejastes, porque cosillas se ofrecen, anque no tan de esta suerte, en que os podéis muy bien probar y entendé si estáis señoras de vuestras pasiones. Y creéme, que no está el negocio en tener hábito de relisión u no, sino en procurar ejercitar las virtudes, y rendir nuestra voluntad a la de Dios en todo, y que el concierto de nuestra vida, sea lo que Su Majestad ordenare de ella, y no queramos nosotras que se haga nuestra voluntad, sino la suya. Ya que no hayamos llegado aquí, como he dicho, humildad, que es el ungüento de nuestras heridas; porque si la hay de veras, anque tarde algún tiempo, verná el zurujano (1), que es Dios, a sanarnos.

Las penitencias que hacen estas almas, son tan concertadas como su vida; quiérenla mucho, para servir a nuestro Señor con ella, que todo esto no es malo, y ansí tienen gran discreción en hacerlas, porque no dañen a la salud. No hayáis miedo que se maten, porque su razón está muy en sí. No está an el amor para sacar de razón; mas querría yo que la tuviésemos, para no nos contentar con esta manera de servir a Dios siempre a un paso, paso que nunca acabaremos de andar este camino. Y como a nuestro parecer siempre andamos, y nos cansamos, porque creed que es un camino brumador, harto bien será que no nos perdamos. Mas ¿paréceos, hijas, si yendo a una tierra desde otra pudiésemos llegar en ocho días, que sería bueno andarlo en un año, por ventas y nieves y aguas y malos caminos? ¿No valdría más pasarlo de una vez? porque todo esto hay y peligros de serpientes.

¡Oh, qué buenas señas podré yo dar de esto! Y plega a

(1) *Zurujano* = cirujano.

Dios que haya pasado de aquí, que hartas veces me parece que no. Como vamos con tanto seso, todo nos ofende, porque todo lo tememos; y ansí no osamos pasar adelante, como si pudiésemos nosotras llegar a estas Moradas, y que otros anduviesen el camino. Pues no es esto posible, esforcémonos, hermanas mías, por amor del Señor: dejemos nuestra razón y temores en sus manos; olvidemos esta flaqueza natural, que nos puede ocupar mucho. El cuidado de estos cuerpos ténganle los perlados; allá se avengan; nosotras de sólo caminar apriesa para ver este Señor, que anque el regalo que tenéis es poco u nènguno, el cuidado de la salud nos podría engañar. Cuanto más, que no se terná más por esto, yo lo sé, y también sé que no está el negocio en lo que toca a el cuerpo, que esto es lo menos que el caminar; que digo, es con una grande humildad; que si habéis entendido, aquí creo está el daño de las que no van adelante, sino que nos parezca que hemos andado pocos pasos, y lo creamos ansí, y los que andan nuestras hermanas nos parezcan muy presurosos, y no sólo deseemos, sino que procuremos nos tengan por la más ruin de todas. Y con esto este estado es ecelentísimo, y si no, toda nuestra vida nos estaremos en él, y con mil penas y miserias; porque como no hemos dejado a nosotras mesmas, es muy trabajoso y pesado; porque vamos muy cargadas desta tierra de nuestra miseria, lo que no van los que suben a los aposentos que faltan.

En éstos no deja el Señor de pagar como justo, y an como misericordioso, que siempre da mucho más que merecemos, con darnos contentos harto mayores que los podemos tener en los que dan los regalos y destraimientos de la vida. Mas no pienso que da muchos gustos, si no es alguna vez, para convidarlos con ver lo que pasa en las demás Moradas, porque se dispongan para entrar en ellas. Pareceros ha, que contentos y gustos, todo es uno,

¿que para qué hago esta diferencia en los nombres? A mí paréceme que la hay muy grande; ya me puedo engañar. Diré lo que en esto entendiere en las Moradas cuartas, que vienen tras éstas, porque como se habrá de declarar algo de los gustos, que allí da el Señor, viene mejor. Y anque parece sin provecho, podrá ser de alguno, para que entendiendo lo que es cada cosa, podáis esforzaros a seguir lo mejor; y es mucho consuelo para las almas que Dios llega allí, y confusión para las que les parece que lo tienen todo, y si son humildes, moverse han a hacimiento de gracias. Si hay alguna falta de esto, darles ha un desabrimiento interior, y sin propósito; pues no está la perfeción en los gustos, sino en quien ama más, y el premio lo mesmo, y en quien mejor obrare con justicia y verdad. Pareceros ha, ¿que de qué sirve tratar destas mercedes interiores, y dar a entender cómo son, si es esto verdad, como lo es? Yo no lo sé, pregúntese a quien me lo manda escribir, que yo no soy obligada a disputar con los superiores, sino a obedecer, ni sería bien hecho.

Lo que os puedo decir con verdad es, que cuando yo no tenía, ni an sabía por espiriencia, ni pensaba saberlo en mi vida, y con razón, que harto contento fuera para mí saber, u por conjeturas entender que agradaba a Dios en algo, cuando leía en los libros de estas mercedes y consuelos que hace el Señor a las almas que le sirven, me le daba grandísimo, y era motivo, para que mi alma diese grandes alabanzas a Dios. Pues si la mía, con ser tan ruin, hacía esto, las que son buenas, y humildes, le alabarán mucho más; y por sola una que le alabe una vez, es muy bien que se diga, a mi parecer, y que entendamos el contento y deleites que perdemos por nuestra culpa. Cuanto más, que si son de Dios, vienen cargados de amor y fortaleza, con que se puede caminar más sin trabajo y ir creciendo en las obras y virtudes. No penséis que importa poco que no quede por nosotros, que cuando no es nues-

tra la falta, justo es el Señor, y Su Majestad os dará por otros caminos lo que os quita por éste, por lo que Su Majestad sabe, que son muy ocultos sus secretos; al menos será lo que más nos conviene, sin duda nenguna.

Lo que me parece nos haría mucho provecho a las que por la bondad del Señor están en este estado, que como he dicho, no les hace poca misericordia, porque están muy cerca de subir a más, es estudiar mucho en la prontitud de la obediencia; y aunque no sean relisiosos, sería gran cosa, como lo hacen muchas personas, tener a quien acudir, para no hacer en nada su voluntad, que es lo ordinario en que nos dañamos; y no buscar otro de su humor, como dicen, que vaya con tanto tiento en todo, sino procurar quien esté con mucho desengaño de las cosas del mundo; que en gran manera aprovecha tratar con quien ya le conoce, para conocernos.

Y porque algunas cosas, que nos parecen imposibles, viéndolas en otros tan posibles, y con la suavidad que las llevan, anima mucho y parece que con su vuelo nos atrevemos a volar, como hacen los hijos de las aves cuando se enseñan; que anque no es de presto dar un gran vuelo, poco a poco imitan a sus padres; en gran manera aprovecha esto: yo lo sé. Acertarán, por determinadas que estén, en no ofender a el Señor personas semejantes, no se meter en ocasiones de ofenderle; porque como están cerca de las primeras Moradas con facilidad se podrán tornar a ellas, porque su fortaleza no está fundada en tierra firme, como los que están ya ejercitados en padecer, que conocen las tempestades del mundo, cuán poco hay que temerlas, ni que desear sus contentos, y sería posible con una persecución grande, volverse a ellos, que sabe bien urdirlas el demonio para hacernos mal, y que yendo con buen celo, quiriendo quitar pecados ajenos, no pudiese resistir lo que sobre esto se le podría suceder.

Miremos nuestras faltas, y dejemos las ajenas, que es

mucho de personas tan concertadas espantarse de todo; y por ventura de quien nos espantamos podríamos bien deprender en lo principal, y en la compostura esterior y en su manera de trato, le hacemos ventajas; y no es esto lo de más importancia, anque es bueno, ni hay para qué querer luego que todos vayan por nuestro camino, ni ponerse a enseñar el del espíritu, quien por ventura no sabe qué cosa es, que con estos deseos que nos da Dios, hermanas, del bien de las almas, podemos hacer muchos yerros; y ansí es mejor llegarnos a lo que dice nuestra Regla: en silencio y esperanza procurar vivir siempre, que el Señor terná cuidado de sus almas; como no nos descuidemos nosotras en suplicarlo a Su Majestad, haremos harto provecho con su favor. Sea por siempre bendito.

CUARTAS MORADAS

CAPÍTULO PRIMERO

Para comenzar a hablar de las cuartas Moradas, bien he menester lo que he hecho, que es encomendarme a el Espíritu Santo, y suplicarle de aquí adelante hable por mí, para decir algo de las que quedan, de manera que lo entendáis, porque comienzan a ser cosas sobrenaturales; y es dificultosísimo de dar a entender, si Su Majestad no lo hace, como en otra parte que se escribió, hasta donde yo había entendido, catorce años há, poco más u menos; aunque un poco más luz me parece tengo destas mercedes, que el Señor hace a algunas almas, es diferente el saberlas decir. Hágalo Su Majestad, si se ha de seguir algún provecho, y si no, no.

Como ya estas Moradas se llegan más a donde está el Rey, es grande su hermosura, y hay cosas tan delicadas que ver y que entender, que el entendimiento no es capáz para poder dar traza, como se diga siquiera algo que venga tan al justo, que no quede bien escuro para los que no tienen espiriencia, que quien la tiene muy bien lo entenderá, en especial si es mucha.

Parecerá que para llegar a estas Moradas, se ha de haber vivido en las otras mucho tiempo; y aunque lo ordinario es, que se ha de haber estado en la que acabamos de

decir, no es regla cierta, como ya habréis oído muchas veces, porque da el Señor cuando quiere, y como quiere, y a quien quiere, como bienes suyos, que no hace agravio a naide. En estas Moradas pocas veces entran las cosas ponzoñosas, y si entran no hacen daño, antes dejan con ganancia; y tengo por muy mejor cuando entran, y dan guerra en este estado de oración, porque podría el demonio engañar, a vueltas de los gustos que da Dios, si no hubiese tentaciones, y hacer mucho más daño que cuando las hay, y no ganar tanto el alma, por lo menos apartando todas las cosas que la han de hacer merecer, y dejarla en un embebecimiento ordinario. Que cuando lo es en un sér, no le tengo por siguro, ni me parece posible estar en un sér el espíritu del Señor en este destierro.

Pues hablando de lo que dije que diría aquí de la diferencia que hay entre contentos en la oración u gustos los contentos me parece a mí se pueden llamar los que nosotros adquirimos con nuestra meditación y peticiones a nuestro Señor, que procede de nuestro natural, anque en fin ayuda para ellos Dios, que hase de entender en cuanto dijere, que no podemos nada sin Él, mas nacen de la mesma obra virtuosa que hacemos, y parece a nuestro trabajo lo hemos ganado, y con razón nos da contento habernos empleado en cosas semejantes. Mas si lo consideramos, los mesmos contentos ternemos en muchas cosas que nos pueden suceder en la tierra. Ansí en una gran hacienda que de presto se provea alguno; como de ver una persona que mucho amamos, de presto; como de haber acertado en un negocio importante y cosa grande, de que todos dicen bien; como si a alguna le han dicho que es muerto su marido u hermano u hijo, y le ve venir vivo. Yo he visto derramar lágrimas de un gran contento, y an me ha acaecido alguna vez. Paréceme a mí que ansí como estos contentos son naturales, ansí en los que nos dan las cosas de Dios; sino que son de linaje más noble anque

estotros no eran tampoco malos; en fin, comienzan de nuestro natural mesmo y acaban en Dios; los gustos comienzan de Dios, y siéntelos el natural, y goza tanto dellos, como gozan los que tengo dichos, y mucho más.

¡Oh, Jesús, y qué deseo tengo de saber declararme en esto! Porque entiendo a mi parecer muy conocida diferencia, y no acanza (1) mi saber a darme a entender; hágalo el Señor. Ahora me acuerdo en un verso que decimos a Prima al fin del postrer Salmo, que al cabo del verso dice: *Cum dilatasti cor meum.* A quien tuviere mucha espiriencia, esto le basta para ver la diferencia que hay de lo uno a lo otro; a quien no, es menester más. Los contentos que están dichos, no ensanchan el corazón, antes lo más ordinariamente parece aprietan un poco, aunque con contento todo de ver que se hace por Dios; mas vienen unas lágrimas congojosas, que en alguna manera parece las mueve la pasión. Yo sé poco destas pasiones del alma, que quizá me diera a entender, y lo que procede de la sensualidad y de nuestro natural, porque soy muy torpe; que yo me supiera declarar, si como he pasado por ello lo entendiera. Gran cosa es el saber y las letras para todo.

Lo que tengo de espiriencia de este estado, digo de estos regalos, y contentos en la meditación, es que si comenzaba a llorar por la Pasión, no sabía acabar hasta que se me quebraba la cabeza; si por mis pecados, lo mesmo; harta merced me hacía nuestro Señor, que no quiero yo ahora esaminar cuál es mejor lo uno u lo otro, sino la diferencia que hay de lo uno a lo otro querría saber decir. Para estas cosas algunas veces van estas lágrimas y estos deseos ayudados del natural, y como está la despusición (2); mas en fin, como he dicho, vienen a parar en

(1) *acanza* = alcanza.
(2) *despusición* = disposición.

Dios, anque sea esto. Y es de tener en mucho, si hay humildad para entender que no son mejores por eso; porque no se puede entender si son todos efetos del amor, y cuando sea, es dado de Dios.

Por la mayor parte tienen estas devociones las almas de las Moradas pasadas, porque van casi contino con obra de entendimiento, empleadas en discurrir con el entendimiento y en meditación; y van bien, porque no se les ha dado más, anque acertarían en ocuparse un rato en hacer atos, y en alabanzas de Dios, y holgarse de su bondad, y que sea el que es, y en desear su honra y gloria, esto como pudiere, porque despierta mucho la voluntad; y estén con gran aviso, cuando el Señor les diere estotro, no lo dejar por acabar la meditación que se tiene de costumbre. Porque me he alargado mucho en decir esto en otras partes, no lo diré aquí; sólo quiero que estéis divertidas, que para aprovechar mucho en este camino, y subir a las Moradas que deseamos, no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho, y ansí lo que más os dispertare a amar, eso haced. Quizá no sabemos qué es amar, y no me espantaré mucho; porque no está en el mayor gusto, sino en la mayor determinación de desear contentar en todo a Dios, y procurar en cuanto pudiéremos no le ofender, y rogarle que vaya siempre adelante la honra y la gloria de su Hijo y el aumento de la Ilesia Católica. Estas son las señales del amor, y no penséis que está la cosa en no pensar otra cosa, y que si os divertís un poco, va todo perdido.

Yo he andado en esto de esta baraúnda del pensamiento bien apretada algunas veces, y habrá poco más de cuatro años que vine a entender por espiriencia que el pensamiento, u imaginación, porque mejor se entienda, no es el entendimiento, y preguntélo a un letrado, y díjome que era ansí, que no fué para mí poco contento; porque, como el entendimiento es una de las potencias del alma,

haciaseme recia cosa estar tan tortolito (1) a veces, y lo ordinario vuela el pensamiento de presto, que sólo Dios puede atarle, cuando nos ata ansí, de manera que parece que estamos en alguna manera desatados de este cuerpo. Yo vía a mi parecer las potencias del alma empleadas en Dios, y estar recogidas con Él, y por otra parte el pensamiento alborotado: traíame tonta.

¡Oh, Señor, tomad en cuenta lo mucho que pasamos en este camino por falta de saber! Y es el mal, que como no pensamos, que hay que saber más de pensar en Vos, an no sabemos preguntar a los que saben, ni entendemos qué hay que preguntar, y pásanse terribles trabajos, porque no nos entendemos, y lo que no es malo, sino bueno, pensamos que es mucha culpa. De aquí proceden las aflicciones de mucha gente que trata de oración, y el quejarse de trabajos interiores, a lo menos mucha parte en gente que no tiene letras, y vienen las melancolías, y a perder la salud, y an a dejarlo del todo, porque no consideran que hay un mundo interior acá dentro, y ansí como no podemos tener el movimiento del cielo, sino que anda apriesa con toda velocidad, tampoco podemos tener nuestro pensamiento, y luego metemos todas las potencias del alma con él, y nos parece que estamos perdidas, y gastado mal el tiempo que estamos delante de Dios; y estáse el alma por ventura toda junta con Él en las Moradas muy cercanas, y el pensamiento en el arrabal del Castillo, padeciendo con mil bestias fieras y ponzoñosas, y mereciendo con este padecer. Y ansí, ni nos ha de turbar, ni lo hemos de dejar, que es lo que pretende el demonio; y por la mayor parte todas las inquietudes y trabajos vienen de este no nos entender.

Escribiendo esto, estoy considerando lo que pasa en mi cabeza del gran ruido de ella, que dije al principio, por

(1) *tortolito* = cándido, sin experiencia. *Dicc. de autor.*

donde se me hizo casi imposible poder hacer lo que me mandaban de escribir. No parece sino que están en ella muchos ríos caudalosos, y por otra parte, que estas aguas se despeñan; muchos pajarillos y silbos, y no en los oídos, sino en lo superior de la cabeza, a donde dicen que está lo superior del alma; yo estuve en esto harto tiempo, por parecer que el movimiento grande del espíritu haciarriba subía con velocidad. Plega a Dios que se me acuerde en las Moradas de adelante decir la causa desto, que aquí no viene bien, y no será mucho que haya querido el Señor darme este mal de cabeza, para entenderlo mejor; porque con toda esta baraúnda de ella, no me estorba a la oración ni a lo que estoy diciendo, sino que el alma se está muy entera en su quietud y amor y deseos y claro conocimiento.

Pues si en lo superior de la cabeza está lo superior del alma, ¿cómo no la turba? Eso no lo sé yo, mas sé que es verdad lo que digo. Pena da cuando no es la oración con suspensión, que entonces hasta que se sepa no se siente ningún mal, más harto mal fuera si por este impedimento lo dejara yo todo. Y ansí no es bien, que por los pensamientos nos turbemos ni se nos dé nada, que si los pone el demonio, cesará con esto, y si es, como lo es, de la miseria que nos quedó del pecado de Adán, con otras muchas, tengamos paciencia, y sufrámoslo por amor de Dios. Pues estamos también sujetas a comer y dormir, sin poderlo escusar, que es harto trabajo, conozcamos nuestra miseria, y deseemos ir a donde naide nos menosprecia. Que algunas veces me acuerdo haber oído esto que dice la Esposa en los *Cantares*, y verdaderamente que no hallo en toda la vida cosa a donde con más razón se pueda decir: porque todos los menosprecios y trabajos que puede haber en la vida, no me parece que llegan a estas batallas interiores. Cualquier desasosiego y guerra se puede sufrir con hallar paz a donde vivimos, como ya he

dicho, mas que queremos venir a descansar de mil trabajos que hay en el mundo, y que quiera el Señor, aparejarnos el descanso, y que en nosotras mesmas esté el estorbo, no puede dejar de ser muy penoso y casi insufridero.

Por eso, ¡llévanos, Señor, a donde no nos menosprecien estas miserias, que parecen algunas veces que están haciendo burla del alma! An en esta vida la libra el Señor de esto, cuando ha llegado a la postrera Morada, como diremos si Dios fuere servido. Y no darán a todos tanta pena estas miserias ni las acometerán, como a mí hicieron muchos años por ser ruin, que parece que yo mesma me quería vengar de mí. Y como cosa tan penosa para mí, pienso que quizá será para vosotras ansí, y no hago sino decirlo en un cabo y en otro, para si acertase alguna vez a daros a entender como es cosa forzosa, y no os traiga inquietas y afligidas, sino que dejemos andar esta tarabilla de molino (1), y molamos nuestra harina, no dejando de obrar la voluntad y entendimiento.

Hay más y menos en este estorbo, conforme a la salud y a los tiempos. Padezca la pobre alma, anque no tenga en esto culpa, que otras haremos, por donde es razón que tengamos paciencia. Y porque no basta lo que leemos y nos aconsejan, que es, que no hagamos caso de estos pensamientos, para las que poco sabemos no me parece tiempo perdido todo lo que gasto en declararlo más, y consolaros en este caso; mas hasta que el Señor nos quiera dar luz poco aprovecha. Mas es menester, y quiere Su Majestad, que tomemos medios y nos entendamos, y lo que hace la flaca imaginación y el natural y demonio no pongamos la culpa a el alma.

---

(1) En la Mancha se oye: «Está más loco que una tarabilla»; para Santa Teresa la «tarabilla de molino» es la imaginación.

CAPÍTULO SEGUNDO

¡Válame Dios en lo que me he metido! Ya tenía olvidado lo que trataba, porque los negocios y salud me hacen dejarlo al mejor tiempo, y como tengo poca memoria irá todo desconcertado, por no poder tornarlo a leer. Y an quizá se es todo desconcierto cuanto digo; al menos es lo que siento. Paréceme queda dicho de los consuelos espirituales, como algunas veces van envueltos con nuestras pasiones. Train consigo unos alborotos de zollozos, y an a personas he oído, que se les aprieta el pecho, y an vienen a movimientos esteriores, que no se pueden ir a la mano, y es la fuerza de manera, que les hace salir sangre de narices, y cosas ansí penosas.

Desto no sé decir nada, porque no he pasado por ello, mas debe quedar consuelo, porque como digo, todo va a parar en desear contentar a Dios y gozar de Su Majestad. Los que yo llamo gusto de Dios, que en otra parte lo he nombrado oración de quietud, es muy de otra manera, como entenderéis las que lo habéis probado, por la misericordia de Dios.

Hagamos cuenta, para entenderlo mejor, que vemos dos fuentes con dos pilas que se hinchen de agua, que no me hallo cosa más a propósito para declarar algunas de espíritu que esto de agua, y es, como sé poco y el ingenio no ayuda, y soy tan amiga de este elemento, que le he mirado con más advertencia que otras cosas; que en todas las que crió tan gran Dios, tan sabio, debe haber hartos secretos, de que nos podemos aprovechar, y ansí lo hacen los que lo entienden, anque creo que en cada cosita que Dios crió hay más de lo que se entiende, anque sea una hormiguita. Estos dos pilones se hinchen de agua

de diferentes maneras; el uno viene de más lejos por muchos arcaduces y artificio; el otro está hecho en el mesmo nacimiento del agua, y vase hinchendo sin ningún ruido; y si es el manantial caudaloso, como éste que hablamos, después de henchido este pilón, procede un gran arroyo; ni es menester artificio, ni se acaba el edificio de los arcaduces, sino siempre está procediendo agua de allí.

Es la diferencia, que la que viene por arcaduces, es a mi parecer los contentos, que tengo dicho que se sacan con la meditación, porque traemos con los pensamientos, ayudándonos de las criaturas en la meditación, y cansando el entendimiento; y como viene, en fin, con nuestras diligencias, hace ruido cuando ha de haber algún hinchimiento de provechos que hace en el alma, como queda dicho.

Estotra fuente viene el agua de su mesmo nacimiento, que es Dios, y ansí como Su Majestad quiere, cuando es servido, hacer alguna merced sobrenatural, produce con grandísima paz y quietud y suavidad de lo muy interior de nosotros mesmos, yo no sé hacia dónde, ni cómo, ni aquel contento y deleite se siente como los de acá en el corazón, digo en su principio, que después todo lo hinche: vase revertiendo este agua por todas las Moradas y potencias, hasta llegar al cuerpo; que por eso dije, que comienza de Dios, y acaba en nosotros; que cierto, como verá quien lo hubiere probado, todo el hombre esterior goza de este gusto y suavidad (1).

Estaba yo ahora mirando, escribiendo esto, que en el verso que dije: *Dilatasti cor meum*, dice que se ensanchó el corazón, y no me parece que es cosa como digo, que su nacimiento es del corazón, sino de otra parte an más interior, como una cosa profunda; pienso que debe ser el

(1) Por esta influencia de las potencias sobre el *exterior*, la Santa «salía de la oración con un color y hermosura que maravillaba». *Informac. de fray Diego de Guevara*. Bibl. Nac., ms. 1031. R. 151.

centro del alma, como después he entendido y diré a la postre, que cierto, veo secretos en nosotros mesmos, que me train espantada muchas veces; ¡y cuántos más debe haber! ¡Oh, Señor mío, y Dios mío, qué grandes son vuestras grandezas! Y andamos acá como unos pastorcillos bobos, que nos parece alcanzamos algo de Vos, y debe ser tanto como nonada, pues en nosotros mesmos están grandes secretos que no entendemos. Digo tanto como nonada, para lo muy mucho que hay en Vos, que no porque no son muy grandes las grandezas que vemos, an de lo que podemos alcanzar de vuestras obras.

Tornando a el verso, en lo que me puede aprovechar a mi parecer, para aquí, es en aquel ensanchamiento; que ansí parece que, como comienza a producir aquella agua celestial de este manantial que digo, de lo profundo de nosotros, parece que se va dilatando y ensanchando todo nuestro interior y produciendo unos bienes que no se pueden decir, ni an el alma sabe entender qué es lo que se le da allí. Entiende una fraganza (1), digamos ahora, como si en aquel hondón interior estuviese un brasero a donde se echasen olorosos perfumes; ni se ve la lumbre, ni donde está, mos el calor y humo oloroso penetra toda el alma, y an hartas veces como he dicho, participa el cuerpo. Mirá, entendedme, que ni se siente calor, ni se huele olor, que más delicada cosa es que estas cosas, sino para dároslo a entender. Y entiendan las personas que no han pasado por esto, que es verdad que pasa ansí, y que se entiende, y lo entiende el alma más claro que yo lo digo ahora; que no es esto cosa que se puede antojar, porque por diligencias que hagamos, no lo podemos adquirir, y en ello mesmo se ve no ser de nuestro metal, sino de aquel purísimo oro de la sabiduría divina. Aquí no están

(1) *fraganza* = fragancia; forma popular, del mismo modo que *perseveranza, continuanza.*

las potencias unidas, a mi parecer, sino embebidas y mirando como espantadas qué es aquello.

Podrá ser que en estas cosas interiores me contradiga algo de lo que tengo dicho en otras partes; no es maravilla, porque en casi quince años que ha que lo escribí, quizá me ha dado el Señor más claridad en estas cosas, de las que entonces entendía, y ahora y entonces puedo errar en todo, mas no mentir; que por la misericordia de Dios antes pasaría mil muertes; digo lo que entiendo.

La voluntad bien me parece que debe estar unida en alguna manera con la de Dios; mas en los efetos y obras de después, se conocen estas verdades de oración; que no hay mejor crisol para probarse. Harto gran merced es de nuestro Señor, si la conoce quien la recibe, y muy grande si no torna atrás. Luego querréis, mis hijas, procurar tener esta oración, y tenéis razón, que como he dicho, no acaba de entender el alma las que allí la hace el Señor y con el amor que la va acercando más a Sí; que cierto está desear saber cómo alcanzaremos esta merced. Yo os diré lo que en esto he entendido. Dejemos cuando el Señor es servido de hacerla porque Su Majestad quiere y no por más; Él sabe el por qué; no nos hemos de meter en eso.

Después de hacer lo que los de las Moradas pasadas, humildad, humildad; por ésta se deja vencer el Señor a cuanto dél queremos; y lo primero en que veréis si la tenéis, es en no pensar que merecéis estas mercedes y gustos del Señor, ni los habéis de tener en vuestra vida. Diréisme que de esta manera, que ¿cómo se han de alcanzar no los procurando? A esto respondo, que no hay otra mejor de la que os he dicho, y no los procurar, por estas razones: la primera, porque lo primero que para esto es menester es amar a Dios sin interese; la segunda, porque es un poco de poca humildad pensar que por nuestros servicios miserables se ha de alcanzar cosa tan grande; la

tercera, porque el verdadero aparejo para esto es deseo de padecer y de imitar al Señor, y no gustos, los que en fin le hemos ofendido; la cuarta, porque no está obligado Su Majestad a dárnoslos, como a darnos la gloria si guardamos sus mandamientos; que sin esto nos podremos salvar, y sabe mejor que nosotros lo que nos conviene y quién le ama de verdad; y ansí es cosa cierta, yo lo sé, y conozco personas que van por el camino del amor, como han de ir, por sólo servir a su Cristo crucificado, que no sólo no le piden gustos ni los desean, mas le suplican no se los dé en esta vida: esto es verdad; la quinta es, porque trabajaremos en balde, que como no se ha de traer esta agua por arcaduces, como la pasada, si el manantial no la quiere producir, poco aprovecha que nos cansemos. Quiero decir, que anque más meditación tengamos, anque más nos estrujemos y tengamos lágrimas, no viene este agua por aquí, sólo se da a quien Dios quiere, y cuando más descuidada está muchas veces el alma.

Suyas somos, hermanas; haga lo que quisiere de nosotras; llévenos por donde fuere servido; bien creo que quien de verdad se humillare y desasiere (digo de verdad, porque no ha de ser por nuestros pensamientos, que muchas veces nos engañan, sino que estemos desasidas del todo), que no dejará el Señor de hacernos esta merced, y otras muchas que no sabremos desear. Sea por siempre alabado y bendito. Amén.

CAPÍTULO TERCERO

Los efetos de esta oración son muchos; algunos diré, y primero otra manera de oración, que comienza casi siempre primero que ésta, y por haberla dicho en otras partes, diré poco: Un recogimiento que también me parece sobrenatural; porque no es estar en escuro, ni cerrar los

ojos, ni consiste en cosa esterior, puesto que sin quererlo se hace esto de cerrar los ojos y desear soledad; y sin artificio, parece que se va labrando el edificio para la oración que queda dicha, porque estos sentidos y cosas esteriores, parece que van perdiendo de su derecho, porque el alma vaya cobrando el suyo, que tenía perdido. Dicen que el alma se entra dentro de sí, y otras veces que sube sobre sí: por este lenguaje no sabré yo aclarar nada, que esto tengo malo, que por el que yo lo sé decir, pienso que me habéis de entender, y quizá será sola para mí. Hagamos cuenta que estos sentidos y potencias, que ya he dicho que son la gente deste Castillo, que es lo que he tomado para saber decir algo, que se han ido fuera y andan con gente estraña enemiga del bien de este Castillo, días y años; y que ya se han ido, viendo su perdición, acercando a él, anque no acaban de estar dentro, porque esta costumbre es recia cosa; sino no son ya traidores, y andan alrededor.

Visto ya el gran Rey, que está en la Morada de este Castillo, su buena voluntad, por su gran misericordia quiérelos tornar a Él, y como buen pastor, con un silbo tan suave, que an casi ellos mesmos no le entienden, hace que conozcan su voz, y que no anden tan perdidos, sino que se tornen a su Morada; y tiene tanta fuerza este silbo del pastor, que desamparan las cosas esteriores, en que estaban enajenados, y métense en el Castillo.

Paréceme que nunca lo he dado a entender como ahora, porque para buscar a Dios en lo interior (que se halla mejor y más a nuestro provecho, que en las criaturas; como dice San Agustín que le halló, después de haberle buscado en muchas partes) es gran ayuda cuando Dios hace esta merced. Y no penséis que es por el entendimiento adquerido, procurando pensar dentro de sí a Dios, ni por la imaginación, imaginándole en sí; bueno es este y ecelente manera de meditación; porque se funda sobro

verdad, que lo es estar Dios dentro de nosotros mesmos; mas no es esto, que esto cada uno lo puede hacer; con el favor del Señor, se entiende, todo. Mas lo que digo es en diferente manera; y que algunas veces antes que se comience a pensar en Dios, ya esta gente está en el Castillo, que no sé por dónde ni cómo oyó el silbo de su pastor, que no fué por los oídos, que no se oye nada, mas siéntese notablemente un encogimiento suave al interior, como verá quien pase por ello, que yo no lo sé aclarar mejor; paréceme que he leído, que como un erizo o tortuga, cuando se retiran hacia sí; y debíalo de entender bien quien lo escribió; mas éstos, ellos se entran cuando quieren; acá no está en nuestro querer, sino cuando Dios nos quiere hacer esta merced. Tengo para mí, que cuando Su Majestad la hace, es a personas que van ya dando de mano a las cosas del mundo; no digo que sea por obra los que tienen estado, que no pueden, sino por el deseo, pues los llama particularmente para que estén atentos a las interiores; y ansí creo que si queremos dar lugar a Su Majestad, que no dará sólo esto a quien comienza a llamar para más.

Alábele mucho quien esto entendiere en sí. porque es muy mucha razón que conozca la merced; y hacimiento de gracias por ella hará, que se disponga para otras mayores. Y es dispusición para poder escuchar, como se aconseja en algunos libros, que procuren no discurrir, sino estarse atentos a ver qué obra el Señor en el alma; que si Su Majestad no ha comenzado a embebernos, no puedo acabar de entender cómo se pueda detener el pensamiento, de manera que no haga más daño, que provecho, anque ha sido contienda bien platicada entre algunas personas espirituales; y de mí confieso mi poca humildad, que nunca me han dado razón, para que yo me rinda a lo que dicen. Uno me alegó con cierto libro del santo fray Pedro de Alcántara, que yo creo lo es, a quien yo

me rindiera, porque sé que lo sabía; y leímoslo, y dice lo mesmo que yo, anque no por estas palabras, mas entiéndese en lo que dice, que ha de estar ya despierto el amor. Ya puede ser que yo me engañe, mas voy por estas razones:

La primera, que en esta obra de espíritu, quien menos piensa y quiere hacer, hace más; lo que habemos de hacer, es pedir como pobres necesitados delante de un grande y rico emperador, y luego bajar los ojos, y esperar con humildad; cuando por sus secretos caminos parece que entendemos que nos oye, entonces es bien callar, pues nos ha dejado estar cerca dél, y no será malo procurar no obrar con el entendimiento, si podemos digo; mas si este Rey an no entendemos que nos ha oído, ni nos ve, no nos hemos de estar bobos; que lo queda harto el alma cuando ha procurado esto; y queda mucho más seca, y por ventura más inquieta la imaginacion, con la fuerza que se ha hecho a no pensar nada; sino que quiere el Señor, que le pidamos, y consideremos estar en su presencia, que Él sabe lo que nos cumple. Yo no puedo persuadirme a industrias humanas en cosas que parece puso Su Majestad límite, y las quiso dejar para Sí; lo que no dejó otras muchas que podemos con su ayuda, ansí de penitencias, como de obras, como de oración, hasta a donde puede nuestra miseria.

La segunda razón es, que estas obras interiores son todas suaves y pacíficas; y hacer cosa penosa, antes daña que aprovecha; llamo penosa, cualquier fuerza que nos queramos hacer, como sería pena detener el huelgo: sino dejarse el alma en las manos de Dios, haga lo que quisiere de ella, con el mayor descuido de su provecho que pudiere, y mayor resinación a la voluntad de Dios.

La tercera es, que el mesmo cuidado que se pone en no pensar nada, quizá despertará el pensamiento a pensar mucho.

La cuarta es, que lo más sustancial y agradable a Dios, es que nos acordemos de su honra y gloria, y nos olvidemos de nosotros mesmos, y de nuestro provecho y regalo y gusto. Pues como está olvidado de sí, el que con mucho cuidado está, que no se osa bullir, ni an deja a su entendimiento y deseos que se bullan, a desear la mayor gloria de Dios, ni que se huelgue de la que tiene, cuando Su Majestad quiere que el entendimiento cese, ocúpale por otra manera, y da una luz en el conocimiento, tan sobre la que podemos alcanzar, que le hace quedar absorto, y entonces, sin saber cómo, queda muy mejor enseñado, que no con todas nuestras diligencias para echarle más a perder; que pues Dios nos dió las potencias para que con ellas trabajásemos, y se tiene todo su premio, no hay para qué las encantar, sino dejarlas hacer su oficio, hasta que Dios las ponga en otro mayor.

Lo que entiendo, que más conviene que ha de hacer el alma, que ha querido el Señor meter a esta Morada, es lo dicho, y que sin ninguna fuerza ni ruido procure atajar el discurrir del entendimiento, mas no el suspenderle, ni el pensamiento, sino que es bien que se acuerde, que está delante de Dios, y quién es este Dios. Si lo mesmo que siente en sí le embebiere, enhorabuena; mas no procure entender lo que es, porque es dado a la voluntad; déjela gozar sin ninguna industria más de algunas palabras amorosas, que anque no procuremos aquí estar sin pensar nada, se está muchas veces, anque muy breve tiempo.

Mas, como dije en otra parte, la causa por que en esta manera de oración (digo en la que comencé esta Morada, que he metido la de recogimiento con esta que había de decir primero, y es muy menos que la de los gustos que he dicho de Dios; sino que es principio para venir a ella; que en la del recogimiento no se ha de dejar la meditación, ni la obra del entendimiento en esta fuente manantial, que no viene por arcaduces) él se comide, u le hace

comedir ver que no entiende lo que quiere, y ansí anda de un cabo a otro como tonto, que en nada hace asiento. La voluntad le tiene tan grande en su Dios, que la da gran pesadumbre su bullicio; y ansí no ha menester hacer caso de él, que la hará perder mucho de lo que goza, sino dejarle y dejarse a sí en los brazos del amor; que Su Majestad la enseñará lo que ha de hacer en aquel punto, que casi todo es hallarse indina de tanto bien, y emplearse en hacimiento de gracias.

Por tratar de la oración de recogimiento, dejé los efectos u señales que tienen las almas a quien Dios Nuestro Señor da esta oración. Ansí como se entiende claro un dilatamiento u ensanchamiento en el alma, a manera de como si el agua que mana de una fuente no tuviese corriente, sino que la mesma fuente estuviese labrada de una cosa, que mientra más agua manase, más grande se hiciese el edificio; ansí parece en esta oración, y otras muchas maravillas, que hace Dios en el alma, que la habilita y va dispuniendo, para que quepa todo en ella. Ansí esta suavidad y ensanchamiento interior se ve en el que le queda, para no estar tan atada como antes, en las cosas del servicio de Dios, sino con mucha más anchura; ansí en no se apretar con el temor del infierno, porque anque le queda mayor de no ofender a Dios, el servil piérdese aquí: queda con gran confianza que le ha de gozar. El que solía tener, para hacer penitencia, de perder la salud, ya le parece que todo lo podrá en Dios; tiene más deseos de hacerla que hasta allí. El temor que solía tener a los trabajos, ya va más templado, porque está más viva la fe; y entiende que, si los pasa por Dios, Su Majestad le dará gracia, para que los sufra con paciencia; y an algunas veces los desea, porque queda también una gran voluntad de hacer algo por Dios. Como va más conociendo su grandeza tiénese ya por más miserable; como ha probado ya los gustos de Dios, ve que es una

basura lo del mundo; vase poco a poco apartando de ellos, y es más señora de sí para hacerlo.

En fin, en todas las virtudes queda mejorada, y no dejará de ir creciendo, si no torna atrás ya a hacer ofensas de Dios, porque entonces todo se pierde, por subida que esté un alma en la cumbre. Tampoco se entiende, que de una vez u dos que Dios haga esta merced a un alma, quedan todas éstas hechas, si no va perseverando en recibirlas, que en esta perseveranza está todo nuestro bien.

De una cosa aviso mucho a quien se viere en este estado, que se guarde muy mucho de ponerse en ocasiones de ofender a Dios, porque aquí no está an el alma criada, sino como un niño que comienza a mamar, que si se aparta de los pechos de su madre, ¿qué se puede esperar de él sino la muerte? Yo he mucho temor que a quien Dios hubiere hecho esta merced, y se apartare de la oración, que será ansí, si no es con grandísima ocasión, u si no retorna presto a ella, porque irá de mal en peor.

Yo sé que hay mucho que temer en este caso, y conozco algunas personas, que me tienen harto lastimada, y he visto lo que digo, por haberse apartado de quien con tanto amor se le quería dar por amigo, y mostrárselo por obras. Aviso tanto que no se pongan en ocasiones, porque pone mucho el demonio más por un alma de éstas, que por muy muchas a quien el Señor no haga estas mercedes; porque le pueden hacer gran daño con llevar otras consigo, y hacer gran provecho, podría ser, en la Ilesia de Dios. Y anque no haya otra cosa, sino ver el que Su Majestad las muestra amor particular, basta para que él se deshaga porque se pierdan; y ansí son muy combatidas, y an mucho más perdidas que otras, si se pierden.

Vosotras, hermanas, libres estáis de estos peligros, lo que podemos entender; de soberbia y vanagloria os libre Dios; y de que el demonio quiera contrahacer estas mer-

cedes, conocerse ha en que no hará estos efectos, sino todo al revés. De un peligro os quiero avisar, anque os lo he dicho en otra parte; en que he visto caer a personas de oración, en especial mujeres, que como somos más flacas, ha más lugar para lo que voy a decir; y es, que algunas, de la mucha penitencia y oración y vigilias, y an sin esto, sonse flacas de complesión: en tiniendo algún regalo, sujétales el natural, y como sienten contento alguno interior, y caimiento en lo esterior, y una flaquedá cuando hay un sueño que llaman espiritual, que es un poco más de lo que queda dicho, parecerles que es lo uno como lo otro, y déjanse embebecer; y mientras más se dejan, se embebecen más, porque se enflaquece más el natural, y en su seso les parece arrobamiento; y llámole yo abobamiento, que no es otra cosa más de estar perdiendo tiempo allí, y gastando su salud.

A una persona le acaecía estar ocho horas, que ni están sin sentido, ni sienten cosa de Dios; con dormir y comer y no hacer tanta penitencia, se le quitó a esta persona; porque hubo quien la entendiese, que a su confesor traía engañado, y a otras personas, y a sí mesma; que ella no quería engañar. Bien creo que haría el demonio alguna diligencia, para sacar alguna ganancia, y no comenzaba a sacar poca. Hase de entender, que cuando es cosa verdaderamente de Dios, que anque hay caimiento interior y esterior, que no le hay en el alma, que tiene grandes sentimientos de verse tan cerca de Dios, ni tampoco dura tanto, sino muy poco espacio. Bien que se torna a embebecer, y en esta oración, si no es flaqueza, como he dicho, no llega a tanto que derrueque el cuerpo, ni haga nengún sentimiento esterior en él.

Por eso tengan aviso, que cuando sintieren esto en sí, lo digan a la perlada, y diviértanse lo que pudieren, y hágalas no tener horas tantas de oración, sino muy poco, y procure que duerman bien y coman, hasta que se les

vaya tornando la fuerza natural, si se perdió por aquí. Si es de tan flaco natural, que no le baste esto, créanme que no la quiere Dios, sino para la vida ativa, que de todo ha de haber en los monesterios; ocúpenla en oficios, y siempre se tenga cuenta que no tenga mucha soledad, porque verná a perder del todo la salud. Harta mortificación será para ella; aquí quiere probar el Señor el amor que le tiene, en cómo lleva esta ausencia, y será servido de tornarle la fuerza después de algún tiempo, y si no, con oración vocal ganará, y con obedecer, y merecerá lo que había de merecer por aquí, y por ventura más.

También podría haber algunas de tan flaca cabeza y imaginación, como yo las he conocido, que todo lo que piensan les parece que lo ven; es harto peligroso; porque quizá se tratará de ello adelante, no más aquí; que me he alargado mucho en esta Morada, porque es en la que más almas creo entran: y como es también natural junto con lo sobrenatural, puede el demonio hacer más daño; que en las que están por decir, no le da el Señor tanto lugar. Sea por siempre alabado, amén.

MORADAS QUINTAS

CAPÍTULO PRIMERO

¡Oh, hermanas!, ¿cómo os podría yo decir la riqueza y tesoros y deleites, que hay en las quintas Moradas? Creo fuera mejor no decir nada de las que faltan, pues no se ha de saber decir, ni el entendimiento lo sabe entender, ni las comparaciones pueden servir de declararlo, porque son muy bajas las cosas de la tierra para este fin. Enviá, Señor mío, del cielo luz, para que yo pueda dar alguna a estas vuestras siervas; pues sois servido de que gocen algunas de ellas tan ordinariamente de estos gozos, porque no sean engañadas, transfigurándose el demonio en ángel de luz, pues todos sus deseos se emplean en desear contentaros.

Y aunque dije algunas, bien pocas hay que entren en esta Morada que ahora diré. Hay más y menos, y a esta causa digo, que son las más las que entran en ellas. En algunas cosas de las que aquí diré, que hay en este aposento, bien creo que son pocas; mas anque no sea sino llegar a la puerta, es harta misericordia la que las hace Dios; porque puesto que son muchos los llamados, pocos son los escogidos. Ansí digo ahora, que anque todas las que traemos este hábito sagrado del Carmen, somos llamadas a la oración y contemplación, porque este fué nuestro principio, desta casta venimos, de aquellos santos

padres nuestros del Monte Carmelo, que en tan gran soledad, y con tanto desprecio del mundo, buscaban este tesoro, esta preciosa margarita de que hablamos, pocas nos disponemos para que nos la descubra el Señor.

Porque cuanto a lo esterior vamos bien, para llegar a lo que es menester en las virtudes; para llegar aquí, hemos menester mucho, mucho, y no nos descuidar poco ni mucho; por eso, hermanas mías, alto a pedir al Señor, que pues en alguna manera podemos gozar del cielo en la tierra, que nos dé su favor, para que no quede por nuestra culpa, y nos muestre el camino, y dé fuerzas en el alma, para cavar hasta hallar a este tesoro escondido, pues es verdad, que le hay en nosotras mesmas: que esto querría yo dar a entender, si el Señor es servido que sepa. Dije «fuerzas en el alma», porque entendáis que no hacen falta las del cuerpo a quien Dios Nuestro Señor no las da; no imposibilita a ninguno para comprar sus riquezas; con que dé cada uno lo que tuviere, se contenta. Bendito sea tan gran Dios.

Mas mirá, hijas, que para esto que tratamos, no quiere que os quedéis con nada; poco u mucho, todo lo quiere para sí, y conforme a lo que entendierdes (1) de vos que habéis dado, se os harán mayores u menores mercedes. No hay mejor prueba para entender si llega a unión, u si no, nuestra oración. No penséis que es cosa soñada, como la pasada; digo soñada, porque ansí parece está el alma como adormizada, que ni bien parece está dormida, ni se siente dispierta. Aquí con estar todas dormidas, y bien dormidas, a las cosas del mundo y a nosotras mesmas (porque en hecho de verdad, se queda como sin sentido aquello poco que dura, que ni hay poder pensar anque quieran), aquí no es menester con artificio suspen-

(1) *entendierdes* = entendiéreis, sincopa de la forma plena *entendiëredes;* casos análogos *quisierdes, cayerdes, vierdes, fuerdes,* etc.

der el pensamiento hasta el amar; si lo hace, no entiende cómo, ni qué es lo que ama, ni qué querría, en fin, como quien de todo punto ha muerto al mundo, para vivir más en Dios; que ansí es una muerte sabrosa, un arrancamiento del alma de todas las operaciones que puede tener, estando en el cuerpo: deleitosa porque anque de verdad parece se aparta el alma de él, para mejor estar en Dios; de manera, que an no sé yo si le queda vida para resolgar (1). Ahora lo estaba pensando, y paréceme que no; al menos, si lo hace, no se entiende si lo hace.

Todo su entendimiento se querría emplear en entender algo de lo que siente, y como no llegan sus fuerzas a esto, quédase espantado, de manera que, si no se pierde del todo, no menea pie ni mano, como acá decimos de una persona, que está tan desmayada, que nos parece está muerta. ¡Oh, secretos de Dios! Que no me hartaría de procurar dar a entenderlos, si pensase acertar en algo, y ansí diré mil desatinos, por si alguna vez atinase, para que alabemos mucho a el Señor.

Dije que no era cosa soñada, porque en la Morada que queda dicha, hasta que la espiriencia es mucha, queda el alma dudosa de qué fué aquello, si se le antojó, si estaba dormida, si fué dado de Dios, si se trasfiguró el demonio en ángel de luz. Queda con mil sospechas, y es bien que las tenga, porque como dije, an el mesmo natural nos puede engañar allí alguna vez; porque anque no hay tanto lugar para entrar las cosas emponzoñosas, unas lagartijillas sí, que como son agudas, por doquiera se meten; y anque no hacen daño, en especial si no hacen caso de ellas, como dije, porque son pensamentillos que proceden de la imaginación, y de lo que queda dicho, importunan muchas veces. Aquí, por agudas que son las lagartijas, no pueden entrar en esta Morada; porque ni

(1) *resolgar* = respirar. *Dicc. Acad.*

hay imaginación ni memoria ni entendimiento que pueda impedir este bien.

Y osaré afirmar, que si verdaderamente es unión de Dios, que no puede entrar el demonio, ni hacer ningún daño; porque está Su Majestad tan junto y unido con la esencia del alma, que no osará llegar, ni an debe de entender este secreto. Y está claro; pues dicen, que no entiende nuestro pensamiento, menos entenderá cosa tan secreta, que an no la fía Dios de nuestro pensamiento. ¡Oh, gran bien! ¡Estado a donde este maldito no nos hace mal! Ansí queda el alma con tan grandes ganancias, por obrar Dios en ella, sin que nadie le estorbe, ni nosotros mesmos. ¿Qué no dará quien es tan amigo de dar, y puede dar todo lo que quiere?

Parece que os dejo confusas en decir si es unión de Dios, y que hay otras uniones. ¡Y cómo si las hay! Anque sean en cosas vanas, cuando se aman mucho, también las trasportará el demonio, mas no con la manera que Dios, ni con el deleite y satisfación del alma y paz y gozo. Es sobre todos los gozos de la tierra, y sobre todos los deleites, y sobre todos los contentos, y más, que no tiene que ver a donde se engendran estos contentos, u los de la tierra, que es muy diferente su sentir, como lo ternéis espirimentado. Dije yo una vez, que es como si fuesen en esta grosería del cuerpo, u en los tuétanos, y atiné bien, que no sé cómo lo decir mejor.

Paréceme, que an no os veo satisfechas, porque os parecerá que os podéis engañar, que esto interior es cosa recia de esaminar; y anque para quien ha pasado por ello basta lo dicho, porque es grande la diferencia, quiéroos decir una señal clara, por donde no os podréis engañar, ni dudar si fué de Dios, que Su Majestad me la ha traído hoy a la memoria, y a mi parecer, es la cierta.

Siempre en cosas dificultosas, anque me parece que lo entiendo y que digo verdad, voy con este lenguaje de que

«me parece», porque si me engañare, estoy muy aparejada a creer lo que dijeren los que tienen letras muchas. Porque anque no hayan pasado por estas cosas, tienen un no sé qué grandes letrados, que como Dios los tiene para luz de su Ilesia, cuando es una verdad, dásela para que se admita, y si no son derramados, sino siervos de Dios, nunca se espantan de sus grandezas, que tienen bien entendido que puede mucho más y más. Y en fin, anque algunas cosas no stán (1) declaradas, otras deben hallar escritas, por donde ven que pueden pasar éstas. De esto tengo grandísima espiriencia, y también la tengo de unos medio letrados espantadizos, porque me cuestan muy caro; al menos creo, que quien no creyere que puede Dios mucho más, y que ha tenido por bien, y tiene algunas veces comunicarlo a sus criaturas, que tiene bien cerrada la puerta para recibirlas.

Por eso, hermanas, nunca os acaezca, sino creer de Dios mucho más y más, y no pongáis los ojos en si son ruines u buenos a quien las hace, que Su Majestad lo sabe, como os lo he dicho; no hay para qué nos meter en esto, sino con simpleza de corazón y humildad servir a Su Majestad, y alabarle por sus obras y maravillas.

Pues tornando a la señal que digo es la verdadera: ya veis esta alma que la ha hecho Dios boba del todo para imprimir mejor en ella la sabiduría, que ni ve ni oye ni entiende en el tiempo que está ansí, que siempre es breve, y an harto más breve le parece a ella de lo que debe de ser. Fija Dios a sí mesmo en lo interior de aquel alma de manera, que cuando torna en sí, en ninguna manera pueda dudar que estuvo en Dios, y Dios en ella; con tanta firmeza le queda esta verdad, que anque pase años sin tornarle Dios a hacer aquella merced, ni se le olvida, ni puede dudar que estuvo; an dejemos por los efetos con

(1) *no stan* no están.

que pueda, pues éstos diré después; esto es lo que hace mucho al caso.

Pues diréisme, ¿cómo lo vió u cómo lo entendió, si no ve ni entiende? No digo que lo vió entonces, sino que lo ve después claro; y no porque es visión, sino una certidumbre que queda en el alma, que sólo Dios la puede poner. Yo sé de una persona, que no había llegado a su noticia, que estaba Dios en todas las cosas por presencia y potencia y esencia, y de una merced que le hizo Dios de esta suerte, lo vino a creer de manera, que anque un medio letrado, de los que tengo dichos a quien preguntó cómo estaba Dios en nosotros (él lo sabía tan poco como ella antes que Dios se lo diese a entender), le dijo que no estaba más de por gracia, ella tenía ya tan fija la verdad que no le creyó, y preguntólo a otros que le dijeron la verdad, con que se consoló mucho. No os habéis de engañar pareciéndoos que esta certidumbre queda en forma corporal, como el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo está en el Santísimo Sacramento, anque no le vemos; porque acá no queda ansí, sino de sola la Divinidad.

¿Pues cómo lo que no vimos, se nos queda con esa certidumbre? Eso no lo sé yo, son obras suyas, mas sé que digo verdad, y quien no quedare con esta certidumbre, no diría yo que es unión de toda el alma con Dios, sino de alguna potencia y otras muchas maneras de mercedes que hace Dios a el alma. Hemos de dejar en todas estas cosas de buscar razones para ver cómo fué; pues no llega nuestro entendimiento a entenderlo, ¿para qué nos queremos desvanecer? Basta ver que es todo poderoso el que lo hace; y pues no somos ninguna parte, por diligencias que hagamos para alcanzarlo, sino que es Dios el que lo hace, no lo queramos ser para entenderlo.

Ahora me acuerdo sobre esto que digo, de que no somos parte, de lo que habéis oído, que dice la Esposa en los «*Cantares*».—*Llevóme el rey a la bodega del vino* (u

metióme, creo que dice). Y no dice que ella se fué. Y dice también que andaba buscando a su Amado, por una parte y por otra. Esta entiendo yo es la bodega donde nos quiere meter el Señor, cuando quiere y como quiere, mas por diligencias que nosotros hagamos, no podemos entrar; Su Majestad nos ha de meter y entrar en el centro de nuestra alma, y para mostrar sus maravillas mejor, no quiere que tengamos en ésta más parte de la voluntad, que del todo se le ha rendido, ni que se le abra la puerta de las potencias y sentidos, que todos están dormidos; sino entrar en el centro del alma sin ninguna, como entró a sus discípulos, cuando dijo: *Pax vobis*, y salió del sepulcro sin levantar la piedra.

Adelante veréis cómo Su Majestad quiere que le goce el alma en su mesmo centro, an más que aquí mucho en la postrera Morada. ¡Oh, hijas, qué mucho veremos si no queremos ver más de nuestra bajeza y miseria y entender que no somos dinas de ser siervas de un Señor tan grande, que no podemos alcanzar sus maravillas! Sea por siempre alabado, amén.

CAPÍTULO SEGUNDO

Pareceros ha, que ya está todo dicho lo que hay que ver en esta Morada, y falta mucho, porque como dije, hay más y menos. Cuanto a lo que es unión, no creo saber decir más; mas cuando el alma, a quien Dios hace estas mercedes, se dispone, hay muchas cosas que decir, de lo que el Señor obra en ellas; algunas diré, y de la manera que queda. Para darlo mejor a entender, me quiero aprovechar de una comparación que es buena para este fin; y también para que veamos cómo, anque en esta obra que hace el Señor no podemos hacer nada más, para que Su

Majestad nos haga esta merced, podemos hacer mucho dispuniéndonos.

Ya habréis oído sus maravillas en cómo se cría la seda, que sólo Él pudo hacer semejante invención, y cómo de una simiente, que es a manera de granos de pimienta pequeños (que yo nunca la he visto, sino oído, y ansí si algo fuere torcido, no es mía la culpa), con el calor, en comenzando a haber hoja en los morares, comienza esta simiente a vivir, que hasta que haya este mantenimiento de que se sustenta, se está muerta; y con hojas de morar se crían, hasta que después de grandes, les ponen unas ramillas, y allí con las boquillas van de sí mesmos hilando la seda, y hacen unos capullos muy apretados, a donde se encierran; y acaba este gusano, que es grande y feo, y sale del mesmo capucho una mariposica blanca muy graciosa. Mas si esto no se viese sino que nos lo contaran de otros tiempos, ¿quién lo pudiera creer? ¿Ni con qué razones pudiéramos sacar, que una cosa tan sin razón como es un gusano, y una abeja, sean tan diligentes en trabajar para nuestro provecho, y con tanta industria, y el pobre gusanillo pierda la vida en la demanda? Para un rato de meditación basta esto, hermanas, anque no os diga más, que en ello podéis considerar las maravillas y sabiduría de nuestro Dios.

¿Pues qué será si supiésemos la propiedad de todas las cosas? De gran provecho es ocuparnos en pensar estas grandezas, y regalarnos en ser esposas de Rey tan sabio y poderoso. Tornemos a lo que decía. Entonces comienza a tener vida este gusano, cuando con la calor del Espíritu Santo se comienza a aprovechar del ausilio general que a todos nos da Dios, y cuando comienza a aprovecharse de los remedios que dejó en su Ilesia, ansí de acontinuar las confesiones, como con buenas liciones y sermones, que es el remedio que un alma, que está muerta en su descuido y pecados y metida en ocasiones,

puede tener. Entonces comienza a vivir, y vase sustentando en esto y en buenas meditaciones, hasta que está crecida, que es lo que a mí me hace al caso, que estotro poco importa.

Pues crecido este gusano, que es lo que en los principios queda dicho, de esto que he escrito, comienza a labrar la seda, y edificar la casa a donde ha de morir. Esta casa querria dar a entender aquí, que es Cristo. En una parte me parece he leído u oído, que nuestra vida está ascondida en Cristo, u en Dios, que todo es uno, u que nuestra vida es Cristo. En que esto sea o no, poco va para mi propósito.

¡Pues veis aquí, hijas, lo que podemos con el favor de Dios hacer! ¡que Su Majestad mesmo sea nuestra morada, como lo es en esta oración de unión, labrándola nosotras! Parece que quiero decir, que podemos quitar y poner en Dios, pues digo que Él es la morada, y la podemos nosotros fabricar para meternos en ella. Y ¡cómo si podemos no quitar de Dios, ni poner, sino quitar de nosotros, y poner como hacen estos gusanitos! que no habremos acabado de hacer en esto todo lo que podemos, cuando este trabajillo, que no es nada, junte Dios con su grandeza, y le dé tan gran valor, que el mesmo Señor sea el premio de esta obra Y ansí como ha sido el que ha puesto la mayor costa, ansí quiere juntar nuestros trabajillos con los grandes que padeció Su Majestad, y que todo sea una cosa.

Pues ea, hijas mías, priesa a hacer esta labor y tejer este capuchillo, quitando nuestro amor propio y nuestra voluntad, el estar asidas a ninguna cosa de la tierra, puniendo obras de penitencia, oración, mortificación, obediencia, todo lo demás que sabéis; que ansí obrásemos como sabemos, y somos enseñadas de lo que hemos de hacer. Muera, muera este gusano, como lo hace en acabando de hacer para lo que fué criado, y veréis como ve-

mos a Dios, y nos vemos tan metidas en su grandeza, como lo está este gusanillo en este capucho. Mirá que digo ver a Dios, como dejo dicho que se da a sentir en esta manera de unión.

Pues veamos qué se hace este gusano, que es para lo que he dicho todo lo demás; que cuando está en esta oración, bien muerto está a el mundo, sale una mariposita blanca. ¡Oh, grandeza de Dios, y cuál sale un alma de aquí, de haber estado un poquito metida en la grandeza de Dios, y tan junta con Él, que a mi parecer nunca llega a media hora! Yo os digo de verdad, que la mesma alma no se conoce a sí; porque, mirá la diferencia que hay de un gusano feo, a una mariposita blanca, que la mesma hay acá. No sabe de dónde pudo merecer tanto bien; de dónde le pudo venir, quise decir, que bien sabe que no le merece; vese con un deseo de alabar a el Señor, que se querría deshacer, y de morir por Él mil muertes. Luego le comienza a tener de padecer grandes trabajos, sin poder hacer otra cosa. Los deseos de penitencia grandísimos, el de soledad, el de que todos conociesen a Dios; y de aquí le viene una pena grande de ver que es ofendido.

Y anque en la Morada que viene se tratará más destas cosas en particular, porque anque casi lo que hay en esta Morada y en la que viene después, es todo uno, es muy diferente la fuerza de los efetos; porque, como he dicho, si después que Dios llega a un alma aquí, se esfuerza a ir adelante, verá grandes cosas. ¡Oh, pues ver el desasosiego de esta mariposita, con no haber estado más quieta y sosegada en su vida! es cosa para alabar a Dios, y es que no sabe a dónde posar, y hacer su asiento, que como le ha tenido tal, todo lo que ve en la tierra le descontenta, en especial cuando son muchas las veces que la da Dios de este vino; casi de cada una queda con nuevas ganancias. Ya no tiene en nada las obras que hacía siendo gusano, que era poco a poco tejer el capucho; hanle

nacido alas, ¿cómo se ha de contentar, pudiendo volar, de andar paso a paso?

Todo se le hace poco cuanto puede hacer por Dios, según son sus deseos. No tiene en mucho lo que pasaron los santos, entendiendo ya por espiriencia cómo ayuda el Señor, y transforma un alma, que no parece ella, ni su figura; porque la flaqueza que antes le parecía tener para hacer penitencia, ya la halla fuerte, el atamiento con deudos u amigos u hacienda, que ni le bastaban atos, ni determinaciones, ni quererse apartar, que entonces le parecía se hallaba más junta, ya se ve de manera, que le pesa estar obligada, a lo que para no ir contra Dios, es menester hacer. Todo le cansa, porque ha probado, que el verdadero descanso no le pueden dar las criaturas.

Parece que me alargo, y mucho más podría decir, y a quien Dios hubiere hecho esta merced verá que quedo corta, y ansí no hay que espantar que esta mariposilla busque asiento de nuevo, ansí como se halla nueva de las cosas de la tierra. ¿Pues a dónde irá la pobrecica? que tornar a donde salió no puede, que como está dicho, no es en nuestra mano, anque más hagamos, hasta que es Dios servido de tornarnos a hacer esta merced. ¡Oh, Señor, y qué nuevos trabajos comienzan a esta alma! ¿Quién dijera tal, después de merced tan subida? En fin, fin, de una manera u de otra ha de haber cruz mientras vivimos. Y quien dijere, que después que llegó aquí siempre está con descanso y regalo, diría yo que nunca llegó sino que por ventura fué algún gusto, si entró en la Morada pasada, y ayudado de flaqueza natural, y an, por ventura, del demonio, que le da paz para hacerle después mucha mayor guerra. No quiero decir que no tienen paz los que llegan aquí, que sí tienen y muy grande, porque los mesmos trabajos son de tanto valor y de tan buena raíz que, con serlo muy grandes, de ellos mesmos sale la paz y el contento.

Del mesmo descontento que dan las cosas del mundo, nace un deseo de salir dél, tan penoso, que si algún alivio tiene, es pensar que quiere Dios viva en este destierro, y an no basta, porque an el alma, con todas estas ganancias, no está tan rendida en la voluntad de Dios, como se verá adelante, aunque no deja de conformarse, mas es con un gran sentimiento, que no puede más, porque no le han dado más y con muchas lágrimas; cada vez que tiene oración es esta su pena. En alguna manera, quizá procede de la muy grande que le da de ver que es ofendido Dios, y poco estimado en este mundo, y de las muchas almas que se pierden, ansí de herejes como de moros; anque las que más la lastiman son las de cristianos que anque ve es grande la misericordia de Dios, que por mal que vivan se pueden enmendar y salvarse, teme que se condenan muchos.

¡Oh, grandeza de Dios, qué pocos años antes estaba esta alma, y an quizá días que no se acordaba sino de sí! ¿Quién la ha metido en tan penosos cuidados? Que anque queramos tener muchos años de meditación tan penosamente como ahora esta alma lo siente, no lo podremos sentir.

Pues válame Dios, si muchos días y años yo me procuro ejercitar en el gran mal que es ser Dios ofendido, y pensar que éstos que se condenan son hijos suyos y hermanos míos, y los peligros en que vivimos, cuan bien nos estará salir de esta miserable vida, no bastará. Que no, hijas, no es la pena que se siente aquí, como las de acá; que eso bien podríamos, con el favor del Señor, tenerla, pensando mucho esto, mas no llega a lo íntimo de las entrañas, como aquí, que parece desmenuza un alma y la muele, sin procurarlo ella, y an a veces sin quererlo.

¿Pues qué es esto? ¿De dónde procede? Yo os lo diré. ¿No habéis oído, que ya aquí lo he dicho otra vez, anque no a este propósito de la Esposa, que la metió Dios a la

bodega del vino, y ordenó en ella la caridad? Pues esto es, que como aquel alma ya se entrega en sus manos, y el gran amor la tiene tan rendida, que no sabe ni quiere más de que haga Dios lo que quisiere de ella. Que jamás hará Dios, a lo que yo pienso, esta merced, sino a alma que ya toma muy por suya; quiere que sin que ella entienda cómo, salga de allí sellada con su sello; porque verdaderamente el alma allí no hace más que la cera cuando imprime otro el sello, que la cera no se le imprime a sí; sólo está dispuesta, digo blanda, y an para esta dispusición tampoco se ablanda ella, sino que se está queda y lo consiente. ¡Oh, bondad de Dios, que todo ha de ser a vuestra costa! Sólo queréis nuestra voluntad, y que no haya impedimento en la cera.

Pues veis aquí, hermanas, lo que nuestro Dios hace aquí, para que esta alma ya se conozca por suya: da de lo que tiene, que es lo que tuvo su Hijo en esta vida: no nos puede hacer mayor merced. ¿Quién más debía querer salir desta vida? Y ansí lo dijo Su Majestad en la Cena:—Con deseo he deseado.—¿Pues cómo, Señor, no se os puso delante la trabajosa muerte que habéis de morir, tan penosa y espantosa?—No, porque el grande amor que tengo y deseo de que se salven las almas, sobrepujan sin comparación a esas penas; y las muy grandísimas que he padecido y padezco, después que estoy en el mundo, son bastantes para no tener esas en nada en su comparación.

Es ansí que muchas veces he considerado en esto, y sabiendo yo el tormento que pasa y ha pasado cierta alma que conozco, de ver ofender a nuestro Señor, tan insufridero que se quisiera mucho más morir que sufrirlo, y pensando si un alma con tan poquísima caridad comparada a la de Cristo, que se puede decir casi nenguna en esta comparación, sentía este tormento tan insufridero, ¿qué sería el sentimiento de nuestro Señor Jesucristo, y qué

vida debía pasar, pues todas las cosas le eran presentes, y estaba siempre viendo las grandes ofensas que se hacían a su Padre?

Sin duda creo yo que fueron muy mayores que las de su sacratísima Pasión; porque entonces ya vía el fin de estos trabajos, y con esto, y con el contento de ver nuestro remedio con su muerte, y demostrar el amor que tenía a su Padre en padecer tanto por Él, moderaría los dolores, como acaece acá a los que con fuerza de amor hacen grandes penitencias: que no las sienten casi, antes querrían hacer más y más, y todo se le hace poco. ¿Pues qué sería a Su Majestad, viéndose en tan gran ocasión, para mostrar a su Padre cuán cumplidamente cumplía el obedecerle, y con el amor del prójimo? ¡Oh, gran deleite padecer en hacer la voluntad de Dios! Mas en ver tan contino tantas ofensas a Su Majestad hechas, y ir tantas almas al infierno, téngolo por cosa tan recia, que creo, si no fuera más de hombre, un día de aquella pena bastaba para acabar muchas vidas, cuanto más una.

CAPÍTULO TERCERO

Pues tornemos a nuestra palomica, y veamos algo de lo que Dios da en este estado. Siempre se entiende, que ha de procurar ir adelante en el servicio de Nuestro Señor y en el conocimiento propio; que si no hace más de recibir esta merced, y como cosa ya segura descuidarse en su vida y torcer el camino del cielo, que son los mandamientos, acaecerle ha lo que a la que sale del gusano, que echa la simiente para que produzgan otras, y ella queda muerta para siempre. Digo que echa la simiente, porque tengo para mí que quiere Dios que no sea dada en balde una merced tan grande, sino que ya que no se aprovecha de ella para sí, aproveche a otros. Porque

como queda con estos deseos y virtudes dichas, el tiempo que dura en el bien, siempre hace provecho a otras almas, y de su calor les pega calor; y an cuando le tienen ya perdido, acaece quedar con esa gana de que se aprovechen otras, y gusta de dar a entender las mercedes que Dios hace a quien le ama y sirve.

Yo he conocido persona que le acaecía ansí, que estando muy perdida gustaba de que se aprovechasen otras con las mercedes que Dios le había hecho, y mostrarles el camino de oración a las que no lo entendían, y hizo harto provecho, harto. Después la tornó el Señor a dar la luz. Verdad es, que an no tenía los efetos que quedan dichos. Mas ¿cuántos debe haber que los llama el Señor a el apostolado, como a Judas, comunicando con ellos y los llaman para hacer reyes, como a Saúl, y después por su culpa se pierden? De donde sacaremos, hermanas, que para ir mereciendo más y más, y no perdiéndonos como éstos, la seguridad que podemos tener es la obediencia, y no torcer de la ley de Dios; digo a quien hiciere semejantes mercedes, y an a todos.

Paréceme que queda algo escura, con cuanto he dicho, esta Morada; pues hay tanta ganancia de entrar en ella, bien será que no parezca quedan sin esperanza a los que el Señor no da cosas tan sobrenaturales; pues la verdadera unión se puede muy bien alcanzar, con el favor de Nuestro Señor, si nosotros nos esforzamos a procurarla, con no tener voluntad, sino atada con lo que fuere la voluntad de Dios.

¡Oh, qué dellos habrá que digamos esto, y nos parezca que no queremos otra cosa, y moriríamos por esta verdad, como creo ya he dicho! Pues yo os digo, y lo diré muchas veces, que cuando lo fuere que habéis alcanzado esta merced del Señor, y ninguna cosa se os dé de estotra unión regalada que queda dicha, que lo que hay de mayor precio en ella es por proceder de ésta que ahora digo,

y por no poder llegar a lo que queda dicho, sino es muy cierta la unión de estar resinada nuestra voluntad en la de Dios. ¡Oh, qué unión ésta para desear! Venturosa el alma que la ha alcanzado, que vivirá en esta vida con descanso, y en la otra también; porque ninguna cosa de los sucesos de la tierra la afligirá si no fuere, si se vee en algún peligro de perder a Dios, u ver si es ofendido, ni enfermedad, ni pobreza, ni muerte, si no fuere de quien ha de hacer falta en la Ilesia de Dios, que ve bien esta alma, que Él sabe mejor lo que hace, que ella lo que desea.

Habéis de notar que hay penas y penas; porque algunas penas hay, producidas de presto de la naturaleza; y contentos lo mesmo, y an de caridad de apiadarse de los prójimos, como hizo Nuestro Señor cuando resucitó a Lázaro, y no quitan éstas el estar unidos con la voluntad de Dios, ni tampoco turban el ánima con una pasión inquieta, desasogada, que dura mucho. Estas penas pasan de presto; que como dije de los gozos en la oración, parece que no llegan a lo hondo del alma, sino a estos sentidos y potencias. Andan por estas moradas pasadas, mas no entran en la que está por decir postrera. Pues para esto es menester lo que queda dicho de suspensión de potencias, que poderoso es el Señor de enriquecer las almas por muchos caminos, y llegarlas a estas Moradas, y no por el atajo que queda dicho.

Mas advertid mucho, hijas, que es necesario que muera el gusano, y más a vuestra costa; porque acullá ayuda mucho para morir el verse en vida tan nueva: acá es menester, que viviendo en ésta le matemos nosotras. Yo os confieso que será a mucho o más trabajo, mas su precio se tiene; ansí será mayor el galardón si salís con vitoria; mas de ser posible no hay que dudar, como lo sea la unión verdaderamente con la voluntad de Dios.

Esta es la unión que toda mi vida he deseado; ésta es la que pido siempre a Nuestro Señor, y la que está más

clara y sigura. Mas ¡ay de nosotros, qué pocos debemos de llegar a ella! anque a quien se guarda de ofender al Señor, y ha entrado en relisión le parezca que todo lo tiene hecho. ¡Oh, que quedan unos gusanos que no se dan a entender, hasta que, como el que royó la yedra a Jonás, nos han roído las virtudes con un amor propio, una propia estimación, un juzgar los prójimos, aunque sea en pocas cosas, una falta de caridad con ellos, no los quiriendo como a nosotros mesmos, que anque arrastrando cumplimos con la obligación para no ser pecado, no llegamos con mucho a lo que ha de ser, para estar del todo unidas con la voluntad de Dios!

¿Qué pensáis, hijas, que es su voluntad? Que seamos del todo perfetas, para ser unos con Él y con el Padre, como Su Majestad le pidió. ¡Mirá qué nos falta para llegar a esto! Yo os digo, que lo estoy escribiendo con harta pena de verme tan lejos, y todo por mi culpa; que no ha menester el Señor hacernos grandes regalos para esto; basta lo que nos ha dado en darnos a su Hijo, que nos enseñase el camino. No penséis que está la cosa en si se muere mi padre u hermano, conformarme tanto con la voluntad de Dios, que no lo sienta, y si hay trabajos y enfermedades, sufrirlos con contento. Bueno es, y a las veces consiste en discreción; porque no podemos más, y hacemos de la necesidad virtud: ¡cuántas cosas de éstas hacían los filósofos, u anque no sea de éstas, de otras, de tener mucho saber! Acá solas estas dos que nos pide el Señor: amor de Su Majestad y del prójimo, es en lo que hemos de trabajar; guardándolas con perfeción hacemos su voluntad, y ansí estaremos unidos con Él. Mas ¡qué lejos estamos de hacer como debemos a tan gran Dios estas dos cosas, como tengo dicho! Plega a Su Majestad nos dé gracia, para que merezcamos llegar a este estado, que en nuestra mano está, si queremos.

La más cierta señal que, a mi parecer, hay de si guar-

damos estas dos cosas, es guardando bien la del amor del prójimo; porque si amamos a Dios no se puede saber, anque hay indicios grandes para entender que le amamos, mas el amor del prójimo sí. Y estad ciertas, que mientras más en éste os vierdes aprovechadas, más lo estáis en el amor de Dios; porque es tan grande el que Su Majestad nos tiene, que en pago del que tenemos a el prójimo, hará que crezca el que tenemos a Su Majestad por mil maneras: en esto yo no puedo dudar. Impórtanos mucho andar con gran advertencia, como andamos en esto, que si es con mucha perfeción, todo lo tenemos hecho; porque creo yo, que según es malo nuestro natural, que si no es naciendo de raíz del amor de Dios, que no llegaremos a tener con perfeción el del prójimo.

Pues tanto nos importa esto, hermanas, procuremos irnos entendiendo en cosas an menudas, y no haciendo caso de unas muy grandes, que ansí por junto vienen en la oración, de parecer que haremos y conteceremos por los prójimos, y por sola un alma que se salve; porque si no vienen después conformes las obras, no hay para qué creer que lo haremos. Ansí digo de la humildad también, y de todas las virtudes; son grandes los ardides del demonio, que por hacernos entender que tenemos una, no la tiniendo, dará mil vueltas al infierno. Y tiene razón, porque es muy dañoso, que nunca estas virtudes fingidas vienen sin alguna vanagloria, como son de tal raíz; ansí como las que da Dios están libres de ella ni de soberbia.

Yo gusto algunas veces de ver unas almas, que cuando están en oración, les parece querrían ser abatidas y públicamente afrontadas por Dios, y después una falta pequeña encubrirían si pudiesen, u que si no la han hecho, y se la cargan, Dios nos libre. Pues mírese mucho quien esto no sufre, para no hacer caso de lo que a solas determinó a su parecer, que en hecho de verdad no fué determinación de la voluntad, que cuando ésta hay verdadera,

es otra cosa, sino alguna imaginación, que en ésta hace el demonio sus saltos y engaños, y a mujeres, u gente sin letras, podrá hacer muchos, porque no sabemos entender las diferencias de potencias y imaginación, y otras mil cosas que hay interiores. ¡Oh, hermanas, cómo se ve claro a donde está de veras el amor del prójimo, en algunas de vosotras, y en las que no está con esta perfeción! Si entendiésedes lo que nos importa esta virtud, no trairíades otro estudio.

Cuando yo veo almas muy diligentes a entender la oración que tienen, y muy encapotadas cuando están en ella, que parece no se osan bullir, ni menear el pensamiento, porque no se les vaya un poquito de gusto y devoción que han tenido, háceme ver cuán poco entienden del camino por donde se alcanza la unión. ¿Y piensan que allí está todo el negocio? Que no, hermanas, no; obras quiere el Señor; y que si ves una enferma a quien puedes dar algún alivio, no se te dé nada de perder esa devoción, y te compadezcas de ella, y si tiene algún dolor, te duela a ti, y si fuere menester lo ayunes porque ella lo coma, no tanto por ella como porque sabes que tu Señor quiere aquello. Esta es la verdadera unión con su voluntad; y que si vieres loar mucho a una persona, te alegres más mucho que si te loasen a ti; esto a la verdad fácil es, que si hay humildad, antes terná pena de verse loar. Mas este alegría de que se entiendan las virtudes de las hermanas es gran cosa, y cuando viéremos alguna falta en alguna, sentirla como si fuera en nosotras y encubrirla.

Mucho he dicho en otras partes de esto, porque veo, hermanas, que si hubiese en ello quiebra, vamos perdidas. Plega el Señor nunca la haya, que como esto sea, yo os digo que no dejéis de alcanzar de Su Majestad la unión que queda dicha. Cuando os vierdes faltas en esto, anque tengáis devoción y regalos, que os parezca habéis llegado ahí, y alguna suspencioncilla en la oración de quie-

tud, que a algunas luego les parece que está todo hecho, creéme, que no habéis llegado a unión, y pedid a Nuestro Señor que os dé con perfeción este amor al prójimo, y dejad hacer a Su Majestad, que Él os dará más que sepáis desear, como vosotras os esforcéis y procuréis, en todo lo que pudierdes, esto, y forzar vuestra voluntad, para que se haga en todo la de las hermanas, anque perdáis de vuestro derecho, y olvidar vuestro bien por el suyo, anque más contradición os haga el natural, y procurar tomar trabajo, por quitarle al prójimo, cuando se ofreciere. No penséis que no ha de costar algo y que os lo habéis de hallar hecho. Mirá lo que costó a nuestro Esposo el amor que nos tuvo, que por librarnos de la muerte, la murió tan penosa, como muerte de cruz.

CAPÍTULO CUARTO

Paréceme que estáis con deseo de ver qué se hace esta palomica, y a dónde asienta, pues queda entendido que no es en gustos espirituales, ni en contentos de la tierra; más alto es su vuelo, y no os puedo satisfacer de este deseo hasta la postrera Morada, y an plega a Dios se me acuerde; u tenga lugar de escribirlo, porque han pasado casi cinco meses desde que lo comencé hasta ahora, y como la cabeza no está para tornarlo a leer, todo debe ir desbaratado, y por ventura dicho algunas cosas dos veces. Como es para mis hermanas, poco va en ello.

Todavía quiero más declararos lo que me parece que es esta oración de unión: conforme a mi ingenio, porné una comparación. Después diremos más desta mariposica, que no para, anque siempre frutifica haciendo bien a sí y

a otras almas, porque no halla su verdadero reposo. Ya ternéis oído muchas veces que se desposa Dios con las almas espiritualmente; ¡bendita sea su misericordia, que tanto se quiere humillar! Y anque sea grosera comparación, yo no hallo otra que más pueda dar a entender lo que pretendo, que el sacramento del matrimonio. Porque anque de diferente manera, porque en esto que tratamos jamás hay cosa que no sea espiritual (esto corpóreo va muy lejos, y los contentos espirituales que da el Señor, y los gustos, al que deben tener los que se desposan, van mil leguas lo uno de lo otro), porque todo es amor con amor, y sus operaciones son limpísimas, y tan delicadísimas y suaves, que no hay cómo se decir; mas sabe el Señor darlas muy bien a sentir.

Paréceme a mí, que la unión an no llega a desposorio espiritual, sino como por acá cuando se han de desposar dos, se trata si son conformes, y que el uno y el otro quieran, y an que se vean, para que más se satisfaga el uno del otro. Ansí acá, prosupuesto que el concierto está ya hecho, y que esta alma está muy bien informada, cuan bien le está, y determinada a hacer en todo la voluntad de su Esposo, de todas cuantas maneras ella viere que le ha de dar contento, y Su Majestad, como quien bien entenderá si es ansí, lo está de ella, y ansí hace esta misericordia, que quiere que le entienda más, y que, como dicen, vengan a vistas, y juntarla consigo. Podemos decir, que es ansí esto, porque pasa en brevísimo tiempo. Allí no hay más dar y tomar, sino un ver el alma por una manera secreta, quién es este Esposo que ha de tomar; porque por los sentidos y potencias en ninguna manera podía entender en mil años lo que aquí entiende en brevísimo tiempo; mas como es tal el Esposo, de sola aquella vista la deja más digna de que se vengan a dar las manos, como dicen; porque queda el alma tan enamorada, que hace de su parte lo que puede, para que no se desconcierte este

divino desposorio. Mas si esta alma se descuida a poner su afición en cosa que no sea Él, piérdelo todo, y es tan grandísima pérdida, como lo son las mercedes que va haciendo, y mucho mayor que se puede encarecer.

Por eso, almas cristianas, a las que el Señor ha llegado a estos términos, por Él os pido, que no os descuidéis, sino que os apartéis de las ocasiones, que an en este estado no está el alma tan fuerte, que se pueda meter en ellas, como lo está después de hecho el desposorio, que es en la Morada que diremos tras ésta, porque la comunicación no fué más de una vista, como dicen, y el demonio andará con gran cuidado a combatirla, y a desviar este desposorio, que después como ya le ve del todo rendida a el Esposo, no osa tanto, porque la ha miedo, y tiene espiriencia, que si alguna vez lo hace, queda con gran pérdida y ella con más ganancia.

Yo os digo, hijas, que he reconocido personas muy encumbradas, y llegar a este estado, y con la gran sotileza y ardid del demonio, tornarlas a ganar para sí, porque debe de juntarse todo el infierno para ello; porque como muchas veces digo, no pierden un alma sola, sino gran multitud. Ya él tiene espiriencia en este caso; porque si miramos la multitud de almas, que por medio de una tray Dios a sí, es para alabarle mucho, los millares que convertirían los mártires; ¡una doncella como Santa Úrsula! Pues las que habrá perdido el demonio por Santo Domingo y San Francisco y otros fundadores de Órdenes, y pierde ahora por el padre Inacio, el que fundó la Compañía, que todos está claro, como lo leemos, recibían mercedes semejantes de Dios! ¿Qué fué esto, sino que se esforzaron a no perder por su culpa tan divino desposorio? ¡Oh, hijas mías, que tan aparejado está este Señor a hacernos merced ahora como entonces, y an en parte más necesitado de que las queramos recibir, porque hay pocos que miren por su honra, como entonces había! Querémo-

nos mucho; hay muy mucha cordura para no perder de nuestro derecho. ¡Oh, qué engaño tan grande! El Señor nos dé luz para no caer en semejantes tinieblas, por su misericordia.

Podréisme preguntar, u estar con duda de dos cosas: la primera, que si está el alma tan puesta, con la voluntad de Dios, como queda dicho, que cómo se puede engañar, pues ella en todo no quiere hacer la suya; la segunda, por qué vías puede entrar el demonio tan peligrosamente, que se pierda vuestra alma, estando tan apartadas del mundo y tan llegadas a los Sacramentos, y en compañía, podemos decir, de ángeles, pues la bondad del Señor, todas no train otros deseos, sino de servirle y agradarle en todo; que ya los que están metidos en las ocasiones del mundo, no es mucho.

Yo digo, que en esto tenéis razón, que harta misericordia nos ha hecho Dios; mas cuando veo, como he dicho, que estaba Judas en compañía de los Apóstoles, y tratando siempre con el mesmo Dios, y oyendo sus palabras, entiendo que no hay seguridad en esto.

Respondiendo a lo primero, digo que si esta alma se estuviese siempre asida a la voluntad de Dios, que está claro, que no se perdería; mas viene el demonio con unas sotilezas grandes, y debajo de color de bien, vala desquiciando en poquitas cosas de ella, y metiendo en algunas que él le hace entender que no son malas, y poco a poco escureciendo el entendimiento, y entibiando la voluntad, y haciendo crecer en ella el amor propio, hasta que de uno en otro la va apartando de la voluntad de Dios, y llegando a la suya.

De aquí queda respondido a lo segundo, porque no hay encerramiento tan encerrado a donde él no pueda entrar, ni desierto tan apartado a donde deje de ir. Y an otra cosa os digo, que quizá lo primite el Señor, para ver cómo se há aquel alma, a quien quiere poner por luz de

otras, que más vale que en los principios si ha de ser ruin lo sea, que no cuando dañe a muchas.

La diligencia que a mí se me ofrece más cierta, después de pedir siempre a Dios en la oración que nos tenga de su mano, y pensar muy continuo, como si Él nos deja, seremos luego en el profundo, como es verdad, y jamás estar confiadas en nosotras, pues será desatino estarlo, es andar con particular cuidado y aviso, mirando cómo vamos en las virtudes: si vamos mejorando u desminuyendo en algo, en especial en el amor unas con otras, y en el deseo de ser tenida por la menor, y en cosas ordinarías; que si miramos en ello, y pedimos al Señor que nos dé luz, luego veremos la ganancia u la pérdida. Que no penséis que alma que llega Dios a tanto, la deja tan apriesa de su mano, que no tenga bien el demonio que trabajar, y siente Su Majestad tanto que se le pierda, que le da mil avisos interiores de muchas maneras; ansí que no se le podrá asconder el daño.

En fin, sea la conclusión en esto, que procuremos siempre ir adelante, y si esto no hay, andemos con gran temor, porque sin duda, algún salto nos quiere hacer el demonio; pues no es posible que habiendo llegado a tanto, deje ir creciendo, que el amor jamás está ocioso; y ansí será harto mala señal. Porque alma que ha pretendido ser esposa del mesmo Dios, y tratándose ya con Su Majestad, y llegado a los términos que queda dicho, no se ha de echar a dormir.

Y para que veáis, hijas, lo que hace con las que ya tiene por esposas, comencemos a tratar de las sestas Moradas, y veréis cómo es poco todo lo que pudiéremos servir y padecer y hacer para disponernos a tan grandes mercedes; que podrá ser haber ordenado Nuestro Señor que me lo mandasen escribir, para que puestos los ojos en el premio, y viendo cuán sin tasa es su misericordia, pues con unos gusanos quiere ansí comunicarse y mos-

trarse, olvidemos muestros (1) contentillos de tierra, y puestos los ojos en su grandeza corramos encendidas en su amor.

Plega a Él, que acierte yo a declarar algo de cosas tan dificultosas; que si Su Majestad y el Espíritu Santo no menea a pluma, bien sé que será imposible; y si no ha de ser para vuestro provecho, le suplico no acierte a decir nada, pues sabe Su Majestad, que no es otro mi deseo, a cuanto puedo entender de mí, sino que sea alabado su nombre, y que nos esforcemos a servir a un Señor, que ansí paga an acá en la tierra por donde podemos entender algo de lo que nos ha de dar en el cielo, si los intrevalos y trabajos y peligros que hay en este mar de tempestades, porque a no le haber de perderle y ofenderle, descanso sería, que no se acabase la vida hasta la fin del mundo, por trabajar por tan gran Dios y Señor y Esposo. Plega a Su Majestad merezcamos hacerle algún servicio, sin tantas faltas como siempre tenemos, an en las obras buenas. Amén.

---

(1) *muestros* = nuestros; repítese la misma forma en *muestro Señor, muestro natural, muestra flaqueza.*

MORADAS SESTAS

CAPÍTULO PRIMERO

Pues vengamos con el favor del Espíritu Santo a hablar en las sestas Moradas, a donde el alma ya queda herida del amor del Esposo, y procura más lugar para estar sola, y quitar todo lo que puede, conforme a su estado, que la puede estorbar de esta soledad. Está tan esculpida en el alma aquella vista, que todo su deseo es tornarla a gozar. Ya he dicho que en esta oración no se ve nada, que se pueda decir ver, ni con la imaginación; digo vista, por la comparación que puse. Ya el alma bien determinada queda a no tomar otro esposo, mas el Esposo no mira a los grandes deseos que tiene de que se haga ya el desposorio, que an quiere que lo desee más, y que le cueste algo, bien que es el mayor de los bienes. Y anque todo es poco para tan grandísima ganancia, yo os digo, hijas, que no deja de ser menester la muestra y señal, que ya se tiene della, para poderse llevar.

¡Oh, válame Dios, y qué son los trabajos interiores y esteriores que padece, hasta que entra en la sétima Morada! Por cierto que algunas veces lo considero, y que temo, que si se entendiesen antes, sería dificultosísimo determinarse la flaqueza natural para poderlo sufrir ni determinarse a pasarlo, por bienes que se le representasen, salvo si no hubiese llegado a la sétima Morada, que

ya allí nada no se teme, de arte que no se arroje muy de raíz el alma a pasarlo por Dios. Y es la causa, que está casi siempre tan junta a Su Majestad, que de allí le viene la fortaleza.

Creo será bien contaros algunos de los que yo sé que se pasan con certidumbre. Quizá no serán todas las almas llevadas por este camino, anque dudo mucho que vivan libres de trabajos de la tierra, de una manera u de otra, las almas que a tiempos gozan tan de veras de cosas del cielo. Anque no tenía por mí de tratar de esto, he pensado que algún alma que se vea en ello, le será gran consuelo saber qué pasa en las que Dios hace semejantes mercedes, porque verdaderamente parece entonces que está todo perdido.

No llevaré por concierto como suceden, sino como se me ofreciere a la memoria; y quiero comenzar de los más pequeños, que es una grita de las personas con quien se trata, y an con las que no trata, sino que en su vida le pareció se podían acordar de ella.—¡Que se hace santa, que hace estremos para engañar el mundo, y para hacer a los otros ruines, que son mejores cristianos sin esas cerimonias!—y hase de notar, que no hay ninguna sino procurar guardar bien su estado. Los que tenía por amigos se apartan della, y son los que le dan mejor bocado, y es de los que mucho se sienten.—¡Que va perdida aquel alma y notablemente engañada, que son cosas del demonio, que ha de ser como aquella y la otra persona que se perdió, y ocasión de que caya (1) la virtud, que tray engañados los confesores!—y ir a ellos y decírselo, puniéndole ejemplos de lo que acaeció a algunos que se perdieron por aquí: mil maneras de mofas, y de dichos de éstos. Yo sé de una persona, que tuvo harto miedo no había de ha-

(1) *caya = caiga;* del mismo modo ha dicho antes *trayo* por *traigo.*

ber quien la confesase, según andaban las cosas, que por ser muchas, no hay para qué me detener; y es lo peor.

Que no pasan de presto, sino que es toda la vida; y el avisarse unos a otros que se guarden de tratar personas semejantes. Diréisme que también hay quien diga bien.

¡Oh, hijas, y qué pocos hay que crean ese bien, en comparación de los muchos que abominan! Cuanto más, que ese es otro trabajo mayor que los dichos, porque como el alma ve claro, que si tiene algún bien es dado de Dios, y en ninguna manera no suyo, porque poco antes se vió muy pobre y metida en grandes pecados, esle un tormento intolerable, al menos a los principios, que después no tanto, por algunas razones.

La primera, porque la espiriencia le hace claro ver, que tan presto dice bien como mal, y ansí no hace más caso de lo uno que de lo otro. La segunda, porque le ha dado el Señor mayor luz de que ninguna cosa buena es suya, sino dada de Su Majestad, y como si la viese en tercera persona, olvidada de que tiene allí ninguna parte, se vuelve a alabar a Dios. La tercera, si ha visto algunas almas aprovechadas de ver las mercedes que Dios la hace, piensa que tomó Su Majestad este medio de que la tuviesen por buena, no lo siendo, para que a ellas les viniese bien. La cuarta, porque como tiene más delante la honra y gloria de Dios, que la suya, quítase una tentación que da a los principios, de que esas alabanzas han de ser para destruírla, como ha visto algunas, y dásele poco de ser deshonrada, a trueco de que siquiera una vez sea Dios alabado por su medio; después venga lo que viniere.

Estas razones y otras aplacan la mucha pena que dan estas alabanzas, anque casi siempre se siente alguna, si no es cuando poco ni mucho se advierte, mas sin comparación es mayor trabajo verse ansí en público tener por buena sin razón, que no los dichos; y cuando ya viene a no le tener mucho de esto, muy mucho menos le tiene de

esotro, antes le huelga, y le es como una música muy suave. Esto es gran verdad, y antes fortalece el alma que la acobarda; porque ya la espiriencia la tiene enseñada la gran ganancia que le viene por este camino, y parécele que no ofenden a Dios los que la persiguen, antes que lo primite Su Majestad para gran ganancia suya; y como la siente claramente, tómales un amor particular muy tierno, que le parece aquéllos son más amigos, y que la dan más a ganar, que los que dicen bien.

También suele dar el Señor enfermedades grandísimas. Este es muy mayor trabajo, en especial cuando son dolores agudos, que en parte si ellos son recios, me parece el mayor que hay en la tierra, digo esterior, anque entren cuantos quisieren, si es de los muy recios dolores, digo, porque descompone lo interior y esterior, de manera, que aprieta un alma que no sabe qué hacer de sí; y de muy buena gana tomaría cualquier martirio de presto, que estos dolores; anque en grandísimo estremo no duran tanto, que en fin, no da Dios más de lo que se puede sufrir, y da Su Majestad primero la paciencia, mas de otros grandes en lo ordinario y enfermedades de muchas maneras.

Yo conozco una persona, que desde que comenzó el Señor a hacerla esta merced, que queda dicha, que há cuarenta años, no puede decir con verdad que ha estado día sin tener dolores, y otras maneras de padecer; de falta de salud corporal digo, sin otros grandes trabajos. Verdad es que había sido muy ruin, y para el infierno que merecía todo se le hace poco. Otras que no hayan ofendido tanto a Nuestro Señor (1), las llevará por otro camino, mas yo siempre escogería el del padecer, siquiera por

(1) Algunos han creido estas declaraciones al pie de la letra. Conviene recordar la advertencia de fray Jerónimo de S. José: «Como santa se estremecía de la sombra y llora como gravísima la más ligera culpa...»

imitar a Nuestro Señor Jesucristo, anque no hubiese otra ganancia, en especial, que siempre hay muchas. ¡Oh, pues si tratamos de los interiores! estotros parecerían pequeños, si éstos se acertasen a decir, sino que es imposible darse a entender de la manera que pasan.

Comencemos por el tormento que da topar con un confesor tan cuerdo (1) y poco espirimentado, que no hay cosa que tenga por sigura; todo lo teme, en todo pone duda, como ve cosas no ordinarias. En especial si en el alma que las tiene ve alguna imperfeción, que les parece han de ser ángeles a quien Dios hiciere estas mercedes, y es imposible mientras estuvieren en este cuerpo, luego es todo condenado, a demonio, u melencolía; y de ésta está el mundo tan lleno, que no me espanto; que hay tanta ahora en el mundo, y hace el demonio tantos males por este camino, que tienen muy mucha razón de temerlo y mirarlo muy bien los confesores. Mas la pobre alma que anda con el mesmo temor, y va al confesor como a juez, y ese la condena, no puede dejar de recibir tan gran tormento y turbación, que sólo entenderá cuán gran trabajo es, quien hubiere pasado por ello.

Porque este es otro de los grandes trabajos que estas almas padecen, en especial si han sido ruines, pensar que por sus pecados ha Dios de primitir que sean engañadas, y anque cuando Su Majestad les hace la merced, están seguras y no pueden creer ser otro espíritu sino de Dios, como es cosa que pasa de presto, y el acuerdo de los pecados se está siempre, y ve en sí faltas, que éstas nunca faltan, luego viene este tormento. Cuando el confesor la asigura, aplácase, anque torna; mas cuando él ayuda con más temor, es cosa casi insufrible, en especial cuando

(1) «cuerdo» = poco ferviente; aquel cuyo amor no está aún para sacar de razón. Llama la Santa «cordura» y «discreción» a la parsimonia en la devoción y en la penitencia.

tras éstos vienen unas sequedades, que no parece que jamás se ha acordado de Dios ni se ha de acordar, y que como una persona de quien oyó decir desde lejos, es cuando oye hablar de Su Majestad.

Todo no es nada, si no es que sobre esto venga el parecer que no sabe informar a los confesores, y que los tray engañados, y anque más piensa y ve que no hay primer movimiento que no los diga, no aprovecha; que está el entendimiento tan escuro, que no es capaz de ver la verdad, sino creer lo que la imaginación le representa; que entonces ella es la señora, y los desatinos que el demonio la quiere representar, a quien debe Nuestro Señor de dar licencia, para que la pruebe, y an para que la haga entender que está reprobada de Dios; porque son muchas las cosas que la combaten con un apretamiento interior de manera tan sentible y intolerable, que yo no sé a qué se pueda comparar, sino a los que padecen en el infierno; porque ningún consuelo se admite en esta tempestad. Si le quieren tomar con el confesor, parece han acudido los demonios a él, para que la atormenten más; y ansí, tratando uno con un alma que estaba en este tormento, después de pasado, que parece apretamiento peligroso, por ser de tantas cosas juntas, la decía le avisase cuando estuviese ansí, y siempre era tan peor, que vino él a entender que no era más en su mano.

Pues si se quiere tomar un libro de romance, persona que le sabía bien leer, le acaecía no entender más de él, que si no supiera letra, porque no estaba el entendimiento capaz. En fin, que ningún remedio hay en esta tempestad, sino aguardar a la misericordia de Dios, que a deshora, con una palabra sola suya, u una ocasión, que acaso sucedió, lo quita todo tan de presto, que parece no hubo nublado en aquel alma, según queda llena de sol y de mucho más consuelo. Y como quien se ha escapado de una batalla peligrosa con haber ganado la vitoria, queda

alabando a Nuestro Señor, que fué el que peleó para el vencimiento; porque conoce muy claro que ella no peleó, que todas las armas con que se podía defender le parece que las ve en manos de su contrario, y ansí conoce claramente su miseria, y lo poquísimo que podemos de nosotros si nos desamparase el Señor.

Parece que ya no ha menester consideración para entender esto, porque la espiriencia de pasar por ello, habiéndose visto del todo inhabilitada, le hacía entender nuestra nonada, y cuán miserable cosa somos; porque la gracia, anque no debe estar sin ella, pues con toda esta tormenta no ofende a Dios, ni le ofendería por cosa de la tierra, está tan ascondida, que ni an una centella muy pequeña le parece no ve de que tiene amor de Dios, ni que le tuvo jamás; porque si ha hecho algún bien, u Su Majestad le ha hecho alguna merced, todo le parece cosa soñada, y que fué antojo: los pecados ve cierto que los hizo.

¡Oh Jesús, y qué es ver un alma desamparada de esta suerte, y, como he dicho, cuán poco le aprovecha ningún consuelo de la tierra! Por eso no penséis, hermanas, si alguna vez os vierdes ansí, que los ricos, y los que están con libertad, ternán para estos tiempos más remedio. No, no, que me parece a mí es como si a los condenados les pusiesen cuantos deleites hay en el mundo delante, no bastarían para darles alivio, antes les acreditaría el tormento: ansí acá viene de arriba, y no valen aquí nada cosas de la tierra. Quiere este gran Dios que conozcamos rey, y nuestra miseria, y importa mucho para lo de adelante.

¿Pues qué hará esta pobre alma, cuando muchos días le durare ansí? Porque si reza es como si no rezase, para su consuelo, digo; que no se admite en lo interior, ni an se entiende lo que reza ella mesma a sí, anque sea vocal, que para mental no es este tiempo en ninguna manera, porque no están las potencias para ello. Antes hace ma-

yor daño la soledad, con que es otro tormento por sí estar con naide, ni que la hablen; y ansí por muy mucho que se esfuerce, anda con un desabrimiento, y mala condición en lo esterior, que se le echa mucho de ver. ¡Es verdad que sabrá decir lo que ha! Es indicible, porque son apretamientos y penas espirituales, que no se saben poner nombre. El mejor remedio, no digo para que se quite, que yo no le hallo, sino para que se pueda sufrir, es entender en obras de caridad y esteriores, y esperar en la misericordia de Dios, que nunca falta a los que en Él esperan. Sea por siempre bendito, amén.

Otros trabajos que dan los demonios, esteriores, no deben ser tan ordinarios, y ansí no hay para qué hablar en ellos, ni son tan penosos con gran parte; porque por mucho que hagan, no llegan a inhabilitar ansí las potencias, a mi parecer, ni a turbar el alma de esta manera, que en fin, queda razón para pensar que no pueden hacer más de lo que el Señor les diere licencia, y cuando ésta no está perdida, todo es poco, en comparación de lo que queda dicho.

Otras penas interiores iremos diciendo en estas Moradas, tratando diferencias de oración y mercedes del Señor, que anque algunas son an más recio que lo dicho en el padecer, como se verán por cual deja el cuerpo, no merecen nombre de trabajos, ni es razón que se le pongamos, por ser tan grandes mercedes del Señor, y que en medio de ellos entiende el alma que lo son, y muy fuera de sus merecimientos. Viene ya esta pena grande, para entrar en la sétima Morada, con otros hartos, que algunos diré, porque todos será imposible, ni an declarar cómo son; porque vienen de otro linaje que los dichos, muy más alto; y si en ellos, con ser de más baja casta, no he podido declarar más de lo dicho, menos podré en estotro. El Señor dé para todo su favor, por los méritos de su Hijo. Amén.

CAPÍTULO SEGUNDO

Parece que hemos dejado mucho la palomica, y no hemos; porque estos trabajos son los que an la hacen tener más alto vuelo. Pues comencemos ahora a tratar de la manera que se ha con ella el Esposo, y como antes que del todo lo sea, se lo hace bien desear, por unos medios tan delicados, que el alma mesma no los entiende, ni yo creo acertaré a decir para que lo entienda, si no fueren las que han pasado por ello; porque son unos impulsos tan delicados y sotiles, que proceden de lo muy interior del alma, que no sé comparación que poner que cuadre.

Va bien diferente de todo lo que acá podemos procurar, y an de los gustos que quedan dichos, que muchas veces estando la mesma persona descuidada, y sin tener la memoria en Dios, Su Majestad la despierta, a manera de una cometa que pasa de presto, o un trueno, anque no se oye ruido; mas entiende muy bien el alma, que fué llamada de Dios, y tan entendido, que algunas veces, en especial a los principios, la hace estremecer y an quejar, sin ser cosa que le duele. Siente ser herida sabrosísimamente, mas no atina cómo ni quién la hirió; más bien conoce ser cosa precissa, y jamás querría ser sana de aquella herida. Quéjase con palabras de amor, an esteriores, sin poder hacer otra cosa a su Esposo, porque entiende que está presente, mas no se quiere manifestar de manera, que deje gozarse, y es harta pena, anque sabrosa y dulce; y anque quiera no tenerla, no puede, mas esto no querría jamás. Mucho más le satisface que el embebecimiento sabroso, que carece de pena, de la oración de quietud.

Deshaciéndome estoy, hermanas, por daros a entender

esta operación de amor, y no sé cómo; porque parece cosa contraria dar a entender el Amado claramente que está con el alma, y parecer que le llama con una seña tan cierta, que no se puede dudar, y un silbo tan penetrativo para entenderlo el alma, que no le puede dejar de oír; porque no parece sino que en hablando el Esposo, que está en la sétima Morada, por esta manera, que no es habla formada, toda la gente que está en las otras no se osan bullir, ni sentidos ni maginación ni potencias. ¡Oh, mi poderoso Dios, qué grandes son vuestros secretos, y qué diferentes las cosas del espíritu a cuanto por acá se puede ver ni entender, pues con ninguna cosa se puede declarar ésta, tan pequeña para las muy grandes que obráis con las almas!

Hace en ella tan gran operación, que se está deshaciendo de deseo y no sabe qué pedir, porque claramente le parece que está con ella su Dios. Diréisme, pues, si esto entiende, ¿qué desea u qué le da pena? ¿Qué mayor bien quiere? No lo sé; sé que parece le llega a las entrañas esta pena, y que, cuando de ellas saca la saeta el que la hiere, verdaderamente parece que se las lleva tras sí, según el sentimiento de amor siente.

Estaba pensando ahora si sería que en este fuego del brasero encendido, que es mi Dios, saltaba alguna centella y daba en el alma, de manera que se dejaba sentir aquel encendido fuego, y como no era an bastante para quemarla y él es tan deleitoso, queda con aquella pena, y a el tocar hace aquella operación; y paréceme es la mejor comparación que he acertado a decir; porque este dolor sabroso, y no es dolor, no está en un sér; anque a veces dura gran rato, otras de presto se acaba, como quiere comunicarle el Señor, que no es cosa que se puede procurar por ninguna vía humana; mas anque está algunas veces rato, quítase y torna; en fin, nunca está estante, y por eso no acaba de abrasar el alma, sino ya que se va

a encender muérese la centella y queda con deseo de tornar a padecer aquel dolor amoroso que le causa.

Aquí no hay pensar si es cosa movida del mesmo natural, ni causada de melencolía, ni tampoco engaño del demonio; ni si es antojo; porque es cosa que se deja muy bien entender ser este movimiento de a donde está el Señor, que es inmutable; y las operaciones no son como de otras devociones, que el mucho embebecimiento del gusto nos puede hacer dudar. Aquí están todos los sentidos y potencias sin ningún embebecimiento, mirando qué podrá ser, sin estorbar nada ni poder acrecentar aquella pena deleitosa ni quitarla, a mi parecer.

A quien Nuestro Señor hiciere esta merced, que si se la ha hecho, en leyendo esto lo entenderá, déle muy muchas gracias, que no tiene que temer si es engaño; tema mucho si ha de ser ingrato a tan gran merced, y procure esforzarse a servir y a mejorar en todo su vida, y verá en lo que para y cómo recibe más y más. Anque a una persona que ésta tuvo pasó algunos años con ello, y con aquella merced estaba bien satisfecha, que si multitud de años sirviera a el Señor con grandes trabajos, quedaba con ella muy bien pagada. Sea bendito por siempre jamás, amén.

Podrá ser que reparéis en cómo más en esto que en otras cosas hay seguridad. A mi parecer, por estas razones: la primera, porque jamás el demonio debe dar pena sabrosa como ésta; podrá él dar el sabor y deleite que parezca espiritual: mas juntar pena, y tanta, con quietud y gusto del alma, no es de su facultad, que todos sus poderes están por las adefueras; y sus penas, cuando él las da, no son, a mi parecer, jamás sabrosas ni con paz, sino inquietas y con guerra. La segunda, porque esta tempestad sabrosa viene de otra región de las que él puede señorear. La tercera, por los grandes provechos que quedan en el alma, que es lo más ordinario determinarse a

padecer por Dios y desear tener muchos trabajos, y quedar muy más determinada a apartarse de los contentos y conversaciones de la tierra, y otras cosas semejantes.

El no ser antojo está muy claro: porque anque otras veces lo procure, no podrá contrahacer aquello; y es cosa tan notoria, que en ninguna manera se puede antojar, digo, parecer que es no siendo, ni dudar de que es, y si alguna quedare, sepan que no son éstos verdaderos ímpetus; digo, si dudare en si le tuvo u si no; porque ansí se da a sentir, como a los oídos una gran voz. Pues ser melancolía no lleva camino nenguno, porque la melencolía no hace y fabrica sus antojos sino en la imaginación; estotro procede de lo interior del alma. Ya puede ser que yo me engañe, mas hasta oir otras razones a quien lo entienda, siempre estaré en esta opinión; y ansí sé de una persona harto llena de temor de estos engaños, que de esta oración jamás le pudo temer.

También suele Nuestro Señor tener otras maneras de despertar el alma, que a deshora, estando rezando vocalmente, y con descuido de cosa interior, parece viene una inflamación deleitosa, como si de presto viniese un olor tan grande que se comunicase por todos los sentidos (no digo que es olor, sino pongo esta comparación) u cosa de esta manera, sólo para dar a sentir que está allí el Esposo; mueve un deseo sabroso de gozar el alma de Él, y con esto queda dispuesta para hacer grandes atos y alabanzas a Nuestro Señor. Su nacimiento de esta merced es de donde lo que queda dicho, mas aquí no hay cosa que dé pena, ni los deseos mesmos de gozar a Dios son penosos; esto es más ordinario sentirlo el alma. Tampoco me parece que hay aquí que temer por algunas razones de las dichas, sino procurar admitir esta merced con hacimiento de gracias.

CAPÍTULO TERCERO

Otra manera tiene Dios de despertar a el alma; y anque en alguna manera parece mayor merced que las dichas, podrá ser más peligrosa, y por eso me deterné algo en ella, que son unas hablas con el alma, de muchas maneras; unas parece vienen de fuera, otras de lo muy interior del alma, otras de lo superior della, otras tan en lo exterior, que se oyen con los oídos, porque parece es voz formada.

Algunas veces, y muchas, puede ser antojo, en especial en personas de flaca imaginación u melencólicas, digo de melencolía notable; de estas dos maneras de personas no hay que hacer caso, a mi parecer, anque digan que ven y oyen y entienden, ni inquietarlas con decir que es demonio, sino oirlas como a personas enfermas, diciendo a la priora u confesor a quien lo dijere, que no haga caso de ello, que no es la sustancia para servir a Dios, y que a muchos ha engañado el demonio por allí, anque no será quizá ansí a ella, por no la afligir más que tray con su humor. Porque si le dicen que es melancolía, nunca acabará, que jurará que lo ve y lo oye, porque le parece ansí.

Verdad es que es menester traer cuenta con quitarle la oración, y lo más que se pudiere, que no haga caso dello; porque suele el demonio aprovecharse de estas almas ansí enfermas, anque no sea para su daño, para el de otros; y a enfermas y sanas, siempre de estas cosas hay que temer, hasta ir entendiendo el espíritu. Y digo que siempre es lo mejor a los principios deshacérsele; porque si es de Dios, es más ayuda para ir adelante, y antes crece cuando es probado. Esto es ansí, mas no sea apre-

tando mucho el alma y inquietándola; porque verdaderamente ella no puede más.

Pues tornando a lo que decía de las hablas con el ánima, de todas las maneras que he dicho pueden ser de Dios, y también del demonio y de la propia imaginación. Diré, si acertare, con el favor del Señor, las señales que hay en estas diferencias, y cuándo serán estas hablas peligrosas; porque hay muchas almas que las entienden entre gente de oración, y querría, hermanas, que no penséis hacéis mal en no las dar crédito, ni tampoco en dársele, cuando son solamente para vosotras mesmas de regalo u aviso de faltas vuestras, dígalas quien las dijere, u sea antojo, que poco va en ello.

De una cosa os aviso, que no penséis, anque sea de Dios, seréis por eso mejores, que harto habló a los fariseos, y todo el bien está cómo se aprovechan de estas palabras; y ninguna que no vaya muy conforme a la Escritura hagáis más caso de ellas, que si las oyésedes al mesmo demonio; porque anque sean de vuestra flaca imaginación, es menester tomarse como una tentación de cosas de la fe, y ansí resistir siempre, para que se vayan quitando; y sí quitarán, porque llevan poca fuerza consigo. Pues tornando a lo primero, que venga de lo interior, que de lo superior, que de lo exterior, no importa para dejar de ser de Dios.

Las más ciertas señales que se pueden tener, a mi parecer, son éstas. La primera y más verdadera es el poderío y señorío que train consigo, que es hablando y obrando. Declárome más. Está un alma en toda la tribulación y alboroto interior que queda dicho, y escuridad del entendimiento y sequedad: con una palabra de éstas, que diga solamente —«no tengas pena», queda sosegada, y sin nenguna, y con gran luz, quitada toda aquella pena, con que le parecía que todo el mundo y letrados que se juntaran a darle razones para que no la tuviese, no la pudie-

ran, con cuanto trabajaran, quitar de aquella aflición. Está afligida por haberle dicho su confesor, y otros, que es espíritu del demonio el que tiene, y toda llena de temor; y con una palabra que se le diga sólo:—«Yo soy, no hayas miedo», sé lo quita del todo, y queda consoladísima, y pareciéndole que ninguno bastará a hacerla creer otra cosa. Está con mucha pena de algunos negocios graves, que no saben cómo han de suceder; entiende, que se sosiegue, que todo sucederá bien; queda con certidumbre, y sin pena; y desta manera otras muchas cosas.

La segunda razón, una gran quietud que queda en el alma, y recogimiento devoto y pacífico, y dispuesta para alabanzas de Dios. ¡Oh Señor! si una palabra enviada a decir con un paje vuestro, que a lo que dicen, al menos éstas, en esta Morada, no las dice el mesmo Señor, sino algún ángel, tienen tanta fuerza, ¿qué tal la dejaréis en el alma que está atada por amor con Vos, y Vos con ella?

La tercera señal es, no pasarse estas palabras de la memoria en muy mucho tiempo, y algunas jamás, como se pasan las que por acá entendemos, digo, que oímos de los hombres, que anque sean muy graves y letrados, no las tenemos tan esculpidas en la memoria, ni tampoco si son en cosas por venir, las creemos como a éstas, que queda una certidumbre grandísima, de manera que, anque algunas veces en cosas muy imposibles, a el parecer, no deja de venirle duda si será u no será, y andan con algunas vacilaciones el entendimiento, en la mesma alma está una seguridad, que no se puede rendir; anque le parezca que vaya todo al contrario de lo que entendió, y pasan años, no se le quita aquel pensar que Dios buscará otros medios que los hombres no entienden, mas que, en fin, se ha de hacer, y ansí es que se hace.

Anque, como digo, no se deja de padecer cuando ve muchos desvíos, porque como ha tiempo que lo entendió, y las operaciones y certidumbre, que al presente que-

dan ser Dios, es ya pasado, han lugar estas dudas, pensando si fué demonio, si fué de la imaginación; ninguna de éstas le queda al presente, sino que moriría por aquella verdad. Mas, como digo, con todas estas imaginaciones, que debe poner el demonio para dar pena, y acobardar el alma, en especial, si es en negocio que en el hacerse lo que se entendió ha de haber muchos bienes de almas, y es obras para gran honra y servicio de Dios, y en ellas hay gran dificultad, ¿qué no hará? Al menos enflaquece la fe, que es harto daño no creer que Dios es poderoso, para hacer obras que no entienden nuestros entendimientos.

Con todos estos combates, anque haya quien diga a la mesma persona que son disbarates, digo los confesores con quien se tratan estas cosas, y con cuantos malos sucesos hubiere para dar a entender que no se pueden cumplir, queda una centella no sé dónde, tan viva, de que será, anque todas las demás esperanzas estén muertas, que no podría, anque quisiese, dejar de estar viva aquella centella de siguridad. Y en fin, como he dicho, se cumple la palabra del Señor, y queda el alma tan contenta y alegre, que no querría sino alabar siempre a Su Majestad, y mucho más, por ver cumplido lo que se le había dicho, que por la mesma obra, anque le vaya muy mucho en ella.

No sé en qué va esto, que tiene en tanto el alma, que salgan estas palabras verdaderas, que si a la mesma persona la tomasen en algunas mentiras, no creo sentiría tanto; como si ella en esto pudiese más, que no dice sino lo que la dicen. Infinitas veces se acordaba cierta persona de Jonás, profeta, sobre esto, cuando temía no había de perderse Nínive. En fin, como es espíritu de Dios, es razón se le tenga esta fidelidad, en desear no le tengan por falso, pues es la suma verdad. Y ansí es grande la alegría, cuando después de mil rodeos, y en cosas dificultosísimas

lo ve cumplido; anque a la mesma persona se le hayan de seguir grandes trabajos de ello, los quiere más pasar, que no que deje de cumplirse lo que tiene por cierto le dijo el Señor. Quizá no todas personas ternán esta flaqueza, si lo es, que no lo puedo condenar por malo.

Si son de la imaginación, nenguna de estas señales hay, ni certidumbre ni paz y gusto interior; salvo que podría acaecer, y an yo sé de algunas personas a quien ha acaecido, estando muy embebidas en oración de quietud y sueño espiritual, que algunas son tan flacas de complesión u imaginación, u no sé la causa, que verdaderamente en este gran recogimiento están tan fuera de sí, que no se sienten en lo esterior, y están tan adormecidos todos los sentidos, que como una persona que duerme, y an quizá es ansí, que están adormizadas, como manera de sueño les parece que las hablan, y an que ven cosas, y piensan que es de Dios, y deja los efectos, en fin, como de sueño. Y también podría ser, pidiendo una cosa a Nuestro Señor, afetuosamente, parecerles que le dicen lo que quieren, y esto acaece algunas veces. Mas a quien tuviere mucha espiriencia de las hablas de Dios, no se podrá engañar en esto, a mi parecer, de la imaginación.

Del demonio hay más que temer, mas si hay las señales que quedan dichas, mucho se puede asigurar ser de Dios, anque no de manera, que si es cosa grave lo que se le dice, y que se ha de poner por obra de sí u de negocios de terceras personas, jamás haga nada ni le pase por pensamiento, sin parecer de confesor letrado y avisado y siervo de Dios, anque más y más entienda y le parezca claro ser de Dios. Porque esto quiere Su Majestad, y no es dejar de hacer lo que Él manda, pues nos tiene dicho tengamos a el confesor en su lugar, a donde no se puede dudar ser palabras suyas; y éstas ayudan a dar ánimo, si es negocio dificuitoso, y Nuestro Señor le porná al confesor, y le hará crea es espíritu suyo, cuando Él lo

quisiere, y si no, no están más obligados. Y hacer otra cosa sino lo dicho, y siguirse naide por su parecer en esto, téngolo por cosa muy peligrosa; y ansí, hermanas, os amonesto de parte de Nuestro Señor, que jamás os acaezca.

Otra manera hay, como habla el Señor a el alma, que yo tengo para mí ser muy cierto de su parte, con alguna visión inteletual, que adelante diré cómo es. Es tan en lo íntimo del alma, y parécele tan claro oír aquellas palabras con los oidos del alma a el mesmo Señor, y tan en secreto, que la mesma manera de entenderlas, con las operaciones que hace la mesma visión, asegura y da certidumbre no poder el demonio tener parte allí. Deja grandes efetos para creer esto, al menos hay siguridad de que no procede de la imaginación, y también si hay advertencia la puede siempre tener de esto, por estas razones.

La primera, porque debe ser diferente en la claridad de la habla, que lo es tan clara, que una sílaba que falte de lo que entendió, se acuerda, y si se dijo por un estilo u por otro, anque sea todo una sentencia; y en lo que se antoja por la imaginación, será no habla tan clara, ni palabras tan distintas, sino como cosa medio soñada.

La segunda, porque acá no se pensaba muchas veces en lo que se entendió, digo que es a deshora, y an algunas estando en conversación, anque hartas se responde a lo que pasa de presto por el pensamiento u a lo que antes se ha pensado; mas muchas es en cosa que jamás tuvo acuerdo de que habían de ser ni serían, y ansí no las podía haber fabricado la imaginación, para que el alma se engañase en antojársele lo que no había deseado ni querido, ni venido a su noticia.

La tercera, porque lo uno es como quien oye, y lo de la imaginación es como quien va componiendo lo que él mesmo quiere que le digan poco a poco.

La cuarta, porque las palabras son muy diferentes, y

con una se compreende mucho, lo que nuestro entendimiento no podría comprender tan de presto.

La quinta, porque junto con las palabras muchas veces, por un modo que yo no sabré decir, se da a entender mucho más de lo que ellas suenan sin palabras.

En este modo de entender, hablaré en otra parte más, que es cosa muy delicada y para alabar a Nuestro Señor; porque en esta manera y diferencias, ha habido personas muy dudosas, en especial alguna por quien ha pasado, y ansí habrá otras que no acababan de entenderse; y ansí sé que lo ha mirado con mucha advertencia, porque han sido muy muchas veces las que el Señor le hace esta merced, y la mayor duda que tenía era en esto, si se le antojaba, a los principios, que el ser demonio más presto se puede entender; anque son tantas sus sotilezas, que sabe bien contrahacer el espíritu de luz; mas será, a mi parecer, en las palabras, decirlas muy claras, que tampoco quede duda si se entendieron como en el espíritu de verdad; mas no podrá contrahacer los efetos que quedan dichos, ni dejar esa paz en el alma, ni luz, antes inquietud y alboroto; mas puede hacer poco daño, u ninguno, si el alma es humilde, y hace lo que he dicho, de no se mover a hacer nada por cosa que entienda.

Si son favores y regalos del Señor, mire con atención si por ellos se tiene por mejor, y si mientra mayor palabra de regalo, no quedare más confundida, crea que no es espíritu de Dios; porque es cosa muy cierta, que cuando lo es, mientra mayor merced le hace, muy más en menos se tiene la mesma alma, y más acuerdo tray de sus pecados, y más olvidada de su ganancia, y más empleada su voluntad y memoria en querer sólo la honra de Dios, ni acordarse de su propio provecho, y con más temor anda de torcer en ninguna cosa su voluntad, y con mayor certidumbre de que nunca mereció aquellas mercedes, sino el infierno. Como hagan estos efetos todas las cosas y

mercedes que tuviere en la oración, no ande el alma espantada, sino confiada en la misericordia del Señor, que es fiel, y no dejará a el demonio que la engañe, anque siempre es bien se ande con temor.

Podrá ser que a las que no lleva el Señor por este camino, les parezca que podrían estas almas no escuchar estas palabras que les dicen, y si son interiores, destraerse de manera que no se admitan, y con esto andarán sin estos peligros. A éstos respondo, que es imposible: no hablo de las que se les antoja, que con no estar tanto apeteciendo alguna cosa ni quiriendo hacer caso de las imaginaciones, tienen remedio.

Acá ninguno, porque de tal manera el mesmo espíritu que habla, hace parar todos los otros pensamientos y advertir a lo que se dice, que en alguna manera me parece, y creo es ansí, que sería más posible no entender a una persona que hablase muy a voces a otra que oyese muy bien, porque podría no advertir, y poner el pensamiento y entendimiento en otra cosa, mas en lo que tratamos no se puede hacer: no hay oídos que se atapar, ni poder para pensar, sino en lo que se le dice, en ninguna manera; porque el que pudo hacer parar el sol, por petición de Josué creo era, puede hacer parar las potencias y todo el interior, de manera, que ve bien el alma, que otro mayor Señor gobierna aquel Castillo que ella, y hácela harta devoción y humildad; ansí en escusarlo no hay remedio ninguno.

Dénosle la divina Majestad, para que sólo pongamos los ojos en contentarle y nos olvidemos de nosotros mesmos, como he dicho; amén. Plega Él, que haya acertado a dar a entender lo que en esto he pretendido, y que sea de algún aviso para quien lo tuviere.

CAPÍTULO CUARTO

Con estas cosas dichas de trabajos y las demás, ¿qué sosiego puede traer la pobre mariposica? Todo es para más desear gozar a el Esposo; y Su Majestad, como quien conoce nuestra flaqueza, vala habilitando con estas cosas y otras muchas, para que tenga ánimo de juntarse con tan gran Señor, y tomarle por Esposo. Reíros heis de que digo esto, y pareceros ha desatino; porque cualquiera de vosotras os parecerá que no es menester, y que no habrá nenguna mujer tan baja, que no le tenga para desposarse con el Rey. Ansí lo creo yo con el de la tierra, mas con el del cielo, yo os digo que es menester más de lo que pensáis; porque nuestro natural es muy tímido y bajo para tan gran cosa, y tengo por cierto, que si no lo diese Dios, con cuanto veis, u que nos está bien, sería imposible.

Y ansí veréis lo que hace Su Majestad para concluir este desposorio, que entiendo yo debe ser cuando da arrobamientos, que la saca de sus sentidos; porque si estando en ellos se viese tan cerca desta gran Majestad, no era posible, por ventura, quedar con vida. Entiéndese arrobamientos que lo sean, y no flaquezas de mujeres, como por acá tenemos, que todo nos parece arrobamiento y éstasi. Y como creo dejo dicho, hay complesiones tan flacas, que con una oración de quietud se mueren.

Quiero poner aquí algunas maneras que yo he entendido, como he tratado con tantas personas espirituales, que hay de arrobamientos, anque no sé si acertaré, como en otra parte que lo escribí: esto y algunas cosas de las que van aquí, que por algunas razones, ha parecido no va nada tornarlo a decir, anque no sea sino porque vayan las Moradas por junto aquí.

Una manera hay, que estando el alma, anque no sea en oración, tocada con alguna palabra, que se acordó u oye de Dios, parece que Su Majestad, desde lo interior del alma, hace crecer la centella que dijimos ya, movido de piadad de haberla visto padecer tanto tiempo por su deseo, que abrasada toda ella como un ave Fenis, queda renovada, y piadosamente, se puede creer, perdonadas sus culpas. Hase de entender con la dispusición y medios que esta alma habrá tenido, como la Iglesia lo enseña. Y ansí limpia, la junta consigo, sin entender an aquí naide sino ellos dos, ni an la mesma alma entiende de manera que lo puede después decir, anque no está sin sentido interior; porque no es como a quien toma un desmayo u parajismo (1), que ninguna cosa interior ni esterior entiende.

Lo que yo entiendo en este caso, es que el alma nunca estuvo tan despierta para las cosas de Dios, ni con tan gran luz y conocimiento de Su Majestad. Parecerá imposible, porque si las potencias están tan absortas, que podemos decir que están muertas, y los sentidos lo mesmo, ¿cómo se puede entender que entiende ese secreto? Yo no lo sé, ni quizá ninguna criatura, sino el mesmo Criador, y otras cosas muchas que pasan en este estado, digo en estas dos Moradas; que ésta, y la postrera se pudiera juntar bien, porque de la una a la otra no hay puerta cerrada: porque hay cosas en la postrera, que no se han manifestado a los que an no han llegado a ella, me pareció dividirlas.

Cuando estando el alma en esta suspensión, el Señor tiene por bien demostrarle algunos secretos, como de cosas del cielo y visiones imaginarias, esto sábelo después decir, y de tal manera queda imprimido en la memoria que nunca jamás se olvida; mas cuando son visiones inteletua-

(1) *parajismo* = *parasismo* y *paroxismo*, en el *Dicc. Acad.*

les tampoco las sabe decir; porque debe haber algunas en estos tiempos tan subidas, que no las convienen entender más los que viven en la tierra para poderlas decir, anque estando sana en sus sentidos, por acá se pueden decir muchas destas visiones inteletuales.

Podrá ser que no entendáis algunas qué cosa es visión, en especial las inteletuales. Yo diré a su tiempo, porque me lo ha mandado quien puede; y anque parezca cosa impertinente, quizá para algunas almas será de provecho. Pues diréisme, si después no ha de haber acuerdo de esas mercedes tan subidas que ahí hace el Señor a el alma, ¿qué provecho le train? ¡Oh hijas! Que es tan grande, que no se puede encarecer, porque anque no las saben decir, en lo muy interior del alma quedan bien escritas, y jamás se olvidan.

Pues si no tienen imagen ni las entienden las potencias, ¿cómo se pueden acordar? Tampoco entiendo eso; mas entiendo que quedan unas verdades en esta alma, tan fijas de la grandeza de Dios, que cuando no tuviera fe que le dice quién es, y que está obligada a creerle por Dios, le adorará desde aquel punto por tal, como hizo Jacob cuando vió la escala, que con ella debía de entender otros secretos, que no los supo decir; que por sólo ver una escala que bajaban y subían ángeles, si no hubiera más luz interior, no entendiera tan grandes misterios.

No sé si atino en lo que digo, porque anque lo he oído, no sé si se me acuerda bien. Ni tampoco Moysen supo decir todo lo que vió en la zarza, sino lo que quiso Dios que dijese; mas si no mostrara Dios a su alma secretos con certidumbre, para que viese y creyese que era Dios, no se pusiera en tantos y tan grandes trabajos; mas debía entender tan grandes cosas dentro de los espinos de aquella zarza, que le dieron ánimo para hacer lo que hizo por el pueblo de Israel. Ansí que, hermanas, las cosas ocultas de Dios, no hemos de buscar razones para enten-

derlas, sino que como creemos que es poderoso, está claro que hemos de creer que un gusano de tan limitado poder como nosotros, que no ha de entender sus grandezas. Alabémosle mucho, porque es servido que entendamos algunas.

Deseando estoy acertar a poner una comparación, para si pudiese dar a entender algo de esto que voy diciendo, y creo no la hay que cuadre, mas digamos ésta: Entráis en un aposento de un rey u gran señor, u creo camarín los llaman, a donde tienen infinitos géneros de vidrios y barros y muchas cosas, puestas por tal orden, que casi todas se ven en entrando.

Una vez me llevaron a una pieza de éstas en casa de la duquesa de Alba, a donde viniendo de camino, me mandó la obediencia estar, por haberlos importunado esta señora, que me quedé espantada en entrando, y consideraba de qué podía aprovechar aquella baraúnda de cosas, y vía que se podía alabar al Señor de tantas diferencias de cosas; y ahora me cay en gracia cómo me ha aprovechado para aquí. Y anque estuve allí un rato, era tanto lo que había por ver, que luego se me olvidó todo, de manera que de nenguna de aquellas piezas me quedó más memoria que si nunca las hubiera visto, ni sabría decir de qué hechura eran; mas por junto acuérdase que lo vió.

Ansí acá estando el alma tan hecha una cosa con Dios, metida en este aposento de cielo Impíreo que debemos tener en lo interior de nuestras almas; porque claro está, que pues Dios está en ellas, que tiene alguna de estas Moradas; y anque cuando está ansí el alma en éstasi, no debe siempre el Señor querer que vea estos secretos, porque está tan embebida en gozarle, que le basta tan gran bien, algunas veces gusta que se desembeba, y de presto vea lo que está en aquel aposento; y ansí queda después que torna en sí, con aquel representársele las grandezas que vió: mas no puede decir nenguna, ni llega

su natural a más de lo que sobrenatural ha querido Dios que vea. ¡Luego ya confieso que fué ver y que es visión imaginaria!—No quiero decir tal, que no es esto de que trato, sino visión inteletual; que como no tengo letras, mi torpeza no sabe decir nada; que lo que he dicho hasta aquí en esta oración, entiendo claro que, si va bien, que no soy yo la que lo he dicho.

Yo tengo para mí, que si algunas veces no entiende de estos secretos, en los arrobamientos, el alma a quien los ha dado Dios, que no son arrobamientos, sino alguna flaqueza natural, que puede ser a personas de flaca complesión, como somos las mujeres, con alguna fuerza de espíritu sobrepujar al natural, y quedarse ansí embebidas, como creo dije en la oración de quietud. Aquellos no tienen que ver con arrobamientos; porque el que lo es, cree que roba Dios toda el alma para sí, y que, como a cosa suya propia y ya esposa suya, la va mostrando alguna partecita del reino que ha ganado, por serlo; que por poca que sea es todo mucho lo que hay en este gran Dios, y no quiere estorbo de naide, ni de potencias, ni sentidos; sino de presto manda cerrar las puertas de estas Moradas todas, y sólo en la que Él está queda abierta para entrarnos. Bendita sea tanta misericordia, y con razón serán malditos los que no quisieren aprovechase de ella, y perdieren a este Señor.

¡Oh hermanas mías! que no es nada lo que dejamos, ni es nada cuanto hacemos, ni cuanto pudiéramos hacer, por un Dios que ansí se quiere comunicar a un gusano. Y si tenemos esperanza de an en esta vida gozar de este bien, ¿qué hacemos? ¿En qué nos detenemos? ¿Qué es bastante, para que un memento dejemos de buscar a este Señor, como lo hacía la Esposa por barrios y plazas? ¡Oh, que es burlerío (1) todo lo del mundo, si no nos llega y

(1) *burlerío* — *burla, engaño; burlería*, en el *Dicc. Acad.*

ayuda a esto, aunque duraran para siempre sus deleites y riquezas y gozos, cuantos se pudieran imaginar! ¡Que es todo asco y basura, comparado a estos tesoros que se han de gozar sin fin! Ni an éstos no son nada en comparación de tener por nuestro al Señor de todos los tesoros y del cielo y de la tierra.

¡Oh, ceguedad humana! ¿Hasta cuándo, hasta cuándo se quitará esta tierra de nuestros ojos? Que anque entre nosotras no parece no es tanta que nos ciegue del todo, veo unas motillas, unas chinillas, que si las dejamos crecer, bastarán hacernos gran daño, sino que por amor de Dios, hermanas, nos aprovechemos de estas faltas, para conocer nuestra miseria, y ellas nos den mayor vista, como la dió el lodo del ciego que sanó muestro Esposo; y ansí, viéndonos tan imperfetas, crezca más el suplicarle saque bien de nuestras miserias, para en todo contentar a Su Majestad.

Mucho me he divirtido sin entenderlo; perdonadme, hermanas, y creed que llegada a estas grandezas de Dios, digo a hablar en ellas, no puede dejar de lastimarme mucho, ver lo que perdemos por nuestra culpa. Porque, anque es verdad que son cosas que las da el Señor a quien quiere, si quisiésemos a Su Majestad como Él nos quiere, a todas las daría; no está deseando otra cosa sino tener a quien dar, que no por eso se disminuyen sus riquezas.

Pues tornando a lo que decía, manda el Esposo cerrar las puertas de las Moradas, y an las del Castillo y cerca; que en quiriendo arrebatar esta alma, se le quita el huelgo de manera, que anque duren un poquito más algunas veces los otros sentidos, en ninguna manera puede hablar, anque otras veces todo se quita de presto, y se enfrían las manos y el cuerpo de manera que no parece tiene alma, ni se entiende algunas veces si echa el huelgo. Esto dura poco espacio, digo para estar en un sér, porque quitándose esta gran suspensión un poco, parece que el cuerpo

torna algo en sí, y alienta para tornarse a morir, y dar mayor vida a el alma, y con todo no dura mucho tan gran éstasi.

Mas acaece, anque se quita, quedarse la voluntad tan embebida, y el entendimiento tan enajenado, y durar ansí día y an días, que parece no es capaz para entender en cosa que no sea para despertar la voluntad a amar, y ella se está harto despierta para esto y dormida para arrostrar a asirse a ninguna criatura.

¡Oh! Cuando el alma torna ya del todo en sí, ¡qué es la confusión que le da, y los deseos tan grandísimos de emplearse en Dios, de todas cuantas maneras se quiere servir de ella! Si de las oraciones pasadas quedan tales efetos como quedan dichos, ¿qué será de una merced tan grande como ésta? Querría tener mil vidas para emplearlas todas en Dios, y que todas cuantas cosas hay en la tierra fuesen lenguas para alabarle por ella. Los deseos de hacer penitencia grandísimos; y no hace mucho en hacerla, porque con la fuerza del amor, siente poco cuanto hace, y ve claro que no hacían mucho los mártires en los tormentos que padecían, porque con esta ayuda de parte de Nuestro Señor, es fácil; y ansí se quejan estas almas a Su Majestad cuando no se les ofrece en qué padecer.

Cuando esta merced les hace en secreto, tiénenla por muy grande; porque cuando es delante de algunas personas, es tan grande el corrimiento y afrenta que les queda, que en alguna manera desembebe el alma de lo que gozó, con la pena y cuidado que le da pensar qué pensaran los que lo han visto. Porque conocen la malicia del mundo, y entienden que no lo echarán por ventura a lo que es, sino que, por lo que habían de alabar al Señor, por ventura les será ocasión para echar juicios. En alguna manera me parece esta pena y corrimiento, falta de humildad; mas ello no es más en su mano; porque si esta persona desea ser vituperada, ¿qué se le da? Como entendió una que estaba

en esta aflición de parte de Nuestro Señor: «No tengas pena, que, u ellos han de alabarme a Mí, u mormurar de ti, y en cualquiera cosa de estas ganas tú»; supe después que esta persona se había mucho animado con estas palabras y consolado; y porque si alguna se viere en esta afleción (1) os la pongo aquí.

Parece que quiere Nuestro Señor que todos entiendan que aquel alma es ya suya, que no ha de tocar naide en ella; en el cuerpo, en la honra, en la hacienda, enhorabuena, que de todo se sacará honra para Su Majestad; mas en el alma, eso no, que si ella, con muy culpable atrevimiento, no se aparta de su Esposo, Él la amparará de todo el mundo y an de todo el infierno.

No sé si queda dado algo a entender de qué cosa es arrobamiento, que todo es imposible, como he dicho, y creo no se ha perdido nada en decirlo, para que se entienda lo que lo es, porque hay efetos muy diferentes en los fingidos arrobamientos; no digo fingidos porque quien los tiene no quiere engañar, sino porque ella lo está; y como las señales y efetos no conforman con tan gran merced, queda infamada, de manera que con razón no se cree después a quien el Señor la hiciere. Sea por siempre bendito y alabado, amén, amén.

CAPÍTULO QUINTO

Otra manera de arrobamientos hay, u vuelo del espíritu le llamo yo, que anque todo es uno en la sustancia, en lo interior se siente muy diferente, porque muy de presto algunas veces se siente un movimiento tan acelerado del alma, que parece es arrebatado el espíritu con una velocidad que pone harto temor, en especial a los principios;

(1) *afleción* = *aflicción.*

que por eso os decía que es menester ánimo grande para a quien Dios ha de hacer estas mercedes, y an fe y confianza y resinación grande de que haga Nuestro Señor del alma lo que quisiere. ¿Pensáis que es poca turbación estar una persona muy en su sentido, y verse arrebatar el alma? y an algunos hemos leído, que el cuerpo con ella, sin saber a dónde va u quién la lleva u cómo; que al principio de este momentáneo movimiento no hay tanta certidumbre de que es Dios.

¿Pues hay algún remedio de poder resistir? En ninguna manera; antes es peor; que yo le sé de alguna persona, que parece quiere Dios dar a entender al alma, que pues tantas veces con tan grandes veras se ha puesto en sus manos y con tan entera voluntad se le ha ofrecido toda, que entienda que ya no tiene parte en sí, y notablemente, con más impetuoso movimiento es arrebatada; y tomaba ya por sí no hacer más que hace una paja, cuando la levanta el ámbar, si lo habéis mirado, y dejarse en las manos de quien tan poderoso es, que ve es lo más acertado hacer la necesidad virtud. Y porque dije de la paja, es cierto ansí, que con la facilidad que un gran jayán puede arrebatar una paja, este nuestro gran gigante y poderoso arrebata el espíritu.

No parece sino que aquel pilar de agua, que dijimos, creo era la cuarta Morada, que no me acuerdo bien, que con suavidad y mansedumbre, digo sin ningún movimiento, se henchía; aquí desató este gran Dios, que detiene los manantiales de las aguas, y no deja salir la mar de sus términos, los manantiales por donde venía a este pilar del agua; y con un ímpetu grande se levanta una ola tan poderosa, que sube a lo alto esta navecica de nuestra alma. Y ansí como no puede una nave, ni es poderoso el piloto, ni todos los que la gobiernan, para que las olas, si vienen con furia, la dejen estar a donde quieren, muy menos puede lo interior del alma detenerse en donde quiere, ni

hacer que sus sentidos ni potencias hagan más de lo que es tienen mandado, que lo esterior no se hace aquí caso de ello.

Es cierto, hermanas, que de sólo irlo escribiendo, me voy espantando, de cómo se muestra aquí el gran poder de este gran Rey y Emperador; ¿qué hará quien pasa por ello? Tengo para mí, que si los que andan muy perdidos por el mundo, se les descubriese Su Majestad, como hace a estas almas, que anque no fuese por amor, por miedo no le osarían ofender. Pues ¡oh, cuán obligadas estarán las que han sido avisadas por camino tan subido a procurar con todas sus fuerzas no enojar este Señor! Por Él os suplico, hermanas, a la que hubiere hecho Su Majestad estas mercedes u otras semejantes, que no os descuidéis con no hacer más que recibir; mirá que quien mucho debe, mucho ha de pagar.

Para esto también es menester gran ánimo, que es una cosa que acobarda en gran manera; y si Nuestro Señor no se le diese, andaría siempre con gran aflición; porque mirando lo que Su Majestad hace con ella, y tornándose a mirar así, cuán poco sirve para lo que está obligada, y eso poquillo que hace lleno de faltas y quiebras y flojedad, que por no se acordar de cuán imperfetamente hace alguna obra, si la hace, tiene por mejor procurar que se le olvide, y traer delante sus pecados, y meterse en la misericordia de Dios; que pues no tiene con qué pagar, supla la piadad y misericordia que siempre tuvo con los pecadores.

Quizá le responderá lo que a una persona, que estaba muy afligida delante de un crucifijo en este punto, considerando que nunca había tenido qué dar a Dios, ni qué dejar por Él: díjole el mesmo crucificado consolándola, que Él la daba todos los dolores y trabajos que había pasado en su Pasión, que lo tuviese por propios para ofrecer a su Padre. Quedó aquel alma tan consolada y

tan rica, según de ella he entendido, que no se le puede olvidar, antes cada vez que se ve tan miserable, acordándosele, queda animada y consolada.

Algunas cosas de éstas podría decir aquí, que como he tratado tantas personas santas y de oración, sé muchas; porque no penséis que so yo, me voy a la mano. Esta paréceme de gran provecho, para que entendáis lo que se contenta Nuestro Señor de que nos conozcamos, y procuremos siempre mirar y remirar nuestra pobreza y miseria, y que no tenemos nada, que no lo recibimos. Ansí que, hermanas mías, para esto y otras muchas cosas, que se ofrece a un alma, que ya el Señor la tiene en este punto, es menester ánimo; y a mi parecer, para esto postrero más que para nada, si hay humildad; dénosla el Señor por quien es.

Pues tornando a este apresurado arrebatar el espíritu, es de tal manera, que verdaderamente parece sale del cuerpo, y por otra parte claro está que no queda esta persona muerta; al menos ella no puede decir si está en el cuerpo u si nó, por algunos instantes. Parécele que toda junta ha estado en otra región muy diferente de en esta que vivimos, a donde se le muestra otra luz tan diferente de la de acá, que si toda su vida ella la estuviera fabricando junto con otras cosas, fuera imposible alcanzarlas; y acaece que en un instante le enseñan tantas cosas juntas, que en muchos años que trabajara en ordenarlas con su imaginación y pensamiento, no pudiera de mil partes la una.

Esto no es visión inteletual, sino imaginaria, que se ve con los ojos del alma, muy mejor que acá vemos con los del cuerpo, y sin palabras se le da a entender algunas cosas; digo como si ve algunos santos: los conoce como si los hubiera mucho tratado.

Otras veces, junto con las cosas que ve con los ojos del alma por visión inteletual, se le representan otras, en

especial multitud de ángeles, con el Señor de ellos, y sin ver nada con los ojos del cuerpo ni del alma, por un conocimiento admirable que yo no sabré decir, se le representa lo que digo y otras muchas cosas que no son para decir. Quien pasare por ellas, que tenga más habilidad que yo, las sabrá quizá dar a entender, anque me parece bien dificultoso. Si esto todo pasa estando en el cuerpo u no, yo no lo sabré decir; al menos ni juraría que está en el cuerpo, ni tampoco que está el cuerpo sin alma.

Muchas veces he pensado si como el sol estándose en el cielo, que sus rayos tienen tanta fuerza, que no mudándose él de allí, de presto llegan acá, si el alma y el espíritu, que son una mesma cosa, como lo es el sol y sus rayos, puede, quedándose ella en su puesto, con la fuerza del calor que le viene del verdadero Sol de justicia, alguna parte superior salir sobre sí mesma.

En fin, yo no sé lo que digo; lo que es verdad es que con la presteza que sale la pelota de un arcabuz, cuando le ponen el fuego, se levanta en lo interior un vuelo, que yo no sé otro nombre que le poner, que anque no hace ruido hace movimiento tan claro, que no puede ser antojo en ninguna manera; y muy fuera de sí mesma, a todo lo que puede entender, se le muestran grandes cosas; y cuando torna a sentirse en sí, es con tan grandes ganancias, y tiniendo en tan poco todas las cosas de la tierra, para en comparación de las que ha visto, que le parecen basura; y desde ahí adelante vive en ella con harta pena, y no ve cosa de las que le solían parecer bien que no le haga dársele nada de ella.

Parece que le ha querido el Señor mostrar algo de la tierra a donde ha de ir, como llevaron señas los que enviaron a la tierra de promisión los del pueblo de Israel para que pase los trabajos de este camino tan trabajoso, sabiendo a donde ha de ir a descansar. Anque cosa que pasa tan de presto no os parecerá de mucho provecho,

son tan grandes los que deja en el alma, que si no es por quien pasa, no se sabrá entender su valor.

Por donde se ve bien no ser cosa del demonio, que de la propia imaginación es imposible, ni el demonio podría representar cosas que tanta operación y paz y sosiego y aprovechamiento dejan en el alma, en especial tres cosas muy en subido grado: conocimiento de la grandeza de Dios, porque mientras más cosas viéremos de ella más se nos da a entender; propio conocimiento y humildad de ver cómo cosa tan baja, en comparación del Criador de tantas grandezas, la ha osado ofender ni osa mirarle; la tercera tener en muy poco todas las cosas de la tierra, si no fueren las que puede aplicar para servicio de tan gran Dios.

Estas son las joyas que comienza el Esposo a dar a su esposa, y son de tanto valor que no las porná a mal recaudo, que ansí quedan esculpidas en la memoria estas vistas, que creo es imposible olvidarlas hasta que las goce para siempre, si no fuere para grandísimo mal suyo; mas el Esposo que se las da es poderoso para darle gracia que no las pierda.

Pues tornando a el ánimo que es menester, ¿paréceos que es tan liviana cosa? Que verdaderamente parece que el alma se aparta del cuerpo, porque se ve perder los sentidos y no entiende para qué. Menester es que le dé el que da todo lo demás. Diréis que bien pagado va este temor; ansí lo digo yo. Sea para siempre alabado el que tanto puede dar. Plega a Su Majestad que nos dé para que merezcamos servirle, amén.

CAPÍTULO SESTO

Destas mercedes tan grandes queda el alma tan deseosa de gozar del todo al que se las hace, que vive con harto tormento, anque sabroso; unas ansias grandísimas de morirse, y ansí, con lágrimas muy ordinarias, pide a Dios la saque de este destierro. Todo la cansa cuanto ve en él; en viéndose a solas tiene un gran alivio, y luego acude ésta pena, y en estando sin ella no se hace. En fin, no acaba esta mariposica de hallar asiento que dure; antes, como anda el alma tan tierna del amor, cualquiera ocasión que sea para encender más este fuego, la hace volar; y ansí en esta Morada son muy continuos los arrobamientos, sin haber remedio de excusarlos, anque sea en público, y luego las persecuciones y mormuraciones, que anque ella quiera estar sin temores no la dejan, porque son muchas las personas que se los ponen, en especial los confesores.

Y anque en lo interior del alma parece tiene gran siguridad por una parte, en especial cuando está a solas con Dios, por otra anda muy afligida, porque teme si la ha de engañar el demonio de manera que ofenda a quien tanto ama, que de las mormuraciones tiene poca pena, si no es cuando el mesmo confesor la aprieta, como si ella pudiese más.

No hace sino pedir a todos oraciones y suplicar a Su Majestad la lleve por otro camino, porque le dicen que lo haga, porque éste es muy peligroso; mas como ella ha hallado por él tan gran aprovechamiento que no puede dejar de ver que le lleva, como lee y oye y sabe por los mandamientos de Dios el que va al cielo, no lo acaba de desear, anque quiere, sino dejarse en sus manos. Y an éste no lo poder desear le da pena, por parecerle que no

obedece al confesor, que en obedecer y no ofender a Nuestro Señor le parece que está todo su remedio para no ser engañada; y ansí no haría un pecado venial de advertencia, porque la hiciesen pedazos, a su parecer; y aflígese en gran manera de ver que no se puede excusar de hacer muchos sin entenderse.

Da Dios a estas almas un deseo tan grandísimo de no le descontentar en cosa ninguna, por poquito que sea, ni hacer una imperfeción si pudiesen, que por sólo esto, anque no fuese por más, querría huír de las gentes, y ha gran envidia a los que viven y han vivido en los desiertos; por otra parte, se querría meter en mitad del mundo, por ver si pudiese ser parte para que un alma alabase más a Dios, y si es mujer, se aflige del atamiento que le hace su natural, porque no puede hacer esto, y ha gran envidia a los que tienen libertad para dar voces, publicando quién es este gran Dios de las Caballerías.

¡Oh pobre mariposilla, atada con tantas cadenas, que no te dejan volar lo que querrías! Habedla lástima, mi Dios; ordenad ya de manera que ella pueda cumplir en algo sus deseos para vuestra honra y gloria. No os acordéis de lo poco que lo merece y de su bajo natural. Poderoso sois Vos, Señor, para que la gran mar se retire, y el gran Jordán, y dejen pasar los hijos de Israel; no la hayáis lástima, que con vuestra fortaleza ayudada puede pasar muchos trabajos. Ella está determinada a ello, y los desea padecer; alargá, Señor, vuestro poderoso brazo, no se le pase la vida en cosas tan bajas. Parézcase vuestra grandeza en cosa tan feminil y baja, para que entendiendo el mundo que no es nada de ella, os alaben a Vos, cuéstele lo que le costare, que eso quiere, y dar mil vidas porque un alma os alabe un poquito más a su causa, si tantas tuviera; y las da por muy bien empleadas, y entiende con toda verdad que no merece padecer por Vos un muy pequeño trabajo, cuanto más morir.

No sé a qué propósito he dicho esto, hermanas, ni para qué, que no me he entendido. Entendamos que son estos los efetos que quedan de estas suspensiones u éstasi, sin duda nenguna; porque no son deseos que se pasan, sino que están en un ser, y cuando se ofrece algo en qué mostrarlo, se ve que no era fingido.—¿Por qué digo estar en un ser? Algunas veces se siente el alma cobarde, y en las cosas más bajas, y atemorizada y con tan poco ánimo, que no le parece posible tenerle para cosa. Entiendo yo que la deja el Señor entonces en su natural, para mucho mayor bien suyo; porque ve entonces, que si para algo le ha tenido, ha sido dado de Su Majestad, con una claridad que la deja aniquilada a sí, y con mayor conocimiento de la misericordia de Dios y de su grandeza, que en cosa tan baja la ha querido mostrar; mas lo más ordinario está como antes hemos dicho.

Una cosa advertí, hermanas, en estos grandes deseos de ver a Nuestro Señor: que aprietan algunas veces tanto, que es menester no ayudar a ellos, sino divertiros, si podéis digo, porque en otros, que diré adelante, en ninguna manera se puede, como veréis. En estos primeros, alguna vez sí podrán; porque hay razón entera para conformarse con la voluntad de Dios, y decir lo que decía san Martín, y podráse volver la consideración si mucho aprietan; porque, como es, al parecer, deseo que ya parece de personas muy aprovechadas, ya podría el demonio moverle, porque pensásemos que lo estamos, que siempre es bien andar con temor. Mas tengo para mí, que no podrá poner la quietud y paz que esta pena da en el alma, sino que será moviendo con él alguna pasión, como se tiene cuando por cosas del siglo tenemos alguna pena; mas a quien no tuviese espiriencia de uno y de lo otro no le entenderá, y pensando es una gran cosa ayudará cuanto pudiere, y haríale mucho daño a la salud; porque es contina esta pena, u al menos muy ordinaria.

También advertid, que suele causar la complesión flaca cosas de estas penas, en especial si es en unas personas tiernas, que por cada cosita lloran; mil veces las hará entender que lloran por Dios, que no sea ansí. Y an puede acaecer ser (cuando viene multitud de lágrimas, digo, por un tiempo, que a cada palabrita que oya u piense de Dios, no se puede resistir de ellas), haberse allegado algún humor al corazón, que ayuda más que el amor que se tiene a Dios, que no parece han de acabar de llorar; y como ya tienen entendido que las lágrimas son buenas, no se van a la mano, ni querrían hacer otra cosa, y ayudan cuanto pueden a ellas. Pretende el demonio aquí que se enflaquezcan, de manera que después, ni puedan tener oración ni guardar su regla.

Paréceme que os estoy mirando cómo decís, que qué habéis de hacer, si en todo pongo peligro; pues en una cosa tan buena, como las lágrimas, me parece puede haber engaño, que yo soy la engañada; y ya puede ser, mas creé que no hablo sin haber visto que le puede haber en algunas personas, anque no en mí; porque no soy nada tierna, antes tengo un corazón tan recio que algunas veces me da pena; anque cuando el fuego de adentro es grande, por recio que sea el corazón distila, como hace un alquitara, y bien entenderéis cuando vienen las lágrimas de aquí; que son más confortadoras y pacifican, que no alborotadoras, y pocas veces hacen mal. El bien es en este engaño, cuando lo fuere, que será daño del cuerpo, digo si hay humildad, y no del alma; y cuando no le hay, no será malo tener esta sospecha.

No pensemos que está todo hecho en llorando mucho, sino que echemos mano del obrar mucho y de las virtudes, que son las que nos han de hacer al caso, y las lágrimas vénganse cuando Dios las enviare, no haciendo nosotras diligencias para traerlas. Éstas dejarán esta tierra seca, regada, y son gran ayuda para dar fruto; mien-

tra menos caso hiciéremos de ellas, más, porque es agua que cay del cielo; la que sacamos cansándonos en cavar para sacarla, no tiene que ver con ésta, que muchas veces cavaremos y quedaremos molidas, y no hallaremos ni un charco de agua, cuanto más pozo manantial. Por eso, hermanas, tengo por mejor, que nos pongamos delante del Señor, y miremos su misericordia y grandeza y nuestra bajeza, y dénos Él lo que quisiere, siquiera haya agua, siquiera sequedad. Él sabe mejor lo que nos conviene; y con esto andaremos descansadas, y el demonio no terná tanto lugar de hacernos trampantojos.

Entre estas cosas penosas y sabrosas juntamente, da Nuestro Señor al alma algunas veces unos júbilos y oración estraña, que no sabe entender qué es. Porque si os hiciere esta merced, le alabéis mucho y sepáis que es cosa que pasa, la pongo aquí. Es, a mi parecer, una unión grande de las potencias, sino que las deja Nuestro Señor con libertad para que gocen de este gozo, y a los sentidos lo mesmo, sin entender qué es lo que gozan y cómo lo gozan.

Parece esto algarabía, y, cierto pasa ansí, que es un gozo tan ecesivo (1) del alma que no querría gozarle a solas, sino decirlo a todos, para que la ayudasen a alabar a Nuestro Señor, que aquí va todo su movimiento. ¡Oh, qué de fiestas haría y qué de muestras, si pudiese, para que todos entendiesen su gozo! Parece que se ha hallado a sí, y que, como el padre del hijo pródigo, querría convidar a todos y hacer grandes fiestas, por ver su alma en puesto que no puede dudar que está en siguridad, al menos por entonces. Y tengo para mí, que es con razón; porque tanto gozo interior de lo muy íntimo del alma, y con tanta

(1) *ecesivo = escesivo;* piérdese la *s* ante la *c*, como en *picina, ecelentisimo, ecelente, dicipulos,* etc.

paz, y que todo su contento provoca a alabanzas de Dios, no es posible darle el demonio.

Es harto, estando con este gran ímpetu de alegría, que calle y pueda disimular, y no poco penoso. Esto debía sentir San Francisco, cuando le toparon los ladrones, que andaba por el campo dando voces, y les dijo que era pregonero del gran Rey; y otros santos, que se van a los desiertos por poder apregonar lo que San Francisco: estas alabanzas de su Dios.

Yo conocí uno llamado fray Pedro de Alcántara, que creo lo es, según fué su vida, que hacía esto mesmo, y le tiníen (1) por loco los que alguna vez le oyeron. ¡Oh, qué buena locura, hermanas, si nos la diese Dios a todas! Y qué mercedes os ha hecho de teneros en parte que anque el Señor os haga ésta y deis muestras de ello, antes será para ayudaros que no para mormuración, como fuérades si estuviérades en el mundo, que se usa tan poco este pregón que no es mucho que le mormuren. ¡Oh desventurados tiempos y miserable vida en la que ahora vivimos, y dichosas a las que les ha cabido tan buena suerte, que estén fuera de él! Algunas veces me es particular gozo cuando, estando juntas, las veo a estas hermanas tenerle tan grande interior, que la que más puede, más alabanzas da a Nuestro Señor de verse en el monesterio; porque se les ve muy claramente que salen aquellas alabanzas de lo interior del alma. Muchas veces querría, hermanas, hiciésedes esto, que una que comienza, despierta a las demás.

¿En qué mejor se puede emplear vuestra lengua cuando estéis juntas, que en alabanzas de Dios, pues tenemos tanto por qué se las dar? Plega a Su Majestad que muchas veces nos dé esta oración, pues es tan segura y ganancioso, que adquirirla no podremos, porque es cosa

(1) *tiníen = tenían;* del lenguaje antiguo, como *acudie,* etc.

muy sobrenatural; y acaece durar un día, y anda el alma como uno que ha bebido mucho, mas no tanto que esté enajenado de los sentidos, u un melencólico, que del todo no ha perdido el seso, mas no sale de una cosa que se le puso en la imaginación, ni hay quien le saque de ella.

Harto groseras comparaciones son estas para tan preciosa causa, mas no acanza otras mi ingenio, porque ello es ansí: que este gozo la tiene tan olvidada de sí y de todas las cosas, que no advierte ni acierta a hablar, sino en lo que procede de su gozo, que son alabanzas de Dios. Ayudemos a esta alma, hijas mías todas; ¿para qué queremos tener más seso? ¿qué nos puede dar mayor contento? ¡y ayúdennos todas las criaturas, por todos los siglos de los siglos! Amén, amén, amén.

CAPÍTULO SÉTIMO

Pareceros ha, hermanas, que a estas almas que el Señor se comunica tan particularmente (en especial podrán pensar esto que diré, las que no hubieren llegado a estas mercedes, porque si lo han gozado, y es de Dios, verán lo que yo diré), que estarán ya tan seguras de que han de gozarle para siempre, que no ternán que temer ni que llorar sus pecados; y será muy gran engaño; porque el dolor de los pecados crece más, mientras más se recibe de nuesto Dios: y tengo yo para mí, que hasta que estemos a donde ninguna cosa puede dar pena, que ésta no se quitará.

Verdad es, que unas veces aprieta más que otras, y también es de diferente manera; porque no se acuerda de la pena que ha de tener por ellos, sino de cómo fué tan ingrata a quien tanto debe, y a quien tanto merece ser

servido; porque en estas grandezas que le comunica, entiende mucho más la de Dios; espántase cómo fue tan atrevida; llora su poco respeto; parécele una cosa tan desatinada su desatino, que no acaba de lastimar jamás, cuando se acuerda por las cosas tan bajas, que dejaba una tan gran majestad. Mucho más se acuerda de esto, que de las mercedes que recibe, siendo tan grandes como las dichas, y las que están por decir; parece que las lleva un río caudaloso, y las tray a sus tiempos. Esto de los pecados está como un cieno, que siempre parece se avivan en la memoria, y es harto gran cruz.

Yo sé de una persona, que dejado de querer morirse por ver a Dios, lo deseaba por no sentir tan ordinariamente pena de cuán desagradecida había sido a quien tanto debió siempre, y había de deber; y ansí no le parecía podían llegar maldades de ninguno a las suyas; porque entendía, que no le habría a quien tanto hubiese sufrido Dios y tantas mercedes hubiese hecho. En lo que toca a miedo del infierno, ninguno tienen; de si han de perder a Dios, a veces aprieta mucho, mas es pocas veces. Todo su temor es no las deje Dios de su mano para ofenderle, y se vean en estado tan miserable, como se vieron en algún tiempo, que de pena ni gloria suya propia, no tienen cuidado; y si desean no estar mucho en purgatorio, es más por no estar ausentes de Dios, lo que allí estuvieren, que por las penas que han de pasar.

Yo no ternía por seguro, por favorecida que un alma esté de Dios, que se olvidase de que en algún tiempo se vió en miserable estado; porque anque es cosa penosa, aprovecha pará muchas. Quizá como yo he sido tan ruin, me parece esto, y esta es la causa de traerlo siempre en la memoria; las que han sido buenas, no ternán que sentir, anque siempre hay quiebras mientras vivimos en este cuerpo mortal. Para esta pena ningún alivio es pensar que tiene Nuestro Señor ya perdonados los pecados y ol-

vidados, antes añide (1) a la pena ver tanta bondad, y que se hacen mercedes a quien no merecía sino infierno

Yo pienso que fué este un gran martirio en San Pedro y la Madalena; porque como tenían el amor tan crecido, y habían recibido tantas mercedes, y tenían entendida la grandeza y majestad de Dios, sería harto recio de sufrir, y con muy tierno sentimiento.

También os parecerá, que quien goza de cosas tan altas no terná meditación de los misterios de la sacratísima humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, porque se ejercitará ya toda en amor. Esto es una cosa que escribí largo en otra parte, y anque me han contradecido en ella y dicho que no lo entiendo, porque son caminos por donde lleva Nuestro Señor, y que cuando ya han pasado de los principios, es mejor tratar en cosas de la Divinidad y huír de las corpóreas, a mí no me harán confesar que es buen camino. Ya puede ser que me engañe, y que digamos todos una cosa; mas vi yo que me quería engañar el demonio por ahí, y ansí estoy tan escarmentada, que pienso, anque lo haya dicho más veces, decíroslo otra vez aquí, porque vais (2) en esto con mucha advertencia, y mirá que oso decir, que no creáis a quien os dijere otra cosa.

Y procuraré darme más a entender, que hice en otra parte; porque por ventura si alguno lo ha escrito, como él lo dijo, si más se alargara en declararlo, decía bien; y decirlo ansí por junto a las que no entendemos tanto, puede hacer mucho mal.

También les parecerá a algunas almas, que no pueden pensar en la Pasión; pues menos podrán en la sacratísima Virgen, ni en la vida de los santos, que tan gran provecho y aliento nos da su memoria. Yo no puedo pensar en qué piensan; porque apartados de todo lo corpóreo,

(1) *añide* = *añade*.
(2) *vais*, por *vayáis;* antiguo.

para espíritus angélicos es estar siempre abrasados en amor, que no para los que vivimos en cuerpo mortal, que es menester trate y piense y se acompañe de los que tiniéndole, hicieron tan grandes hazañas por Dios; cuanto más apartarse de industria de todo nuestro bien y remedio, que es la sacratísima humanidad de Nuestro Señor Jesucristo; y no puede creer que lo hacen, sino que no se entienden, y ansí harán daño a sí y a los otros.

Al menos yo les asiguro, que no entren a estas dos Moradas postreras; porque si pierden la guía, que es el buen Jesús, no acertarán el camino; harto será si se están en las demás con siguridad. Porque el mesmo Señor dice que es camino; también dice el Señor que es luz, y que no puede nenguno ir al Padre sino por Él; y quien me ve a mí ve a mi Padre. Dirán que se da otro sentido a estas palabras. Yo no sé esotros sentidos; con este que siempre siente mi alma ser verdad, me ha ido muy bien.

Hay algunas almas, y son hartas las que lo han tratado conmigo, que como Nuestro Señor las llega a dar contemplación perfeta, querríanse siempre estar allí, y no puede ser; mas quedan con esta merced del Señor, de manera, que después no pueden discurrir en los misterios de la Pasión y de la vida de Cristo, como antes.

Y no sé qué es la causa, mas es esto muy ordinario, que queda el entendimiento más inhabilitado para la meditación; creo debe ser la causa, que como en la meditación es todo buscar a Dios, como una vez se halla, y queda el alma acostumbrada, por obra de la voluntad, a tornarle a buscar, no quiere cansarse con el entendimiento. Y también me parece que, como la voluntad esté ya encendida, no quiere esta potencia generosa aprovecharse de estotra si pudiese; y no hace mal, mas será imposible, en especial hasta que llegue a estas postreras Moradas, y perderá tiempo, porque muchas veces ha menester ser ayudada del entendimiento para encender la voluntad.

Y notad, hermanas, este punto, que es importante, y ansí le quiero declarar más. Está el alma deseando emplearse toda en amor, y querría no entender en otra cosa, mas no podrá anque quiera; porque anque la voluntad no esté muerta, está mortecino el fuego que la suele hacer quemar, y es menester quien le sople para echar calor de sí. ¿Sería bueno que se estuviese el alma con esta sequedad, esperando fuego del cielo, que queme este sacrificio que está haciendo de sí a Dios, como hizo nuestro padre Elías? (1). No por cierto, ni es bien esperar milaglos (2): el Señor los hace cuando es servido, por esta alma, como queda dicho y se dirá adelante; mas quiere Su Majestad que nos tengamos por tan ruines, que no merecemos los haga, sino que nos ayudemos en todo lo que pudiéremos.

Y tengo para mí, que hasta que muramos, por subida oración que haya, es menester esto. Verdad es, que a quien mete ya el Señor en la sétima Morada, es muy pocas veces, o casi nunca, las que ha menester hacer esta diligencia, por la razón que en ella diré, si me acordare; mas es contino no se apartar de andar con Cristo Nuestro Señor por una manera admirable, a donde, divino y humano junto, es siempre su compañía. Ansí que cuando no hay encendido el fuego que queda dicho, en la voluntad, ni se siente la presencia de Dios, es menester que la busquemos, que esto quiere Su Majestad, como lo hacía la Esposa en los *Cantares*, y preguntemos a las criaturas

(1) Estaba Elías al pie del ara en que se había de celebrar el sacrificio. Pedía a Dios un milagro por el cual se convirtiese el pueblo que se hallaba presente. De repente bajó fuego del cielo y devoró el holocausto, y la leña y las piedras, y aun el polvo.» Visto lo cual postráronse todos sobre sus rostros diciendo: «¡El Señor es el Dios! ¡El Señor es el Dios!» *Libro 3.º de los Reyes*, XVIII, 38-39.

(2) *milaglos*. La forma antigua más conforme con la etimología es *miraglo;* de ésta procede la moderna *milagro*.

quién las hizo, como dice san Agustín, creo en sus *Meditaciones* o *Confesiones*, y no nos estemos bobos perdiendo tiempo por esperar lo que una vez se nos dió, que a los principios podrá ser que no lo dé el Señor en un año, y an en muchos: Su Majestad sabe el por qué; nosotras no hemos de querer saberlo ni hay para qué.

Pues sabemos el camino, como hemos de contentar a Dios por los mandamientos y consejos, en esto andemos muy diligentes, y en pensar su vida y muerte, y lo mucho que le debemos; lo demás venga cuando el Señor quisiere. Aquí viene el responder que no pueden detenerse en estas cosas; y por lo que queda dicho, quizá ternán razón en alguna manera. Ya sabéis que discurrir con el entendimiento es uno, y representar la memoria al entendimiento verdades, es otro. Decís, quizá, que no entendéis, y verdaderamente podrá ser que no lo entienda yo para saberlo decir; mas dirélo como supiere.

Llamo yo meditación al discurrir mucho con el entendimiento de esta manera: Comenzamos a pensar en la merced que nos hizo Dios en darnos a su único Hijo, y no paramos allí, sino vamos adelante a los misterios de toda su gloriosa vida; u comenzamos en la oración del Huerto, y no pára el entendimiento hasta que está puesto en la ✝; u tomamos un paso de la Pasión, digamos como el prendimiento, y andamos en este misterio, considerando por menudo las cosas que hay que pensar en él y que sentir, ansí de la traición de Judas, como de la huída de los Apóstoles, y todo lo demás; y es admirable y muy meritoria oración.

Esta es la que digo que ternán razón quien ha llegado a llevarla Dios a cosas sobrenaturales, y a perfeta contemplación; porque, como he dicho, no sé la causa; mas, lo más ordinario, no podrá. Mas no la terná, digo razón, si dice que no se detiene en estos misterios, y los tray presentes muchas veces, en especial cuando los celebra

la Ilesia Católica; ni es posible que pierda memoria el alma que ha recibido tanto de Dios, de muestras de amor tan preciosas, porque son vivas centellas para encenderla más en el que tiene a Nuestro Señor, sino que no se entiende; porque entiende el alma estos misterios por manera más perfeta.

Y es que se los representa el entendimiento, y estámpanse en la memoria, de manera que de sólo ver al Señor caído con aquel espantoso sudor en el Huerto, aquello le basta para no sólo un hora, sino muchos días, mirando con una sencilla vista quién es, y cuán ingratos hemos sido a tan gran pena; luego acude la voluntad, anque no sea con ternura, a desear servir en algo tan gran merced, y a desear padecer algo por quien tanto padeció, y a otras cosas semejantes, en que ocupa la memoria y el entendimiento. Y creo que por esta razón no puede pasar a discurrir más en la Pasión, y esto le hace parecer que no puede pensar en ella. Y si esto no hace, es bien que lo procure hacer, que yo sé que no lo impedirá la muy subida oración; y no tengo por bueno que no se ejercite en esto muchas veces.

Si de aquí la suspendiere el Señor, muy enhorabuena, que anque no quiera, la hará dejar en lo que está; y tengo por muy cierto que no es estorbo esta manera de proceder, sino gran ayuda para todo bien, lo que sería si mucho trabajase en el discurrir, que dije al principio, y tengo para mí que no podrá quien ha llegado a más. Ya puede ser que sí, que por muchos caminos lleva Dios las almas; mas no se condenen las que no pudieren ir por él, ni las juzguen inhabilitadas para gozar de tan grandes bienes como están encerrados en los misterios de nuestro buen Jesucristo; ni naide me hará entender, sea cuán espiritual quisiere, irá bien por aquí.

Hay unos principios y an medios, que tienen algunas almas, que como comienzan a llegar a oración de quietud

y a gustar de los regalos y gustos que da el Señor, paréceles que es muy gran cosa estarse allí siempre gustando; pues créanme, y no se embeban tanto, como ya he dicho en otra parte, que es larga la vida, y hay en ella muchos trabajos, y hemos menester mirar a nuestro dechado Cristo, cómo los pasó, y an a sus Apóstoles y santos, para llevarlos con perfeción.

Es muy buena compañía el buen Jesús para no nos apartar de ella y su sacratísima Madre, y gusta mucho de que nos dolamos de sus penas, anque dejemos nuestro contento y gusto algunas veces. Cuanto más, hijas, que no es tan ordinario el regalo en la oración que no hay tiempo para todo; y la que dijere que es un ser, terníalo yo por sospechoso, digo que nunca puede hacer lo que queda dicho; y ansí lo tené, y procurá salir de ese engaño, y desembeberos con todas vuestras fuerzas, y si no bastaren, decirlo a la priora, para que os dé un oficio de tanto cuidado, que se quite ese peligro, que al menos para el seso y cabeza es muy grande, si durase mucho tiempo.

Creo queda dado a entender lo que conviene, por espirituales que sean, no huír tanto de cosas corpóreas, que les parezca an hace daño la Humanidad sacratísima. Alegan lo que el Señor dijo a sus discípulos, que convenía que Él se fuese; yo no puedo sufrir esto. Ausadas que no lo dijo a su Madre sacratísima, porque estaba firme en la fe, que sabía que era Dios y hombre; y anque le amaba más que ellos, era con tanta perfeción, que antes la ayudaba. No debían estar entonces los Apóstoles tan firmes en la fe, como después estuvieron y tenemos razón de estar nosotros ahora.

Yo os digo, hijas, que le tengo por peligroso camino, y que podría el demonio venir a hacer perder la devoción con el Santísimo Sacramento. El engaño que me pareció a mí que llevaba, no llegó a tanto como esto, sino a no

gustar de pensar en Nuestro Señor Jesucristo tanto, sino andarme en aquel embebecimiento, aguardando aquel regalo; y vi claramente que iba mal; porque como no podía ser tenerle siempre, andaba el pensamiento de aquí para allí, y el alma, me parece, como un ave revolando que no halla a donde parar, y perdiendo harto tiempo, y no aprovechando en las virtudes ni medrando en la oración. Y no entendía la causa, ni la entendiera, a mi parecer, porque me parecía que era aquello muy acertado, hasta que tratando la oración que llevaba, con una persona sierva de Dios, me avisó.

Después vi claro cuán errada iba, y nunca me acaba de pesar de que haya habido nengún tiempo que yo careciese de entender, que se podía malganar (1) con tan gran pérdida; y cuando pudiera, no quiero ningún bien sino adquirido por quien nos vienen todos los bienes. Sea para siempre alabado, amén.

CAPÍTULO OCTAVO

Para que más claro veáis, hermanas, que es ansí lo que os he dicho, y que mientra más adelante va un alma, más acompañada es de este buen Jesús, será bien que tratemos de cómo cuando Su Majestad quiere, no podemos sino andar siempre con Él; como se ve claro por las maneras y modos con que Su Majestad se nos comunica, y nos muestra el amor que nos tiene, con algunos aparecimientos y visiones tan admirables; que por si alguna merced de éstas os hiciere, no andéis espantadas, quiero decir, si el Señor fuere servido que acierte, en suma, alguna cosa de éstas, para que le alabemos mucho, anque

(1) *Malganarse* = perjudicarse, perderse moralmente.

no nos las haga a nosotras, de que se quiera ansí comunicar con una criatura, siendo de tanta majestad y poder.

Acaece estando el alma descuidada de que se le ha de hacer esta merced, ni haber jamás pensado merecerla, que siente cabe sí a Jesucristo Nuestro Señor, anque no le ve ni con los ojos del cuerpo ni del alma. Vi a esta persona que le hizo Dios esta merced, con otras que diré adelante, fatigada en los principios harto; porque no podía entender qué cosa era, pues no la vía; y entendía tan cierto ser Jesucristo Nuestro Señor el que se lo mostraba de aquella suerte, que no lo podía dudar, digo, que estaba allí aquella visión; que si era de Dios o no, anque traía consigo grandes efetos para entender que lo era, todavía andaba con miedo, y ella jamás había oído visión inteletual, ni pensó que la había de tal suerte; mas entendía muy claro que era este Señor el que la hablaba muchas veces, de la manera que queda dicho; porque hasta que le hizo esta merced que digo, nunca sabía quién la hablaba, anque entendía las palabras.

Sé que estando temerosa de esta visión, porque no es como las imaginarias, que pasan de presto, sino que dura muchos días, y an más que un año alguna vez, se fué a su confesor harto fatigada; él la dijo que si no vía nada, ¿cómo sabía que era Nuestro Señor?: que le dijese qué rostro tenía. Ella le dijo que no sabía, ni vía rostro, ni podía decir más de lo dicho; que lo que sabía era, que era Él el que la hablaba, y que no era antojo. Y anque le ponían hartos temores todavía, muchas veces no podía dudar, en especial cuando la decía: «No hayas miedo, que yo soy.» Tenían tanta fuerza estas palabras, que no lo podía dudar por entonces, y quedaba muy esforzada y alegre con tan buena compañía; que vía claro serle gran ayuda para andar con una ordinaria memoria de Dios, y un miramiento grande de no hacer cosa que le desagradase, porque le parecía la estaba siempre mirando; y

cada vez que quería tratar con Su Majestad en oración, y an sin ella, le parecía estar tan cerca, que no la podía dejar de oír; anque el entender las palabras no era cuando ella quería, sino a deshora, cuando era menester.

Sentía que andaba al lado derecho, mas no con estos sentidos que podemos sentir que está cabe nosotros una persona; porque es por otra vía más delicada, que no se debe de saber decir, mas es tan cierto, y con tanta certidumbre, y an mucho más; porque acá ya se podría antojar, mas en esto no, que viene con grandes ganancias y efetos interiores, que ni los podría haber, si fuese melencolía, ni tampoco el demonio haría tanto bien, ni andaría el alma con tanta paz, y no con tan continos deseos de contentar a Dios, y con tanto desprecio de todo lo que no la llega a Él; y después se entendió claro no ser demonio, porque se iba más y más dando a entender. Con todo, sé yo que a ratos andaba harto temerosa, otros con grandísima confusión, que no sabía por dónde le había venido tanto bien. Éramos tan una cosa ella y yo, que no pasaba cosa por su alma, que yo estuviese inorante de ella, y ansí puedo ser buen testigo, y me podéis creer ser verdad todo lo que en esto dijere.

Es merced del Señor, que tray grandísima confusión consigo y humildad. Cuando fuese del demonio, todo sería al contrario; y como es cosa que notablemente se entiende ser dada de Dios, que no bastaría industria humana para poderse ansí sentir, en ninguna manera puede pensar quien lo tiene que es bien suyo, sino dado de la mano de Dios. Y anque, a mi parecer, es mayor merced algunas de las que quedan dichas, ésta tray consigo un particular conocimiento de Dios, y de esta compañía tan contina nace un amor ternísimo con Su Majestad, y unos deseos an mayores que los que quedan dichos, de entregarse toda a su servicio, y una limpieza de conciencia grande; porque hace advertir a todo la presencia que

tray cabe sí. Porque anque ya sabemos, que lo está Dios a todo lo que hacemos, es muestro natural tal, que se descuida en pensarlo, lo que no se puede descuidar acá, que la despierta el Señor que está cabe ella. Y an para las mercedes que quedan dichas, como anda el alma casi contino con un atual amor al que ve u entiende estar cabe sí, son muy ordinarias.

En fin, en la ganancia del alma se ve ser grandísima merced, y muy mucho de preciar, y agradece al Señor, que se la da tan sin poderle merecer, y por nengún tesoro ni deleite de la tierra la trocaría. Y ansí cuando el Señor es servido que se le quite, queda con mucha soledad, mas todas las diligencias posibles que pusiese, para tornar a tener aquella compañía, aprovechan poco, que lo da el Señor cuando quiere, y no se puede adquirir. Algunas veces también es de algún santo, y es también de gran provecho. Diréis, que si no se ve, que cómo se entiende que es Cristo, u cuando es santo, u su Madre gloriosísima. Eso no sabrá el alma decir, ni puede entender como lo entiende, sino que lo sabe con una grandísima certidumbre. An ya el Señor, cuando habla, más fácil parece, mas el santo que no habla, sino que parece le pone el Señor allí por ayuda de aquel alma y por compañía, es más de maravillar.

Ansí son otras cosas espirituales, que no se saben decir, mas entiéndese por ellas cuán bajo es nuestro natural, para entender las grandes grandezas de Dios, pues an éstas no somos capaces, sino que con admiración y alabanzas a Su Majestad, pase quien se las diere; y ansí le haga particulares gracias por ellas, que pues no es merced que se hace a todos, hase mucho de estimar, y procurar hacer mayores servicios, pues por tantas maneras le ayuda Dios a ello. De aquí viene no se tener por eso en más, y parecerle que es la que menos sirve a Dios de cuantos hay en la tierra; porque le parece está más

obligada a ello que nenguno, y cualquier falta que hace la atraviesa las entrañas, y con muy grande razón.

Estos efetos con que anda el alma, que quedan dichos, podrá advertir cualquiera de vosotras a quien el Señor llevare por este camino, para entender que no es engaño ni tampoco antojo; porque, como he dicho, no tengo que es posible durar tanto siendo demonio, haciendo tan notable provecho a el alma, y trayéndola con tanta paz interior, que no es de costumbre, ni puede anque quiere, cosa tan mala, hacer tanto bien; que luego habría unos humos de propia estimación, y pensar era mejor que los otros.

Mas este andar siempre el alma tan asida de Dios y ocupado su pensamiento en Él, haríale tanta rabia, que anque lo intentase, no tornase muchas veces; y es Dios tan fiel, que no premitirá darle tanta mano, con alma que no pretende otra cosa sino agradar a Su Majestad, y poner su vida por su honra y gloria, sino que luego ordenará como sea desengañada. Mi tema es y será, que como el alma ande de la manera que aquí se ha dicho la dejan estas mercedes de Dios, que Su Majestad la sacará con ganancia, si primite alguna vez se le atreva el demonio, y que él quedará corrido.

Por eso, hijas, si alguna fuere por este camino, como he dicho, no andéis asombradas; bien es que hay temor (1), y andemos con más aviso, ni tampoco confiadas; que por ser tan favorecidas, os podéis más descuidar, que esto será señal de no ser de Dios, si no os vierdes con los efetos, que queda dicho. Es bien que a los principios lo comuniquéis debajo de confesión con un muy buen letrado, que son los que nos han de dar la luz, u si hubiere alguna persona muy espiritual; y si no lo es, mejor es muy letrado: si le hubiere, con el uno y con el

(1) Hoy diríamos: *que haya temor.*

otro. Y si os dijere que es antojo, no se os dé nada, que el antojo poco mal ni bien puede hacer a vuestra alma; encomendaos a la divina Majestad, que no consienta seáis engañadas. Si os dijeren es demonio, será más trabajo, anque no dirá si es buen letrado, y hay los efetos dichos: mas cuando lo diga, yo sé que el mesmo Señor, que anda con vos, os consolará y asegurará, y a él le irá dando luz, para que os la dé.

Si es persona que anque tiene oración, no la ha llevado el Señor por ese camino, luego se espantará y lo condenará; y por eso os aconsejo que sea muy letrado, y si se hallare, también espiritual; y la priora dé licencia para ello, porque anque vaya segura el alma por ver su buena vida, estará obligada la priora a que se comunique, para que anden con seguridad entramas. Y tratado con estas personas, quiétese, y no ande dando más parte de ello; que algunas veces, sin haber de qué temer, pone el demonio unos temores tan demasiados, que fuerzan a el alma a no se contentar de una vez; en especial si el confesor es de poca espiriencia, y le ve medroso, y él mesmo la hace andar comunicando. Viénese a publicar lo que había de razón estar muy secreto, y a ser esta alma perseguida y atormentada; porque cuando piensa que está secreto, lo ve público, y de aquí suceden muchas cosas trabajosas para ella, y podrían suceder para la Orden, según andan estos tiempos. Ansí que es menester grande aviso en esto, y a las prioras lo encomiendo mucho.

Y que no piense que por tener una hermana cosas semejantes, es mejor que las otras; lleva el Señor a cada una como ve que es menester. Aparejo es para venir a ser muy sierva de Dios, si se ayuda; mas a veces lleva Dios por este camino a las más flacas; y ansí no hay en esto por qué aprobar ni condenar, sino mirar a las virtudes, y a quien con más mortificación y humildad y limpieza de conciencia sirviere a Nuestro Señor, que esa

será la más santa; anque la certidumbre poco se puede saber acá, hasta que el verdadero Juez dé a cada uno lo que merece. Allá nos espantaremos de ver cuán diferente es su juicio, de lo que acá podemos entender. Sea para siempre alabado, amén.

CAPÍTULO NOVENO

Ahora vengamos a las visiones imaginarias, que dicen que son a donde puede meterse el demonio, más que en las dichas; y ansí debe de ser, mas cuando son de Nuestro Señor, en alguna manera me parecen más provechosas, porque son más conformes a nuestro natural; salvo de las que el Señor da entender en la postrera Morada, que a éstas no llegan nengunas. Pues miremos ahora, como os he dicho en el capítulo pasado, que está este Señor; que es como si en una pieza de oro tuviésemos una piedra preciosa de grandísimo valor y virtudes: sabemos certísimo que está allí, anque nunca la hemos visto; mas las virtudes de la piedra no nos dejan de aprovechar, si la traemos con nosotras. Anque nunca la hemos visto, no por eso la dejamos de apreciar; porque por espiriencia hemos visto que nos ha sanado de algunas enfermedades, para que es apropiada, mas no la osamos mirar, ni abrir el relicario, ni podemos; porque la manera de abrirle, sola la sabe cuya es la joya, y anque nos la prestó para que nos aprovechásemos de ella, Él se quedó con la llave, y como cosa suya; y abrirá cuando nos la quisiere mostrar, y an la tomará cuando le parezca, como lo hace.

Pues digamos ahora, que quiere alguna vez abrirla de presto, por hacer bien a quien la ha prestado; claro está que le será después muy mayor contento, cuando se acuerde del admirable resplandor de la piedra, y ansí

quedará más esculpida en su memoria. Pues ansí acaece acá, cuando Nuestro Señor es servido de regalar más a esta alma, muéstrale claramente su sacratísima Humanidad de la manera que quiere, u como andaba en el mundo, o después de resucitado; y anque es con tanta presteza, que lo podríamos comparar a la de un relámpago, queda tan esculpida en la imaginación esta imagen gloriosísima, que tengo por imposible quitarse de ella hasta que la vea a donde para sin fin la pueda gozar. Anque digo imagen, entiéndese que no es pintada al parecer de quien la ve, sino verdaderamente viva, y algunas veces está hablando con el alma, y an mostrándole grandes secretos.

Mas habéis de entender, que anque en esto se detenga algún espacio, no se puede estar mirando más que estar mirando al sol, y ansí esta vista siempre pasa muy de presto; y no porque su resplandor da pena, como el del sol, a la vista interior, que es la que ve todo esto; que cuando es con la vista esterior, no sabré decir de ello ninguna cosa, porque esta persona que he dicho, de quien tan particularmente yo puedo hablar, no había pasado por ello; y de lo que no hay espiriencia, mal se puede dar razón cierta, porque su resplandor es como una luz infusa, y de un sol cubierto de una cosa tan delgada, como un diamante si se pudiera labrar. Como una holanda parece la vestidura, y casi todas las veces que Dios hace esta merced a el alma, se queda en arrobamiento, que no puede su bajeza sufrir tan espantosa vista.

Digo espantosa, porque con ser la más hermosa y de mayor deleite que podría una persona imaginar, anque viviese mil años y trabajase en pensarlo, porque va muy adelante de cuanto cabe en nuestra imaginación ni entendimiento, es su presencia de tan grandísima majestad, que hace gran espanto a el alma. Ausadas que no es me-

nester aquí preguntar, cómo sabe quién es sin que se lo hayan dicho, que se da bien a conocer que es Señor del cielo y de la tierra, lo que no harán los reyes de ella, que por sí mesmos bien en poco se ternán, si no va junto con él su acompañamiento, u lo dicen.

¡Oh Señor, cómo os desconocemos los cristianos! ¿Qué será aquel día, cuando nos vengáis a juzgar? Pues viniendo aquí tan de amistad a tratar con vuestra esposa, pone miraros tanto temor, ¡oh hijas, qué será cuando con tan rigurosa voz dijere: «Id, malditos de mi Padre»! Quédenos ahora esto en la memoria de esta merced que hace Dios a el alma, que no nos será poco bien, pues san Jerónimo, con ser santo, no la apartaba de la suya, y ansí no se nos hará nada cuanto aquí padeciéremos en el rigor de la relisión que guardamos; pues cuando mucho durare, es un memento comparado con aquella eternidad.

Yo os digo de verdad, que, con cuan ruin soy, nunca he tenido miedo de los tormentos del infierno, que fuesen nada, en comparación de cuando me acordaba que habían los condenados de ver airados estos ojos tan hermosos y mansos y beninos del Señor, que no parece lo podía sufrir mi corazón; esto ha sido toda mi vida: ¡cuánto más lo temerá la persona a quien ansí se le ha representado, pues es tanto el sentimiento, que la deja sin sentir! Esta debe de ser la causa de quedar con suspensión: que ayuda el Señor a su flaqueza con que se junte con su grandeza en esta tan subida comunicación con Dios.

Cuando pudiere el alma estar con mucho espacio mirando este Señor, yo no creo que será visión, sino alguna vehemente consideración, fabricada en la imaginación alguna figura; será como cosa muerta en estotra comparación. Acaece a algunas personas, y sé que es verdad, que lo han tratado conmigo, y no tres u cuatro, sino muchas, ser de tan flaca imaginación, u el entendimiento tan eficaz, o no sé qué es, que se embeben de manera en la ima-

ginación, que todo lo que piensan, claramente les parece que lo ven, aunque si hubiesen visto la verdadera visión, entenderían, muy sin quedarles duda, el engaño; porque van ellas mesmas compuniendo lo que ven con su imaginación, y no hace después ningún efeto, sino que se quedan frías, mucho más que si viesen una imagen devota. Es cosa muy entendida no ser para hacer caso de ello, y ansí se olvida mucho más que cosa soñada.

En lo que tratamos no es ansí, sino que estando el alma muy lejos de que ha de ver cosa, ni pasarle por pensamiento, de presto se le representa muy por junto, y revuelve todas las potencias y sentidos con un gran temor y alboroto, para ponerlas luego en aquella dichosa paz. Ansí como cuando fué derrocado San Pablo, vino aquella tempestad y alboroto en el cielo, ansí acá en este mundo interior se hace gran movimiento; y en un punto, como he dicho, queda todo sosegado, y está el alma tan enseñada de unas tan grandes verdades, que no ha menester otro maestro; que la verdadera sabiduría sin trabajo suyo, la ha quitado la torpeza: y dura con una certidumbre el alma de que esta merced es de Dios, algún espacio de tiempo, que aunque más le dijesen lo contrario, entonces no la podrían poner temor de que puede haber engaño.

Después, puniéndosele el confesor, la deja Dios para que ande vacilando en que por sus pecados sería posible; mas no creyendo, sino como he dicho en estotras cosas, a manera de tentaciones en cosas de la fe, que puede el demonio alborotar, mas no dejar el alma de estar firme en ella; antes, mientra más la combate más queda con certidumbre de que el demonio no lo podría dejar con tantos bienes (como ello es ansí, que no puede tanto en lo interior del alma): podrá él representarlo, mas no con esta verdad y majestad y operaciones.

Como los confesores no pueden ver esto, ni por ven-

tura a quien Dios hace esta merced sabérselo decir temen, y con mucha razón; y ansí es menester ir con aviso hasta guardar tiempo del fruto que hacen estas apariciones, y ir poco a poco mirando la humildad con que dejan al alma y la fortaleza en la virtud; que si es de demonio presto dará señal y le cogerán en mil mentiras. Si el confesor tiene espiriencia y ha pasado por estas cosas, poco tiempo ha menester para entenderlo, que luego en la relación verá si es Dios u imaginación u demonio; en especial si le ha dado Su Majestad don de conocer espíritus, que si éste tiene y letras, anque no tenga espiriencia, lo conocerá muy bien.

Lo que es mucho menester, hermanas, es que andéis con gran llaneza y verdad con el confesor; no digo el decir los pecados, que eso claro está, sino en contar la oración; porque si no hay esto, no asiguro que vais bien ni que es Dios el que os enseña; que es muy amigo que a el que está en su lugar se trate con la verdad y claridad que consigo mesmo, deseando entienda todos sus pensamientos, cuanto más las obras, por pequeñas que sean; y con esto no andéis turbadas ni inquietas, que anque no fuese Dios, si tenéis humildad y buena conciencia, no os dañará, que sabe Su Majestad sacar de los males bienes, y que por el camino que el demonio os quería hacer perder ganaréis más; pensando que os hace tan grandes mercedes, os esforzaréis a contentarle mejor, y andar siempre ocupada en la memoria su figura; que como decía un gran letrado, que el demonio es gran pintor, y se le mostrase muy al vivo una imagen del Señor, que no le pesaría, para con ella avivar la devoción y hacer a el demonio guerra con sus mesmas maldades; que anque un pintor sea muy malo, no por eso se ha de dejar de reverenciar la imagen que hace, si es de todo nuestro Bien.

Parecíale muy mal lo que algunos aconsejan, que den higas cuando ansí viesen alguna visión, porque decía que

a donde quiera que veamos pintado a nuestro Rey le hemos de reverenciar; y veo que tiene razón, porque an acá se sentiría; si supiese una persona que quiere bien a otra que hacía semejantes vituperios a su retrato, no gustaría de ello; ¿pues cuánto más es razón que siempre se tenga respeto a donde viéremos un crucifijo u cualquier retrato de nuestro Emperador?

Anque he escrito en otra parte esto, me holgué de ponerlo aquí, porque vi que una persona anduvo afligida, que la mandaban tomar este remedio; no sé quién le inventó tan para atormentar a quien no pudiere hacer menos de obedecer, si el confesor le da este consejo, pareciéndole va perdida si no lo hace. El mío es, que anque os le dé, le digáis esta razón con humildad y no le toméis. En extremo me cuadró mucho las buenas que me dió quien me lo dijo en este caso. Una gran ganancia saca el alma de esta merced del Señor, que es cuando piensa en Él o en su vida o Pasión, acordarse de su mansísimo y hermoso rostro, que es grandísimo consuelo, como acá nos le daría mayor haber visto a una persona que nos hace mucho bien, que si nunca la hubiésemos conocido. Yo os digo que hace harto consuelo y provecho tan sabrosa memoria.

Otros bienes tray consigo hartos; mas como queda dicho tanto de los efetos que hacen estas cosas, y se ha de decir más, no me quiero cansar ni cansaros, sino avisaros mucho, que cuando sabéis u oís que Dios hace estas mercedes a las almas, jamás le supliquéis ni deséis que os lleve por este camino; anque os parezca muy bueno, y se ha de tener en mucho y reverenciar, no conviene por algunas razones.

La primera, porque es falta de humildad querer vos se os dé lo que nunca habéis merecido, y ansí creo que no terná mucha quien lo deseare; porque ansí como un bajo labrador está lejos de desear ser rey, pareciéndole impo-

sible, porque no lo merece, ansí lo está el humilde de cosas semejantes; y creo yo que nunca se darán, porque primero da el Señor un gran conocimiento propio, que hace estas mercedes; pues ¡cómo entenderá con verdad, que se la hace muy grande en no tenerla en el infierno, quien tiene tales pensamientos!

La segunda, porque está muy cierto ser engañado u muy a peligro, porque no ha menester el demonio más de ver una puerta pequeña abierta para hacernos mil trampantojos.

La tercera, la mesma imaginación, cuando hay un gran deseo, y la mesma persona se hace entender que ve aquello que desea, y lo oye como los que andan con gana de una cosa entre día y mucho pensando en ella, que acaece venirla a soñar.

La cuarta es muy gran atrevimiento que quiera yo escoger camino, no sabiendo el que me conviene más, sino dejar al Señor que me conoce que me lleve por el que conviene para que en todo haga su voluntad.

La quinta, ¿pensáis que son pocos los trabajos que padecen los que el Señor hace estas mercedes? No, sino grandísimos y de muchas maneras. ¿Qué sabéis vos si seríades para sufrirlos?

La sesta, si por lo mesmo que pensáis ganar, perderéis, como hizo Saúl por ser rey. En fin, hermanas, sin éstas hay otras; y creéme, que es lo más seguro no querer sino lo que quiere Dios, que nos conoce más que nosotros mesmos, y nos ama. Pongámonos en sus manos para que sea hecha su voluntad en nosotras, y no podremos errar si con determinada voluntad nos estamos siempre en esto. Y habéis de advertir que por recibir muchas mercedes de éstas no se merece más gloria, porque antes quedan más obligadas a servir, pues es recibir más. En lo que es más merecer no no los quita el Señor, pues está en nuestra mano; y ansí hay muchas personas santas que jamás su-

pieron qué cosa es recibir una de aquestas mercedes, y otras que las reciben que no lo son.

Y no penséis que es contino, antes, por una vez que las hace el Señor, son muy muchos los trabajos; y ansí el alma no se acuerda si las ha de recibir más, sino cómo las servir. Verdad es que debe ser grandísima ayuda para tener las virtudes en más subida perfección; mas el que las tuviere con haberlas ganado a costa de su trabajo, mucho más merecerá. Yo sé de una persona a quien el Señor había hecho algunas de estas mercedes, y an de dos, la una era hombre, que estaban tan deseosas de servir a Su Majestad, a su costa, sin estos grandes regalos, y tan ansiosas por padecer, que se quejaban a Nuestro Señor, porque se los daba, y si pudieran no recibirlos, lo excusaran. Digo regalos, no de estas visiones, que en fin ven la gran ganancia, y son mucho de estimar, sino los que da el Señor en la contemplación.

Verdad es que también son estos deseos sobrenaturales, a mi parecer, y de almas muy enamoradas, que querrían viese el Señor que no le sirven por sueldo; y ansí, como he dicho, jamás se les acuerda que han de recibir gloria por cosa, para esforzarse más por eso a servir, sino de contentar a el amor, que es su natural obrar siempre de mil maneras. Si pudiese, querría buscar invenciones para consumirse el alma en Él, y si fuese menester quedar para siempre aniquilada para la mayor honra de Dios, lo haría de muy buena gana. Sea alabado para siempre, amén; que abajándose a comunicar con tan miserables criaturas, quiere mostrar su grandeza.

CAPÍTULO DÉCIMO

De muchas maneras se comunica el Señor al alma con estas apariciones; algunas cuando está afligida, otras cuando le ha de venir algún trabajo grande, otras por regalarse Su Majestad con ella, y regalarla. No hay para qué particularizar más cada cosa; pues el intento no es, sino dar a entender cada una de las diferencias que hay en este camino, hasta donde yo entendiere, para que entendáis, hermanas, de la manera que son, y los efetos que dejan; porque no se nos antoje que cada imaginación es visión, y porque cuando lo sea, entendiendo que es posible, no andéis alborotadas ni afligidas; que gana mucho el demonio, y gusta en gran manera en ver afligida y inquieta un alma, porque ve que le es estorbo para emplearse toda en amar y alabar a Dios.

Por otras maneras se comunica Su Majestad harto más subidas, y menos peligrosas; porque el demonio creo no las podrá contrahacer, y ansí se pueden mal decir, por ser cosa muy oculta, que las imaginarias puédense más dar a entender.

Acaece cuando el Señor es servido estando el alma en oración, y muy en sus sentidos, venirle de presto una suspensión, a donde le da el Señor a entender grandes secretos, que parece los ve en el mesmo Dios; que estas no son visiones de la sacratísima Humanidad, ni anque digo que ve, no ve nada; porque no es visión imaginaria, sino muy inteletual, a donde se le descubre, como en Dios se ven todas las cosas, y las tiene todas en sí mesmo; y es de gran provecho, porque anque pasa en un memento, quédase muy esculpido, y hace grandísima confusión; y vese más claro la maldad de cuando ofendemos a Dios, porque en el mesmo Dios, digo, estando dentro en Él, ha-

cemos grandes maldades. Quiero poner una comparación, si acertare, para dárosło a entender, que anque esto es ansí y lo oímos muchas veces, u no reparamos en ello, u no lo queremos entender; porque no parece sería posible, si se entendiese como es, ser tan atrevidos.

Hagamos ahora cuenta que es Dios, como una Morada u palacio muy grande y hermoso, y que este palacio, como digo, es el mesmo Dios. Por ventura ¿puede el pecador, para hacer sus maldades, apartarse deste palacio? No por cierto; sino que dentro, en el mesmo palacio, que es el mesmo Dios, pasan las abominaciones y deshonestidades y maldades que hacemos los pecadores. ¡Oh, cosa temerosa y digna de gran consideración, y muy provechosa para los que sabemos poco, que no acabamos de entender estas verdades, que no sería posible tener atrevimiento tan desatinado! Consideremos, hermanas, la gran misericordia y sufrimiento de Dios en no nos hundir allí luego; y démosle grandísimas gracias, y hayamos vergüenza de sentirnos de cosa que se haga ni se diga contra nosotras, que es la mayor maldad del mundo ver que sufre Dios nuestro Criador tantas a sus criaturas dentro en sí mesmo, y que nosotras sintamos alguna vez una palabra, que se dijo en nuestra ausencia, y quizá con no mala intención.

¡Oh miseria humana! ¿Hasta cuándo, hijas, imitaremos en algo este gran Dios? ¡Oh, pues no se nos haga ya que hacemos nada en sufrir injurias! sino que de muy buena gana pasemos por todo, y amemos a quien nos las hace, pues este gran Dios no nos ha dejado de amar a nosotras, anque le hemos mucho ofendido, y ansí tiene muy gran razón en querer que todos perdonen, por agravios que les hagan. Yo os digo, hijas, que anque pasa de presto esta visión, que es una gran merced que hace Nuestro Señor a quien la hace, si se quiere aprovechar de ella trayéndola presente muy ordinario.

También acaece ansí muy de presto, y de manera que no se puede decir, mostrar Dios en sí mesmo una verdad que parece deja escurecidas todas las que hay en las criaturas, y muy claro dado a entender, que El solo es verdad, que no puede mentir; y dase bien a entender lo que dice David en un Salmo, que todo hombre es mentiroso, lo que no se entendiera jamás ansí, anque muchas veces se oyera; es verdad que no puede faltar.

Acuérdaseme de Pilatos, lo mucho que preguntaba a Nuestro Señor, cuando en su Pasión le dijo qué era verdad, y lo poco que entendemos acá de esta suma verdad. Yo quisiera poder dar más a entender en este caso, mas no se puede decir. Saquemos de aquí, hermanas, que para conformarnos con nuestro Dios y Esposo en algo será bien que estudiemos siempre mucho de andar en esta verdad. No digo sólo que no digamos mentira, que en eso, gloria a Dios, ya veo que traéis gran cuenta en estas casas con no decirla por ninguna cosa, sino que andemos en verdad delante de Dios y de las gentes, de cuantas maneras pudiéramos; en especial no quiriendo nos tengan por mejores de lo que somos, y en nuestras obras dando a Dios lo que es suyo, y a nosotras lo que es nuestro, y procurando sacar en todo la verdad, y ansí ternemos en poco este mundo, que es todo mentira y falsedad, y como tal no es durable.

Una vez estaba yo considerando, por qué razón era Nuestro Señor tan amigo de esta virtud de la humildad, y púsoseme delante, a mi parecer sin considerarlo, sino de presto, esto: que es porque Dios es suma verdad, y la humildad es andar en verdad, que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada; y quien esto no entiende, anda en mentira. A quien más lo entiende, agrada más a la suma verdad, porque anda en ella. Plega a Dios, hermanas, nos haga merced de no salir jamás de este propio conocimiento. Amén.

De estas mercedes hace Nuestro Señor a el alma, porque como a verdadera esposa, que ya está determinada a hacer en todo su voluntad, le quiere dar alguna noticia de en qué la ha de hacer, y de sus grandezas. No haya para qué tratar de más, que estas dos cosas he dicho por parecerme de gran provecho; que en cosas semejantes no hay que temer, sino que alabar al Señor, porque las da; que el demonio, a mi parecer, ni an la imaginación propia, tienen aquí poca cabida, y ansí el alma queda con gran satisfación.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

¿Si habrán bastado todas estas mercedes que ha hecho el Esposo a el alma, para que la palomilla u mariposilla esté satisfecha (no penséis que la tengo olvidada) y haga asiento a donde ha de morir? No por cierto, antes está muy peor; anque haya muchos años que reciba estos favores, siempre gime y anda llorosa; porque de cada uno de ellos le queda mayor dolor.

Es la causa, que como va conociendo más y más las grandezas de su Dios, y se ve estar tan ausente y apartada de gozarle, crece mucho más al deseo; porque también crece el amar, mientras más se le descubre lo que merece ser amado este gran Dios y Señor; y viene en estos años creciendo poco a poco este deseo, de manera que la llega a tan gran pena como ahora diré. He dicho años, conformándome con lo que ha pasado por la persona que he dicho aquí; que bien entiendo que a Dios no hay que poner término, que en un momento puede llegar a un alma a lo más subido que se dice aquí: poderoso es Su Majestad para todo lo que quisiere hacer, y ganoso de hacer mucho por nosotros.

Pues vienen veces que estas ansias y lágrimas y sospi-

ros y los grandes ímpetus que quedan dichos (que todo esto parece procedido de nuestro amor con gran sentimiento, mas todo no es nada en comparación de estotro, porque esto parece un fuego que está humeando, y puédese sufrir, anque con pena), andándose ansí esta alma, abrasándose en sí mesma, acaece muchas veces por un pensamiento muy ligero, u por una palabra que oye de que se tarda el morir, venir de otra parte, no se entiende de dónde ni cómo, un golpe, u como si viniese una saeta de fuego.

No digo que es saeta, mas cualquier cosa que sea se ve claro, que no podía proceder de nuestro natural. Tampoco es golpe, anque digo golpe: más agudamente hiere; y no es adonde se sienten acá las penas a mi parecer, sino en lo muy hondo y íntimo del alma, adonde este rayo, que de presto pasa, todo cuanto halla de esta tierra de nuestro natural, lo deja hecho polvos, que por el tiempo que dura es imposible tener memoria de cosa de nuestro ser; porque en un punto ata las potencias, de manera que no quedan con ninguna libertad para cosa, sino para las que le han de hacer acrecentar este dolor. No querría pareciese encarecimiento, porque verdaderamente voy viendo que quedo corta, porque no se puede decir. Ello es un arrobamiento de sentidos y potencias, para todo lo que no es, como he dicho, ayudar a sentir esta aflición.

Porque el entendimiento está muy vivo para entender la razón que hay que sentir de estar aquel alma ausente de Dios; y ayuda Su Majestad con una tan viva noticia de Sí en aquel tiempo, de manera que hace crecer la pena en tanto grado que procede quien la tiene en dar grandes gritos; con ser persona sufrida y mostrada a padecer grandes dolores, no puede hacer entonces más; porque este sentimiento no es en el cuerpo, como queda dicho, sino en lo interior del alma. Por esto sacó esta persona, cuán más recios van los sentimientos de ella que los del cuerpo, y se le representó ser de esta manera los que pa-

decen en purgatorio, que no les impide no tener cuerpo para dejar de padecer mucho más que todos lo que acá tiniéndole padecen.

Yo vi una persona ansí, que verdaderamente pensé que se moría, y no era mucha maravilla, porque cierto es gran peligro de muerte; y ansí, anque dure poco, deja el cuerpo muy descoyuntado, y en aquella sazón los pulsos tiene tan abiertos, como si el alma quisiese ya dar a Dios, que no es menos; porque el calor natural falta, y le abrasa de manera, que con otro poquito más hubiera cumplídole Dios sus deseos; no porque siente poco ni mucho dolor en el cuerpo, anque se descoyunta, como he dicho, de manera que queda dos u tres días después sin poder an tener fuerza para escribir, y con grandes dolores, y an siempre me parece le queda el cuerpo más sin fuerza que de antes.

El no sentirlo, debe ser la causa ser tan mayor el sentimiento interior del alma, que ninguna cosa hace caso del cuerpo; como si acá tenemos un dolor muy agudo en una parte: anque haya otros muchos se sienten poco; esto yo lo he bien probado: acá, ni poco ni mucho, ni creo sentiría se le hiciesen pedazos. Diréisme que es imperfeción; que por qué no se conforma con la voluntad de Dios, pues le está tan rendida. Hasta aquí podía hacer eso, y con eso pasaba la vida; ahora no, porque su razón está de suerte, que no es señora de ella, ni de pensar sino la razón que tiene para penar, pues está ausente de su bien, que ¿para qué quiere vida?

Siente una soledad extraña, porque criatura de toda la tierra no la hace compañía, ni creo se la harían los del cielo, como no fuese el que ama, antes todo la atormenta: mas vese como una persona colgada, que no asienta en cosa de la tierra, ni al cielo puede subir; abrasada con esta sed, y no puede llegar a el agua; y no sed que puede sufrir, sino ya en tal término que con ninguna se le qui-

taría, ni quiere que se le quite, si no es con la que dijo Nuestro Señor a la Samaritana, y eso no se lo dan.

¡Oh, válame Dios, Señor, cómo apretáis a vuestros amadores! Mas todo es poco para lo que les dais después. Bien es que lo mucho cueste mucho; cuanto más, que si es purificar esta alma para que entre en la sétima Morada, como los que han de entrar en el cielo se limpian en el purgatorio, es tan poco este padecer, como sería una gota de agua en la mar; cuanto más, que con todo este tormento y aflición, que no puede ser mayor, a lo que yo creo, de todas las que hay en la tierra, que esta persona había pasado muchas, ansí corporales, como espirituales, mas todo le parece nada en esta comparación.

Siente el alma que es de tanto precio esta pena, que entiende muy bien no la podía ella merecer, sino que no es este sentimiento de manera que la alivia ninguna cosa, mas con esto la sufre de muy buena gana, y sufriría toda su vida, si Dios fuese dello servido; anque no sería morir de una vez, sino estar siempre muriendo, que verdaderamente no es menos.

Pues consideremos, hermanas, aquellos que están en el infierno, que no están con esta conformidad, ni con este contento y gusto que pone Dios en el alma, ni viendo ser ganancioso este padecer, sino que siempre padecen más y más, digo más y más cuanto a las penas accidentales, siendo el tormento del alma tan más recio que los del cuerpo, y lo que ellos pasan, mayores sin comparación que éste que aquí hemos dicho, y éstos, ver que han de ser para siempre jamás, ¿qué será de estas desventuradas almas? ¿y qué podemos hacer en vida tan corta, ni padecer, que sea nada para librarnos de tan terribles y eternales tormentos?

Yo os digo, que será imposible dar a entender cuán sentible cosa es el padecer del alma, y cuán diferente a el del cuerpo, si no se pasa por ello; y quiere el mesmo Se-

ñor que lo entendamos, para que más conozcamos lo muy mucho que le debemos en traernos a estado que por su misericordia tenemos esperanza de que nos ha de librar y perdonar nuestros pecados.

Pues tornando a lo que tratábamos (que dejamos esta alma con mucha pena), en este rigor es poco lo que le dura, será cuando más tres u cuatro horas, a mi parecer, porque si mucho durase, si no fuese con milagro sería imposible sufrirlo la flaqueza natural. Acaecido ha no durar más que un cuarto de hora, y quedar hecha pedazos; verdad es, que esta vez del todo perdió el sentido, según vino con rigor (y estando en conversación, Pascua de Resurreción, el postrer día, y habiendo estado toda la Pascua con tanta sequedad, que casi no entendía lo era), de sólo oír una palabra de no acabarse la vida. ¡Pues pensar que se puede resistir! no más que si metida en un fuego quisiese hacer a la llama que no tuviese calor para quemarle. No es el sentimiento que se puede pasar en disimulación, sin que las que están presentes entiendan el gran peligro en que está, anque de lo interior no pueden ser testigos. Es verdad que le son alguna compañía, como si fuesen sombras; y ansi le parecen todas las cosas de la tierra.

Y porque veáis que es posible, si alguna vez os vierdes en esto, acudir aquí muestra flaqueza y natural, acaece alguna vez, que estando el alma como habéis visto, que se muere por morir cuando aprieta tanto, que ya parece que para salir del cuerpo no le falta casi nada, verdaderamente teme, y querríase aflojarse la pena por no acabar de morir. Bien se deja entender ser este temor de flaqueza natural, que por otra parte no se quita su deseo ni es posible haber remedio que se quite esta pena, hasta que la quite el mesmo Señor, que casi es lo ordinario, con un arrobamiento grande, u con alguna visión, adonde el verdadero Consolador la consuela y fortalece para que quiera vivir todo lo que fuere su voluntad.

Cosa penosa es ésta, mas queda el alma con grandísimos efectos, y perdido el miedo a los trabajos que le pueden suceder; porque en comparación del sentimiento tan penoso que sintió su alma, no le parece son nada. De manera que queda aprovechada y que gustaría padecerle muchas veces; mas tampoco puede eso en ninguna manera, ni hay ningún remedio para tornarla a tener, hasta que quiere el Señor, como no le hay para resistirle ni quitarle cuando le viene. Queda con muy mayor desprecio del mundo que antes, porque ve que cosa de él no le valió en aquel tormento; y muy más desasida de las criaturas, porque ya ve que sólo el Criador es el que puede consolar y hartar su alma; y con mayor temor y cuidado de no ofenderle, porque ve que también puede atormentar, como consolar.

Dos cosas me parece a mí que hay en este camino espiritual, que son peligro de muerte. La una ésta, que verdaderamente lo es, y no pequeño; la otra de muy ecesivo gozo y deleite, que es en tan grandísimo estremo, que verdaderamente parece que desfallece el alma, de suerte, que no le falta tantito para acabar de salir del cuerpo: a la verdad no sería poca dicha la suya. Aquí veréis, hermanas, si he tenido razón en decir que es menester ánimo, y que terná razón el Señor, cuando le pidierdes estas cosas, de deciros lo que respondió a los hijos del Zebedeo: si podrían beber el cáliz.

Todas creo, hermanas, que responderemos que sí; y con mucha razón, porque Su Majestad da esfuerzo a quien ve que lo ha menester, y en todo defiende a estas almas, y responde por ellas en las persecuciones y mormuraciones, como hacía por la Madalena, anque no sea por palabras, por obras; y en fin, en fin, antes que se mueran se lo paga todo junto, como ahora veréis. Sea por siempre bendito, y alábenle todas las criaturas, amén.

SÉTIMAS MORADAS

CAPÍTULO PRIMERO

Pareceros ha, hermanas, que está dicho tanto en este camino espiritual, que no es posible quedar nada por decir. Harto desatino sería pensar esto: pues la grandeza de Dios no tiene término, tampoco le ternán sus obras. ¿Quién acabará de contar sus misericordias y grandezas? Es imposible, y ansí no os espantéis de lo que está dicho y se dijere, porque es una cifra de lo que hay que contar de Dios. Harta misericordia nos hace, que haya comunicado estas cosas a persona, que las podamos venir a saber, para que mientra más supiéremos que se comunica con las criaturas, más alabaremos su grandeza, y nos esforzaremos a no tener en poco, alma con quien tanto se deleita el Señor; pues cada una de nosotras la tiene, sino que como no las preciamos como merece criatura hecha a la imagen de Dios, ansí no entendemos los grandes secretos, que están en ella.

Plega a Su Majestad, si es servido, mence la pluma, y me dé a entender cómo yo os diga algo de lo mucho que hay que decir y da Dios a entender a quien mete en esta Morada. Harto lo he suplicado a Su Majestad, pues sabe que mi intento es que no estén ocultas sus misericordias, para que más sea alabado y glorificado su nombre. Esperanza tengo, que no por mí, sino por vosotras, hermanas,

me ha de hacer esta merced, para que entendáis lo que os importa, que no quede por vosotras el celebrar vuestro Esposo este espiritual matrimonio con vuestras almas, pues tray tantos bienes consigo como veréis.

¡Oh gran Dios! Parece que tiembla una criatura tan miserable como yo, de tratar en cosa tan ajena de lo que merezco entender. Y es verdad, que he estado en gran confusión, pensando si será mejor acabar con pocas palabras esta Morada; porque me parece que han de pensar, que yo lo sé por espiriencia y háceme grandísima vergüenza, porque conociéndome la que soy, es terrible cosa. Por otra parte, me ha parecido que es tentación y flaqueza, anque más juicios de éstos echéis; sea Dios alabado y entendido un poquito más, y gríteme todo el mundo; cuanto más que estaré yo quizá muerta cuando se viniere a ver. Sea bendito el que vive para siempre y vivirá, amén.

Cuando Nuestro Señor es servido haber piadad de lo que padece y ha padecido por su deseo esta alma que ya espiritualmente ha tomado por esposa, primero que se consuma el matrimonio espiritual, métela en su Morada, que es esta sétima; porque ansí como la tiene en el cielo, debe tener en el alma una estancia, a donde sólo Su Majestad mora, y digamos otro cielo: porque nos importa mucho, hermanas, que no entendamos es el alma alguna cosa escura, que como no la vemos, lo más ordinario debe parecer, que no hay otra luz interior, sino esta que vemos, y que está dentro de nuestra alma alguna escuridad.

De la que no está en gracia, yo os lo confieso, y no por falta del Sol de justicia, que está en ella dándole ser; sino por no ser ella capaz para recibir la luz, como creo dije en la primera Morada: que había entendido una persona, que estas desventuradas almas es ansí que están como en una cárcel escura, atadas de pies y manos para hacer nin-

gún bien que les aproveche para merecer, y ciegas y mudas; con razón podemos compadecernos dellas, y mirar que algún tiempo nos vimos ansí, y que también puede el Señor haber misericordia de ellas.

Tomemos, hermanas, particular cuidado de suplicárselo, y no nos descuidar, que es grandísima limosna rogar por los que están en pecado mortal; muy mayor que sería si viésemos un cristiano atadas las manos atrás con una fuerte cadena, y él amarrado a un poste, y muriendo de hambre, y no por falta de que coma, que tiene cabe sí muy estremados manjares, sino que no los puede tomar para llegarlos a la boca; y an está con grande hastío, y ve que va ya a espirar, y no muerte como acá, sino eterna. ¿No sería gran crueldad estarle mirando, y no le llevar a la boca que comiese? ¿Pues qué, si por vuestra oración le quitasen las cadenas? Ya lo veis. Por amor de Dios os pido, que siempre tengáis acuerdo en vuestras oraciones de almas semejantes.

No hablamos ahora con ellas, sino con las que ya, por la misericordia de Dios, han hecho penitencia por sus pecados, y están en gracia, que podemos considerar, no una cosa arrinconada y limitada, sino un mundo interior, adonde caben tantas y tan lindas Moradas como habéis visto; y ansí es razón que sea, pues dentro de esta alma hay morada para Dios. Pues cuando Su Majestad es servido de hacerle la merced dicha de este divino matrimonio, primero la mete en su morada y quiere Su Majestad, que no sea como otras veces que la ha metido en estos arrobamientos, que yo bien creo que la une consigo entonces, y en la oración que queda dicha de unión, anque no le parece a el alma que es tanta llamada para entrar en su centro, como aquí en esta Morada, sino a la parte superior.

En esto va poco: sea de una manera u de otra, el Señor la junta consigo; mas es haciéndola ciega y muda, como

lo quedó san Pablo en su conversión, y quitándola el sentir cómo u de qué manera es aquella merced que goza; porque el gran deleite que entonces siente el alma, es de verse cerca de Dios. Mas cuando la junta consigo, ninguna cosa entiende, que las potencias todas se pierden.

Aquí es de otra manera; quiere ya nuestro buen Dios quitar las escamas de los ojos, y que vea y entienda algo de la merced que le hace, anque es por una manera estraña y metida en aquella Morada por visión inteletual; por cierta manera de representación de la verdad, se le muestra la santísima Trinidad, todas tres personas, con una inflamación que primero viene a su espíritu, a manera de una nube de grandísima claridad, y estas personas distintas, y por una noticia admirable, que se da a el alma, entiende con grandísima verdad ser todas tres personas una sustancia y un poder y un saber y un solo Dios; de manera que lo que tenemos por fe, allí lo entiende el alma, podemos decir, por vista, anque no es vista con los ojos del cuerpo ni del alma, porque no es visión imaginaria.

Aquí se le comunican todas tres personas, y la hablan, y la dan a entender aquellas palabras que dice el Evangelio que dijo el Señor: que venía Él y el Padre y el Espíritu Santo a morar con el alma, que le ama y guarda sus mandamientos. ¡Oh, válame Dios! ¡Cuán diferente cosa es oír estas palabras y creerlas, a entender por esta manera cuán verdaderas son! Y cada día se espanta más esta alma, porque nunca más le parece se fueron de con ella, sino que notoriamente ve, de la manera que queda dicho, que están en lo interior de su alma; en lo muy más interior, en una cosa muy honda, que no sabe decir cómo es, porque no tiene letras, siente en sí esta divina compañía.

Pareceros ha, que según esto no andará en sí, sino tan embebida, que no pueda entender en nada: mucho más que antes, en todo lo que es servicio de Dios, y en faltando las ocupaciones, se queda con aquella agradable

compañía; y si no falta a Dios el alma, jamás Él la faltará, a mi parecer, de darse a conocer tan conocidamente su presencia; y tiene gran confianza que no la dejará Dios, pues la ha hecho esta merced, para que la pierda; y ansí se puede pensar, anque no deja de andar con más cuidado que nunca, para no le desagradar en nada.

El traer esta presencia, entiéndese que no es tan enteramente, digo tan claramente, como se le manifiesta la primera vez y otras algunas que quiere Dios hacerle este regalo; porque si esto fuese, era imposible entender en otra cosa, ni an vivir entre la gente; mas anque no es con esta tan clara luz, siempre advierte se halla con esta compañía.

Digamos ahora como una persona que estuviese en una muy clara pieza con otras, y cerrasen las ventanas, y se quedase ascuras; no porque se quitó la luz para verlas, y que hasta tornar la luz no las ve, deja de entender que están allí. Es de preguntar, si cuando torna la luz, y las quiere tornar a ver, si puede. Esto no está en su mano, sino cuando quiere Nuestro Señor que se abra la ventana del entendimiento: harta misericordia la hace en nunca se ir de con ella, y querer que ella lo entienda tan entendido.

Parece que quiere aquí la divina Majestad disponer el alma para más, con esta admirable compañía; porque está claro, que será bien ayudada para en todo ir adelante en la perfeción, y perder el temor que traía algunas veces, de las demás mercedes que la hacía, como queda dicho. Y ansí fué, que en todo se hallaba mejorada, y la parecía que por trabajos y negocios que tuviese lo esencial de su alma, jamás se movía de aquel apósento; de manera que en alguna manera le parecía había división en su alma, y andando con grandes trabajos, que poco después que Dios le hizo esta merced tuvo, se quejaba de ella, a manera de Marta, cuando se quejó de María, y algunas veces la decía que se estaba ella siempre go-

zando de aquella quietud a su placer, y la deja a ella en tantos trabajos y ocupaciones, que no la puede tener compañía.

Esto os parecerá, hijas, desatino, mas verdaderamente pasa ansí, que anque se entiende que el alma está toda junta, no es antojo lo que he dicho, que es muy ordinario; por donde decía yo que se ven cosas interiores, de manera que cierto se entiende hay diferencia en alguna manera, y muy conocida del alma a el espíritu, anque más sea todo uno. Conócese una división tan delicada, que algunas veces parece obra de diferente manera lo uno de lo otro, como el sabor que les quiere dar el Señor. También me parece que el alma es diferente cosa de las potencias, y que no es todo una cosa: hay tantas, y tan delicadas en lo interior, que sería atrevimiento ponerme yo a declararlas; allá lo veremos, si el Señor nos hace merced de llevarnos, por su misericordia, adonde entendamos estos secretos.

CAPÍTULO SEGUNDO

Pues vengamos ahora a tratar del divino y espiritual matrimonio, anque esta gran merced no debe cumplirse con perfeción, mientras vivimos; pues si nos apartásemos de Dios, se perdería este tan gran bien. La primera vez que Dios hace esta merced, quiere Su Majestad mostrarse a el alma por visión imaginaria de su sacratísima Humanidad, para que lo entienda bien y no esté inorante de que recibe tan soberano don.

A otras personas será por otra forma: a ésta de quien hablamos se le representó el Señor, acabando de comulgar, con forma de gran resplandor y hermosura y majestad, como después de resucitado, y le dijo que ya era

tiempo de que sus cosas tomase ella por suyas, y Él tornía cuidado de las suyas, y otras palabras que son más para sentir que para decir. Parecerá que no era esta novedad, pues otras veces se había representado el Señor a esta alma en esta manera; fué tan diferente, que la dejó bien desatinada y espantada: lo uno, porque fué con gran fuerza esta visión; lo otro, porque las palabras que le dijo, y también porque en lo interior de su alma, adonde se le representó, si no es la visión pasada, no había visto otras.

Porque entended que hay grandísima diferencia de todas las pasadas a las de esta Morada, y tan grande del desposorio espiritual al matrimonio espiritual, como lo hay entre dos desposados, a los que ya no se pueden apartar. Ya he dicho que anque se ponen estas comparaciones, porque no hay otras más a propósito, que se entienda que aquí no hay memoria de cuerpo más que si el alma no estuviese en él, sino sólo espíritu; y en el matrimonio espiritual, muy menos, porque pasa esta secreta unión en el centro muy interior del alma, que debe ser a donde está el mesmo Dios; y a mi parecer no ha menester puerta por donde entre: digo que no es menester puerta, porque en todo lo que se ha dicho hasta aquí parece que va por medio de los sentidos y potencias; y este aparecimiento de la Humanidad del Señor, ansí debía ser; mas lo que pasa en la unión del matrimonio espiritual es muy diferente.

Aparécese el Señor en este centro del alma sin visión imaginaria, sino intelectual, anque más delicada que las dichas, como se apareció a los Apóstoles, sin entrar por la puerta, cuando les dijo: «Pax vobis.» Es un secreto tan grande, y una merced tan subida lo que comunica Dios allí a el alma en un instante, y el grandísimo deleite que siente el alma, que no sé a qué lo comparar, sino a que quiere el Señor manifestarle por aquel memento la gloria

que hay en el cielo, por más subida manera que por ninguna visión ni gusto espiritual. No se puede decir más de que, a cuanto se puede entender, queda el alma, digo el espíritu de esta alma, hecho una cosa con Dios, que como es también espíritu, ha querido Su Majestad mostrar el amor que nos tiene, en dar a entender a algunas personas hasta a donde llega, para que alabemos su grandeza; porque de tal manera ha querido juntarse con la criatura, que ansí como los que ya no se pueden apartar, no se quiere apartar Él de ella.

El desposorio espiritual es diferente, que muchas veces se apartan; y la unión también lo es, porque anque unión es juntarse dos cosas en una, en fin se pueden apartar y quedar cada cosa por sí, como vemos ordinariamente, que pasa de presto esta merced del Señor, y después se queda el alma sin aquella compañía, digo de manera que lo entiendan. En estotra merced del Señor no, porque siempre queda el alma con su Dios en aquel centro. Digamos que sea la unión, como si dos velas de cera se juntasen tan en estremo, que toda luz fuese una, u que el pabilo y la luz y la cera es todo uno; mas después bien se puede apartar la una vela de la otra, y quedan en dos velas, u el pabilo de la cera.

Acá es como si cayendo agua del cielo en un río u fuente, a donde queda hecho todo agua, que no podrán ya dividir ni apartar cuál es el agua del rio, u lo que cayó del cielo; o como si un arroíco pequeño entra en la mar, no habrá remedio de apartarse; u como si en una pieza estuviesen dos ventanas por donde entrase gran luz; anque entra dividida, se hace todo una luz. Quizá es esto lo que dice san Pablo: -el que se arrima y allega a Dios, hácese espíritu con Él,- tocando este soberano matrimonio, que presupone haberse llegado Su Majestad a el alma por unión. Y también dice: - *Mihi bibere Christus est, mori lucrum;* ansí me parece puede decir aquí el alma,

porque es adonde la mariposilla que hemos dicho, muere, y con grandísimo gozo, porque su vida es ya Cristo.

Y esto se entiende mejor, cuando anda el tiempo, por los efetos, porque se entiende claro, por unas secretas aspiraciones, ser Dios el que da vida a nuestra alma, muy muchas veces tan vivas, que en ninguna manera se puede dudar, porque la siente muy bien el alma, anque no se saben decir; mas que es tanto este sentimiento, que producen algunas veces unas palabras regaladas, que parece no se puede excusar de decir: ¡Oh vida de mi vida y sustento que me sustentas! y cosas de esta manera; porque de aquellos pechos divinos, a donde parece está Dios siempre sustentando el alma, salen unos rayos de leche, que toda la gente del Castillo conforta, que parece quiere el Señor que gocen de alguna manera de lo mucho que goza el alma, y que de aquel río caudaloso, adonde se consumió esta fuentecita pequeña, salga algunas veces algún golpe de aquel agua para sustentar los que en lo corporal han de servir a estos dos desposados.

Y ansí como sentiría esta agua una persona que está descuidada, si la bañasen de presto en ella, y no lo podía dejar de sentir, de la mesma manera, y an con más certidumbre, se entienden estas operaciones que digo; porque ansí como no nos podría venir un gran golpe de agua, si no tuviese principio, como he dicho, ansí se entiende claro que hay en lo interior quien arroje estas saetas y dé vida a esta vida, y que hay sol de donde procede una gran luz, que se envía a las potencias, de lo interior del alma. Ella, como he dicho, no se muda de aquel centro ni se le pierde la paz; porque el mesmo que la dió a los Apóstoles, cuando estaban juntos, se la puede dar a ella.

Heme acordado, que esta salutación del Señor, debía ser mucho más de la que suena, y el decir a la gloriosa Madalena, que se fuese en paz; porque como las palabras del Señor son hechas como obras en nosotros, de tal ma-

nera debian hacer la operación en aquellas almas que estaban ya dispuestas, que apartase en ellos todo lo que es corpóreo en el alma y la dejase en puro espíritu, para que se pudiese juntar en esta unión celestial con el espíritu increado; que es muy cierto que en vaciando nosotros todo lo que es criatura, y deshaciéndonos de ella por amor de Dios, el mesmo Señor la ha de hinchir de Sí. Y ansí, orando una vez Jesucristo Nuestro Señor por sus Apóstoles, no sé dónde es, dijo, que fuesen una cosa con el Padre y con Él, como Jesucristo Nuestro Señor está en el Padre, y el Padre en Él. ¡No sé qué mayor amor puede ser que éste!

Y no dejaremos de entrar aquí todos, porque ansí dijo Su Majestad: «No sólo ruego por ellos, sino por todos aquellos que han de creer en mí también», y dice: «Yo estoy en ellos.» ¡Oh, válame Dios, qué palabras tan verdaderas, y cómo las entiende el alma, que en esta oración lo ve por sí! ¡Y cómo lo entenderíamos todas, si no fuese por nuestra culpa! Pues las palabras de Jesucristo nuestro Rey y Señor no pueden faltar; mas como faltamos en no disponernos y desviarnos de todo lo que puede embarazar esta luz, no nos vemos en este espejo que contemplamos, a donde nuestra imagen está esculpida.

Pues tornando a lo que decíamos, en metiendo el Señor a el alma en esta Morada suya, que es el centro de la mesma alma, ansí como dicen que el cielo Impíreo a donde está Nuestro Señor no se mueve como los demás, ansí parece no hay los movimientos en esta alma, en entrando aquí, que suele haber en las potencias y imaginación, de manera que la perjudiquen ni la quiten su paz. Parece que quiere decir, que en llegando el alma a hacerla Dios esta merced, está segura de su salvación y de tornar a caer.

No digo tal; y en cuantas partes tratare desta manera,

que parece está el alma en siguridad, se entienda; mientra la divina Majestad la tuviere ansí de su mano, y ella no le ofendiere; al menos sé cierto, que anque se ve en este estado, y le ha durado años, que no se tiene por segura, sino que anda con mucho más temor que antes en guardarse de cualquier pequeña ofensa de Dios, y con tan grandes deseos de servirle, como se dirá adelante, y con ordinaria pena y confusión de ver lo poco que puede hacer y lo mucho a que está obligada, que no es pequeña cruz, sino harto gran penitencia; porque el hacer penitencia esta alma, mientras más grande, le es más deleite.

La verdadera penitencia es cuando le quita Dios la salud para poderla hacer, y fuerzas; que anque en otra parte he dicho la gran pena que esto da, es muy mayor aquí, y todo le debe venir de la raíz a donde está plantada; que ansí como el árbol, que está cabe las corrientes de las aguas, está más fresco y da más fruto, ¿qué hay que maravillar de deseos que tenga esta alma, pues el verdadero espíritu de ella está hecho uno con el agua celestial que dijimos?

Pues tornando a lo que decía, no se entienda que las potencias y sentidos y pasiones están siempre en esta paz; el alma sí, mas en estotras Moradas no deja de haber tiempos de guerra y de trabajos y fatigas; mas son de manera, que no se quita de su paz y puesto: esto es lo ordinario. Este centro de nuestra alma, u este espíritu, es una cosa tan dificultosa de decir, y an de creer, que pienso, hermanas, por no me saber dar a entender, no os dé alguna tentación de no creer lo que digo; porque decir que hay trabajos y penas, y que el alma se está en paz, es cosa dificultosa. Quiéroos poner una comparación u dos: plega a Dios que sean tales, que diga algo; mas si no lo fuere, yo sé que digo verdad en lo dicho.

Está el Rey en su palacio, y hay muchas guerras en su reino, y muchas cosas penosas, mas no por eso deja

de estarse en su puesto: ansí acá, anque en estotras Moradas anden muchas baraúndas y fieras ponzoñosas, y se oye el ruido, naide entra en aquella, que la haga quitar de allí; ni las cosas que oye, anque le dan alguna pena, no es de manera que la alboroten y quiten la paz; porque las pasiones están ya vencidas, de suerte que han miedo de entrar allí, porque salen más rendidas. Duélenos todo el cuerpo, mas si la cabeza está sana, no porque duela el cuerpo, dolerá la cabeza. Riéndome estoy de estas comparaciones, que no me contentan, mas no sé otras. Pensá lo que quisierdes; ello es verdad lo que he dicho.

CAPÍTULO TERCERO

Ahora, pues, decimos, que esta mariposica ya murió, con grandísima alegría de haber hallado reposo, y que vive en ella Cristo: veamos qué vida hace, u qué diferencia hay de cuando ella vivía; porque en los efetos veremos si es verdadero lo que queda dicho. A lo que puedo entender son los que diré:

El primero, un olvido de sí, que verdaderamente parece ya no es, como queda dicho; porque toda está de tal manera, que no se conoce ni se acuerda que para ella ha de haber cielo, ni vida ni honra, porque toda está empleada en procurar la de Dios, que parece que las palabras que le dijo Su Majestad hicieron efeto de obra, que fué que mirase por sus cosas, que Él miraría por las suyas.

Y ansí de todo lo que puede suceder no tiene cuidado, sino un extraño olvido, que, como digo, parece ya no es, ni querría ser en nada, nada, sino es para cuando entiende, que puede haber por su parte algo en que acreciente un punto la gloria y honra de Dios, que por esto

pornía muy de buena gana su vida. No entendáis por esto, hijas, que deja de tener cuenta con comer y dormir, que no le es poco tormento, y hacer todo lo que está obligada conforme a su estado, que hablamos en cosas interiores, que de obras exteriores poco hay que decir; que antes esa es su pena, ver que es nada lo que ya pueden sus fuerzas. En todo lo que puede y entiende que es servicio de Nuestro Señor, no lo dejaría de hacer por cosa de la tierra.

Lo segundo, un deseo de padecer grande, mas no de manera que le inquiete, como solía; porque es en tanto extremo el deseo que queda en estas almas de que se haga la voluntad de Dios en ellas, que todo lo que Su Majestad hace, tienen por bueno: si quisiere que padezca, enhorabuena; si no, no se mata como solía.

Tienen también estas almas un gran gozo interior cuando son perseguidas, con mucha más paz que lo que queda dicho, y sin nenguna enemistad con los que las hacen mal u desean hacer, antes les cobran amor particular, de manera que si los ven en algún trabajo, lo sienten tiernamente, y cualquiera tomarían por librarlos de él, y encomiéndanlos a Dios muy de gana, y de las mercedes que les hace Su Majestad holgarían perder, porque se las hiciese a ellos, porque no ofendiesen a Nuestro Señor.

Lo que más me espanta de todo es, que ya habéis visto los trabajos y afliciones que han tenido por morirse, por gozar de Nuestro Señor: ahora es tan grande el deseo que tienen de servirle y que por ellas sea alabado, y de aprovechar algún alma si pudiesen, que no sólo no desean morirse, mas vivir muy muchos años padeciendo grandísimos trabajos, por si pudiesen que fuese el Señor alabado por ellos, auque fuese en cosa muy poca. Y si supiesen cierto, que en saliendo el alma del cuerpo ha de gozar de Dios, no les hace al caso, ni

pensar en la gloria que tienen los santos: no desean por entonces verse en ella.

Su gloria tienen puesta en si pudiesen ayudar en algo al Crucificado, en especial cuando ven que es tan ofendido, y los pocos que hay que de veras miren por su honra, desasidos de todo lo demás. Verdad es, que algunas veces que se olvida de esto, tornan con ternura los de gozar de Dios y desear salir de este destierro, en especial viendo lo poco que le sirve; mas luego torna, y mira en sí mesma con la continuanza que le tiene consigo, y con aquello se contenta, y ofrece a Su Majestad el querer vivir, como una ofrenda, la más costosa para ella que le puede dar.

Temor ninguno tiene de la muerte, más que ternía de un suave arrobamiento. El caso es que el que daba aquellos deseos con tormento tan ecesivo, da ahora estotros. Sea por siempre bendito y alabado. El fin es, que los deseos de estas almas no son ya de regalos ni de gustos, como tienen consigo al mesmo Señor, y Su Majestad es el que ahora vive. Claro está que su vida no fué sino contino tormento, y ansí hace que sea la nuestra, al menos con los deseos, que nos lleva como a flacos en lo demás, anque bien les cabe de su fortaleza cuando ve que la han menester.

Un desasimiento grande de todo, y deseo de estar siempre u solas u ocupadas en cosa que sea provecho de algún alma; no sequedades ni trabajos interiores, sino con una memoria y ternura con Nuestro Señor, que nunca querría estar sino dándole alabanzas, y cuando se descuida, el mesmo Señor la despierta de la manera que queda dicho, que se ve clarísimamente, que procede aquel impulso, u no sé cómo le llame, de lo interior del alma, como se dijo de los ímpetus. Acá es con gran suavidad, mas ni procede del pensamiento, ni de la memoria, ni cosa que se pueda entender que el alma hizo nada de su parte.

Esto es tan ordinario y tantas veces, que se ha mirado bien con advertencia: que ansí como un fuego no echa la llama haciabajo, sino haciarriba, por grande que quieran encender el fuego, ansí se entiende acá que este movimiento interior procede del centro del alma y despierta las potencias. Por cierto cuando no hubiera otra cosa de ganancia en este camino de oración, sino entender el particular cuidado que Dios tiene de comunicarse con nosotros, y andarnos rogando, que no parece esto otra cosa, que nos estemos con Él, me parece eran bien empleados cuantos trabajos se pasan por gozar de estos toques de su amor tan suaves y penetrativos. Esto habréis, hermanas, espirimentado, porque pienso, en llegando á tener oración de unión, anda el Señor con este cuidado, si nosotros no nos descuidamos de guardar sus mandamientos.

Cuando esto os acaeciese, acordaos que es desta Morada interior, adonde está Dios en nuestra alma, y alabalde (1) mucho, porque cierto, es suyo aquel recaudo u billete escrito con tanto amor, y de manera que sólo vos quiere entendáis aquella letra y lo que por ella os pide. La diferencia que hay aquí en esta Morada, es lo dicho: que casi nunca hay sequedad ni alborotos interiores de los que había en todas las otras a tiempos, sino que está el alma en quietud casi siempre; el no temer que esta merced tan subida puede contrahacer el demonio, sino estar en un ser con seguridad que es Dios; porque, como está dicho, no tienen que ver aquí los sentidos ni potencias; que se descubrió Su Majestad al alma, y la metió consigo a donde, a mi parecer, no osará entrar el demonio, ni le dejará el Señor; y todas las mercedes que hace aquí a el alma, como he dicho, son con ningún ayuda de la mesma alma, sino el que ya ella ha hecho de entregarse toda a Dios.

(1) *alabalde;* forma antigua de *alabadle.*

Pasa con tanta quietud y tan sin ruido todo lo que el Señor aprovecha aquí a el alma y la enseña, que me parece es como en la edificación del templo de Salomón, a donde no se había de oír ningún ruido; ansí en este templo de Dios, en esta Morada suya, sólo Él y el alma se gozan con grandísimo silencio. No hay para qué bullir ni buscar nada el entendimiento; que el Señor que le crió, le quiere sosegar aquí, y que por una resquicia pequeña mire lo que pasa; porque anque a tiempos se pierde esta vista y no le dejan mirar, es poquísimo intrevalo, porque a mi parecer, aquí no se pierden las potencias, mas no obran, sino están como espantadas.

Yo lo estoy de ver que en llegando aquí el alma, todos los arrobamientos se le quitan si no es alguna vez, y ésta no con aquellos arrobamientos y vuelo de espíritu; y son muy raras veces, y esas casi siempre no en público como antes, que era muy de ordinario; ni le hacen al caso grandes ocasiones de devoción, que vea, como antes: que si ven una imagen devota u oyen un sermón, que casi no era oirle, u música, como la pobre mariposilla andaba tan ansiosa, todo la espantaba y hacía volar.

Ahora, u es que halló su reposo, u que el alma ha visto tanto en esa Morada, que no se espanta de nada, u que no se halla con aquella soledad que solía, pues goza de tal compañía. En fin, hermanas, yo no sé que sea la causa que en comenzando el Señor a mostrar lo que hay en esta Morada, y metiendo el alma allí, se les quita esta gran flaqueza que les era harto trabajo, y antes no se quitó. Quizá es que la ha fortalecido el Señor y ensanchado y habilitado; u puede ser que quería dar a entender en público lo que hacía con estas almas en secreto, por algunos fines que Su Majestad sabe; que sus juicios son sobre todo lo que acá podemos imaginar.

Estos efetos, con todos los demás que hemos dicho, que sean buenos en los grados de oración que quedan

dichos, da Dios, cuando llega el alma a Sí, con este ósculo que pedía la Esposa, que yo entiendo aquí se le cumple esta petición. Aquí se dan las aguas a esta cierva que va herida, en abundancia. Aquí se deleita en el tabernáculo de Dios. Aquí halla la paloma que envió Noé a ver si era acabada la tempestad, la oliva, por señal que ha hallado tierra firme dentro en las aguas y tempestades deste mundo. ¡Oh Jesús! ¡Y quién supiera las muchas cosas de la Escritura, que debe haber para dar a entender esta paz del alma! Dios mío, pues veis lo que nos importa, haced que quieran los cristianos buscarla, y a los que la habéis dado, no se la quitéis por vuestra misericordia; que en fin, hasta que les déis la verdadera y las llevéis a donde no se pueda acabar, siempre se ha de vivir con temor. Digo la verdadera, no porque entienda ésta no lo es, sino porque se podría tornar la guerra primera, si nosotros nos apartásemos de Dios.

Mas ¿qué sentirán estas almas de ver que podrían carecer de tan gran bien? Esto les hace andar más cuidadosas, y procurar sacar fuerzas de flaqueza, para no dejar cosa que se les puede ofrecer, para más agradar a Dios, por culpa suya. Mientra más favorecidas de Su Majestad andan, más acobardadas y temerosas de sí; y como en estas grandezas suyas han conocido más sus miserias, y se les hacen más graves sus pecados, andan muchas veces que no osan alzar los ojos, como el Publicano; otras con deseos de acabar la vida por verse en siguridad, anque luego tornan con el amor que le tienen, a querer vivir para servirle, como queda dicho, y fían todo lo que les toca de su misericordia.

Algunas veces las muchas mercedes las hacen andar más aniquiladas, que temen, que como una nao, que va muy demasiado cargada, se va a lo hondo, no les acaezca ansí. Yo os digo, hermanas, que no les falta cruz, salvo que no las inquieta ni hace perder la paz, sino pasan de

presto, como una ola, algunas tempestades, y torna bonanza; que la presencia que train del Señor les hace que luego se les olvide todo. Sea por siempre bendito y alabado de todas sus criaturas, amén.

CAPÍTULO CUARTO

No habéis de entender, hermanas, que siempre en un ser están estos efetos que he dicho en estas almas, que por eso a donde se me acuerda, digo lo ordinario, que algunas veces las deja Nuestro Señor en su natural; y no parece sino que entonces se juntan todas las cosas ponzoñosas del arrabal y Moradas de este Castillo, para vengarse de ellas por el tiempo que no las pueden haber a las manos. Verdad es que durá poco; un día lo más, u poco más, y en este gran alboroto, que procede lo ordinario de alguna ocasión, se ve lo que gana el alma en la buena compañía que está, porque la da el Señor una gran entereza, para no torcer en nada de su servicio y buenas determinaciones, sino que parece le crecen, ni por un primer movimiento muy pequeño no tuercen de esta determinación. Como digo, es pocas veces, sino que quiere Nuestro Señor que no pierda la memoria de su ser, para que siempre esté humilde, lo uno, lo otro porque entienda más lo que debe a Su Majestad, y la grandeza de la merced que recibe, y le alabe.

Tampoco os pase por pensamiento, que por tener estas almas tan grandes deseos y determinación de no hacer una imperfeción por cosa de la tierra, dejan de hacer muchas, y an pecados. De advertencia no, que las debe el Señor a estas tales dar muy particular ayuda para esto; digo pecados veniales, que de los mortales, que ellas entiendan, están libres anque no siguras; que ternán algunos que no entienden, que no les será pequeño tormento.

También se les da las almas que ven que se pierden; y anque en alguna manera tienen gran esperanza que no serán de ellas, cuando se acuerdan de algunos que dice la Escritura que parecía eran favorecidos del Señor, como un Salomón, que tanto comunicó con Su Majestad, no pueden dejar de temer, como tengo dicho. Y la que se viere de vosotras con mayor seguridad en sí, ésa tema más; porque «bienaventurado el varón que teme a Dios», dice David. Su Majestad nos ampare siempre; suplicárselo para que no le ofendamos, es la mayor seguridad que podemos tener. Sea por siempre alabado, amén.

Bien será, hermanas, deciros qué es el fin para que hace el Señor tantas mercedes en este mundo. Anque en los efetos de ellas los habréis entendido, si advertistes en ello, os lo quiero tornar a decir aquí, porque no piense alguna que es para sólo regalar estas almas, que sería grande yerro: que no nos puede Su Majestad hacerle mayor que es darnos vida que sea imitando a la que vivió su Hijo tan amado; y ansí tengo yo por cierto, que son estas mercedes para fortalecer nuestra flaqueza, como aquí he dicho alguna vez, para poderle imitar en el mucho padecer.

Siempre hemos visto, que los que más cercanos anduvieron a Cristo Nuestro Señor, fueron los de mayores trabajos: miremos los que pasó su gloriosa Madre, y los gloriosos Apóstoles. ¿Cómo pensáis que pudiera sufrir san Pablo tan grandísimos trabajos? Por él podemos ver qué efetos hacen las verdaderas visiones y contemplación, cuando es de Nuestro Señor, y no imaginación u engaño del demonio. ¿Por ventura ascondióse con ellas para gozar de aquellos regalos, y no entender en otra cosa? Ya lo veis, que no tuvo día de descanso, a lo que podemos entender; y tampoco le debía de tener de noche, pues en ella ganaba lo que había de comer.

Gusto yo mucho de san Pedro, cuando iba huyendo

de la cárcel, y le apareció Nuestro Señor, y le dijo que iba a Roma a ser crucificado otra vez. Nenguna rezamos esta fiesta a donde esto está que no me es particular consuelo. ¿Cómo quedó san Pedro de esta merced del Señor u qué hizo? Irse luego a la muerte; y no es poca misericordia del Señor hallar quien se la dé. ¡Oh hermanas mías, qué olvidado debe tener su descanso, y qué poco se le debe de dar de honras, y qué fuera debe estar de querer ser tenida en nada el alma a donde está el Señor tan particularmente! Porque si ella está mucho con Él, como es razón, poco se debe acordar de sí; toda la memoria se le va en cómo más contentarle, y en qué u por dónde mostrará el amor que le tiene.

Para esto es la oración, hijas mías; de esto sirve este matrimonio espiritual: de que nazcan siempre obras, obras. Esta es la verdadera muestra de ser cosa y merced hecha de Dios, como ya os he dicho; porque poco me aprovecha estarme muy recogida a solas, haciendo atos con Nuestro Señor, propuniendo y prometiendo de hacer maravillas por su servicio, si en saliendo de allí, que se ofrece la ocasión, lo hago todo al revés. Mal dije que aprovechará poco, que todo lo que se está con Dios aprovecha mucho; y estas determinaciones, anque seamos flacos en no las cumplir después, alguna vez nos dará Su Majestad como lo hagamos, y an quizá, anque nos pese, como hace muchas veces, que como ve un alma muy cobarde, dale un muy gran trabajo bien contra su voluntad, y sácala con ganancia, y después, como esto entiende el alma, queda más perdido el miedo para ofrecerse más a Él.

Quise decir que es poco, en comparación de lo mucho más que es que conformen las obras con los atos y palabras, y que la que no pudiere por junto, sea poco a poco: vaya doblando su voluntad si quiere que le aproveche la oración, que dentro de estos rincones no faltarán hartas

ocasiones en que lo podáis hacer. Mirá que importa esto mucho más que yo os sabré encarecer. Poné los ojos en el Crucificado, y haráseos todo poco. Si Su Majestad nos mostró el amor con tan espantables obras y tormentos, ¿cómo queréis contentarle con sólo palabras? ¿Sabéis qué es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos de Dios, a quien, señalados con su hierro, que es el de la †, porque ya ellos le han dado su libertad, los pueda vender por esclavos de todo el mundo, como Él lo fué, que no les hace ningún agravio ni pequeña merced; y si a esto no se determinan, no hayan miedo que aprovechen mucho, porque todo este edificio, como he dicho, es su cimiento humildad, y si no hay ésta muy de veras, an por vuestro bien, no querrá el Señor subirle muy alto, porque no dé todo en el suelo.

Ansí que, hermanas, para que lleve buenos cimientos, procurá ser la menor de todas, y esclava suya, mirando cómo u por dónde las podéis hacer placer y servir; pues lo que hicierdes en este caso, hacéis más por vos que por ellas, puniendo piedras tan firmes que no se os caya el Castillo. Torno a decir que para esto es menester no poner vuestro fundamento sólo en rezar y contemplar; porque si no procuráis virtudes, y hay ejercicio de ellas, siempre es quedaréis enanas; y an plega a Dios, que sea sólo no crecer, porque ya sabéis, que quien no crece, descrece; porque el amor, tengo por imposible contentarse de estar en un ser, a donde le hay.

Pareceros ha que hablo con los que comienzan, y que después pueden ya descansar: ya os he dicho, que el sosiego que tienen estas almas en lo interior, es para tenerle muy menos ni querer tenerle en lo esterior. ¿Para qué pensáis que son aquellas inspiraciones que he dicho, u por mejor decir aspiraciones, y aquellos recaudos que envía el alma del centro interior a la gente de arriba del Castillo y a las Moradas que están fuera de donde ella

está? ¿Es para que se echen a dormir? ¡No, no, no! que más guerra les hace desde allí, para que no estén ociosas las potencias y sentidos y todo lo corporal, que les ha hecho cuando andaba con ellos padeciendo; porque entonces no entendía la ganancia tan grande que son los trabajos, que por ventura han sido medios para traerla Dios allí, como la compañía que tiene le da fuerzas muy mayores que nunca.

Porque si acá dice David, que con los santos seremos santos, no hay que dudar sino que estando echa una cosa con él fuerte, por la unión tan soberana de espíritu con espíritu, se le ha de pegar fortaleza, y ansí veremos la que han tenido los santos para padecer y morir. Es muy cierto que an de la que a ella allí se le pega, acude a todos los que están en el Castillo, y an al mesmo cuerpo, que parece muchas veces no siente; sino esforzado con el esfuerzo que tiene el alma bebiendo del vino de esta bodega, a donde la ha traído su Esposo, y no la deja salir, redunda en el flaco cuerpo, como acá el manjar que se pone en el estómago da fuerza a la cabeza y a todo él. Y ansí tiene harta mala ventura mientras vive, porque por mucho que haga, es mucho más la fuerza interior y la guerra que se le da, que todo le parece nonada.

De aquí debían venir las grandes penitencias que hicieron muchos santos, en especial la gloriosa Madalena, criada siempre en tanto regalo; y aquella hambre, que tuvo nuestro padre Elías, de la honra de su Dios, y tuvo santo Domingo y san Francisco de allegar almas, para que fuese alabado; que yo os digo que no debían pasar poco, olvidados de sí mesmos. Esto quiero yo, mis hermanas, que procuremos alcanzar; y no para gozar, sino para tener estas fuerzas para servir, deseemos y nos ocupemos en la oración.

No queramos ir por camino no andado, que nos perderemos al mejor tiempo; y sería bien nuevo pensar tener

estas mercedes de Dios por otro que el que Él fué y han ido todos sus santos. No nos pase por pensamiento: creéme que Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor, y tenerle siempre consigo, y no le hacer mal hospedaje, no le dando de comer. ¿Cómo se lo diera María, sentada siempre a los pies, si su hermana no le ayudara? Su manjar es, que de todas las maneras que pudiéremos, lleguemos almas, para que se salven y siempre le alaben.

Decirme heis dos cosas: La una, que dijo que María había escogido la mejor parte, y es que ya había hecho el oficio de Marta, regalando a el Señor en lavarle los pies y limpiarlos con sus cabellos. ¿Y pensáis que le sería poca mortificación a una señora como ella era, irse por esas calles, y por ventura sola, porque no llevaba hervor para entender cómo iba, y entrar a donde nunca había entrado, y después sufrir la mormuración del fariseo, y otras muy muchas que debía sufrir? Porque ver en el pueblo una mujer como ella hacer tanta mudanza, y como sabemos, entre tan mala gente, que bastaba ver que tenía amistad con el Señor, a quien ellos tenían tan aborrecido, para traer a la memoria la vida que había hecho, y que se quería ahora hacer santa, porque está claro, que luego mudaría vestido y todo lo demás; pues ahora se dice a personas, que no son tan nombradas, ¿qué sería entonces?

Yo os digo, hermanas, que venía la mejor parte sobre hartos trabajos y mortificación, que aunque no fuera sino ver a su Maestro tan aborrecido, era intolerable trabajo. ¡Pues los muchos que después pasó en la muerte del Señor! Tengo para mí, que el no haber recibido martirio fué por haberle pasado en ver morir al Señor; y en los años que vivió, en verse ausente de Él, que sería de terrible tormento, se verá que no estaba siempre con regalo de contemplación a los pies del Señor.

La otra, que no podéis vosotras, ni tenéis cómo allegar

almas a Dios; que lo haríades de buena gana, mas que no habiendo de enseñar ni predicar, como hacían los Apóstoles, que no sabéis cómo. A esto he respondido por escrito algunas veces, y an no sé si en este Castillo; mas porque es cosa que creo os pasa por pensamiento, con los deseos que os da el Señor, no dejaré de decirlo aquí. Ya os dije en otra parte que algunas veces nos pone el demonio deseos grandes, porque no echemos mano de lo que tenemos a mano, para servir a Nuestro Señor en cosas posibles, y quedemos contentas con haber deseado las imposibles. Dejado que en la oración ayudaréis mucho, no queráis aprovechar a todo el mundo, sino a las que están en vuestra compañía, y ansí será mayor la obra, porque estáis a ellas más obligadas.

¿Pensáis que es poca ganancia que sea vuestra humildad tan grande y mortificación, y el servir a todas, y una gran caridad con ellas, y un amor del Señor, que ese fuego las encienda a todas, y con las demás virtudes siempre las andéis despertando? No sería sino mucha, y muy agradable servicio al Señor, y con esto que ponéis por obra, que podéis, entenderá Su Majestad que haríades mucho más; y ansí os dará premio, como si le ganásedes muchos.

Diréis que esto no es convertir, porque todas son buenas. ¿Quién os mete en eso? Mientra fueren mejores, más agradables serán sus alabanzas al Señor, y más aprovechará su oración a los prójimos. En fin, hermanas mías, con lo que concluyo es, que no hagamos torres sin fundamento, que el Señor no mira tanto la grandeza de las obras como el amor con que se hacen; y como hagamos lo que pudiéremos, hará Su Majestad, que vamos (1) pudiendo cada día más y más, como no nos cansemos luego, sino que lo poco que dura esta vida, y quizá será

(1) *Vamos* por *vayamos*, como *vais* por *vayáis*, *hay* por *haya*.

más poco de lo que cada uno piensa, interior y esteriormente ofrezcamos a el Señor el sacrificio que pudiéremos, que Su Majestad le juntará con el que hizo en la cruz, por nosotros, al Padre, para que tenga el valor que nuestra voluntad hubiere merecido, aunque sean pequeñas las obras.

Plega a Su Majestad, hermanas y hijas mías, que nos veamos todas a donde siempre le alabemos, y me dé gracia para que yo obre algo de lo que os digo, por los méritos de su Hijo, que vive y reina por siempre jamás, amén; que yo os digo, que es harta confusión mía, y ansí os pido por el mesmo Señor, que no olvidéis en vuestras oraciones esta pobre miserable.

CONCLUSIÓN

JHS

Aunque cuando comencé a escribir esto que aquí va, fué con la contradición que al principio digo, después de acabado me ha dado mucho contento, y doy por bien empleado el trabajo, aunque confieso que ha sido harto poco. Y considerando el mucho encerramiento, y pocas cosas de entretenimiento que tenéis, mis hermanas, y no casas tan bastantes como conviene, en algunos monesterios de los vuestros, me parece os será consuelo deleitaros en este Castillo interior, pues sin licencia de los superiores podéis entraros y pasearos por él a cualquier hora.

Verdad es que no en todas las Moradas podréis entrar por vuestras fuerzas, aunque os parezca las tenéis grandes, si no os mete el mesmo Señor del Castillo; por eso os aviso, que ninguna fuerza pongáis, si hallardes resistencia alguna, porque le enojaréis de manera que nunca os deje entrar en ellas.

Es muy amigo de humildad. Con teneros por tales, que no merecéis an entrar en las Terceras, le ganaréis más presto la voluntad para llegar a las Quintas, y de tal manera le podéis servir desde allí, acontinuando a ir muchas veces a ellas, que os meta en la mesma Morada que tiene para Sí, de donde no salgáis más, si no fuerdes llamadas de la priora, cuya voluntad quiere tanto este gran Señor que cumpláis, como la suya mesma. Y anque mucho estéis fuera por su mandado, siempre cuando tornardes, os terná la puerta abierta. Una vez mostradas a gozar de este Castillo, en todas las cosas hallaréis descanso, anque sean de mucho trabajo, con esperanza de tornar a él, que no os lo puede quitar naide.

Anque no se trata de más de siete Moradas, en cada una de éstas hay muchas, en lo bajo y alto y a los lados, con lindos jardines y fuentes y laborintios (1) y cosas tan deleitosas, que desearéis deshaceros en alabanzas del gran Dios que lo crió a su imagen y semejanza. Si algo hallardes bueno en la orden de daros noticias de Él, creé verdaderamente que lo dijo Su Majestad por daros a vosotras contento, y lo malo que hallardes, es dicho de mí.

Por el gran deseo que tengo de ser alguna parte para ayudaros a servir este mi Dios y Señor, os pido que, en mi nombre, cada vez que leyerdes aquí, alabéis mucho a Su Majestad, y le pidáis el aumento de su Iglesia, y luz para los luteranos; y para mí que me perdone mis pecados, y me saque de purgatorio, que allá estaré quizá, por la misericordia de Dios, cuando esto se os diere a leer, si estuviere para que se vea, después de visto de letrados; y si algo tuviere de error, es por más no lo entender, que en todo me sujeto a lo que tiene la santa Ilesia Católica Romana, que en ésta vivo y protesto y prometo vivir y

(1) *Laborintios*, laberintos, encrucijadas.

morir. Sea Dios Nuestro Señor por siempre alabado y bendito. Amén. Amén.

Acabóse esto de escribir en el monesterio de San Josef de Ávila, año de mil y quinientos y setenta y siete, víspera de san Andrés, para gloria de Dios, que vive y reina por siempre jamás, amén.

ÍNDICE

Págs.

LIBRO LLAMADO CAMINO DE PERFECCIÓN.—ARGUMENTO GENERAL DESTE LIBRO 5

PRÓLOGO 7

Capítulo I.—De la causa que me movió a hacer con tanta estrechura este monasterio 11

Cap. II.—Que trata cómo se han de descuidar de las necesidades corporales, y del bien que hay en la pobreza 13

Cap. III.—Prosigue lo que en el primero comenzó a tratar, y persuade a las hermanas a que se ocupen siempre en suplicar a Dios favorezca a los que trabajan por la Iglesia; acaba con una exclamación 17

Cap. IV.—En que se persuade la guarda de la regla, y de tres cosas importantes para la vida espiritual 22

Cap. V.—Prosigue en los confesores; dice lo que importa sean letrados 29

Cap. VI.—Torna a la materia que comenzó del amor perfeto 32

Cap. VII.—En que trata de la mesma materia de amor espiritual y de algunos avisos para ganarle 36

Cap. VIII.—Que trata del gran bien que es desasirse de todo lo criado interior y exteriormente 42

Cap. IX.—Que trata del gran bien que hay en huír los deudos, los que han dejado el mundo, y cuán verdaderos amigos hallan 44

Cap. X.—Trata cómo no basta desasirse de lo dicho si

Págs.

no nos desasimos de nosotras mesmas, y cómo está junta esta virtud y la humildad..... 46

Cap. XI.—Prosigue en la mortificación, y dice la que se ha de adquirir en las enfermedades..... 50

Cap. XII.—Trata de cómo ha de tener en poco la vida y la honra el verdadero amador de Dios..... 51

Cap. XIII.—Prosigue en la mortificación, y cómo la religiosa ha de huír de los puntos y razones del mundo, para llegarse a la verdadera razón..... 56

Cap. XIV.—En que trata lo mucho que importa en no dar profesión a ninguna que vaya contrario su espíritu de las cosas que quedan dichas..... 60

Cap. XV.—Que trata del gran bien que hay en no disculparse, aunque se vean condenar sin culpa..... 61

Cap. XVI.—De la diferencia que debe haber en la perfección de la vida de los contemplativos a los que se contentan con oración mental, y cómo es posible algunas veces subir Dios un alma distraída a perfeta contemplación, y la causa dello. Es mucho de notar este capítulo, y el que viene cabe él..... 65

Cap. XVII.—De cómo no todas las almas son para contemplación, y cómo algunas llegan a ella tarde, y que el verdadero humilde ha de ir contento por el camino que le llevare el Señor..... 69

Cap. XVIII.—Que prosigue en la mesma materia y dice cuánto mayores son los trabajos de los contemplativos que de los activos. Es de mucha consolación para ellos..... 73

Cap. XIX.—Que comienza a tratar de la oración; habla con almas que no pueden discurrir con el entendimiento..... 77

Cap. XX.—Trata cómo por diferentes vías nunca falta consolación en el camino de la oración, y aconseja a las hermanas desto sean sus pláticas siempre..... 85

Págs.

Cap. XXI.—Que dice lo mucho que importa comenzar con gran determinación a tener oración, y no hacer caso de los inconvenientes que el demonio pone..... 88
Cap. XXII.—En que declara qué es oración mental..... 92
Cap. XXIII.—Trata de lo que importa no tornar atrás quien ha comenzado camino de oración, y torna a hablar de lo mucho que va en que sea con gran determinación..... 96
Cap. XXIV.—Trata cómo se ha de rezar oración vocal con perfección, y cuán junta anda con ella la mental.. 98
Cap. XXV.—En que dice lo mucho que gana un alma que reza con perfección vocalmente, y cómo acaece levantarla Dios de allí a cosas sobrenaturales..... 101
Cap. XXVI.—En que va declarando el modo para recoger el pensamiento; pone medios para ello. Es capítulo muy provechoso para los que comienzan oración..... 103
Cap. XXVII.—En que trata el gran amor que nos mostró el Señor en las primeras palabras del *Pater noster*, y lo mucho que importa no hacer caso ninguno del linaje las que de veras quieren ser hijas de Dios..... 107
Cap. XXVIII.—En que declara qué es oración de recogimiento, y pónense algunos medios para acostumbrarse a ella..... 110
Cap. XXIX.—Prosigue en dar medios para procurar esta oración de recogimiento; dice lo poco que se nos ha de dar de ser favorecidas de los Perlados..... 115
Cap. XXX.—Dice lo que importa entender lo que se pide en la oración. Trata destas palabras del *Pater noster: Sanctificetur nomen tuum.* Aplícalas a oración de quietud, y comiénzala a declarar..... 119
Cap. XXXI.—Que prosigue en la mesma materia: declara qué es oración de quietud, y algunos avisos para los que la tienen. Es mucho de notar..... 122
Cap. XXXII.—Que trata destas palabras del *Pater no-*

Págs.

ster: Fiat voluntas tua sicut in coelo et in terra, y lo mucho que hace quien dice estas palabras con toda determinación, y cuán bien se lo pagará el Señor. 129

Cap. XXXIII.—En que trata de la gran necesidad que tenemos de que el Señor nos dé lo que pedimos en estas palabras del *Pater noster: Panem nostrum quotidianum da nobis hodie* 135

Cap. XXXIV.—Prosigue en la mesma materia; es muy bueno para después de haber recibido el Santísimo Sacramento. 138

Cap. XXXV.—Acaba la materia comenzada con una exclamación al Padre Eterno. 144

Cap. XXXVI. Trata de estas palabras: *Dimitte nobis debita nostra* 146

Cap. XXXVII.—Dice la excelencia desta oración del *Pater noster*, y cómo hallaremos de muchas maneras consolación en ella. 152

Cap. XXXVIII. Que trata de la gran necesidad que tenemos de suplicar al Padre Eterno nos conceda lo que pedimos en estas palabras: *Et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo*, y declara algunas tentaciones. Es de notar. 154

Cap. XXXIX.—Prosigue la mesma materia, y da avisos de algunas tentaciones de diferentes maneras, y pone dos remedios para que se puedan librar dellas. Este capítulo es mucho de notar, ansí para los tentados de humildades falsas, como para los confesores. 159

Cap. XL.—Dice cómo, si procuramos siempre andar en amor y temor, iremos seguros entre tantas tentaciones. 163

Cap. XLI.—Que habla del temor de Dios, y cómo nos hemos de guardar de pecados veniales. 167

Cap. XLII.—En que trata de estas postreras palabras: *Sed libera nos a malo* 172

Págs.

MORADAS PRIMERAS

Cap. I.—En que trata de la hermosura y dignidad de nuestras almas; pone una comparación para entenderse, y dice la ganancia que es entenderla y saber las mercedes que recibimos de Dios; y cómo la puerta deste Castillo es oración..... 181

Cap. II.—Trata de cuán fea cosa es un alma que está en pecado mortal y cómo quiso Dios dar a entender algo desto a una persona. Trata también algo sobre el propio conocimiento. Es de provecho, porque hay algunos puntos de notar; dice cómo se han de entender estas Moradas..... 186

MORADAS SEGUNDAS

Cap. único.—Trata de lo mucho que importa la perseverancia para llegar a las postreras Moradas, y la gran guerra que da el demonio; y cuánto conviene no errar el camino en el principio para acertar; da un medio que ha probado ser muy eficaz..... 196

MORADAS TERCERAS

Cap. I.—Trata de la poca seguridad que podemos tener mientra se vive en este destierro, aunque el estado sea subido, y cómo conviene andar con temor. Hay algunos buenos puntos..... 204

Cap. II.—Prosigue en lo mesmo, y trata de las sequedades en la oración, y de lo que podría suceder a su parecer; y cómo es menester probarnos; y que prueba el Señor a los que están en estas Moradas..... 209

CUARTAS MORADAS

Cap. I.—Trata de la diferencia que hay de contentos y ternura en la oración, y de gustos; y dice el contento que le dió entender que es cosa diferente el pensa-

Págs.

miento y el entendimiento; es de provecho para quien se divierte mucho en la oración 217
Cap. II.—Prosigue en lo mesmo, y declara por una comparación qué es gusto, y cómo se han de alcanzar no procurándolos 224
Cap. III.—En que trata qué es oración de recogimiento, que por la mayor parte la da el Señor antes de la dicha; dice sus efetos y los que quedan de la pasada, que trató de los gustos que da el Señor 228

MORADAS QUINTAS

Cap. I.—Comienza a tratar cómo en la oración se uñe *(sic)* el alma con Dios; dice en qué se conocerá no ser engaño 237
Cap. II.—Prosigue en lo mesmo; declara la oración de unión por una comparación delicada; dice los efetos con que queda el alma; es muy de notar 243
Cap. III.—Continúa la misma materia; dice de otra manera de unión que puede alcanzar el alma con el favor de Dios, y lo que importa para esto el amor del prójimo; es de gran provecho 250
Cap. IV.—Prosigue en lo mesmo declarando más esta manera de oración; dice lo mucho que importa andar con aviso, porque el demonio le trae grande para hacer tornar atrás de lo comenzado 256

MORADAS SEXTAS

Cap. I.—Trata cómo en comenzando el Señor a hacer mayores mercedes, hay más grandes trabajos: dice algunos y cómo se han en ellos los que están ya en esta Morada; es bueno para quien los pasa interiores 262
Cap. II.—Trata de algunas maneras con que despierta Nuestro Señor a el alma, que parece no hay en ellas

Págs.

que temer, aunque es cosa muy subida, y son grandes mercedes 270

Cap. III.—Trata de la mesma materia y dice de la manera que habla Dios al alma cuando es servido; y avisa cómo se han de haber en esto, y no seguirse por su parecer: pone algunas señales para que se conozca cuándo no es engaño y cuándo lo es; es de harto provecho..... 274

Cap. IV.—Trata de cuándo suspende Dios el alma en la oración con arrobamiento o éstasi o rapto, que todo es uno a mi parecer; y cómo es menester gran ánimo para recebir tan grandes mercedes de Su Majestad.. 282

Cap. V.—Prosigue en lo mismo y pone una manera de cuando levanta Dios el alma con un vuelo del spíritu *(sic)* en diferente manera de lo que queda dicho; dice alguna causa, porque es menester ánimo; declara algo desta merced que hace el Señor por sabrosa manera; es harto provechoso..... 289

Cap. VI.—En que dice un efeto de la oración que está dicha en el capítulo pasado, y en qué se entenderá que es verdadera y no engaño. Trata de otra merced que hace el Señor al alma para emplearla en sus alabanzas..... 295

Cap. VII.—Trata de la manera que es la pena que sienten de sus pecados las almas a quien Dios hace las mercedes dichas; dice cuán gran yerro es no ejercitarse, por muy espirituales que sean, en traer presente la Humanidad de Nuestro Señor y Salvador Jesu Cristo y su sacratísima Pasión y vida, y a su gloriosa Madre y Santos; es de mucho provecho..... 301

Cap. VIII.—Trata de cómo se comunica Dios al alma por visión intelectual, y da algunos avisos: dice los efetos que hace cuando es verdadera, y encarga el secreto destas mercedes..... 309

Págs.

Cap. IX.—Trata de cómo se comunica el Señor al alma por visión imaginaria, y avisa mucho se guarden desear *(sic)* ir por este camino; da para ello razones; es de mucho provecho..... 315

Cap. X.—Dice de otras mercedes que hace Dios al alma por diferente manera que las dichas, y del gran provecho que queda dellas..... 323

Cap. XI.—Trata de unos deseos tan grandes y impetuosos que da Dios al alma de gozarle, que ponen en peligro de perder la vida; y con el provecho que se queda desta merced que hace el Señor..... 326

MORADAS SÉPTIMAS

Cap. I.—Trata de mercedes grandes que hace Dios a las almas que han llegado a entrar en las séptimas Moradas; dice cómo a su parecer hay diferencia alguna del alma al espíritu, aunque es todo uno. Hay cosas de notar..... 332

Cap. II.—Procede en lo mesmo: dice la diferencia que hay de unión spiritual a matrimonio spiritual: decláralo por delicadas comparaciones..... 337

Cap. III.—Trata de los grandes efetos que causa esta oración dicha: es menester prestar atención y acuerdo de los que hace, que es cosa admirable la diferencia que hay de los pasados 343

Cap. IV.—Con que acaba, dando a entender lo que le parece que pretende Nuestro Señor en hacer tan grandes mercedes al alma, y como es necesario que anden juntas Marta y María: es muy provechoso..... 349

Conclusión..... 356

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY